

Tesis Doctoral

105

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
Y EMPRESARIALES

"PROCESO DE PRODUCCION Y NORMA DE CONSUMO.
UN ANALISIS SOBRE LA REPRODUCCION DE LA FUERZA
DE TRABAJO EN EL CAPITALISMO CONTEMPORANEO".

Tesis doctoral presentada por
Luis Enrique Alonso Benito -
para la obtención del Grado de
Doctor en Ciencias Económicas.
Dirección a cargo del Dr. Gregorio Rodríguez Cabrero.

Ref. FEE - 43.708 M

Departamento de Sociología

Diciembre 1.984.



"Proceso de producción y norma de consumo.
Un análisis sobre la reproducción de la fuerza
de trabajo en el capitalismo contemporáneo".

Luis Enrique Alonso Benito

I N D I C E

	<u>págs.</u>
PRESENTACION.....	7
INTRODUCCION: Los problemas teóricos en el -- análisis del origen y desarrollo de la estruc- tura de consumo del capitalismo industrial...	15
Notas.....	43

PRIMERA PARTE

LA FORMACION DE UNA NORMA SOCIAL DE CONSUMO -
DE MASAS. El significado de una transformación
histórica.

Introducción: Las causas históricas.....	49
Notas.....	56
1. La tecnología en los orígenes de la era - del consumo de masas.....	57
Notas.....	64
2. Un nuevo régimen de acumulación de capital: la producción en masa y la transformación de - la estructura de consumo.....	65
Notas.....	79
3. La reproducción patronal directa de las - condiciones de mantenimiento de la fuerza de trabajo: el marco social y el contexto histó- rico.....	83
Notas.....	106
4. Acumulación, niveles de vida y crisis de - realización: algunos aspectos de la evolución económica de la norma de consumo.....	114
Notas.....	135

SEGUNDA PARTE

LA RELACION SALARIAL Y EL MODO DE VIDA: EX-
PANSION, SOCIALIZACION Y REGULACION DE LA -
NORMA DE CONSUMO DE MASAS. La gran onda ex-
pansiva del Siglo XX.

5. El modo de regulación.....	145
Notas.....	152

	<u>págs.</u>
6. El impacto de la automatización sobre el proceso de trabajo y los objetos de consumo: la nueva distribución social de la productividad.....	154
6.1. Automatización y proceso de trabajo.....	158
6.2. Las consecuencias económicas de la automatización.....	176
6.3. La proyección del principio automático sobre la forma-objeto y el modo de consumo...	186
Notas.....	199
7. Producción capitalista y reproducción social: el marco global del consumo de masas.....	212
7.1. Consumo y desigualdad social en el capitalismo avanzado	214
7.2. La reformulación de la norma de consumo: expansión y socialización de las bases privadas de la acumulación.....	227
7.3. Del modo de consumir al modo de habitar: una nota sobre el marco espacial del desarrollo económico.....	236
Notas.....	247
8. Estado intervencionista y modelo de desarrollo intensivo: la gestión estatal de las bases para la reproducción de la fuerza de trabajo.....	253
8.1. Consumos colectivos y salarios indirectos: las políticas sociales del Estado intervencionista.....	266
8.2. Estado y relaciones industriales: el marco para el control político de la reproducción de la fuerza de trabajo.....	279

págs.

8.3. Política monetaria y - realización de los valores: un aspecto estructural de la inflación.....	291
8.4. Consideraciones fina- les sobre el Estado inter- vencionista y la reproduc- ción de la fuerza de traba- jo: concepciones teóricas y cuestiones prácticas.....	297
Notas.....	311

TERCERA PARTE

LA CRISIS DE LOS SETENTA ¿ CRISIS DE
UN MODO DE VIDA? Producción, consumo y
recesión económica.

9. La desarticulación del modelo de cre- cimiento de postguerra y las tendencias a una crisis general.....	326
Notas.....	340
10. Crisis del proceso de trabajo: variantes tecnológicas y sociales en el estancamiento de la producción mer- cantil.....	344
10.1 La crisis del tayloris- mo y del fordismo: los deter- minantes técnicos.....	350
10.2. Diseño industrial, mer- cado de productos y rigidez del proceso de trabajo.....	357
10.3. La crisis humana de la organización tradicional del trabajo.....	362
Notas.....	387

págs.

11. La crisis de la relación salarial: reproducción de la fuerza de trabajo, norma de consumo e inflación.....	394
11.1. Norma de consumo, pseudo realización de valores e infla ción galopante.....	398
11.2. La crisis de la relación salarial y el coste de repro-- ducción de la fuerza de traba- jo.....	408
Notas.....	417
 12. Los límites económicos y sociales del intervencionismo Keynesiano: la crisis de los consumos colectivos.....	421
Notas.....	449
 CONCLUSION: Vías de transformación de la producción mercantil y la reproducción de la fuerza de trabajo. La difícil - - - post-crisis.....	454
Notas.....	483
 BIBLIOGRAFIA.....	489

"El capitalismo funciona en este espacio casi caníbal: mercancías que consumir, hombres en estado de producir y de comer. Así el ritmo de crecimiento económico se acelera con la capacidad de consumir y producir con la angustia de la escasez, arma capitalista, miedo a ser comido".

JAQUES ATTALI.

"Yo no sé lo que es un hombre
No sé más que su precio".

Canción del comerciante.

BERTOLT BRECHT

"La relación de propiedad consiste en parte en que todo alimento sólo les llegue de la mano de su amo".

ELIAS CANETTI

"A las seis de la tarde la ciudad caía en manos de los consumidores. A lo largo de toda la jornada la gran ocupación de la población productora era producir : producían -- bienes de consumo. A una hora determinada, como por el disparo de un interruptor, dejaban de producir y, -- ¡andando!, se lanzaban todos a consumir".

ITALO CALVINO

P R E S E N T A C I O N

El conjunto de mecanismos que impulsaron las transformaciones históricas que, a su vez, permitieron el paso de una simple economía industrial de producción -limitada a la fabricación de bienes de equipo y de una corta serie de productos básicos- a una economía de mercado en la que se generalizan un gran número de mercancías con marca comercial destinadas a un consumo de masas; así como, los vínculos que se establecen entre este moderno universo -- mercantil y los procesos complementarios de reproducción de la fuerza de trabajo, acumulación de capital y crecimiento económico, han sido escasa y fragmentariamente estudiados.

De lo que sí disponemos, por el contrario, y además en -- abundancia, es de aportaciones que "sobreideologizan" --- fuertemente el tema hasta reducirlo a esa única dimensión. Así la "sociedad de consumo", que fue un tema, o mejor, un término, bastante tópico en todo tipo de literatura de los dorados años sesenta provocó dos tipos de análisis absolutamente contrapuestos, pero que compartían de partida -- esa visión "ideologizante" del problema. Por un lado, nos encontrábamos con aquellos que mediante una especie de -- "fenomenología descriptiva de la abundancia" trataban de hacernos ver como el consumo de masas se convertía en el instrumento que desterraba definitivamente la escasez y -- el miserabilismo de la sociedad industrial, asegurando el bienestar y convirtiéndose en el paradigma máximo de la --

progresiva modernización que el capitalismo experimenta por su propio impulso natural en esa dinámica interna que lo aleja tarde o temprano del subdesarrollo vergonzante. Por otro lado, aparecía un discurso teórico que se desarrollaba como el reverso simétrico del anterior comportándose como una auténtica "contraideología", en ese contexto el consumo era el medio perverso que servía para - la alienación, integración, sojuzgamiento y dominación - de "las masas" por parte de un homogéneo y todopoderoso "sistema" que mediante un consumismo ultraplanificado domesticaba los instintos liberadores del individuo.

El tema de la "sociedad de consumo" se agotaba a la sazón en su misma instrumentalidad, era más un mero pretexto -- para la apología y la legitimación intelectual, más o menos expresa, del capitalismo contemporáneo (o bien para justificar el "gran rechazo" ético a la sociedad industrial avanzada) que un estudio sustantivo sobre la nueva estructura social que tal fenómeno comportaba.

Con la crisis de los años setenta ambos discursos -que reseñaremos ampliamente en las páginas siguientes- se quebraban bruscamente por su base al introducirse de nuevo y de una manera manifiesta la escasez en el espacio económico, y al verse que las posibilidades de crecimiento del capitalismo avanzado encontraban límites cíclicos objeti-

vos con las subsiguientes secuelas de conflicto y corporatización social, movilizadoras y desmovilizadoras a un mismo tiempo. Pocas de las conclusiones que se deducían, de esta manera, en el tema del consumo de aquellas obras se sostenían por sí mismas, cuando en realidad, y a pesar de la crisis, la estructura de consumo en las sociedades industriales se mantenía asentada sobre los mismos fundamentos en los que se había basado en los años de crecimiento ultraexpansivo, aunque lógicamente afectada por las circunstancias particulares que se empiezan a atravesar. Todo esto nos muestra como a partir de esos presupuestos teóricos y metodológicos era imposible no sólo ya explicar la crisis, sino relacionar ésta con el proceso concreto de consumo.

Nosotros, sin embargo, partimos de un enfoque radicalmente diferente, al considerar el proceso de consumo como un proceso eminentemente material: el proceso de apropiación desigual por los diferentes grupos sociales de los productos del trabajo colectivo, por el cual los seres humanos se mantienen y se reproducen como individuos y como individuos sociales, es decir, como seres humanos con una personalidad dada en un marco socio-histórico concreto. Lo que no quiere decir que neguemos la evidente importancia simbólica o ideológica de las prácticas de consumo, sino que consideramos que estas dimensiones se integran en la

dinámica de evolución de las relaciones de producción/consumo de las economías capitalistas, donde el advenimiento del consumo de masas no responde a la suprema voluntad -- integradora del "sistema", sino a la extensión de un modelo de acumulación/reproducción de la fuerza de trabajo -- cuya lógica intrínseca es la del desarrollo de la producción capitalista.

Planteadas así las cosas resulta que el incremento de mercancías para el consumo que ha experimentado la economía occidental es tanto un resultado como una necesidad para la reproducción ampliada de capital: la continua producción y circulación de bienes que tienen como misión reconstruir el sistema de consumos corrientes y duraderos de la fuerza de trabajo es el supuesto para una acumulación sostenida. El estudio en profundidad de este proceso será el eje central de nuestro trabajo, que no es otra cosa que el análisis del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo desde una perspectiva histórico-social, tratando de relacionar el modo de consumo con las coordenadas generales del modelo económico de acumulación, las prácticas sociales que sobre él se articulan (prácticas contradictorias, ideológicas, multidimensionales, desiguales y concretas) y, por todo ello, con el contexto histórico global en que tal proceso se desarrolla. De esta forma nos distanciamos, ya de entrada, de todos aquellos programas de investigación que insisten en reducir este comple-

dinámica de evolución de las relaciones de producción/consumo de las economías capitalistas, donde el advenimiento del consumo de masas no responde a la suprema voluntad -- integradora del "sistema", sino a la extensión de un modelo de acumulación/reproducción de la fuerza de trabajo -- cuya lógica intrínseca es la del desarrollo de la producción capitalista.

Planteadas así las cosas resulta que el incremento de mercancías para el consumo que ha experimentado la economía occidental es tanto un resultado como una necesidad para la reproducción ampliada de capital: la continua producción y circulación de bienes que tienen como misión reconstruir el sistema de consumos corrientes y duraderos de la fuerza de trabajo es el supuesto para una acumulación sostenida. El estudio en profundidad de este proceso será el eje central de nuestro trabajo, que no es otra cosa que el análisis del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo desde una perspectiva histórico-social, tratando de relacionar el modo de consumo con las coordenadas generales del modelo económico de acumulación, las prácticas sociales que sobre él se articulan (prácticas contradictorias, ideológicas, multidimensionales, desiguales y concretas) y, por todo ello, con el contexto histórico global en que tal proceso se desarrolla. De esta forma nos distanciamos, ya de entrada, de todos aquellos programas de investigación que insisten en reducir este comple-

jo entramado estructural a un cómodo progreso lineal positivo o negativo, ya sean los derivados del mecanicismo puesto en voga por tanto manual pseudomarxista y su célebre teoría de la depauperación, ya sean aquellos procedentes del funcionalismo más conservador, que **acaban** presentándonos este proceso como una simple evolución de las actividades, motivaciones y comportamientos de las "economías familiares" en el ajuste permanente de sus continuas demandas a los niveles de ingreso, o ya sean, finalmente, aquellos otros que nos proponen el estudio del consumo -- como un fenómeno meramente ideológico, mecanismo de dominio garantizado para un capitalismo "programado" en su -- progresiva tecnocratización.

Para nuestra empresa hemos adoptado conscientemente, casi militantemente, un enfoque interdisciplinario en el que diferentes métodos y aportaciones de carácter histórico, sociológico y económico se combinan para tratar de conseguir una perspectiva totalizadora no sólo ya del proceso particular que estamos estudiando, sino también, de como este proceso condiciona y es condicionado por el movimiento general del modo de producción y reproducción social. En buena medida lo que hacemos es retomar una trayectoria intelectual que se remonta al nacimiento mismo de las -- ciencias sociales : la de la economía política, hoy en --

día experimentando un feliz resurgir en amplios círculos de investigación, pero después de haber pasado por años de olvido y arrinconamiento, años donde la potente desintegración e instrumentalización registrada en las disciplinas académicas dominantes -quizás necesaria para la propia especialización y evolución de las ciencias humanas en ciertos aspectos, más nunca justificable como modelo obligatorio de estudio social- había acabado con las alternativas teóricas que comenzaban el conocimiento de la sociedad a partir del análisis de la estructura general de sus relaciones de clase y las habían sustituido por un desmenuzamiento analítico extremo que vaciaba de contenido conflictivo el estudio de las relaciones económicas -- dándole un carácter "objetivo", formal, ahistórico y universal.

De igual manera este tipo de acercamiento generalista y multidimensional a los problemas sociales presupone en la práctica una metodología que se aleje tanto de un abusivo empirismo abstracto -que reduce los hechos sociales a datos formales que cuantifican o clasifican la realidad social, pero jamás expresan el sentido de su funcionamiento ni los orígenes reales de sus mutaciones, deviniendo lo socio-lógico en meramente socio-gráfico y la investigación en tecnología -, como de un estéril teoricismo idealista- donde el conocimiento y la observación histórica son sustituidos por un conjunto de hipótesis mejor o peor trabadas, más o menos imaginativas, pero siempre

viviendo una existencia "autónoma" y, por consiguiente, puramente retórica-; es evidente que lograr plasmar en el resultado final de nuestro trabajo un objetivo como éste es - un anhelo que está siempre presente, pero sólo en ocasiones se realiza plenamente, son demasiados los límites de todo tipo que concurren en la realización de un estudio como - el que ahora presentamos -sobre todo los que se derivan de su propio autor- como para conseguir llevar a efecto siempre estas pretensiones de "totalidad" (en el sentido de alcanzar el conocimiento de una totalidad concreta estructurada), pero al fin y al cabo son los límites de una obra los que acaban definiendo invariablemente su significado último.

INTRODUCCION

LOS PROBLEMAS TEORICOS EN EL ANALISIS DEL ORIGEN Y
DESARROLLO DE LA ESTRUCTURA DE CONSUMO DEL CAPITA-
LISMO INDUSTRIAL.

Es paradójico observar el enorme desfase existente entre el importante papel aparente que dedican las que generalmente aceptamos como "ciencias sociales" a los temas del consumo -recurso retórico siempre socorrido para cerrar cualquier discurso sobre la dinámica económica y sus consecuencias humanas-, y el lugar real que ocupa en los esquemas teóricos sobre desarrollo y crecimiento económico, siempre efecto o "resíduo" de diferentes causas impulsoras, de tal manera que los "niveles de vida" o las "estructuras de consumo" no quedan integrados como factores fundamentales en la acumulación de capital, sino que se presentan en un lugar externo, constantemente determinado; la fuerza de trabajo aparece entonces como una mercancía perfectamente maleable y su reproducción, curiosamente, como un proceso más cercano a lo mecánico que a lo realmente social.

Así, por ejemplo, si observamos los principios programáticos -- que establece sobre la evolución económica el conocido divulgador francés de las "teorías cuantitativas" del crecimiento, Jean Fourastié, nos encontramos que: "El progreso técnico es, pues, el factor determinante de la evolución económica contemporánea. Si no hubiera existido progreso técnico, la producción no habría sido creciente. Si la producción no hubiera sido creciente, es evidente que el consumo no habría podido ser creciente, y si el consumo no hubiera sido creciente, la elección del consumidor -- no habría podido ejercitarse y modificar la estructura de la -- producción" (1). Con lo que en esta sentencia se nos resumen -- los dos postulados fundamentales de las teorías convencionales sobre el consumo: de un lado, la pretensión de sustituir un proceso histórico-social (por lo tanto, concreto, contradictorio, empírico, conflictivo, total, etc.) por una progresión acumula-

tiva unidireccional, equilibrada y abstracta; de otro, el -
inexpugnable principio neoclásico de la "soberanía del con-
sumidor" sobre el mercado capitalista, remodelando constan-
tente la producción según la expresión de sus preferencias.
Nos detendremos, a continuación, a comentar más tranquila-
mente estos dos tópicos constantemente presentes en la lite-
ratura especializada que nos ocupa y, quizás lo más impor-
tante, en muchas de las opiniones generalizadas sobre nues-
tro tema.

A) En la primera perspectiva, la "sociedad de consumo" apare-
ce como el resultado necesario del impulso interno gene-
rado por la suma de los beneficios alcanzados en la sustitu-
ción progresiva de tecnologías. Normalmente este crecimiento
económico -al que se suele asociar algún indicador estadís-
tico para cuantificarlo- se convierte automáticamente en una
sucesión de "categorías históricas" simplemente establecien-
do marcas de clase en la variable medida. Aparece, por lo --
tanto, una tipología destinada a clasificar las distintas -
sociedades nacionales según su posición en el proceso de cre-
cimiento. Invariablemente a las etapas que coronan esta as-
cética escalada, que toda economía en su misma génesis está
dispuesta para realizar, las veremos denominadas como socie-
dad de consumo de masas o expresión similar (2); pasándose -
después siempre a describírsenos un mundo en el que el "bien-
estar" (medido en la disponibilidad de objetos materiales) -
se ha generalizado, el consumo está al alcance de cualquier
ciudadano, sin la existencia de desigualdades o discrimina-
ción importantes y la abundancia es la norma social, mien- --
tras que paralelamente, la urbanización y la motorización se
extienden arrollándolo todo. O sea, que se nos presenta una
sociedad tan rica, tan atiborrada de bienes materiales, que
incluso ella misma ya empieza a poner sus miras en otros ob-
jetos y actividades mucho más sublimes que el simple y mate-
rialista alto consumo de masas.

Parece evidente que no consideramos este tipo de elaboración teórica el punto de partida más adecuado para nuestro trabajo. Son demasiados los sesgos e intencionalidades que conlleva desde su formulación como para hacerla operativa; ya su metodología -la construcción de un modelo evolutivo y funcional en el que se utilizan ciertos datos "históricos" para ilustrar sus categorías- es un terreno abonado y fértil para conseguir resultados tan profundamente desvirtuados tanto por el etnocentrismo -qué es esa sociedad de consumo de masas más que la idealización de los países capitalistas occidentales ocultando su indispensable dominación del sistema mundial, en el que se basan y del que se sirven para conseguir su abundancia (3)-; como por las connotaciones ideológicas que presiden su visión del marco social del desarrollo; en palabras que dedica el historiador francés Pierre Vilar a las obras de Jean Fourastié (pero perfectamente aplicables a los estudios de Rostow, Kahn y Wiener, etc.): "Es cierto que desde 1950, gracias a la pluma de divulgadores aplaudidos -- oficialmente, el optimismo del largo plazo se ha convertido de la noche a la mañana en la forma preferida del conformismo fácil; dado que el obrero actual disfruta de una comodidad con la que Luis XIV no hubiera ni soñado, ¿de qué íbamos a preocuparnos y de qué iba a quejarse?. Tal es el eje del pensamiento (cuando no todo el contenido) de la obra de Jean Fourastié" (4).

El mismo autor prosigue generalizando magníficamente un poco más adelante: "tal literatura sugiere (o da por sobreentendido) que las ganancias de productividad repercuten inmediatamente en el consumidor y, por tanto, en el trabajador, con lo que resulta que éste se ve invitado a aceptar, a favorecer con su actitud la innovación técnica, la racionalización del trabajo, la intensidad, la eficacia de éste, en el marco

de una economía y de una sociedad evidentemente creadoras".

De estas líneas deducimos, por lo tanto, que en vez de servir de categoría de análisis, la teoría de las etapas del crecimiento (fases, tipos, niveles, etc.) y su coronación por una sociedad de la abundancia generalizada y uniformada : "la sociedad de consumo", no es más que una de las muchas formas - mitológicas de conceptualizar, describir y defender una realidad mucho más sencilla, pero, a la vez, mucho más rica, -- multidimensional, conflictiva y difícil: el capitalismo contemporáneo.

B) La otra concepción dominante en la formulación de las teorías sobre el consumo es la teoría microeconómica del comportamiento racional del consumidor (5) y su soberanía en el sistema económico general. Esta perspectiva, nacida de la revolución marginalista en las décadas finales del siglo XIX, asume la sustitución del trabajo por "la utilidad" -la capacidad de un bien de satisfacer las necesidades humanas- como fuente primitiva del valor. Tal transformación teórica representó un cambio fundamental del eje sobre el que se articula el análisis económico: de la observación de las relaciones socioeconómicas objetivas de los hombres en su calidad de -- productores se pasó al estudio de las relaciones subjetivas entre el hombre individualmente considerado y los objetos -- acabados en cuanto que satisfacen una necesidad, esto es, el estudio del hombre como consumidor. Todo ello implica que el hecho económico mismo se asociase a un espacio muy delimitado de la vida social: el mercado -que en un principio se postulaba como de competencia perfecta-, y la formación de los precios el problema principal a tratar, resolviéndose a partir de este esquema explicativo cualquier problema que se plantee

en el campo de la economía (6).

La teoría marginalista sobre estas bases realiza una complicada construcción formalista y matematizada en la que se -- acaba determinando un lugar de equilibrio al que siempre --- tiende el mercado y en el que todos los agentes económicos - encuentran su posición óptima maximizando las empresas sus - beneficios y cada consumidor individual su satisfacción. Los consumidores -simple agregado de actos de consumo individuales- que en cualquier lugar y ocasión tienden a maximizar su utilidad (principio de la racionalidad del consumidor) siempre se expresan eligiendo aquello que garantiza una satisfacción más elevada y con ello reconducen la producción por los lugares que tienen interés; en la famosa comparación de Samuelson: con su dinero el consumidor hace lo que con sus votos el elector, consigue tener las cosas que justamente quiere tener. Al igual que de la soberanía del ciudadano en el sistema democrático político, hay que hablar de la soberanía del consumidor en el sistema económico capitalista.

Además de que es una teoría tan evidentemente rebatida por los hechos cotidianos como para resultar de alguna fiabilidad, tampoco sus principios constitutivos nos ayudan demasiado a avanzar en el camino que nos hemos trazado. Al aparecer como una teoría subjetiva del valor basada en la utilidad y en cuyo esquema se ocultan los elementos de clase de los agentes económicos, las relaciones sociales desaparecen y las unidades relevantes para el análisis son siempre las unidades individuales, no existiendo, pues, nunca grupos cuyos objetivos o actuaciones se encuentren más allá de las que caracterizan las unidades individuales. Por este camino nos encontraremos que, sea cual sea su nivel de agregación, los elementos colectivos no presentan comportamientos propios que no -

sean el simple sumatorio de comportamientos individuales, desaparece así la dimensión institucional de la sociedad que queda conformada por un grupo de individuos soberanos no sometidos a ninguna relación como ser social; particularmente, el consumo no tendrá más vínculo con el resto de los procesos económicos que el mercado y la formación de los precios.

De las leyes sociales que regulaban la economía clásica pasamos a la pretensión explícita de formalizar leyes naturales basadas en los "principios inmanentes a la personalidad" (la maximización de su utilidad) de carácter universal, no es necesario, por lo tanto, que aparezca la historia porque en -- cualquier época existirá un ser racional que actúe según este principio -- el tiempo (cuando se introduce en los modelos bajo los supuestos del corto, medio y largo plazo), es un -- tiempo lógico, no una secuencia de hechos reales-. En suma, nos encontramos ante un esquema asocial y armónico que aunque dedicándole al consumo un papel fundamental en la construcción de un enorme aparato formal, su conexión con los movimientos generales del sistema económico sólo se hace en un punto concreto: en la consecución garantizada de sucesivos precios de equilibrio. Los economistas franceses Jaques Attali y Marc Guillaume resumen convenientemente lo que hemos comentado -- aquí cuando dicen: "la lógica del análisis precedente sería -- en última instancia aceptable en el caso de que los ingresos y los precios fuesen las únicas variables que asegurasen la interdependencia entre consumo y producción, es decir, que -- las demás variables reflejan ser tan sólo la psicología de un consumidor sometido a la cultura y a la historia de la sociedad en que vive, pero que fuese independiente de todas las -- características de la producción. En realidad, el consumo va unido a un modo de organización social y su interdependencia respecto a la producción se realiza a través de variables múltiples.

Basta además observar que los productos existen antes que las necesidades expresadas para invalidar el presupuesto sobre el que se basa cualquier modelo marginalista" (7).

* * *

En directa confrontación con estas corrientes surgieron, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, en plena efervescencia del milagro económico de postguerra, teorías alternativas sobre el consumo definidas justamente en la negatividad absoluta; en ellas se trataba de demostrarnos la terrible capacidad manipuladora, deshumanizadora y alineante de una sociedad que basa su funcionamiento en el hedonismo consumista y la explotación de falsas necesidades. La abundancia -que sólo significaba ventajas y había consagrado al consumidor como rey del mercado según los propagandistas del crecimiento a ultranza y las teorías marginalistas- no es más, según estos otros autores, que la trampa que sirve para encadenar al individuo a un sistema de dominación económica perfectamente engranado y sin fisuras, donde el despilfarro y la opulencia privada son la pantalla que ocultan la miseria de las relaciones sociales, y donde la protesta se convierte en una mercancía perfectamente comercializable.

El programa que se nos abre al intentar reseñar someramente estas teorías es amplio y frondoso. Entre los primeros trabajos aparecidos (generalmente norteamericanos o escritos por europeos dentro del mundo cultural norteamericano) se situaba por un lado, el discurso ambiguo, entre crítico y propagandístico de John Kenneth Galbraith, indudable revitalizador de las tesis institucionalistas de Veblen (especialmente las del consumo ostentoso) (8), sobre el "orden invertido", esto es,

de cómo la moderna corporación monopolista ha sustituido el - mercado por la programación y la planificación -la publicidad, las campañas de ventas, el crédito al consumo, etc.-, creando, de esta forma, la demanda y decidiendo lo que querrá y pagará el consumidor, despojándole de cualquier soberanía; la sociedad se hace así opulenta hasta tal punto en que ya la desigualdad no es el problema relevante, sino el que los bienes de -- consumo privado hayan desbordado la infraestructura pública.

Por otro lado, como punto extremo del mismo continuo, aparece la obra mucho más profunda, culta, políticamente avanzada y - genuinamente crítica del filósofo de la Escuela de Frankfurt, emigrado a los Estados Unidos, Hebert Marcuse, cuyo "hombre uni dimensional" es el tope máximo en solidez y refinamiento de - la literatura que en estos momentos comentamos; creemos que - la cita que sigue resume sobradamente su línea general de argumentación sobre el consumo: "nos encontramos ante uno de los aspectos más perturbadores de la civilización industrial avan zada : el carácter racional de su irracionalidad. Su producti vidad y eficiencia, su capacidad de incrementar y difundir -- las comodidades, de convertir lo superfluo en necesidad y la destrucción en construcción, el grado en que esta civilización transforma el mundo-objeto en extensión de la mente y el cuer po del hombre hace cuestionable hasta la noción misma de alie nación. La gente se reconoce en sus mercancías; encuentra su alma en su automóvil, en su aparato de alta fidelidad, su casa, su equipo de cocina. El mecanismo que une el individuo a su sociedad ha cambiado, y el control social se ha incrustado en las nuevas necesidades que ha producido" (9).

Entre estos dos pntos fundamentales de referencia podemos situar una avalancha de trabajos en la misma onda, pero quizás

merecen una atención especial los estudios sobre la motivación y la publicidad, lanzados, siguiendo la línea del "Institute for Motivational Research", principalmente por Ernest Dichter y Vance Packard (10). Sus libros son largos y divertidos anecdotarios en los que se nos va relatando cómo una adaptación ramplona del psicoanálisis ha servido para manipular al sufrido consumidor norteamericana por medio del conocimiento -y posterior utilización de cara a la "imagen de marca"- de sus motivaciones profundas, presentándonos a los técnicos en investigación de mercados como los todopoderosos poseedores de las recetas mágicas que sirven para descomponer cualquier comportamiento del consumidor-tipo (ser abstracto siempre fácilmente guiable) en un conjunto limitado de "motivaciones profundas" de carácter general.

Ultimamente este mismo discurso se ha vestido con bonitos ropajes futuristas convirtiendo la sociología y la economía -- del control del consumidor en una curiosa ciencia-ficción en la que todos los males quedarán atrás y todas las ventajas serán el resultado del ultradesarrollo de las tecnologías que -- en su estado embrionario provocaban enormes disfuncionalidades; el "shock" del futuro y la "tercera ola" están en marcha para poner arreglo a la vieja situación: "La misma persona que (como productor) era aleccionada por la familia, la escuela y el jefe a renunciar a la gratificación, a ser disciplinada, controlada, morigenada, obediente, a ser un jugador de equipo, era simultáneamente aleccionada (como consumidor) a buscar la gratificación instantánea, a ser hedonista, más que calculadora, a prescindir de la disciplina, a proseguir su placer individual, en resumen, a ser una clase totalmente distinta de persona. En Occidente, sobre todo, se dirigió sobre el consumidor toda la potencia de la publicidad, urgiéndole a --

pedir prestado, a comprar sin reflexión, a "vuele ahora, pague después", y con ello, a realizar un servicio patriótico por mantener en funcionamiento las ruedas de la economía" (11). Sin embargo, el futurible es mucho más agradable: la nueva tecnología va a permitir que la escisión entre productor y consumidor se acabe, el milagro microelectrónico y genético permitirá la consecución de un hogar en el que trabajo, consumo y ocio queden definitivamente unificados; entramos en la época del prosumidor no dominado por el mercado (12).

* * *

Cuando el tema fue recogido por la tradición intelectual -- francesa cobró nuevos bríos. La preocupación llegó, lógicamente, con cierto retraso respecto a los primeros trabajos norteamericanos viniendo a coincidir con los orígenes, ascensión, y sobre todo, la muerte del movimiento de Mayo del 68, dándole ésto un carácter entre "totalizador", y apocalíptico que conectado muy bien con la acostumbrada obsesión francesa de generar sus constantes "nuevas modas" culturales -- que cada cierto tiempo se reclaman la alternativa única a tener en cuenta sobre el asunto en cuestión y nos invitan a olvidar cualquier otra cosa escrita al respecto -- nos intentaba -- dar una solución definitiva y radicalmente diferente a los -- problemas del consumo.

Primeramente el objetivo fue reconducir toda la problemática por los viejos canales de la alienación y la sociedad programada como es el caso de Alain Touraine (13) y particularmente de Henri Lefebvre que en un importante libro, publicado en su edición original curiosamente en 1968 (aunque arrancando

de un antiguo trabajo del mismo autor), al buscar un nombre para la sociedad actual llega precisamente al de "sociedad - burocrática del consumo dirigido", según lo cual, "de este modo se subrayan tanto el carácter racional de esta sociedad y los límites de tal racionalidad (burocrática) como el objeto que organiza (el consumo en lugar de la producción) y el plano al que dedica su esfuerzo para asentarse en él: lo cotidiano" (14). Pero cuando se alcanza verdadera novedad y sofisticación es cuando entra en juego la semiología y toda la metodología y el lenguaje del estudio de "los signos" es empleada para el estudio específico del consumo.

No vamos, por supuesto, a entrar aquí, ni es el momento ni el lugar indicado para ello, en el complejo proceso epistemológico que lleva a estudiar el consumo desde el punto de vista de sus valoraciones simbólicas -proceso, desde luego, coherente, necesario y fructífero en cuanto a sus resultados-, sino a constatar algunas de sus conclusiones más generales, en cuanto vienen a plantearse como alternativas globales para la definición del tema que aquí nos ocupa: la de alcanzar un marco teórico que nos ayude a estudiar las relaciones entre los cambios en las estructuras sociales del consumo y la dinámica del desarrollo económico.

Tomando como punto de referencia la obra del sociólogo francés Jean Baudrillard vamos a indicar sucintamente algunos de estos aspectos básicos que nos preocupan. Para Baudrillard -verdadero fundador de una "economía política del signo" el valor de cambio económico queda transmutado en la sociedad actual en valor de cambio/signo: la mercancía adquiere la forma de signo, la economía se transforma en un sistema de signos y el poder económico es ahora dominación social a través

del control minoritario de las significaciones: "Es a partir del momento (teóricamente aislable) en el que el cambio no es ya puramente transitivo, cuando el objeto (la materia -- del cambio) se inmediateza en cuanto a tal, reificándose como signo.

El objeto-signo ya no es dado ni cambiado : es apropiado, poseído y manipulado por los sujetos individuales como signos, es decir, como diferencia codificada. Es él, el objeto de consumo y él es siempre relación social abolida, reificada, "significada" en un código (15). De tal manera que la producción es exclusivamente definida en función de su capacidad de generar valores/signo: "Hoy el consumo -si este consumo tiene un sentido distinto al que le da la economía vulgar- define precisamente ese estado donde la mercancía es inmediatamente producida como signo, como valor/signo, y los signos (la cultura) como mercancía" (16). Y, del mismo modo, el consumo también - es presentado desde la óptica -y esto es fundamental- única y excluyente de su valor simbólico : "El consumo no es ni una - práctica material, ni una fenomenología, de la "abundancia"; no se define ni por el alimento que se digiere, ni por la ropa que se vista, ni por la sustancia oral y visual de las imágenes y de los mensajes, sino por la organización de todo esto en sustancia significativa; es la totalidad virtual de todos los objetos y mensajes constituidos desde ahora en un discurso más o menos coherente. En cuanto que tiene un sentido, el consumo es una actividad de manipulación sistemática de signos (...). Para volverse objeto de consumo es preciso que el objeto se vuelva signo" (17).

Lo que nos queda por ver en esta sumaria visión de algunas de las concepciones fundamentales de Baudrillard -y de muchos de sus seguidores- es la forma en que articula en su esquema teó

rico la producción y el consumo, los efectos políticos y sociales del sistema de consumo, así como, finalmente, la lógica de reproducción y supervivencia de tal sistema en las llamadas -también por este autor- "sociedades de consumo".

Así, podemos asegurar que en la actualidad la producción de mercancías ha quedado definitivamente subsumida y determinada por el movimiento general de producción y consumo de significaciones, gracias a las enormes potencialidades productivas del nuevo capitalismo le resulta muchísimo más fácil producir las mercancías que venderlas, el eje de lo social ha pasado de la producción al consumo: "En el fondo, sucede con el sentido como con la mercancía. Le fue suficiente al capital con producir unas mercancías, pues el consumo funcionaba solo. Hoy en día hay que producir a los mismos consumidores, hay que producir la demanda misma y esa producción es infinitamente más costosa que la de las mercancías (lo social nació en gran parte, a partir de 1929 sobre todo, de esa crisis de la demanda: la producción de la demanda recobre muy ampliamente la producción de lo social mismo)" (18).

La lógica social de este sistema de consumo es la lógica de la diferenciación, la jerarquización y del dominio por el capital del código que regula la producción simbólica, la sociedad de consumo funciona como un proceso de clasificación y de diferenciación, esto es, en una dinámica constante de selección de signos que jerarquizan a los grupos sociales manteniendo su estructura de desigualdad y dominio. La diferenciación se va renovando continuamente gracias a la innovación y remodelación permanente de las formas/objeto a las que se accede de manera radicalmente diferente según la po-

sición de clase: las clases dominantes se consagran como modelos, imposibles de alcanzar por definición, que marcan las diferencias, haciéndose punto de referencia de cualquier acto de consumo que es apreciado individualmente como una acción aislada y soberana, siendo en realidad un hecho de significación social programada.

En palabras del propio Baudrillard: "El consumo es una institución de clase como la escuela: no hay solamente desigualdad ante los objetos en el sentido económico (la compra, la elección, el uso están regidos por el poder adquisitivo, el grado de instrucción, así como están en función de la ascendencia - de clase, etc.)- en una palabra, todos no tienen los mismos - objetos del mismo modo que no todos tienen las mismas oportunidades escolares-, pero más profundamente hay discriminación radical en el sentido en que sólo algunos acceden a una lógica autónoma, racional, de los elementos que le rodean (uso funcional, organización estética, realización cultural), esos no tienen necesidad de los objetos y no "consumen" propiamente hablando, estando los otros consagrados a una economía mágica, a la valoración de los objetos en cuanto que tales, y de todo lo demás en tanto que objetos (ideas, ocio, saber, cultura) : esta lógica fetichista es propiamente la ideología del consumo" (19)

El modo de regulación, reproducción y mantenimiento de esta sociedad de consumo es contundente y aterradoramente eficaz: la simulación, la apariencia de realidad ha terminado con la realidad misma, la práctica del consumo que se autoreviste de un carácter real y positivo, presentando, para remarcar su imagen de verosimilitud, a todos los individuos como elementos -- idénticos de una "totalidad consumidora", está, sin embargo en la negación y la reversión de lo real, los signos nada tienen que ver con ningún tipo de realidad son creados precisamente -

para enmascarar la ausencia de ella, ahora es la realidad la que quiere y tiende a funcionar como los signos producidos -- para, teóricamente, representarla, pero lo cierto es que para lo que verdaderamente sirven es para dominarla. "De ahí la -- histeria característica de nuestro tiempo: la de la produc -- ción y reproducción de lo real. La otra producción, la de valo res y mercancías, la de las buenas épocas de la economía polí tica carece de sentido propio desde hace mucho tiempo. Aque -- llo que toda una sociedad busca al continuar produciendo, y -- superproduciendo, es resucitar lo real que se le escapa. Por eso tal producción "material" se convierte hoy en hiperreal. Retiene todos los rasgos y discursos de la producción tradi cional, pero no es más que una metáfora". (20).

* * *

Si bien es necesario empezar recalcando que la mayoría de es tas aportaciones "críticas" que hemos venido recogiendo hasta aquí son indispensables para el estudio de aspectos parciales de los fenómenos de consumo y así van a aparecer en todo lo -- que sigue de nuestro trabajo, es el momento también de seña -- lar sus indudables limitaciones, desenfoques y, sobre todo, -- excesos absolutizadores a la hora de tratar de conectar el -- consumo con la dinámica social general.

Como puntualización global a toda esta tendencia teórica de la "domesticación total" por el consumo, podríamos empezar dicien do que en ella invariablemente se nos acaba situando ante un mundo absolutamente dominado y manejado por un supremo poder, cuyo instrumento principal es el consumo y su esfera de domina

ción es evidente, por lo dicho, que tiene que ser ideológica; lo que conlleva un universo apocalíptico, bloqueado en el que no existe otra posibilidad de cambio histórico que el propio que imponen los aparatos de control social. Al encontrarnos ante este consumidor dominado, controlado, dirigido, esclavizado, etc., al igual que cuando nos hallábamos frente ante aquel otro consumidor perfectamente libre para exponer sus preferencias que nos proponía la teoría económica ortodoxa, acabamos eliminando las condiciones concretas de producción, distribución, circulación y -cambio. Otra vez no existen transformaciones ni contradicciones, otra vez estamos situados en un universo abstracto en el que la "armonía" natural ha sido sustituida por un tajante orden (no menos armónico) impuesto por ese "capital" perfectamente homogéneo, omnipotente, omnipresente y eterno, separado de cualquier connotación histórica. Otra vez en suma, la conexión entre producción y consumo, aparece como un hecho f6rmal, ret6rico, como un elemento "dado" cuya forma concreta no determinará decisivamente la valorización y acumulación del capital.

Entraremos más concretamente en las particularidades de cada uno de estos planteamientos, dividiéndolos claramente -de cara a su sistematización- en dos corrientes fundamentales : la más antigua, representada por las tesis sobre el capitalismo plenamente programado y, por otra parte, la más reciente, autodenominada economía política del signo, no tan separada de la anterior como se intenta proclamar.

En primer lugar, y a mi nivel social general es inaceptable la idea de un capitalismo de organización que ha conseguido "integrar" todo conflicto dentro de una racionalidad tecnológica absoluta; sería pretender que el sistema social pue-

de ser dirigido a placer desde uno de sus puntos, cuando, en realidad, su movimiento es el resultado de un conjunto de prácticas sociales que se interrelacionan y se determinan unas a otras, donde sus agentes actúan según perspectivas históricas concretas y donde un determinado marco de relaciones de producción va generando contradicciones y conflictos; de tal modo que la competencia capitalista (sea al nivel de concentración que se quiera), el enfrentamiento capital-trabajo, las luchas corporativas, los movimientos sociales y los instrumentos de dominación, organización y control, tanto económicos como específicamente políticos, generan no un capitalismo de organización, sino un sistema que "es tan sólo una combinación híbrida y bastarda de organización y anarquía" (21)

Por lo que se refiere al tema particular del consumo, la creación de las necesidades, la publicidad y las motivaciones; tampoco es posible dar crédito a una visión tan simplista, mecánica, asocial y funcional como la que nos ofrecen los psicólogos de las "motivaciones profundas" -- (Packard, Dichter, etc.), definidas también, implícita o explícitamente por autores dedicados a otras materias y -- mucho más conocidos (Marcuse, Galbraith ...). Intentar reducir el comportamiento del consumidor a una manipulación de las preferencias individuales realizada por las grandes corporaciones a través de ciertos miembros de su "tecnestructura", despóticos dominadores de un conjunto de infalibles recetas motivacionales que puestas en uso dan siempre como resultado (como si de un simple experimento de impulsos y reflejos condicionados se tratara) las actuaciones -deseadas y previstas, es fetichizar y darle la categoría -

de mágicas a unas técnicas que aunque de demostrada tremenda eficacia, y de uso ya imprescindible en las estrategias de empresa moderna, tienen tanto su grado de efectividad limitado como su contexto de aplicación, social y económicamente demarcado, lo que hace -según señala muy bien un investigador español con sobrados conocimientos en el campo de los estudios de mercado, Alfonso Ortí- que: ni el consumidor sea una página en blanco sobre la cual se pueda -- inscribir cualquier designio o capricho empresarial, ni la publicidad pueda imponer cualquier hábito de consumo sin tener en cuenta una praxis social que la decodifica y la remodela, ni el proceso de creación y difusión de las imágenes de marca de los productos puedan aislarse de los más "tradicionales" mecanismos de la competencia y centralización capitalista, ni, mucho menos aún, podemos encontrar -- una metodología abstracta de la motivación que venza por sí sola las barreras que establecen las condiciones históricas, sociales, económicas, etc., de cada caso : la llamadas motivaciones profundas no pasan de ser más que un último componente --o nivel metodológico más o menos autónomo-- en el complejísimo y multidimensional proceso motivacional global de la demanda de cualquier marca/producto ((...)) como para todos los restantes componentes del proceso motivacional global, la caracterización real de las motivaciones "profundas" (latentes, preconscientes e inconscientes) de cualquier hábito de consumo ha de realizarse mediante el análisis de su articulación específica con todas las determinaciones concretas "no profundas" de tal hábito de consumo (condicionamientos sociales y económicos externos, -- etc., etc.). Lo cual, por cierto, impone la carga de su investigación empírica concreta en cada caso, y condena el --

recurso de las fáciles recetas genéricas que pretenden reducir la comprensión del comportamiento del consumidor a un repertorio de motivaciones abstractas más o menos profundas. (22).

La otra corriente crítica sobre el consumo nos viene de la mano de la utilización de la semiología para el análisis de las redes de significación que se articulan sobre los objetos, diseños, marcas, imágenes y discursos de consumo; elementos todos ellos destinados según esta apreciación teórica, a la clausura absoluta del universo social por parte de ese universo simbólico predeterminado que lo domina en su totalidad, lo que en las altisonantes palabras de un discípulo aventajado de Baudrillard suena así : "Habitante de un mundo que le señala desde fuera, el individuo se ha convertido en la referencia de un sistema carcelario cuyas rejas tienen la transparencia de cadenas significantes llenas de solicitud" (23).

Creemos que para abordar correctamente el asunto debemos separar dos problemas: primero, parece evidente que los análisis semiológicos están ofreciéndonos unos interesantísimos resultados en sus estudios sobre diferentes ámbitos de la actividad cotidiana y, que aunque existen dificultades lógicas para aplicar y generalizar una disciplina cuyos presupuestos originales se destinaban casi exclusivamente a la lingüística, también en el campo del consumo, en cuanto lugar de abundantes y recargadas significaciones y evocaciones, tales trabajos resultan imprescindibles. (24).

Lo que constituye verdaderamente el problema es la segunda parte del proceso (que ya menos autores se atreven a emprender

der), esto es, la absolutización de lo simbólico hasta el punto de recubrir o anular cualquier otra función social del consumo y, específicamente, aquella que lo vincula a la producción y distribución del excedente económico de una determinada sociedad. Pero perder esta perspectiva es relegar al consumo a un lugar indeterminado donde su única misión consistiría en servir de mero aparato de control ideológico: "esta semiología propone una lectura de significantes, pero pocas veces una genealogía de los significados; ve en todas partes el sentido o la ideología sin poder denunciar jamás, en la explotación o la enajenación capitalistas, otra cosa que eternos mecanismos de integración ideológica" (25). Cuando, en realidad, no sólo el hecho "físico" del consumo, sino que incluso su misma dimensión simbólica tienen que entenderse como una dinámica ligada indisolublemente al proceso de reproducción de las relaciones sociales de producción, y, por lo tanto, al proceso de acumulación de capital; como sintetiza magníficamente André Granou : "lejos de superar el valor de cambio, los signos en su naturaleza, su forma, su uso, tanto como en su existencia misma, están determinados por las necesidades del capital y las condiciones de su reproducción. Un subproducto pero un subproducto necesario. Es precisamente porque se producen de manera que coincidan con la reproducción de las relaciones sociales, por lo que los signos condicionan ésta" (26).

* * *

Como última parte de esta introducción nos detendremos a reflexionar sobre la labor teórica realizada por la teoría -- marxista en el tema que en estas páginas abordamos. Empeza-

remos bosquejando brevemente algunas de las fundamentaciones del sistema de pensamiento económico y social del propio Marx, para después ver el desarrollo posterior que nosotros podemos dar a estos planteamientos originales.

En un plano abstracto general, Marx coloca el consumo en un esquema multidimensional donde aparece directamente condicionado por la producción, pero no como mero reflejo o resultado de ella, sino como generadora del marco social en que se produce y que lo produce:

"La producción no es sólo inmediatamente consumo, ni el consumo inmediatamente producción, ni tampoco es la producción únicamente medio para el consumo y el consumo fin para la producción, vale decir, que no es el caso que cada término sólo suministre al otro su objeto: la producción, el objeto externo del consumo; el consumo, el objeto representado de la producción. Cada uno de los términos no se limita a ser el otro de manera inmediata, sino que, realizándose, crea al otro y se crea en tanto que otro. Sólo con el consumo llega a su realización el acto de la producción, haciendo alcanzar al producto su consumación como producto, en tanto lo disuelve, consume su forma de cosa, su forma autónoma; en tanto convierte - en habilidad, por la necesidad de la repetición, la disposición desarrollada en el primer acto de la producción. El consumo no es, pues, únicamente el acto final gracias al cual el producto se convierte en producto sino también el acto en virtud del cual el productor se hace productor. Por otra parte, la producción engendra el consumo, creando luego el atractivo del consumo y a través de éste la capacidad misma de consumo convertida en necesidad" (27).

Pero para encontrar un lugar concreto, aunque teórico, don de vincular las formas de consumo con el crecimiento económico, tenemos que remitirnos a una de las más radicales novedades de la obra marxiana : la distinción entre trabajo y fuerza de trabajo, el proceso de reproducción de esta - fuerza de trabajo y la determinación del beneficio -por - tanto de la reproducción y acumulación de capital- a través de los costes de reproducción de la misma.

En efecto, al diferenciar trabajo y fuerza de trabajo Marx está proyectando sobre la "mercancía trabajo" su análisis general del valor de uso y el valor de cambio. Se realiza un intercambio mercantil entre un trabajador que vende su fuerza de trabajo, o sea, su capacidad de realizar una actividad, física o mental, en un proceso de trabajo bajo -- condiciones determinadas; y un capitalista que apropiándose realmente del valor de uso de esta especial mercancía: el trabajo en sentido estricto, o lo que es lo mismo, del uso concreto y por él dominado de esa capacidad potencial, lo que realmente paga es el valor de la fuerza de trabajo que ha comprado en un mercado y que siendo una mercancía como las demás, tiende a igualarse a la cantidad de trabajo socialmente necesaria para su producción; valor materia lizado en el conjunto de bienes necesarios para la reproducción cotidiana y generacional del trabajador y su familia a un nivel de "subexistencia", nivel que viene condicionado por factores "históricos, sociales y morales" concretos :

"El valor de la fuerza de trabajo, al - igual que el de toda otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo necesario para la producción, y por tanto, también para la reproducción de este artículo específico (...). Para su conser

vación el individuo vivo requiere cierta cantidad de medios de subsistencia (...); el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de subsistencia necesario para la conservación del poseedor de aquella (...). La suma de los medios de subsistencia, pues, tiene que alcanzar para mantener al individuo laborioso en cuanto tal, en su condición normal de vida. Las necesidades naturales mismas -- como alimentación, vestido, calefacción, vivienda, etc. -- difieren según las peculiaridades climáticas y las demás condiciones naturales de un país. Por lo demás, hasta el volúmen de las llamadas necesidades imprescindibles, así como la índole de su satisfacción, es un producto histórico y depende por tanto en gran parte -- del nivel cultural de un país, y esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y sus aspiraciones vitales. Por oposición a las demás mercancías, pues, la determinación de la fuerza laboral encierra un elemento histórico y moral. Aún así, en un país determinado y en un período determinado, está dado el monto medio de los medios de subsistencia necesarios (...). La -- suma de los medios de subsistencia necesarios para la producción de la fuerza de trabajo, pues, incluye los medios para la producción de la fuerza de trabajo pues incluye los medios de subsistencia de los sustitutos, esto es, de los -- hijos de los obreros". (28).

La determinación del beneficio surge precisamente de la dislocación, física, temporal y conceptual entre dos procesos: el intercambio mercantil, valor de la fuerza de trabajo/salario, por un lado, y por otro, el proceso de trabajo, por el cual se convierte la fuerza de trabajo en trabajo bajo el control (tanto del mismo proceso como de los resultados) del capitalista que adquirió esta mercancía que ahora utiliza.

El primer punto tiene como significado económico el coste - de la reproducción de la fuerza de trabajo, el segundo el - nuevo valor producido por el trabajo en el proceso de producción, la diferencia a favor de esta segunda magnitud representa la plusvalía que a nivel general del sistema económico -no a nivel de rama o industria concreta, debido a las diferencias entre las composiciones orgánicas del capital de cada una de ellas- coincide con los beneficios capitalistas.

De aquí obtenemos varias conclusiones que son interesantes para nuestros objetivos: a) El beneficio capitalista, y por tanto la reproducción y acumulación de capital está determinado por el coste de reproducción de la fuerza de trabajo; b) El coste de reproducción de la fuerza de trabajo está en función fundamentalmente de los medios de consumo que conforman el conjunto de bienes, histórica y socialmente condicionado que sustenta su "mantenimiento"; y c) Por lo tanto, es una condición indispensable, que para conseguir un incremento del beneficio económico global y por ello del ritmo y del nivel de acumulación y reproducción del capital social (sin que se produzca un incremento de la jornada laboral, de la intensificación del ritmo de trabajo, o en descenso en - los salarios reales, casos todos comprendidos en el apartado de las plusvalías absolutas) se tenga que conseguir una disminución del coste de reproducción de la fuerza de trabajo mediante un abaratamiento relativo de los bienes que entran en su mantenimiento, para lo cual es necesario que se introduzcan incrementos de la productividad general y necesariamente de la de aquellas ramas de sistema económico que producen bienes de consumo para la clase obrera (que más tarde en la 3ª Sección de "El capital" dedicada a los problemas de "La reproducción y circulación del capital social global, el propio Marx llamará Sector II), lo que conduce a un incremen

to de las plusvalías relativas por las cuales se reduce el tiempo de trabajo necesario para reproducir el equivalente del salario; sin que existan, por lo tanto, variaciones ni en el ritmo, ni en la jornada de trabajo, ni, tampoco, en los salarios relativos.

No vamos a detenernos aquí, porque no es nuestro objetivo, en revisar los centenares de trabajos que diciéndose marxistas le hacen un pobre favor al legado teórico de Marx, al tratar de aplicar de una forma acrítica, unidireccional y dogmática -cuando no introduciéndonos en el estéril campo de las extrapolaciones históricas como es el caso de las teorías sobre la "depauperación" de la clase obrera-, teorías y formulaciones que es necesario contextualizar y manejar con cuidado; sólo decir de ellos que en nada nos ayudan a comprender la realidad porque se han dedicado a sustituirla por una serie de sentencias apologéticas o exegéticas convirtiéndolas en "tratado" o "manual" lo que tenía que ser investigación histórica, concreta, total y multicausal. Lo que sí haremos nosotros, brevemente, es precisamente especificar cuales son las limitaciones -en la línea de trabajo que nos ocupa-, y cuales son las ventajas que nos aportan estas tesis marxianas.

El principal es el problema "estadístico-empírico" con el que nos encontramos, Marx plantea todo su análisis en términos de valor, y sin entrar en la conocida polémica de la transformación de valores en precios, el error de la solución marxista, las sucesivas reformulaciones y el impacto de las teorías sraffianas sobre la teoría del valor-trabajo -- (29); lo que sí es evidente es que las relaciones en valor -tiempo de trabajo socialmente necesario- no son matemáticamente demostrables, ni pueden ser directamente medibles. Los

precios y los valores están mediados por demasiadas interfe_ rencias sociales como para que coincidan mecánicamente, y la mayoría de los agentes sociales se mueven en relaciones mucho más superficiales que los valores (salarios, costes, be_ neficios, márgenes, etc.), relaciones que provocan diná_ micas que tienden todavía más a desarticular precios, canti_ dades físicas y valores. En suma, que una medición a partir de unos postulados generales como la teoría del valor y de una teoría tan complicada y farragosa como la de la repro_ ducción de la fuerza de trabajo resulta -en un sentido es_ tricto- imposible. A lo único que podemos llegar por este - camino es a una modelización matemática -al estilo de la que magníficamente realiza el demógrafo Joaquín Leguina (30)- en en la que se vayan desagregando en sus componentes económicos y físicos elementales la mercancía fuerza de trabajo, para - conseguir a partir de ellos una cuantificación.

Pero, a nosotros tampoco nos interesa seguir este camino por_ que sabemos que epistemológicamente nos iríamos encontrando continuamente con los problemas que se derivan de intentar - formalizar lo informalizable. Para lo que sí nos sirve la -- teoría de la reproducción de la fuerza de trabajo es para -- utilizarla como guía histórica que nos conecte la estructura del consumo con el desarrollo capitalista a través de una -- mercancía intermedia: la fuerza de trabajo, sabiendo que la queremos utilizar como un instrumento que nos sirva para explicar la realidad, pero jamás para reducir la realidad a ella y que no estamos demostrando empíricamente que se cum_ pla o deje de cumplirse, sino que la vamos a manejar para - ordenar y hacer inteligibles una serie de hechos que pare_ ciendo aislados están directamente vinculados entre sí; esto nos hace que para salvar los notables matices productivistas y economicistas que posee nos remitamos a otros enfoques, --

alternativos o no, -reseñados críticamente ya en páginas anteriores- y, lo que es más importante, la enmarquemos en las coordenadas históricas correspondientes (tratando de salvar también la ambigüedad de ese factor "histórico y moral" que entra en la formulación original) siempre con el objetivo de alcanzar un enfoque multidimensional en el que si bien aparece un nervio central en la argumentación, pensamos que éste condiciona y es condicionado por una serie determinada de variables cuyo resultado es la dinámica social observada.

Producción y reproducción (tanto "económica" como ideológica") son consideradas, por lo tanto, aquí como esferas inseparables del todo social que conforma el capitalismo, cuyo movimiento sólo es apreciable si se contemplan como un conjunto indisoluble; resquebrajado creando instancias, estructuras, niveles o como se les quiera llamar, y darles existencias autónomas, dominadas o determinadas "en última instancia" por un factor principal, sólo nos sirve para realizar una operación puramente formal o para crear vacías taxonomías entre las que se nos pierden los auténticos procesos sociales.

N O T A S

=====

- (1) Jean Fourastié, "Le grand espoir du XX^e siècle", París, Gallimard, 1963, pág. 122.
- (2) Además de la obra completa de Fourastié pueden verse como genuinos representantes de esta línea de análisis: Walt Whitman Rostow, "Las etapas del crecimiento económico", México, Fondo de Cultura Económica, 5ª reimpresión, 1973; Herman Kahn y Anthony Wiener, "El año 2.000", Madrid, Revista de Occidente, 1969; Colin Clark, "Las condiciones del progreso económico", Madrid, Alianza, 2 vols. 1967, y George Katona, "La sociedad de consumo de masas" Madrid, Rialp, 1968; por sólo citar algunas.
- (3) Seguimos considerando modélico. el alegato contra el etnocentrismo sociológico que hace André Gunder Frank en su conocido "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología", Barcelona, Anagrama, 1971.
- (4) Pierre Vilar, "Iniciación al vocabulario del análisis histórico", Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1980, págs. 229 y 230 respectivamente.
- (5) Un desarrollo reciente y completo de la teoría microeconómica del consumo: se encuentra en H. A. John Green, -- "La teoría del consumo", Madrid, Alianza, 1976.

- (6) Cfr. los magníficos trabajos de Maurice Dobb, "Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica", Buenos Aires, Siglo XXI, -- 1975, especialmente págs. 185 a 230; y de Ronald L. -- Meek, "Smith, Marx y después Diez ensayos sobre el desarrollo del pensamiento económico", Madrid, Siglo XXI, 1980, en particular el ensayo "Marginalismo y marxismo", págs. 204 a 217.
- (7) Jacques Attali y Marc Guillaume, "El antieconómico", -- Barcelona, Labor, 1976, págs. 171-172.
- (8) Ver, por ejemplo, su célebre "The affluent society", -- Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, Reimpresión -- 1975.
- (9) Herbert Marcuse, "El hombre unidimensional", Barcelona - Seix Barral, 9ª Edición 1972, pág. 39.
- (10) Ernest Dichter, "The strategy of desire", Garden City, Nueva York, Doubleday, 1960, en cuanto a Vance Packard, sobre todo, "Las formas ocultas de la propaganda", -- Buenos Aires, Sudamericana, Reimpresión 1966.
- (11) Alvin Toffler, "La tercera ola", Barcelona, Plaza y Janés, 1980, págs. 55-56.

- (12) Ibídem págs. 261 y ss., también puede consultarse la no menos fantásica aunque anterior obra de Toffler - "El shock del futuro", Barcelona, Plaza y Janés, 1971.
- (13) Alain Touraine, "La sociedad post-industrial", Barcelona, Ariel, 1969, especialmente págs. 5-28.
- (14) Henri Lefebvre, "La vida cotidiana en el mundo moderno", Madrid, Alianza, 1972, pág. 79.
- (15) Jean Baudrillard, "La genèse idéologique des besoins" en "Pour une critique de l'économie politique du signe", París, Gallimard/Tel, 1976, págs. 62-63.
- (16) Jean Baudrillard, "El sistema de los objetos", México, Siglo XXI, 4ª Edición, 1978, pág. 224.
- (17) Ibídem.
- (18) Jean Baudrillard, "A la sombra de las mayorías silenciosas". Barcelona, Kairós, 1978., pág. 29-30.
- (19) Jean Baudrillard, "La société de consommation", París, Gallimard/Idées, 1976, págs. 76-77.

- (21) Jean Baudrillard, "Cultura y Simulacro", Barcelona, Kai-rós, 1978, pág. 49.
- (22) Alfonso Ortí, "El comportamiento del consumidor: Análisis empírico e interpretación motivacional", Madrid, Curso de Investigación de Mercados/Universidad Autónoma de Madrid, 1981, multicopia, Servicio Publicaciones, pág. 11.
- (23) Jean-Claude Girardin, "Signos para una política: lectura de Baudrillard", Barcelona, Anagrama, 1976, pág. 13.
- (24) Para una fundamentación de las limitaciones, pero también de las enormes posibilidades de la ampliación del campo de la investigación semiológica hasta sistemas muy diferentes del propio de la lengua ver: Roland Barthes, "Elementos de semiología", Madrid, Alberto Corazón/Comunicación, 1971.
- (25) Michel Wieviorka, "Estado, empresarios y consumidores", México, Fondo de Cultura Económica, 1980, pág. 21.
- (26) André Granou, "Capitalismo y modo de vida", Madrid, Alberto Corazón/Comunicación, 1974, pág. 57.
- (27) Karl Marx, "Introducción general a la crítica de la economía política/1857", Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 6ª Edición, 1972.

- (28) Karl Marx, "El Capital", Madrid, Siglo XXI, 1975, vol. 1, Sección Segunda, Capítulo IV, págs. 207-209.
- (29) Para este tema cfr. las obras citadas de Dobb: "Teorías - del valor y la distribución desde Adam Smith", págs. 269-295 y Meek : "Smith, Marx y después", especialmente su -- Segunda Parte, págs. 115-180. Asimismo existe una actual y completa introducción a esta polémica en el libro del -- profesor Abel R. Caballero Alvarez, "La crisis de la economía marxista", Madrid, Pirámide, 1982.
- (30) Joaquín Leguina, "Cantidad, valor y excedente de fuerza de trabajo", en Información Comercial Española, nº 509, Enero de 1976, págs. 41-60. Un interesantísimo análisis de la interconexión entre el proceso concreto de reproducción de la fuerza de trabajo y los flujos contables de la circulación económica general se halla en Moisés García García, "Contabilidad Social", Madrid Ministerio de Hacienda/Instituto de Planificación Contable, 1980.

1ª P A R T E

LA FORMACION DE UNA "NORMA SOCIAL DE CONSUMO
DE MASAS" : EL SIGNIFICADO DE UNA TRANSFORMACION
HISTORICA.

Introducción : Las causas históricas.

El modo de vida que una sociedad posee no es el resultado mecánico de un progreso lineal y continuo que sigue los dictados de una abstracta "modernización", por el contrario, su evolución está presidida por su íntima relación con el proceso de producción y distribución del excedente económico y, por tanto, es posible localizar en ella cortes históricos bien determinados. Uno de estos cortes -producido en los países más avanzados del capitalismo occidental allá por la segunda década de nuestro siglo- está en el origen de la creación de una forma de consumo que modificaría radicalmente las estructuras de reproducción de la fuerza de trabajo y, por eso mismo, el ritmo y maneras de la acumulación de capital. En el epígrafe que sigue trataremos de desarrollar y argumentar detalladamente este proceso.

* * *

Decía Maurice Dobb (31) que el capitalismo internacional entró en la gran depresión de 1873 como el elemento motor de una sociedad joven, vigorosa, emprendedora y abierta, saliendo convertido, por el contrario, en algo mucho más sombrío, cerrado y pesimista; teniendo en las mismas bases que sirvieron para la superación de aquella importantísima crisis los elementos principales para su siguiente rece --

sión y bloqueo. Y lo cierto es que, efectivamente, en este gran ciclo económico, que según las investigaciones históricas iniciadas brillantemente por Kondratieff tendría un carácter marcadamente descendente desde 1873 a 1893, para cambiar de signo desde esta última fecha hasta los años - 1914-20 (32), van a producirse transformaciones tan profundas que remodelarán completamente el funcionamiento de la economía capitalista. Pero, también el coste social de estas transformaciones, la agresividad que comportan, así como los momentos vacilantes y penosos por los que pasa el sistema económico hasta que sus efectos se consolidan y estabilizan -recuérdese que la polémica del marxismo clásico sobre el "derrumbe" se va a ir desgranando a lo largo de todo este período- no hacían presagiar cosas demasiado agradables para aquel sistema que se estaba convirtiendo en -- una enorme máquina de guerra y que podemos denominar, sin demasiados problemas terminológicos, como imperialismo.

Las bases que sirvieron de apoyo a esa onda expansiva que arranca de 1893 serían principalmente tres: en primer lugar la concentración empresarial y la limitación de la competencia; en segundo, las innovaciones tecnológicas de lo que se viene llamando segunda revolución industrial y, por último, el sistema de dominación de los mercados internacionales. Detengámonos brevemente en cada uno de estos factores.

a) Lo que en principio fue una reacción contra la caída de los precios que había producido la gran depresión del - 73, la limitación de la competencia y los acuerdos de pro-

tección de los mercados (33), fue rápidamente derivando - hacia un nuevo sistema de organización industrial en el que de una primera concentración de precios se pasa a una concentración industrial y financiera.

b) Por otra parte, los principios tecnológicos que se desarrollan en esta época también marcan un punto de inflexión en la evolución de la economía capitalista; tal fue la magnitud de las innovaciones introducidas en el - proceso productivo que llegaron a consolidar eso que se ha denominado "Segunda Revolución Industrial" -aunque sería más propio hablar de "Segunda Revolución Tecnológica"- y que asentada sobre el motor de combustión interna y el uso generalizado de la electricidad, sustituiría al viejo motor de vapor protagonista de los orígenes de la primera revolución industrial. Existiendo, también aquí, un cambio cualitativo por lo que se refiere a la naturaleza misma - de la producción técnica, como bien señala Eric J. Hobsbawn (34) la primitiva industrialización británica había sido el resultado de descubrimientos precientíficos o semicientíficos, ahora, por el contrario se abría una época (época que llega hasta nuestros días fuertemente reforzada e incluso multiplicada) de estrecha dependencia entre la -- investigación científica y sus posibles aplicaciones industriales.

c) El tercer rasgo fundamental de la época, es el que incluso le ha servido como principal elemento definidor, es el sistema político-económico que estructura el comercio internacional, es, en una palabra, el imperialismo.

El antiguo colonialismo había sido un sistema de dominación directa sobre vastos territorios, en este momento - se diversifica, se cambia tal dominación, militarizada, por una dominación mercantil -que no deja de estar debidamente vigilada por medios igualmente militares y con una violencia que en nada envidia a la de épocas pasadas- cuyo significado real no es más, en gran medida, que la ampliación al marco mundial de la lucha por el beneficio que constituye la nueva competencia monopolística protagonizada por las grandes compañías que han empezado a dominar, sin rivales, el concierto internacional. Este sistema mercantil basado en la exportación de capitales -principalmente destinados a la creación y mantenimiento de una infraestructura económica adecuada para conseguir una extracción rentable de materias primas y productos agrícolas necesarios para la producción en los centros capitalistas, así como en la venta de productos manufacturados, principalmente bienes de consumo (sobre todo textiles baratos y elementos de consumo ostentoso destinados a las élites locales)-para mantenerse se veía apoyado por todos los aparatos coercitivos de los Estados imperialistas, desarrollándose, de este modo, un grado de proteccionismo que -tiende a enterrar, parece que ya para siempre, las antiguas ideas del "laissez faire", pero este proteccionismo en nada tiene que ver con la idea de defender una hipotética industrialización incipiente en los países dominados, sino que se establece como un rígido sistema de división internacional por áreas de influencia, tendente a garantizar mercados, enclaves y oportunidades de inversión (35).

Sin embargo, este modelo de articulación múltiple de elementos económicos y políticos se bloquea y entra en crisis, (después de haber pasado por dorados años de esplendor) en los últimos años diez o primeros veinte de este siglo. Nos encontramos en el momento en el que se están agotando los efectos de la implantación de la segunda revolución tecnológica, la generalización de la electrificación y el motor de combustión interna impiden ya las ganancias extraordinarias que conseguían las industrias de punta por sus aumentos de productividad con respecto a la media social, por el contrario, una vez diluídos los primeros efectos de los incrementos de productividad y rentabilidad entre todas -- las ramas principales del sistema productivo el resultado es un incremento de las necesidades de capital invertido -- por unidad de producto simplemente para asegurar la ganancia media del mercado; la tasa de beneficio, pues, tiende a disminuir y la acumulación a frenarse. Este proceso sólo podría ser contrarrestado con un incremento sustancial en el grado de explotación de la mercancía fuerza de trabajo, pero tal incremento resultaba, por un lado, difícil porque nos encontramos en una época donde se estaban produciendo movimientos revolucionarios importantes (recuérdese, por ejemplo, Alemania, Hungría o Italia) y, por otro lado, totalmente insuficiente para paliar la escasez de beneficios, pues los niveles de vida habían sido ya contundentemente congelados desde finales del siglo XIX (la salida de la -- gran depresión 73) como para que pudiesen amenazar la consecución del excedente capitalista --y parece que hay sobrados testimonios históricos de este hecho (36)--; desencadenar, por ello, una mera ofensiva por el lado de los salarios provocaría, a la larga, más problemas de sobreproducción y realización que cualquier tipo de ventaja.

En el plano del comercio internacional las perspectivas e tampoco eran mejores, el desmembramiento del mercado mundial a consecuencia de la Primera Guerra Mundial -y de -- los muchos enfrentamientos, conflictos y tensiones imperia listas anteriores-, la pérdida del importante mercado ruso a causa de la revolución soviética, y el surgimiento del imperialismo japonés contribuyeron a una importante con - tracción del marco de circulación del capital.

Tal tendencia implanta la dificultad de exportación de ca pitales, y se encuentra reforzada por la misma estructura monopolística que conforma el rígido entramado de compa ñías imperialistas, controlando el comercio internacional y el establecimiento de todas las barreras de entrada po sibles a empresas competidoras para seguir manteniendo -- ventajas absolutas sobre sus zonas de operación.

De este modo, se produce conjuntamente una subacumulación de capital en los centros metropolitanos y una seria li mitación a la salida de capitales, lo que produce la apa rición de capitales excedentes que no encuentran posibi lidades de valorización y que, o se mantenían simplemente a la búsqueda de oportunidades especulativas o, como se gunda opción (mucho más fructífera y fundamental para lo que aquí nos atañe): comenzaban a penetrar en el Sector II -producción de bienes de consumo- originando, así, una importante transformación en los mecanismos económicos - contemporáneos; el economista belga Ernest Mandel resume y caracteriza acertadamente este acontecimiento: "estos capitales excedentes comenzaron entonces a penetrar tam bién en el Sector II. Se creó un nuevo sector de bienes de consumo, el sector productor de las llamadas mercancías

de consumo duradero, que representaba la aplicación de la segunda revolución tecnológica al sector de bienes de consumo: producción de automóviles y el principio de la producción de aparatos eléctricos (aspiradoras, radios, máquinas de coser eléctricas, etc.)". (37).

Nos aparece ahora un tema que no habíamos tocado de una manera directa y que, sin embargo, resulta de interés tratar para fundamentar correctamente toda esta transición histórica: la forma en que la segunda revolución tecnológica penetra y transforma la esfera particular de los bienes de consumo.

N O T A S

=====

- (31) Maurice Dobb, "Estudios sobre el desarrollo del capitalismo"; Madrid, Siglo XXI, 11ª Edición, 1979, págs 354 y ss.
- (32) Nicolai D. Koudratieff, "Los ciclos económicos largos", en AA.VV., "Los ciclos economicos largos ¿Una explicación a la crisis?", Madrid, Akal, 1979. El artículo del economista soviético viene acompañado - de interesantes intervenciones de Trotsky, Gary, Mandel, Day, etc., en edición de Manuel P. Izquierdo.
- (33) Dobb, "Estudios sobre el desarrollo del capitalismo" op. cit., págs. 364-365.
- (34) Eric J. Hobsbawn, "Industry and Empire", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, Reimpresión 1974, págs. 172-174.
- (35) Cfr. Paul M. Sweezy, "El presente como historia", Madrid, Tecnos, Reimpresión 1974, págs. 221-240.
- (36) Hobsbawn, "Industry and Empire", op. cit. págs.154-171
- (37) Mandel, "El Capitalismo tardío", op. cit. pág. 186.

CAPITULO 1LA TECNOLOGIA EN LOS ORIGENES DE LA ERA DEL CONSUMO DE MASAS

La introducción del motor eléctrico y la electrificación, así como del motor de combustión interna, permitían un salto cualitativo en el proceso de evolución tecnológica, no sólo por el inmenso incremento de productividad que habían supuesto en su utilización industrial, sino también porque debido a sus propias características técnicas posibilitaban el paso de un sistema desintegrado, conformado por grandes piezas separadas finalmente hechas funcionar en conjunto gracias a transmisiones externas (la máquina de vapor) que para conseguir cierta eficacia necesitaba grandes cantidades de espacio, energía y trabajo de mantenimiento, a un conjunto integrado basado en un principio de transmisión interna que se establece a partir de la coherencia necesaria entre todos sus miembros: cada pieza está integrada en el esquema de funcionamiento general y es imprescindible para el rendimiento normal del resto de las piezas. El tamaño de los espacios externos es independiente del funcionamiento del motor, el rendimiento interno sólo depende de su propia construcción, por lo tanto, puede ser adaptado a distintos objetivos y según las funciones que se desean cumplir.

La técnica, por este motivo, se hace mucho más versátil y -- permite aplicaciones particulares y concretas (38) entre ellas la creación de una tecnología doméstica o de consumo (para utilizar el término que acucia Dickson)(39), cuyo nacimiento --conviene remarcar-- no tiene, en absoluto, ningún significado de necesidad histórica o acumulación tecnológica inevitable, sino que: "los productos tecnológicos de consumo --tales como coches o televisores-- han sido diseñados dentro del marco, no tanto de su deseabilidad social, como de la necesidad que posee una economía capitalista de desarrollar los medios por los que mantenerse a sí misma". (40).

Las dos líneas básicas de desarrollo de una tecnología de -- consumo, se abre, pues, como aplicaciones de la electricidad y el motor de combustión interna. Trataremos de estudiar los orígenes y primeros pasos de las instrumentalizaciones domésticas de esta tecnología.

* * *

La electricidad, en sí misma se presenta a su vez como generadora de dos importantes efectos: por una parte, el pequeño motor eléctrico, por otra, la red eléctrica. En cuanto al -- primero fueron Siemens, en 1886 con un prototipo de dínamo,-- y Nicolai Telsa, en 1887 con su alternador, los verdaderos -- creadores de instrumentos eléctricos perfectamente aprovechables para usos domésticos. No vamos, como es lógico, a entrar en características técnicas ni en las inconmensurables venta

jas ligadas a este conjunto de innovaciones, sólo subrayaremos un hecho constantemente resaltado por los historiadores de la evolución técnica: con ellos se permitía superar la vieja barrera del gigantismo que había sido insoslayable con tecnologías anteriores; el motor eléctrico, sin embargo, permite su utilización en pequeñas unidades (41). Este cambio de dimensión es primordial en el camino de la tecnología de consumo, sería el mismo Telsa el que en 1889 patentara un ventilador movido por un pequeño motor de 1/6 de caballo que puede ser considerado, por lo que sabemos, el primer electrodoméstico de la historia. A lo largo de la década final del siglo XIX y principios del XX de una manera artesanal y rudimentaria se irían ultimando los modelos originales de la aspiradora, el frigorífico, la lavadora, etc.; modelos que tendrían que esperar a la postguerra de la Primera Guerra Mundial para empezar a ser comercializados y bastantes años más todavía para ser uso absolutamente generalizado (42).

El otro gran desarrollo sería, como hemos dicho, la red eléctrica, el sistema de distribución por cable ideado por Edison sería experimentalmente implantado a lo largo de los --- años ochenta del siglo pasado, primero para el uso industrial y el alumbrado público, luego, con las centrales de distribución por distrito (el primer ejemplo sería Nueva York) se alcanzaba la utilización privada de la electricidad en las casas. El ciclo se cerraba así en un todo eléctrico en el que la electricidad se generaba en alternadores o turbinas gigantes se transportaba rápidamente sin apenas pérdidas de energía a costes no excesivamente altos, salvando prácticamente cualquier obstáculo (sólo basta comparar éstas características con las del transporte del carbón), hasta el lugar de su

uso, pudiéndose diversificar inusitadamente, sus funciones, desde mover otra enorme máquina o motor industrial hasta hacer funcionar el pequeño ventilador de Telsa. La electricidad se convierte entonces en un eficiente principio integrador capaz de conectar directamente cada hogar con los centros mismos de la economía industrial, por primera vez, quizás, - se consigue que la casa se convierta en algo que va más allá del simple lugar físico de reproducción de la fuerza de trabajo, a partir de ahora puede ser el lugar capitalista de -- reproducción de la fuerza de trabajo.

* * *

Igualando en importancia al papel de la electricidad en la transformación de las tecnologías domésticas, nos encontramos con el motor de combustión interna, sobre todo en su -- aplicación más específica al caso del automóvil. La máquina de combustión interna elimina también los inconvenientes más característicos de la generación tecnológica del vapor : "la máquina de combustión interna presenta algunas características que necesariamente habían de llamar la atención de los - estudiosos, tales como su mayor simplicidad, en principio, - su mayor ligereza y reducido tamaño, derivadas de la eliminación del hogar y de la caldera, la esperanza -no fácilmente conseguida- de una mayor eficiencia al desaparecer las pérdidas que ocasionan la chimenea, la caldera y el tubo de inyección, y la posibilidad de producir convenientemente máquinas para unidades más pequeñas" (43). Esto permite que los -

alemanes Daimler y Benz en 1885 puedan aplicar este tipo de motores, primero a una bicicleta, luego a un carruaje de cuatro ruedas, para acabar, aproximadamente cinco años más tarde, construyendo un prototipo con todas las características esenciales de lo que hoy conocemos como automóvil.

Sin embargo, en esta primera época la existencia del automóvil era precaria, en Inglaterra, centro en decadencia de la economía mundial, los intereses ligados a los ferrocarriles se habían preocupado de entorpecer o frustrar cualquier medio de transporte que supusiera algún peligro para su primacía en este terreno (ya en 1861 presionaban para la promulgación de una ley que limitaba la velocidad de los carruajes a vapor -que desde 1831 venían funcionando, y en esas fechas empezaba a hacerle la competencia al ferrocarril- a 10 millas/hora en carretera y 5 en ciudad, haciéndose más restrictivas todavía en 1865 y 1873 reduciendo la velocidad a 4 y 2 millas respectivamente, y haciendo preceder al vehículo de una bandera o linterna). Estas leyes que no se derogarían hasta bien entrado el siglo XX anularon definitivamente la competencia inglesa en los inicios de la industria del automóvil, inicios que a principios de siglo todavía no eran más que anecdóticos, aunque en Estados Unidos en 1898 existen ya 50 marcas de automóvil y entre 1904 y 1908 se crean cerca de 241, Ford nace en 1903 y consigue vender 1700 coches dirigidos absolutamente a un mercado de lujo, y de elaboración genuinamente artesanal; Francia también comienza pronto en la industria del automóvil y en 1907 fabrica ya 25.000 coches (lo que multiplica por 10 la producción de Inglaterra de ese mismo año) e iguala a los Estados Unidos, pero mientras que Francia y su principal -

fabricante Renault optará por un coche ostentoso -los modernos carruajes de la burguesía francesa-, en los Estados Unidos, con Henry Ford a la cabeza, se lanzan por el coche barato concibiendo y comercializando en 1908 el mítico modelo T, que en 1913 se empezará a fabricar en cadena produciéndose a partir de ese momento 250.000 ejemplares. (44).

* * *

Vemos, por lo tanto, que la mayoría de las innovaciones tecnológicas que revolucionarían la tecnología del consumo habían sido realizadas mucho tiempo antes de que empezasen a tener cualquier posible rentabilidad, sería necesario que estos descubrimientos tecnológicos encontraran unas condiciones económicas generales -el hundimiento de los mercados exteriores- y un nuevo modelo de dominación de la fuerza de trabajo -la organización científica del trabajo y la cadena de montaje- en la producción, para que todo ello tuviera como resultado final la necesaria e inmediata remodelación de la estructura de consumo. Es el tiempo en que las economías avanzadas realizan, como dice Hobsbawn, un "viraje" hacia el mercado interior que empieza ahora a mostrarse floreciente en el mismo instante en el que la exportación pasa por momentos, al menos, comprometidos: "El viraje hacia el mercado interno tiene algunas conexiones con la espectacular expansión de las nuevas industrias tecnológicas organizadas de una nueva manera (la producción en masa). Aunque algunas de las nuevas industrias de entreguerras conseguían buenas ventas en la exportación, fundamentalmente -diferenciándose de los mercados principales del siglo XIX- contaban con la -

demanda interna, y también frecuentemente la protección natural o gubernamental de la competencia exterior" (45).

En la confluencia de todos estos elementos -producción - en masa, tecnología de consumo, creación de una nueva demanda doméstica, etc.- se perfila un nuevo modo de acumulación del capital, precisamente porque se configura una nueva forma de reproducción de la fuerza de trabajo. El significado económico de este modelo característico será el tema que ocupe las páginas que siguen.

N O T A S

=====

- (38) Gilbert Simondon, "Du mode d'existence des objets techniques", París, Aubier-Montaigne, 1969, pág. 19 y ss.
- (39) David Dickson, "Tecnología Alternativa y políticas del cambio tecnológico", Madrid, H. Blume, 1978, pág. 71.
- (40) Ibídem, pág. 48
- (41) Véase para este tema Lewis Mumford, "Técnica y civilización", Madrid, Alianza, 3ª Edición, 1979, especialmente págs. 241 y ss.
- (42) En la obra anterior existe una amplia relación de los diferentes prototipos y su año de presentación respectivo.
- (43) Samuel Lilley, "Hombres, máquinas e historia", Madrid, Artiach, 2ª Edición 1973, pág. 121.
- (44) Además del libro de Lilley se puede consultar, para conocer todos los detalles sobre el origen y primera evolución del automóvil: Jacques Attali, "Los tres mundos. Para una teoría de la post-crisis", Madrid, - Cátedra, 1982, págs. 216 y ss.
- (45) Hobsbawm, "Industry and Empire", op. cit., pág. 219.

CAPITULO 2UN NUEVO REGIMEN DE ACUMULACION DE CAPITAL : LA PRODUCCION EN MASA Y LA TRANSFORMACION DE LA ESTRUCTURA DE CONSUMO.-

El "nuevo" capitalismo que cristaliza alrededor de la Primera Guerra Mundial se encuentra ante un mercado potencial inmenso: primero, gracias a las necesidades bélicas, y segundo, por las posibilidades comerciales de los bienes de consumo -duradero; ello exige que el proceso de trabajo esté en condiciones de producir grandes series, a una rapidez considerable y a un precio relativamente bajo. Para conseguir abastecer tal mercado deben ser remodeladas las bases tecnológicas y los principios organizativos que se utilizan en la fabricación, lo que a su vez determina las mismas características técnicas y formales del nuevo objeto de consumo.

A estas nuevas especificaciones responden las técnicas de la "organización científica del trabajo" de Taylor y la producción en cadena de Ford. Ambos sistemas -el segundo puede decirse que es el desarrollo "natural" del primero- concretan

en principio un nuevo estilo de división técnica del trabajo (socialmente condicionada) que revoluciona el proceso mismo de producción de mercancías.

De tal forma que la implantación de los métodos del "scientific management" taylorista -separación de las labores de preparación y concepción con respecto a las de ejecución - propiamente dichas, parcelación sucesiva de tareas complejas hasta descomponerlas en sus movimientos más elementales, normalización y estandarización de métodos y herramientas de trabajo derivadas del principio de la existencia de una "única mejor manera" de realizar una función, ("one best way") etc. (46)-, así como su mecanización (47) en la cadena fordiana, lo que significa la introducción de un sistema de máquinas que sustituye al hombre en los cometidos de arrastre y transporte de piezas (o materias primas), organizando en su entorno la actividad obrera de acuerdo con sus -- normas de funcionamiento, basadas en la esquemmatización -- máxima de movimientos y en el equilibrio de los tiempos requeridos para realizarlos (48), serán los procesos dominantes en la fabricación capitalista contemporánea desde los inicios de la Primera Guerra Mundial.

Los efectos económicos de esta revolución en los procesos de trabajo son espectaculares y fácilmente observables: incremento de la productividad del trabajo, intensificación del trabajo, posibilidad de utilización en número -- creciente de mano de obra debido a la reducción de las calificaciones necesarias en la fuerza de trabajo para inte-

grarse al proceso productivo, etc. (49). Convergiendo tales efectos hacia un "modo de producción en gran escala" (50), en el que las nuevas condiciones de producción impulsan un aumento de la masa absoluta del valor simultáneo a su disminución por unidad de producto. Estamos por tanto, ante la - generación de los bienes de bajo valor individual, pero en grandes series de fabricación, ante, en una palabra, la pro ducción en masa de mercancías destinadas a un consumo mayo- ritario: el propio consumo obrero.

Para ilustrar este conjunto de circunstancias podemos simplemente citar el último trabajo de Christopher Freeman y - sus colaboradores sobre la innovación técnica y los ciclos económicos largos, ajustándose al ejemplo, clásico, pero -- ejemplar y fundamental, del caso Ford. La innovación de Ford, la cadena de ensamblaje, -innovación organizacional en un - sentido estricto, pero no por ello deja de tener una signi- ficación genuinamente tecnológica- es, según estos autores la responsable de uno de los más contundentes golpes al ya precario equilibrio en que se encontraba la estructura mer- cantil en que aparece: "El paso decisivo que las firmas nor- teamericanas dieron (como resultado de las presiones compe- titivas dentro de la industria) fue reducir el coste de fa- bricación del coche con motor de gasolina más del 50% en -- unos pocos años. El precio del Modelo T cayó de 850 dólares en 1908 a 360 en 1916, las ventas se multiplicaron por 50, la participación en el mercado creció del 10% en 1909 al -- 60% en 1921, los beneficios en valor neto fueron algunas ve- ces hasta el 300% anual y los Estados Unidos alcanzaban una

posición dominante en los mercados de exportación mundiales" (51).

Pero este mismo proceso tiene otra dimensión que es imposible de contemplar separada: la dimensión demanda o, dicho de una manera más restringida, la dimensión salario. Y, en efecto, era no por casualidad el mismo Henry Ford, el que en -- 1914, al doblar sus salarios hasta 5 dólares diarios abría una nueva era en la gestión de la fuerza de trabajo, con su política del "Five Dollars Day" el patrón americano quería, según sus propias palabras --que no estaban libres de un desmedido afán propagandístico y ocultaban muchas más cosas que decían, como ya veremos--, que cualquiera de sus obreros pudiese comprar su propio Ford T. Por lo tanto, el salario ad quiere un estatuto económico que antes nunca había poseído, de ser presentado como simple remunerador del trabajo realizado, pasa a tener un importante papel incentivador en la -- filosofía taylorista del "scientific management" (recuérdese su "salario diferencial por piezas") alcanzando ahora el nivel máximo, el de estructurar de una manera prácticamente directa no sólo el universo inmediato de la producción, sino que también regula el mismo modo de consumo y reconstrucción de la fuerza de trabajo : "tanto dentro como fuera del taller, la racionalización taylorista y fordiana actúa como un formidable vector de transformación de la clase obrera y de las condiciones de su reproducción" (52).

En una palabra, resumiendo y generalizando, la revolución -- de las condiciones y métodos de producción (parcelación, -- cronometraje, cadenas, etc.) aplicadas a bases tecnológicas

nuevas (la tecnología doméstica derivada de la "segunda revolución tecnológica") ha sido capaz de elevar la productividad propiamente dicha (más intensificación) creando un estilo de producción en masa de objetos de -relativo- precio reducido, cuyo destino va a ser el mercado obrero, cuyos salarios -gracias al citado incremento de productividad- dejan de estar rondando los índices de la miseria y empiezan a constituirse auténticamente en demanda efectiva de artículos manufacturados cuya utilización deja de tener la única y exclusiva función de la reproducción meramente física o primaria de la fuerza de trabajo, aunque también - la abarque.

En buena medida este punto es históricamente central en la lógica general del modo de desarrollo capitalista, que -como viene señalando desde hace casi una década el economista y sociólogo italiano Giovanni Arrighi (53)-, tiende a -provocar un doble "efecto contradictorio" a medida que avanza la acumulación de capital: al desarrollarse el carácter social de la producción, la acumulación de capital arrebatada en su misma expansión la posibilidad al trabajador individual de reproducir su propia fuerza de trabajo fuera del aparato productivo y comercial creado en la evolución de -ese mismo proceso de desarrollo económico. Pero tal fenómeno, que tiende a aniquilar la fuerza contractual del trabajador individual -pues obliga a la necesaria asalarización y a la compra de productos ofrecidos en el mercado para la misma supervivencia, lo que cancela cualquier alternativa de trabajo o consumo autosuficiente (artesanado autónomo; agricultura de subsistencia, emigración colonial, etc.)-,

al mismo tiempo concentra y centraliza la mercancía trabajo de tal forma que la convierte en fuerza colectiva, dándole la solidez y cierta unicidad que la caracteriza como clase; solidez y unicidad que, dicho sea de paso por nosotros, no garantiza ni presupone un papel histórico, -- predeterminado y culminante, por el sólo hecho de su existencia.

Y esto que se presenta en un plano general y abstracto, -- puede ser seguido de una manera empírica; por ejemplo, Harry Braverman, en el capítulo 13 de su fundamental "Labor and Monopoly Capital", al tratar de establecer los fundamentos de ese mercado universal globalizado en que se convierte el capitalismo en su era monopolista se remonta hasta el primer capitalismo industrial, cuyo nivel de consumo obrero estaba presidido por la manufactura artesanal y los productos eminentemente agrarios, muchas veces obtenidos fuera de cualquier circulación mercantil, que en aquellos momentos era muy pequeña, y donde las necesidades de un hogar se reducían a los alimentos básicos adquiridos en formas casi siempre no procesadas, carbón, velas, papel, -- alcoholes destilados y fermentados, melazas, tabaco, la demanda textil, ya bien desarrollada, y por fin unos pocos objetos de consumo duradero que en los mejores casos podían llegar a lámparas de aceite, relojes, muebles y similares. Nos remite luego el mismo autor a una etapa en la que, a pesar de ser ya irreversible y total el proceso de urbanización, el trasvase masivo de mano de obra hacia la industria, la concentración y centralización de capital, y el acelerado desarrollo tecnológico, se siguen manteniendo -- las mismas pautas de reproducción de la fuerza de trabajo

tanto en su básica composición cuantitativa como en su articulación con formas económicas tradicionales no integradas en estructura comercial alguna de forma directa, así Braverman nos presenta antiguos estudios norteamericanos en los que se reflejaba esta situación de forma contundente: únicamente por destacar un caso espectacular podemos ver la situación de Nueva York a finales del siglo XIX: "sólo a unas pocas millas del centro de la mayor metrópolis de la tierra, Queens Country y una gran parte de Brooklyn estaban en 1890 en un estado semirural, y muchas familias dependían tanto de la agricultura en pequeña escala como del empleo industrial o comercial de los hombres de la familia. Al norte de lo que es ahora el área central de la ciudad, Manhattan era más bucólica que urbana, y los cerdos y cabras se veían frecuentemente a lo largo del East River hasta llegar tan al sur como la actual calle cuarenta y dos. En un tiempo en que los hombres trabajaban diez o doce horas al día, durante seis días a la semana, gran parte del cuidado del ganado y los huertos urbanos inevitablemente recaía en las mujeres -hecho bastante independiente de que tales tareas fueran suyas por tradición". (54).

Sin embargo, esta dinámica se ve radicalmente transformada con la aparición de la producción de bienes de consumo en cadena, la implantación de nuevos métodos de organización del trabajo, la subordinación total de la producción agraria a las necesidades industriales y, en suma, la producción dentro del ámbito industrial de los bienes que van a constituirse como medios de reproducción de la fuerza de trabajo. Tal circunstancia no sólo varía la estructura habitual de consumo, sino que remodela el sentido de la acu-

mulación de capital, haciendo que el régimen de desarrollo económico que siguen las economías centrales sea completamente diferente.

Efectivamente, hasta ese momento la reproducción de la fuerza de trabajo había quedado fuera de las enormes transformaciones que el desarrollo capitalista creaba en la estructura económica; la agricultura, los pequeños artesanos, - la pequeña producción para el autoconsumo y hasta la misma posibilidad de emprender el camino hacia la colonización de las tierras lejanas que quedaban todavía disponibles eran "espacios económicos" que resultaban fundamentales en la subsistencia de la mano de obra, pero que no habían sido ocupados por el dominio de la nueva producción mercantil hasta sus últimas consecuencias. Esto provocaba un tipo de acumulación incompleta realizada sólo en función de la producción de medios de producción; el modo de vida estaba simplemente condicionado, pero en ningún caso integrado en los esquemas de la reproducción ampliada de capital, la conversión del salario en medios de consumo - se apartaba de la lógica de las equivalencias mercantiles impuesta por el gran capitalismo industrial y por lo tanto detraía -o cuando menos desaceleraba en su rotación- del ciclo de producción y realización del valor, recursos económicos que no alcanzaban su plena potencialidad de crecimiento.

Pero que tal sistema de acumulación fuese incompleto no quiere decir que fuese inefectivo o lento, ahí están las ondas largas expansivas de 1793 a 1825 y de 1848 a 1873 -

para probar las importantes tasas de crecimiento que generaba, lo que sí ocurría es que era un sistema de acumulación extensiva, es decir, estaba determinado por la progresiva maquinización del proceso de producción buscando los incrementos de productividad bruta y por la continua pugna por la ampliación de mercados de cara a conseguir - que se realizasen los beneficios incorporados. Este régimen para perpetuarse necesitó mundializarse siguiendo una pauta que -como demuestra sobradamente Immanuel Wallerstein en su primera gran síntesis historiográfica (55)- está implícita en los mismos orígenes del capitalismo; cuando estas posibilidades de mundializarse se bloquearon, -- coincidiendo, además, con el agotamiento de una de las -- oleadas tecnológicas en que se fundamentaban los incrementos de productividad (el análisis de estos fenómenos ha -- constituido uno de los puntos anteriores de nuestra exposición), se necesitaban variar las bases sobre las que se asentaba la acumulación, pero esa transformación chocaba, precisamente, con la práctica inexistencia de un sector capitalista de bienes de consumo que tuviera como objeto exclusivo y fundamental la reproducción de la fuerza de -- trabajo: "La sección de los medios de consumo no tiene en -- tonces (a lo largo del siglo XIX) como función principal la de asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo, : sino la de permitir la realización del valor, tanto mediante la exportación de las mercancías (textil en Gran Bretaña) como por el intercambio contra renta (consumo de -- las clases burguesas y pequeño burguesas)". (56).

Por lo tanto, ampliar y reconstituir los fundamentos económicos de la acumulación exigía que las relaciones de --

producción capitalistas penetraran en todas las esferas - de la vida cotidiana, llevándolas mucho más allá de la so la producción de medios de producción o realización y armonizando con ello el modo de reproducción social con el modo de producción material; y para conseguir esto es necesario por este camino recrear todo un nuevo modo de vida. En palabras de André Granou (cuyos trabajos sobre el tema han sido, además de muy tempranos, esclarecedores), - el proceso se sintetiza así : "Disolver el antiguo modo de vida y reconstruirlo sobre la base de las relaciones -- capitalistas, imponer lo que se llamará "el reino de la -- mercancías", tal es en definitiva la condición de un nuevo impulso (provisionalmente) duradero en la acumulación del capital. Esta iba a ser la causa del crecimiento de las -- fuerzas productivas y de la "profusión de bienes de consumo" (...)" (57).

Remodelar el modo de vida es establecer una nueva relación entre la fuerza de trabajo y los elementos que la reproducen. Es decir, sustituir los antiguos bienes y formas de subsistencia -cuyo estatuto no mercantil, o escasamente mercantil, no ofrecía posibilidad alguna de ser soporte para cualquier proceso de valorización de capital que tuviera auténtica repercusión social- por verdaderas mercancías portadoras de valor de cambio económico y, por ello, puntos de arranque capaces de generar un nuevo circuito de inversión, producción y consecución de beneficios, circuito que, a su vez, alimenta la demanda de nuevos medios de producción, con lo que la acumulación encuentra un nuevo modelo para -- consolidar una senda que garantice el crecimiento sostenido

Sin embargo, para que este modelo se estabilizase definitivamente todavía tendrían que pasar -como veremos- bastantes años y multitud de circunstancias críticas.

La fabricación de bienes de consumo en cadena, la nueva estructura salarial y la nueva división social del trabajo que las sustenta tienden a establecer distintas condiciones generales de reproducción de la fuerza de trabajo, estas nuevas condiciones logran introducir entre las relaciones sociales la mediación omnipresente del mercado; el consumo, por lo tanto, se normaliza y estandariza siguiendo - las pautas que se le imponen desde las transformaciones -- del proceso de producción (taylorismo, producción en serie, etc.) y la estructura de oferta que éste, en definitiva, - genera. Nace así lo que el economista francés Michel Aglietta ha denominado una "norma social de consumo obrero" (58), designando con ello una nueva estructura de consumo masivo, basada en la adquisición de los antiguos bienes de subsistencia única y exclusivamente en su forma mercancía (alimentación, consumos corrientes en general) y en la propiedad individual de nuevas mercancías (automóvil, electrodomésticos, consumos duraderos, etc.) que antes o no existían o habían sido consumos suntuarios de las clases acomodadas; como es natural, ahora estarán estas últimas debidamente "abaratadas" y "normalizadas" por las grandes series, mientras que productos con idéntico valor de uso, pero debidamente "distinguidos" y "dignificados" en su forma seguirán siendo el patrimonio exclusivo de las élites, haciendo pesar todo su valor simbólico.



Este cambio radical en el modo de vida -que se empieza a asentar ya definitivamente a partir de los años veinte - en los Estados Unidos y abre caminos en los países más prósperos de Europa, pero todavía a considerable distancia-, cerraba para siempre aquella época en la que la miseria y la inseguridad no permitían estabilización alguna de los hábitos de consumo y en la que existía no una estructura de consumo (que es lo que ahora surge), sino una estructura de división del trabajo doméstico que aseguraba la subsistencia a base de trabajos suplementarios para el autoconsumo; sustituyéndola por otra, en la que el modelo de producción y consumo se establece sobre la generalización de los bienes seriados, específicamente capitalistas, y por ello en la que los hábitos de consumo son -- remodelados y ajustados según las necesidades del proceso de reproducción ampliada del capital.

En suma, el nuevo modo de consumo garantiza un nuevo régimen de acumulación en el que por primera vez se cierra -- completamente la articulación entre los dos sectores de la producción capitalista: la tendencia al sobredesarrollo y extensión del Sector I, que fabrica bienes de producción queda compensada por las nuevas mutaciones del Sector II - que produce bienes de consumo, esto afianza la cohesión -- del modelo de desarrollo que de extensivo (en búsqueda continua de nuevos mercados para la realización) pasa a ser intensivo, es decir, donde la progresiva remodelación en la estructura técnica del proceso de trabajo tiende, por una parte, a sostener el crecimiento del sector I y, por

otra, a acrecentar el valor general de la masa de mercancías, al mismo tiempo que disminuye su valor individual - (grandes series); mercancías que encuentran su destino en un vasto mercado obrero, lo que además de hacer incrementar las posibilidades económicas del sector II -contraído o malformado en el capitalismo industrial del siglo XIX- crea nuevas condiciones de existencia del trabajo asalariado, - que hacen compatible el aumento del valor total generado - en el sistema económico con la continua disminución del -- coste social de reproducción de la fuerza de trabajo, al - permitir que los incrementos de productividad a la vez que hacen crecer en valor absoluto el producto social, hacen - reducir en valor relativo el renovado conjunto de medios - de mantenimiento de la mano de obra; el constante crecimiento del excedente capitalista queda así garantizado (56).

De esta forma, el incremento de mercancías que irá experimentando constantemente la norma de consumo es tanto un resultado, como una necesidad para la reproducción ampliada de capital. La continua producción y circulación de bienes que tienen como misión reconstituir el sistema de consumos corrientes y duraderos (cuyo valor relativo debe ser tendencialmente decreciente con respecto al conjunto del valor económico originado en la producción social global) es el presupuesto previo para una acumulación sostenida. Tal estilo de desarrollo tiende, por lo tanto a invalidar la célebre teoría de la "depauperación", tan querida por el viejo escolasticismo marxista (60).

Más adelante nos ocuparemos de la composición, restricciones y elementos complementarios de esta "norma de consumo de masas"; así como de su interdependencia con respecto a otros mecanismos económicos que regulan la marcha de la economía mundial (intervención estatal, intercambios internacionales, etc) desde su consolidación definitiva, a partir de finales de la Segunda Guerra Mundial, hasta su cuestionamiento general -- con la crisis de los setenta. Pero antes de llevar a cabo esta labor nos detendremos en un punto básico, tanto para arrancar en el estudio que acabamos de indicar, como para completar y entender en sus justos términos la dinámica económica que estamos analizando: se trata de inscribir este modelo de acumulación en las coordenadas sociales en que se genera, a las que se adapta, y a las que, posteriormente, modificará hasta hacer coincidir con sus líneas fundamentales de expansión. Este proceso nos obliga, por consiguiente, a mucho más que a la simple observación de las diferentes configuraciones sucesivas de la estructura del mercado y nos lleva, de la -- misma manera, a ampliar nuestra perspectiva hasta un punto -- en el que el consumo aparece como una actividad en interacción constante con multitud de factores sociales --según unas pautas preestablecidas por el sentido general del régimen de acumulación-- y, en resumen, a concebir el modo de vida como un todo histórico y multidimensional que escapa a las fáciles simplificaciones funcionalistas o mecanicistas (61).

N O T A S

=====

- (46) Véase Frederick W. Taylor, "Principios de la administración científica", Buenos Aires, El Ateneo, 1969, - especialmente págs. 22-85.
- (47) Entendemos aquí mecanización en un sentido clásico, es to es, la sustitución de la energía humana o animal - para la realización de una serie de funciones, por un instrumento motor que la suministra, cfr. Pierre Naville y Pierre Rolle, "La evolución técnica y sus repercusiones en la vida social," en Georges Friedmann y Pierre Naville (Eds.), "Tratado de Sociología del Trabajo", México, Fondo de Cultura Económica, Reimpresión 1971, 1^{er} Volúmen, págs. 345-368.
- (48) Ver Benjamín Coriat, "Ciencia, Técnica y Capital" Madrid, H. Blume, 1976, págs. 76-80.
- (49) Tanto para diferenciar adecuadamente entre incrementos de productividad -aumento de la producción final gracias exclusivamente a cambios organizativos o tecnológicos, manteniendo inalterada la cantidad de trabajo humano empleada y dada una jornada laboral determinada- e incrementos de intensidad del trabajo -aumentos del producto final debido al incremento de trabajo utilizado, dado el mismo equipo tecnológico y la misma jornada laboral, resultado, por tanto, de la aceleración de ---

ritmos, cadencias, etc., al igual que de la supresión de - pausas, tiempos muertos, descanso, o "porosidades" del proceso de trabajo general-; así como para comprender el "cambio de escala" que representan los métodos tayloristas y --fordistas, gracias a la posibilidad de introducir mayor cantidad de fuerza de trabajo, descualificada, conviene consultar el interesante libro de Christian Palloix, "Proceso de producción y crisis del capitalismo", Madrid, H. Blume, 1980 concretamente 2ª Parte, Sección 6, págs. 160-167. En cuanto a una demostración "física" de los efectos productivos de la cadena fordista la podemos encontrar en Benjamín Coriat, "El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa", Madrid, Siglo XXI, 1982 donde se nos ofrecen los siguientes datos (pág 59): "habiendo crecido la intensificación del trabajo en proporciones considerables, y pese a las alzas salariales y la reducción de la jornada de trabajo de 9 a 8 horas el costo de producción por coche baja en cerca de un 17% (...), la expansión de la Ford Motor Company prosigue a un ritmo desconocido hasta -- entonces 200.000 coches fabricados en 1913, 500.000 en 1915, un millón en 1919, dos millones en 1923".

- (50) Coriat, "Ciencia, técnica y capital", op. cit., págs. 140 a 151.
- (51) Christopher Freeman, John Clark y Luc Soete, "Unemployment and Technical Innovation. A Study of long Waves and economic development", Londres; Frances Pinter Publishers, 1982, págs 71 y 72.

- (52) Coriat, "El taller y el cronómetro", op. cit., pág. 60.
- (53) Giovanni Arrighi, "Una nueva crisis general", en Zona Abierta nº 5, Otoño 1975, págs. 77-112.
- (54) Harry Braverman, "Labor and monopoly capital. The degradation of work in the twentieth Century", Nueva York Monthly Review Press, 1974, págs. 273-274. Abundantes - testimonios en el mismo sentido se pueden citar aquí - extraídos del mismo autor, por ejemplo (Ibídem): "Un estudio de 2.500 familias que vivían en las principales regiones del carbón, del hierro y del acero en 1890 apuntan que la mitad de ellas aproximadamente tenían - ganado, gallinero, huertos o las tres cosas. Cerca del 30% no adquirirían otros vegetales que patatas a lo largo del año. Describiendo la región de carbón de antracita de Pennsylvania en 1904, Peter Roberts escribía que es interesante pasar por los valles de Schuylkill y Tremont y ver la multitud de pequeñas granjas que están - cultivadas por los mineros de la Philadelphia y Reading Coal and Iron Company. En la huelga de 1902, centenares de familias de mineros no podrían haber continuado en la lucha de no haber sido por las pequeñas -- granjas y los amplios huertos que cultivaban".
- (55) Immanuel Wallerstein, "El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI"., Madrid, Siglo XXI, -- 1979.

- (56) Christian Palloix, "La crisis del modo de producción capitalista: proceso de producción y división internacional del trabajo", en AA.VV., "Rupturas de un sistema económico", Madrid, H. Blume, 1981, pág. 163.
- (57) Granou, "Capitalismo y modo de vida", op. cit., págs. 47-48.
- (58) Michel Aglietta, "Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos", Madrid, Siglo - XXI, 1979, págs. 131-146.
- (59) Ibídem, págs. 48-87.
- (60) Cfr. Ignacio Fernández de Castro y Carmen Elejabeitia, "El hombre mercancía", Madrid, Elías Querejeta Ediciones 1976, págs. 138-140.
- (61) Torca Houg, "Households and Markets : Theories and new research on consumption activities", en Acta Sociológica, Vol. 23, nº 1, 1950, págs. 21-31.

CAPITULO 3

LA REPRODUCCION PATRONAL DIRECTA DE LAS CONDICIONES DE MANTENIMIENTO DE LA FUERZA DE TRABAJO : EL MARCO SOCIAL Y EL CONTEXTO HISTORICO.-

Las particulares características con las que la mercancía trabajo entra en el proceso de producción hacen que tanto su utilización como su continua reproducción se conviertan en un obstáculo permanente para la libre y sistemática valorización y acumulación de capital. El hecho de que para llevar a cabo la conversión de la fuerza de trabajo -simple - capacidad de realizar cierta función productiva, potencialidad que es lo realmente intercambiado en el mercado- en -- trabajo -proceso creativo transformador- haya que superar la mediación social que supone que el soporte de esa mercancía sea un grupo humano sin intereses en los fines de la producción en la que se integra, hace que la dinámica que surge tanto de la constante renovación de los medios técnicos como de, lo que es más importante para nosotros, la transformación de las relaciones de producción, sólo pueda ser contemplada enmarcada en este proceso social, y no como el resultado de un abstracto crecimiento "económico" -dándole a este último término su significado más reduccionista

y comunmente aceptado, esto es, el de lo relacionado con la esfera de la circulación mercantil-, sino como un producto histórico de las relaciones de clase en que se generan (62).

Este problema que se plantea, por lo tanto, al tratar de extraer de una potencialidad o capacidad social un factor económico más, o dicho de otra manera, de subordinar la -- fuerza de trabajo a las exigencias de la producción industrial, ha venido siendo históricamente hasta nuestros días afrontado, por parte patronal, de diferentes maneras y con diferentes instrumentos. Si bien es cierto que desde Adam Smith la estrategia principal ha estado asociada a la progresiva división, mecanización y dominación del proceso de trabajo, también lo es que esta estrategia general se ha ido articulando con diferentes formas sociales de reproducción de las condiciones de mantenimiento de la mano de obra con importancia en su estabilización y sostenimiento, en tanto que elementos destinados, precisamente, a la obtención -- en las mejores condiciones económicas políticas y sociales de aquel factor productivo tan particular. Veamos esto más detenidamente.

* * *

Efectivamente, la división del trabajo, desde sus orígenes (63), tenía sus efectos inmediatos sobre la productividad no tanto por su importancia en una supuesta y abstracta "racionalización técnica" en cuanto por sus posibilidades de

control de la fuerza de trabajo. Fue Charles Babbage en 1835 el que establecía por esas fechas las bases concretas y reales sobre las que se asentaba la "economía de la maquinaria y la manufactura", siendo sus principales conclusiones: 1) que la división del trabajo permitía la consecución de tareas muy simples que podían ser realizadas por máquinas o por hombres de una manera controlada y subordinada a los ritmos y requerimientos patronales o a la actividad de la máquina - a la que se les asocia; 2) que al separar las funciones de concepción y ejecución en esferas totalmente aisladas se conseguía limitar las posibilidades de control obrero del proceso de trabajo, por cuanto que los saberes y habilidades para planificar o realizar cualquier actividad han sido eliminados y sustituidos por normas a cumplir sin variación ninguna; y 3) derivado directamente de lo antes expuesto, el famoso principio Babbage de la descualificación y asignación selectiva de los diferentes puestos de trabajo; en la medida que el proceso de trabajo puede ser descompuesto en elementos separados el empresario a su vez puede contratar la fuerza de trabajo con la cualificación adecuada para cada elemento, lo que en términos de mercado representa que la fuerza de trabajo necesaria para la ejecución de un proceso productivo segmentado en unidades aisladas puede comprarse mucho más barata que la capacidad de trabajo cualificada que sea capaz de abarcar en su conjunto todas las tareas de un proceso complejo -- (64), incluida la concepción y diseño de su propio plan de -- trabajo.

Babbage tenía por objetivo principal quebrar el poder, y con ello las pretensiones salariales, de los obreros de oficio cualificados -verdadero obstáculo para una plena - expansión capitalista a lo largo de todo el siglo XIX y - obsesión de todos los grandes ingenieros de la época (65)-, y ampliar el mercado de trabajo hasta los enormes contingentes de mano de obra descualificada que competían desmesuradamente por un puesto de trabajo -con la consiguiente presión hacia la baja de los salarios- tratando de romper así los acuerdos sobre salarios, trabajo y productividad que -- tomaban los primeros sindicatos de cara a conservar los privilegios relativos de esta primera "aristocracia obrera" -- cuyas luchas durante muchos años estuvieron por igual distribuidas tanto directamente contra las patronales como contra la contratación de fuerza de trabajo no sindicada, verdadera piedra de toque empresarial frente a las presiones corporativistas del sindicalismo profesionalista decimonónico. (66).

El siguiente paso en esta misma línea era conseguir la eliminación de las irregularidades en las costumbres laborales de tal manera que éstas se acabaran identificando de manera absoluta con la previa regularidad de los mecanismos automáticos fabriles. Esto es, conseguir la "habituación" (67) de la que habla Braverman; o el establecimiento de un código disciplinario diseñado para reconvertir en mano de obra fabril a -- trabajadores socializados en hábitos artesanales y agrarios como proponía Andrew Ure -otro de los padres de la industria moderna- también en 1835, propugnando para tal fin la creación de una "maquinaria moral" que se complementa hasta tal punto con la "máquina económica" que llegue a fundirse en un

mismo dispositivo industrial, pero si en las propuestas morales de Ure había una cierta grandilocuencia casi clerical, sus aplicaciones prácticas no pasaron del aumento de los ritmos de trabajo, la constante lucha contra la "holganza, insubordinación e indisciplina", propias de la naturaleza humana como la veía Ure, y, por fin y sobre todo, la aplicación masiva de niños en el proceso productivo, según Ure porque eran los auxiliares ideales de la maquinaria moderna tanto físicamente (son "pequeños, flexibles, vivos", y su pequeño tamaño les permite penetrar perfectamente entre la maraña -- de correas de transmisión y engranajes de la máquina de vapor) como moralmente (no tenían costumbres antifabriles y su estancia en la fábrica desde tan temprana edad asegurará -- trabajadores útiles para el futuro); sin embargo, su significado económico real era mucho más simple, eran la mano de obra más barata --incluso gratuita cuando eran cedidos los -- huérfanos y abandonados de los hospicios-- más dócil, no presentan ningún problema sindical y eran una buena herramienta para ser enfrentada al sindicalismo organizado.

Taylor levantó sobre idénticos principios ideológicos (68), --expresados también en las mismas consignas moralizantes de la creación de una supuesta ética de la austeridad, seriedad, regularidad y universalidad en el trabajo--, una compleja estructura de métodos y normas cuyo único fin era el control -- absoluto de la fuerza de trabajo, dentro únicamente del proceso de producción fabril, en base a la reducción forzada de todas las relaciones sociales a la dimensión técnica del proceso de trabajo, en palabras de Georges Friedmann --el gran -- maestro de la sociología del trabajo francesa--, "Taylor piensa que, a ambos lados de la barricada, obreros y patronos pe

can de ignorancia de sus verdaderos intereses. Ante el -- agravamiento de las luchas, se acrecienta su mal humor para con los "cabecillas" sindicalistas (...). Puesto que la determinación de las tareas es una cuestión de expertos, niega que haya alguna razón válida para que los sindicatos exijan el control de su estipulación y de sus precios. ¿Acaso un experto no aporta hechos?. La fijación de una tarea normal y del salario que merece, en cada oficio, no es materia de opinión ni de regateo, sino de determinación científica. No importa de donde salga el experto ni quién lo pague, con tal de que sea en verdad un experto. En todas partes le hallamos esta confianza en la aplicación directa de las ciencias físico-matemáticas a la vida industrial, esta abstracción de un ingeniero completamente desprovisto del sentido de las realidades económicas y sociales, así como de las diferencias mentales que en ellas gobiernan" (69).

Hasta los primeros años del siglo XX, la implantación de estas formas de dominación capitalista sólo tienen plena repercusión dentro de la esfera estricta de la producción: destrucción de las formas de producción precapitalistas (basadas en niveles de vida de subsistencia, separación incompleta entre el campo y la ciudad y relaciones sociales basadas fundamentalmente sobre principios de cooptación extraeconómicos), así como, adaptación absoluta de la fuerza de trabajo a los medios de producción, hasta llegar a la subordinación total del proceso de trabajo a las necesidades inmediatas de la valorización de capital, lo que el mismo Marx denominaba "subsunción real del trabajo en el capital" (70).

La relación de este proceso con la transformación del modo de vida es, por el contrario, únicamente externa, ya que - al destruirse las raíces de la vida social precapitalista -la privación a la mano de obra de las condiciones productivas de su supervivencia- la degradación del modo de vida obrero se hace evidente, lo que permite pagar salarios muy bajos para largas jornadas de trabajo, sin cobertura asistencial de ningún tipo (salvo aquella heredada de modos precapitalistas como casas de pobres, asilos, hospitales, casas de caridad, etc.) y siempre con la característica de que la reproducción de la fuerza de trabajo se desenvuelve en el ámbito privado del autoconsumo o de las conexiones con las formas económicas -mercantiles o no, según los casos- preindustriales y no se introduce en el nuevo dominio social de la producción capitalista. El resultado de todo esto es el conocido desarrollo del capitalismo decimonónico miserabilista, descrito y debatido a lo largo de tantos y tantos - textos polémicos (71), cuyos efectos fueron más la destrucción o la degradación de modos de consumo anteriores, que la creación de bases y estructuras reproductivas nuevas.

El paso de una dominación individual -llevada por Taylor -- hasta sus últimas consecuencias al "desmigajar científicamente" las tareas, recomponerlas, normalizarlas, asignarles salarios diferenciales y herramientas universales (72)- a una dominación social, en la que no sólo se intentan articular mecanismos de control sobre el acto mismo, y único, de trabajar, sino sobre todas las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo (incluso en sus vertientes culturales, ideológicas o "éticas") sustentándolas en un nuevo tipo de consumo productivo que revoluciona radicalmente el modo -

de vida, es el resultado de las prácticas fordistas tanto de la producción en masa, como de las medidas patronales para controlar las demandas sociales. Podemos decir, en este sentido, siguiendo a Alfred Sohn-Rethel (73), que se realiza una transición desde la des-socialización hasta la re-socialización de la fuerza de trabajo como estrategia general de apropiación del excedente, en cuanto que si durante la primera generación del maquinismo la única lógica social era la destrucción de modos de vida y trabajo preindustriales, o incluso precapitalistas, la producción en masa reconstruye un nuevo espacio social en función de las nuevas necesidades mercantiles; aparecen, por lo tanto, normas de consumo, formas de vida y bases salariales incompatibles con las formas clásicas de mantenimiento de la mano de obra que en el siglo XIX estaban presididas por la pobreza y el subconsumo.

Sin embargo, durante un primer período la aplicación de estas prácticas -período que podríamos conceptuar como de transición y que se extendería hasta la salida de la Segunda Guerra Mundial- tiene un carácter marcadamente restrictivo, se configura como un instrumento directo patronal, cargado de un moralizante paternalismo disciplinario, de "ampliación sistemática de las relaciones de producción al ámbito de la vida cotidiana, abarcando el ocio y las actividades no laborales del empleado" (74) ; es su nueva dimensión social, en el sentido de su funcionalidad en la creación de una fuerza de trabajo estable y sumisa, capaz de integrarse en los sistemas de producción normalizados, la mayoría de las veces en cadena. La "fábrica moral" de Ure acrecienta su alcance hasta -mucho más allá de los muros fabriles, se están sentando las bases y avanzando rápidamente en lo que llegará a constituirse como una auténtica "fábrica social".

Antonio Gramsci fué el temprano y agudo observador de este primer fordismo, en su versión más despótica y directa de la década de los veinte:

"Ford tiene un cuerpo de inspectores que controlan la vida de los empleados y trabajadores y les imponen un régimen determinado; controlan hasta la alimentación, la cama, las dimensiones de las habitaciones, las horas de descanso e incluso asuntos más íntimos; el que no dobliga a eso queda despedido y deja de tener los seis dólares de jornal mínimo. Ford da seis dólares como mínimo, pero quiere -- gente que sepa trabajar y que esté siempre en condiciones de hacerlo, o sea, -- que sepa coordinar el trabajo con el régimen de vida". (75).

Unos años más tarde, y ya en un texto dedicado específicamente al tema que nos ocupa aquí, el autor italiano realiza un análisis extremadamente ajustado y fiel de los principales fundamentos sociales de los mecanismos patronales americanos :

"El industrial norteamericano se preocupa por mantener la continuidad de la eficacia física del trabajador, de su eficacia muscular y nerviosa: es interés suyo el contar con un personal estable, homogeneizado permanentemente, porque también el complejo humano (el trabajador colectivo) de una empresa es una máquina que no debe -- desmontarse demasiado a menudo y que no puede renovarse en sus piezas singulares sin ingentes pérdidas.

"El llamado salario alto es un elemento dimanante de esa necesidad: es el instrumento adecuado para seleccionar un personal coherente con el sistema de producción

y de trabajo, y para mantenerlo de modo estable. Pero el salario alto tiene dos filos: hace falta que el trabajador gaste "racionalmente" los dineros más abundantes, para mantener, renovar y, si es posible, aumentar su eficacia muscular y nerviosa, no para destruirla o lesionarla (...)

"Los intentos de Ford de intervenir, -- con un cuerpo de inspectores, en la vida privada de sus empleados, y de controlar cómo gastaban el salario y cómo vivían, es un indicio de estas tendencias todavía "privadas" o latentes, pero que pueden convertirse, llegado el momento, en ideología estatal, insertándose en el puritanismo tradicional, o sea, presentándose como un renacimiento de los pioneros, del "verdadero" norteamericanismo" (76).

Al hilo de las reflexiones de Gramsci --ciertamente limitadas a una visión demasiado centrada en los elementos más -- inmediatos del modelo de relaciones industriales que comenta, pero la verdad es que resultan tan limitadas como el propio modelo, en la época en que lo describe -- nos podemos adentrar en uno de los factores más importantes para el surgimiento de los nuevos sistemas de organización del proceso de trabajo y las medidas complementarias de adaptación y -- mantenimiento de la mano de obra: las particulares características de formación del capitalismo norteamericano; características que, en última instancia, determinarían hasta -- tal punto las formas industriales modernas como para que el propio Antonio Gramsci hablara de "americanismo" cuando se refería a ellas.

Así, por una parte, se presentan las condiciones económicas generales que resultan del modo específico de penetración del capitalismo en los Estados Unidos: ausencia de una economía agraria de subsistencia con carácter precapitalista, gran reserva de tierras libres que se irán progresivamente colonizando extendiendo hacia el oeste los límites de la misma nación -es el famoso principio de la frontera que ligaba el -- crecimiento económico con el crecimiento físico del territorio-, rápida capitalización y centralización del excedente -- agrario gracias a las grandes compañías de ferrocarriles que se encargan de su reconversión en capital comercial, y por -- fin, el enorme desarrollo de las fuerzas productivas propiciado por la Guerra de Secesión (1861-1866) -"la primera guerra industrial moderna", en cuanto que es allí donde por primera vez se utilizan objetos tales como armas con cargador automático, medios logísticos de vapor por vía férrea y fluvial, navíos de guerra acorazados sin velas, telégrafo, etc. (77)-, que al mismo tiempo provoca una importante absorción de nueva mano de obra (mujeres, negros y niños) en la creación de -- una industria nacional capaz de prosperar gracias a la formación de un gran mercado interno defendido de la penetración -- inglesa por la victoria del Norte. En suma, la economía norteamericana, articula una serie de mecanismos económicos que garantizan una rápida y amplia acumulación de capital a la vez que se encuentra libre de todos los residuos de modos de producción anteriores, esto representa un cambio de escala comparativo del crecimiento americano con respecto a la economía europea obligada a la destrucción o la asimilación de formas productivas anteriores, y con recursos económicos mucho más -- limitados, tanto en cantidad como en coste. (78).

Por otra parte, nos encontramos con las condiciones particulares de formación y existencia del trabajo asalariado, entre --

las que sobresale la coincidencia entre la creación de la clase obrera y la formación del Estado-nación americano. Siendo la emigración el eje sobre el que se estructura el crecimiento de la clase obrera americana, no es extraño que la composición orgánica de las remesas de emigrantes determinase el modelo de acumulación. Por ello resulta fundamental el cambio de signo que después de la Guerra de Secesión se percibe en los flujos de entrada de mano de obra y en la producción capitalista; registrándose, de esta forma, primero una gran oleada (1815-1860) de más de cinco millones de personas llegadas de la Europa Central y de Irlanda -producto de la gran expulsión campesina provocada por la llamada Primera Revolución Industrial y de las hambrunas irlandesas de mediados de siglo- encargadas de seguir expandiendo "la frontera" y, sobre todo, de formar el primer ejército de reserva para las obras infraestructurales americanas y los negocios ya prósperos de los protestantes descendientes de la primitiva colonización inglesa; para posteriormente (1880-1915) recibir la segunda gran oleada procedente en su inmensa mayoría de la Europa del Sur y del Este, son más de quince millones de personas cuyos destinos finales ya no van a ser los trabajos agrarios ni las grandes realizaciones del movimiento de "la frontera", definitivamente concluido, sino el hacinamiento en grandes zonas metropolitanas sin ningún tipo de forma o estructura auténticamente urbana, -pasando a constituir el mayor ejército laboral de reserva de la historia. (79).

En la confluencia de todos estos factores se van conformando los sistemas de producción y control tayloristas y fordistas; era necesario disponer de mecanismos organizativos capaces de integrar productivamente toda esa ingente de mano de obra des-

cualificada -Taylor y sus microtarefas de autómatas adiestrados- y socializarla en la ideología del "americanismo" moralista -Ford con sus inspectores, sus principios y sus cinco dólares diarios para los "operarios modelo"-; constituyendo tales mecanismos las bases productivas de la valorización de un excedente económico que había tomado con inusitada rapidez forma capitalista, y de cara a un mercado potencial no distorsionado en ninguna de sus dimensiones por residuos o barreras de carácter precapitalista. La acumulación se realiza así siguiendo las pautas de un genuino capitalismo -quizá en Estados Unidos sea el único caso donde formación social y modo de producción coincidan en esa época hasta confundirse- que elimina cualquier -- institución intermedia en la relación capital/trabajo.

La divergencia entre los capitalismo europeos y el capitalismo americano de principios del siglo XX y finales del XIX se hace, por tanto, especialmente clara, mientras en los primeros la reproducción de la fuerza de trabajo tenía que ser apoyada por medios sociales colectivos que funcionaban como un sistema asistencial -destinado más a remediar las disfuncionalidades del industrialismo que a ordenar económicamente su crecimiento- vinculado precisamente a organizaciones heredadas de la sociedad preindustrial (establecimientos de caridad, casas benéficas, hospitales, etc.) o a instituciones comunales principalmente municipales (el Estado Central todavía no alcanza mayor papel social directo que su función coercitiva) (80); en los Estados Unidos, por el contrario, estos mecanismos de sostenimiento, socialización y "habitación" fueron creados de forma directa por el capital que se encargaba de reproducir todas las condiciones de mantenimiento de la fuerza de trabajo en función de sus requerimientos productivos (desde su aprendizaje técnico hasta su vida privada) : "La International Harvester, en 1910, y la Ford en 1914, introdujeron programas de enseñanza de la lengua directamente vinculados a las necesidades de la producción

(generalmente con ayuda del YMCA). La lección 1 del Libro de Inglés de Harvester (Chicago) incluía las siguientes joyas literarias: "Oigo el silbato de la fábrica, debo apresurarme" y "Trabajo hasta que toca el silbato y señala el final de la jornada". La lección 2 recordaba que "No se recibe indemnización en caso de accidente ocurrido durante una riña o por imprudencia del trabajador" (...)" (81).

En resumen, el surgimiento y desarrollo tanto de las técnicas organizativas como de las prácticas patronales de eso que hemos denominado "fábrica social" (y que no es más que el fundamento de un nuevo modo de reproducción de la fuerza de trabajo) en Estados Unidos tomó un carácter sistemático, generalizado y, en cierta medida, ordenado por las mismas circunstancias económicas en que se generó, mientras que en Europa este modelo se fue fraguando más lentamente, combinado con otras formas e instituciones sociales, teniendo que romper sistemas económicos y modos de vida incompatibles con él y sustentado en bases de acumulación menores.

* * *

Si el fordismo supuso una completa revolución en la producción del valor de cambio era lógico que se plantease un desarrollo paralelo en las formas adoptadas por los valores de uso de los objetos, en cuanto que ambas categorías proceden de un mismo proceso: el proceso de producción de mercancías -como proceso conjunto, e inseparable analíticamente, de fabricación "física" de bienes y de valorización y reproducción del capital (82)-;

al verse radicalmente transformado éste proceso global, - también se vió transformado un conjunto enorme de relaciones sociales que se articulan a su alrededor y lo que es fundamental para nosotros, la forma de las mercancías en las que se apoyan la mayoría de estas relaciones sociales en el modo de producción capitalista.

La normalización y estandarización de la herramienta que se situaba en la base del pensamiento de Taylor tenía como resultado forzoso la normalización y estandarización del producto (83), porque no sólo resultaba imprescindible esto para la organización social y el control patronal del proceso de trabajo (como nos han repetido hasta la saciedad los autores "redescubridores" del tema en los años setenta), sino también porque era condición necesaria para la producción de grandes series, ya que si el objeto a realizar consta de varias piezas, éstas deben de haber sido fabricadas previamente por separado con la especificación de que tienen que encajar entre ellas sin ningún tipo de dificultad, el ensamblaje tiene que hacerse de una manera plenamente maquinal -si cada elemento a montar o instalar tuviese que ser rectificado o el operario que realiza el acoplamiento tuviese que elegir entre un número alto de métodos útiles o piezas para realizar una única función los ahorros de la división del trabajo y la producción a gran escala se anularían (lo que no es otra cosa que anunciar de otro modo, el principio de la normalización y la descualificación)-; de esta manera, el proceso final de producción debe planificarse siguiendo una tabla de tolerancias, complementareidades, tamaños y equilibrios de tiempos que faciliten un ajuste rápido y eficaz de piezas tipificadas, y cuyo producto es un conjunto integrado complejo -estanda

rizado e indiferenciado- de elementos relativamente simples, pero igualmente permutables y universalizados (84).

El objeto de consumo toma entonces una forma geométrica e impersonal; el diseño industrial se realiza según las exigencias del nuevo sistema de ensamblaje, desaparecen todos los ornamentos, adornos o accesorios que puedan obstaculizar la funcionalidad que garantiza los potentes incrementos de productividad. Dado el grado de desarrollo de la tecnología y el utillaje de esa época, para aprovechar todas las -- ventajas de la producción en cadena, la línea de artículos de una determinada firma se reduce hasta el máximo, es el -- tiempo de las enormes series de fabricación (series que duraban en multitud de casos más de una década) de un modelo único por marca (siguiendo con el socorrido ejemplo del famosísimo Ford T podemos decir que se fabricaron 15 millones de unidades durante casi 20 años: desde 1908 hasta 1927 fecha en que se interrumpió su montaje). Como asegura Tomas Maldonado -especialista argentino en proyección y diseño, actualmente enseñando en la Universidad italiana- de una manera tan contundente como precisa y ajustada a la realidad: "En realidad la organización científica del trabajo y el control de la vida privada del trabajador habían contribuido, por así decirlo, a domar al operario, transformándolo en el famoso "gorila amaestrado" de Taylor. Pero también el producto del trabajo se convierte en"producto amaestrado". Al ascetismo en el trabajo y en la vida del trabajador, corresponde el ascetismo - en la forma de los bienes producidos!" (85).

Este movimiento de racionalización general se expande por -- todos los órdenes y niveles sociales, el vector técnico marca el camino único de la evolución humana y todos los demás

factores son constantemente subordinados a esta dimensión, redescubierta como el gran instrumento capitalista de estructuración de la producción social global. El apelar a "la ciencia" para que sirviese de cobertura a este despliegue espectacular de las técnicas -y las ideologías- del estricto control patronal tuvo como consecuencia dos importantes hechos: por una parte, contribuyó a presentar la racionalización tecnológica como el desarrollo natural y progresivo del conocimiento científico aplicado a la esfera de la vida cotidiana (lo que no eran más que las condiciones particulares para asentar un modo de acumulación son convertidas artificialmente en las bases necesarias para la "modernización" y el bienestar universal). Por otra parte, se le atribuyó exclusivamente el enorme incremento en la productividad y el número de bienes finales fabricados a la utilización de estas técnicas, como si no hubiesen supuesto un incremento de las intensidades, ritmos, esfuerzos y cargas de trabajo; se le dió así un carácter racionalizador abstracto revolucionario y positivo -sobre todo por aquellos que lo veían desde fuera de la fábrica- sin pararse ni siquiera a mencionar alguno de sus muchos costes sociales.

Racionalidad, utilidad, progreso social (y rentabilidad, -añadiríamos nosotros) se confunden en el pensamiento de la época, que acabará concibiendo el diseño y la actividad proyectual como el máximo aprovechamiento de las potencialidades de la ciencia y la técnica. Es de este modo como los padres del diseño industrial europeo Muthesius y Loos postulan, inmediatamente antes de la Primera Guerra Mundial, un objeto extremadamente austero, tipificado y estudiado milímetro a milímetro para que satisfaga las funciones que tenga que cumplir y facilite, al mismo tiempo, lo máximo posible

su producción; todo debe ser resultado de la planificación y el control, lo demás es ornamentación, capricho o derroche; despilfarro de materias primas, fuerza de trabajo y capital como ellos mismos decían (86).

Pocos años más tarde, a principios de los años veinte, Le Corbusier, quería construir sus casas siguiendo los principios de racionalización científica de F.W. Taylor, la universalización, normalización y simplificación tenían que ser -- las soluciones para la construcción de una "nueva vivienda" (87). Por su parte, Walter Gropius y su mítico grupo de la Bauhaus planteaban un hogar que respondiera ajustadamente a todas las necesidades de sus habitantes, su proyección debía ser por lo tanto un problema de racionalización pura, en el -- que los elementos estéticos no tenían ningún sentido a no ser que se les revistiera de la omnipresente "practicidad", las máquinas debían de ser los aliados naturales en esta lucha -- para la dignificación de las condiciones de vida y, por esto la vivienda y sus objetos no podían poseer ya ningún rasgo ocioso, sentimental o disfuncional que impidiese su comportamiento como un instrumento perfectamente equilibrado de -- generar "utilidades".

Tom Wolfe, el más famoso representante del llamado "nuevo -- periodismo" norteamericano, con la feroz ironía que le caracteriza --ironía que en este caso va acompañada también, desgraciadamente, de una corta documentación-- ha emprendido recientemente una "desmitificación" del grupo de la Bauhaus, y del funcionalismo arquitectónico guiado por Le Corbusier, que aquí nos resulta muy útil porque demuestra perfectamente como en estas eminentes concepciones del racionalismo progresista --muy vinculadas con la socialdemocracia clásica de la

época- se encontraba, bajo el signo de la supertecnificación, una nueva forma de despotismo ilustrado, por el que había - que diseñarlo y construirlo todo para el uso y felicidad de un "proletariado" ideal que se tenía que ver forzosamente - satisfecho por las nuevas estructuras desnudas que la gran intelectualidad le ofrecía como alojamiento, y al que no se le ofrecía mayor papel desisorio que el de respetuoso acatador de los dictados paternales del nuevo credo productivista:

"¿Y qué hacían los obreros de las viviendas obreras? Oh se quejaban, cosa que iba con su naturaleza. En -- Pessac, aquellas desdichadas criaturas revolvieron de arriba abajo los fríos cubículos de Corbu (Le Corbusier) en un intento desesperado por hacerlos cómodos y atractivos. Pero era lógico. Como dijo Corbu en persona, tenían que ser "reeducados" - para comprender la belleza de "la Ciudad Radiante" del futuro. En --- cuestión de gusto, los arquitectos se comportaban como benefactores culturales de los trabajadores. No tenía sentido consultarles directamente, puesto que, como Gropius había señalado estaban todavía "intelectualmente subdesarrollados". El socialismo era la solución política, el gran "sí" a las al parecer, escandalosas e imposibles aspiraciones del arquitecto mancomunado que insistía en que el cliente mantuviera la boca cerrada. (...). Para sus bloques de viviendas Berlineseas con destino a los empleados de la fábrica Siemens, el ingeniero de almas Walter Gropius decidió que los trabajadores debían de economizar los techos altos y los anchos pasillos, así como los objetos y ornamentos anticuados (...) no eran más que grandilocuencia burguesa expresada en vanos en vez de sólidos. Techos de dos metros y pico y pasillos de un metro y algo de anchura bastaban para ... volver a crear el mundo " (88).

Sobre estas bases intelectuales, y sobre el modelo de acumulación económica que les da sentido se asientan los nuevos modos de edificar la ciudad y el consiguiente sistema de ordenación del espacio urbano que tales modos generan. El bloque de viviendas es la forma dominante, a partir de ese momento, de construcción, por cuanto en sí mismo concentra todas las significaciones y necesidades del modelo social de reproducción de la fuerza de trabajo. Su relativo bajo coste, su gran rapidez de construcción, el mayor aprovechamiento del espacio -criterio productivo en la utilización de los alojamientos-, y sus posibilidades de convertirse en artículo mercantil rentable, tienden a integrar a este nuevo elemento en el conjunto de bienes que componen la norma de consumo de masas, todavía en constitución, como base sustentadora y estabilizadora de la misma (89).

La ciudad, de acuerdo con todos los mecanismos que operan en la recomposición del proceso de producción y reproducción del capital, entraba en una fase de ordenación, de verdadera urbanización, entendiéndola ésta como un principio de articulación coherente y planeado en la política -remarquemos que en esta época surge siendo una política no estatal- de utilización del suelo; lo que representa una revolución con respecto a las ciudades industriales clásicas de todo el siglo XIX, y principios del XX, que como recientemente se ha encargado de recordarnos de una manera brillantemente sintetizada el economista John K. Galbraith (90) y que anteriormente había estudiado en profundidad el sociólogo y filósofo francés Henri Lefebvre (91), constituían realmente aglomeraciones espaciales mal constituidas sin estructuras colectivas estables, higiénicamente desastrosas; lugares de

unión desintegrada de barracones y fábricas descaradamente infrahumanos. En suma, una enorme y anárquica acumulación de fuerzas productivas enmarcada en un espacio colectivo caracterizado por su pauperismo extremo, lo que no hacía más que delimitar, a nivel urbano, el sistema general de desarrollo económico basado en la producción (y ampliación continua de su mercado) de bienes de producción, mientras los bienes de consumo no tenían mayor funcionalidad económica que la de servir como elementos de realización de beneficios, siendo además estos últimos artículos muy escasos y -como ya hemos visto- sin ningún papel relevante en los procesos que acababan por marcar la senda potencial de crecimiento de una economía, como la del siglo XIX, cuyos sistemas de reproducción se disponían siempre de una manera extensiva. Creemos que -- las siguientes palabras de Galbraith resumen muy bien lo que aquí tratamos de argumentar : "la ciudad industrial no tenía (...) exigencias. La gente era en ella una máquina de servicio. Y este servicio no desmerecía en absoluto por el hecho de que los que lo prestaban fuesen mal vestidos, sucios, toscos de modales u oliesen mal. En general estas características eran aceptadas, porque reducían los gastos de conservación. En la ciudad industrial, la gente buscaba, sobre todo, el menor coste (...) a diferencia de sus predecesoras, servía también barato a los que también eran pobres" (92).

Este era el arquetipo de ciudad que empezaba a desaparecer cuando el capitalismo en vez de limitarse a destruir modos de vida se encargaba de construirlos a la medida de sus necesidades acumulativas. Por este motivo también a este nivel de la remodelación urbana se imponían la racionalización, el productivismo y el nuevo individualismo social, como líneas maestras de la construcción de un espacio que tiende a seguir

ordenándose de acuerdo con las necesidades de la producción inmediata. Líneas maestras que, dicho sea de paso, se apresuraron a reforzar, en este terreno, al igual que en otros -- campos, nuestros conocidos intelectuales progresistas de la época, otra vez deslumbrados por el innegable salto cualitativo que suponían con respecto a pautas de habitación anteriores, otra vez considerando la ciencia como una salida abstracta, perfectamente maleable y socializable -- por la élite pensante, desde luego --; así, por ejemplo, Le Corbusier en -- uno de sus conocidos "principios de urbanismo" que formaba -- parte de aquella "Carta de Atenas", documento síntesis de las posturas que desde los primeros años veinte defendía el movimiento funcionalista en el área urbanística, decía:

"El ciclo de las funciones cotidianas, habitar, trabajar y -- recrearse (recuperación), será regulado por el urbanismo dentro de la más estricta economía del tiempo. La vivienda será considerada como el centro mismo de las preocupaciones urbanísticas y como el punto de unión de todas las medidas" (93).

* * *

Sin embargo, este modelo social de reproducción de la fuerza de trabajo, que supuso la ruptura con el modo de vida y la -- estructura de consumo del siglo XIX, sólo puede decirse que tuvo un carácter provisional, o para expresarlo de una manera más exacta, fue un modo de transición cuyos orígenes se enraizan a finales de la última década del siglo XIX, justo con la salida de la gran depresión de 1873 pero cuya vigencia co-

mo sistema coherente y maduro encuentra sus puntos de referencia obligados entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Modo de transición entre la ausencia de una norma de consumo capitalista y una norma socializada de consumo capitalista -- (forma de la gran expansión económica posterior a la Segunda Guerra Mundial); modo, en resumen, de creación individualizada y patronalmente controlada (de una manera directa e inmediata) de una estructura de consumo de masas enmarcada en los mecanismos de reproducción ampliada del capital; la empresa privada (sea del tamaño y formada al nivel de concentración que sea, pero rigurosamente privada) es por lo tanto la única encargada de producir tanto los consumos privados como los -- consumos sociales -- bases públicas para el mantenimiento de la mano de obra -- funcionando incluso -- según el gran sueño de los padres fundadores del peculiar capitalismo de consumo de la -- "segunda revolución industrial" -- como promotora (controladora) particular de los equipamientos colectivos privados.

Al estudio de la evolución de este último modelo que nos hemos dedicado al describir en sus articulaciones tecnológicas, económicas y sociales fundamentales a lo largo de este capítulo, al igual que de la investigación de las causas y mecanismos que lo bloquean conduciéndolo a la crisis general nos ocuparemos en la siguiente sección.

NOTAS

- (62) Para un completo desarrollo de este tema se puede acudir al magnífico artículo de Herbert Gintis, "La naturaleza de la mercancía trabajo y la teoría de la producción capitalista", en Sociología del Trabajo N^{os}. 3/4, 1980, - págs. 23-64.
- (63) Ver Stephen A. Marglin, "Orígenes y funciones de la parcelación de tareas ¿Para qué sirven los patronos?" en André Gorz (Ed.), "Crítica de la división del trabajo", Barcelona, Laia, 1977, págs. 45-96. Donde el autor americano demuestra de una manera brillante como el origen de la fábrica no estaba relacionado, de ninguna manera, con su mayor eficiencia técnica, sino con su mayor capacidad de dominio y control sobre el trabajo asalariado.
- (64) Harry Braverman, "Labor and monopoly capital", op. cit. págs. 79-83.
- (65) Cfr. Coriat, "El taller y el cronómetro", op. cit. específicamente el Cap. I ("La manufactura y el oficio") -- págs. 8-22, allí se hace un profundo análisis de la dificultad que la cualificación supuso para la expansión de un sistema fabril organizado y productivo.
- (66) Eric J. Hobsbawm resume de una manera magistral sus estudios sobre la aristocracia obrera británica, que ahondan

en la línea que aquí apuntamos de la siguiente manera : "La razón principal de la existencia de una gran diferencia salarial entre las profesiones calificadas y no calificadas, las "aristocráticas" y las "plebeyas en el sistema capitalista es de hecho el ejército industrial de reserva de parados y subempleados, que determina el movimiento general de los salarios y afecta de manera diferente a las diferentes categorías de trabajadores. Opera en primera instancia sobre todo manteniendo bajos los salarios de la clase de mano de obra que se expande con más facilidad: es decir, los de la mano de obra menos calificada. Una razón específica para que eso ocurriera en Gran Bretaña era que -- los pertenecientes a la élite obrera eran por lo general capaces de crear artificialmente una escasez de su tipo de trabajo, ya fuese mediante la restricción de la entrada a sus profesiones o bien mediante otros recursos. Cuando perdían esa capacidad (por ejemplo, por el desarrollo incontrolable de las máquinas), dejaban de pertenecer a la élite. Por consiguiente, en la Gran Bretaña victoriana había siempre algunos grupos de trabajadores que vivían casi siempre en condiciones de pleno empleo, mientras una masa más amplia vivía casi -- siempre en una situación que suponía para los patronos un maravilloso mercado para comprar mano de obra", Hob sbawm, "La aristocracia obrera en la Gran Bretaña del siglo XIX, artículo incluido en "Trabajadores. Estudios de la historia de la clase obrera", Barcelona, Crítica /Grijalbo, 1979, págs. 297-298.

(67) Harry Braverman, "Labor ...", op. cit. págs. 139-151

(68) Con esta afirmación disentimos, junto con otros autores

(por ejemplo ver el completo artículo de Tony Elger, "Valorisation and 'Deskilling': a critique of Braverman", en Capital and Class, nº 7, Spring 1979, págs. 58-99), del carácter abstracto, absolutizador y tajante que le da Braverman a la obra tayloriana en cuanto a su contribución la descualificación del trabajo de oficio, cuando -como dice Elger (pág. 77)- lo necesario sería estudiar las estrategias específicas de valorización dominantes en cada sector concreto y ello nos llevaría a ver como hay técnicas de descualificación muy anteriores a la época tayloriana, y a rechazar un modelo uniforme, progresivo y continuo de descualificación como el que propone la obra de Braverman, obra, por otra parte, que en nada disminuyen estas observaciones su gran calidad.

- (69) Georges Friedmann, "La crisis del progreso. Esbozo de la historia de las ideas (1895-1935)", Barcelona, Laia, 1977, pág. 117.
- (70) Karl Marx, "El capital. Libro I, Capítulo VI (Inédito)" Madrid, 3ª Edición 1973. Marx distingue entre la "Subsunción formal del trabajo en el capital" : "El proceso de trabajo se convierte en el instrumento del -- proceso de valorización, del proceso de la autovalorización del capital: de la creación de plusvalía. El proceso de trabajo se subsume en capital (en su propio proceso) y el capitalista se ubica en él como dirigente" (pág. 54); y la "subsunción real del trabajo en el capital": La característica subordinación del proceso

laboral -cualquiera que sea tecnológicamente hablando, la forma en que se le lleve a cabo- al capital. Sobre esta base, empero, se alza un modo de producción no sólo tecnológicamente específico que metamorfosea la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones reales: el modo capitalista de producción. Tan sólo cuando éste entra en escena se opera la subsunción real del trabajo en el capital" (pág. 72).

- (71) Sigue siendo interesante la consulta del clásico libro de Friedrich Engels, "La situación de la clase obrera en Inglaterra", Madrid y Gijón, Júcar, 1980 ; sobre éste se desató una polémica en la historiografía británica teniendo como objeto de discusión el impacto negativo que sobre las condiciones de vida produjo la primera gran oleada de industrialización, véase a este respecto los capítulos 5 a 8 del libro de E.J. Hobsbawm, "Trabajadores. Estudios.....", op. cit. págs. 84-183.
- (72) Para una expresión clara, accesible y de gran calidad tanto de los elementos estrictos de la obra de Taylor como su desarrollo posterior en prácticas concretas - (cronometrajes, tablas de tiempos predeterminados, etc) vale la pena consultar: José M^a Vegara, "La organización científica del trabajo ¿Ciencia o ideología?". Barcelona, Fontanella, 1971.
- (73) Alfred Sohn-Rethel, "Intellectual and manual labour. A critique of epistemology". Londres, Macmillan, 1978, págs 139 y ss.

- (74) Jeff Henderson y Robin Cohen, "El capital y la ética del trabajo", en Revista Mensual/Monthly Review, nº 5 vol. 4, febrero 1981, pág. 53.
- (75) Antonio Gramsci, "Carta a Tatiana Schucht", en Manuel Sacristán (Ed.), "Antología", México, Siglo XXI, 4ª Edición, 1978, pág. 255.
- (76) Gramsci, "Racionalización de la producción y del trabajo", "Antología", op. cit., pág. 477.
- (77) Pierre Naville, "Trabajo y guerra", en Friedmann y Naville (Eds.), "Tratado de sociología del trabajo", op. cit., pág. 311, 2º vol.
- (78) Este análisis se inspira directamente en Michel Anglitta. "Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos", op. cit, cap. 1.
- (79) Cfr. Coriat, "El taller y el cronómetro", op. cit., pág. 24-35.
- (80) Un análisis pormenorizado de este punto puede verse en Jean Pierre Rioux, "La Revolution Industrielle 1780-

1880", París, Seuil, 1971.

- (81) Henderson y Cohen, "El capital y la ética del trabajo" op. cit., pág. 54.
- (82) Véase Jean Paul de Gaudemar, "Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo", en Michel Foucault y otros "Espacios de poder", Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1981. El atractivo artículo de Gaudemar, avanzado intento de desarrollar los trabajos sobre "el poder" del conocidísimo filósofo francés Michel Foucault en el campo del estudio del proceso de trabajo, en una de sus partes fundamentales (págs. 104-114) hace una dura pero a nuestro entender fructífera crítica a Ch. Pailloix, "Proceso de producción y crisis del capitalismo", op. cit., sobre su esquemática, formalista y asocial manera de entender el proceso de trabajo.
- (83) Cfr. Coriat, "Ciencia, técnica y capital", op. cit., pág. 103.
- (84) Cfr. Lilley, "Hombres, máquinas e historia", op. cit., pág. 148.
- (85) Tomás Maldonado "El diseño industrial reconsiderado. Definición, historia, bibliografía", Barcelona, Gustavo Gili, 1977, págs. 30-51.

- (86) *Ibidem* págs. 39-46.
- (87) Ver Antonio Fernández Alba, "La rosa y el compás. Crisis de la arquitectura Moderna", en Revista de Occidente, nº 1 (Nueva Epoca), Abril-Junio 1980, pág. 138.
- (88) Tom Wolfe, "¿Quién teme al Bauhaus feroz?", Barcelona Anagrama, 1982. El título original de este libro es el más modesto, pero más preciso, "From Bauhaus to Our House"; menos mordaz que Wolfe aunque mucho más profundo y documentado es Maldonado, "El diseño industrial ...", op. cit. págs. 52 y ss.. No vamos a entrar aquí, porque sería sobrepasar el campo de delimitación de nuestro trabajo, en las secuelas (y en los efectos posteriores de éstas) que el racionalismo exacerbado y productivista ha dejado en la obra -recuérdense las propuestas de taylorización absoluta - de la industria socialista que hace V.I. Lennin en "Las tareas inmediatas del Poder Soviético", Moscú, Progreso, Obras Escogidas VIII, 1977-, acciones y -- práctica política de los dirigentes soviéticos; nos conformamos, por tanto, con remitir al texto de Robert Linhart, "Lénine, les paysans, Taylor", París, Seuil, 1976, donde se estudia con exhaustividad el tema.
- (89) Fernández Alba, "La rosa y el compás...", op. cit., pág. 139.

- (90) John Kenneth Galbraith, "La era de la incertidumbre", Barcelona, Plaza y Janés, 1981, págs. 268-281.
- (91) Henri Lefebvre, "La revolución urbana", Madrid, Alianza, 2ª Edición 1976, especialmente págs. 21 y ss.
- (92) Galbraith, "La era de la incertidumbre", op. cit. -- págs. 270-271, en este caso los subrayados son nuestros
- (93) Le Corbusier, "Principios de urbanismo (La Carta de Atenas)", Barcelona, Ariel, 5ª Edición, 1981, pág.122

CAPITULO 4

"La vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el "centro" del acontecer histórico, es la verdadera -- "esencia" de la sustancia social (..) Las grandes hazañas no cotidianas -- que se reseñan en los libros de historia arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella. Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad" (94).

ACUMULACION, "NIVELES DE VIDA" Y CRISIS DE REALIZACION:
ALGUNOS ASPECTOS EN LA EVOLUCION ECONOMICA DE LA NORMA
DE CONSUMO.

En pocas ocasiones se puede encontrar una ruptura histórica que se adapte y cumpla tan literalmente las sentencias de Agnes Heller con las que abrimos este capítulo, dedicadas al sentido real de los impactos que tienen los grandes acontecimientos históricos sobre la vida cotidiana, como los hechos y circunstancias que acompañaron a la Primera Guerra Mundial. Los aspectos concretos de estos "efectos cotidianos" de la gran conflagración que a nosotros particularmente

más nos interesan, y que vamos a desarrollar a continuación se pueden sistematizar en los dos siguientes puntos:

A) La militarización del trabajo que permitió quebrar la resistencia organizada a la taylorización de los procesos de producción. La necesidad de bienes bélicos y de consumos complementarios, que es obligatorio reponer a toda velocidad por la rapidez con que son destruidos, justifica cualquier método para elevar la productividad e intensificación del trabajo; la resistencia obrera, por lo tanto, se encuentra totalmente amortiguada tanto por los requerimientos de la "defensa nacional", como por su misma desarticulación espacial y física (aniquilación, movilizaciones militares, alistamientos forzosos, .. etc.) lo que facilita un endurecimiento sin respuesta de las condiciones y ritmos de trabajo. Es justamente el momento en el que se cumplen dos antiguos sueños del viejo Taylor, por una parte la organización del trabajo tiende, por primera vez, a ajustarse a las características de una jerarquía militar ("modelo ideal" -- del ingeniero americano para establecer la fabricación), -- donde cada operario sólo tiene que limitarse a cumplir las órdenes de su inmediato superior y dejarle todos los demás problemas a los que están específicamente "preparados" para ello (95); por otra parte, y mucho más importante, es posible la implantación de la nueva disciplina fabril "científicamente organizada" gracias al vacío sindical creado por las circunstancias características de la guerra, este punto resulta fundamental, ya que fue la fuerte oposición del -- sindicalismo de oficio organizado uno de los obstáculos --

principales (cuando no el principal) para la implantación rápida y arrolladora de las prácticas tayloristas, la resistencia llegó a un punto tal que hasta un sindicato pacifista y conservador como la AFL (American Federation of Labour, representante histórico de la "aristocracia obrera" -norteamericana), de acuerdo, por supuesto, con sus intereses orgánicos, no sólo llegó a presionar y conseguir que se abriera una investigación oficial de cara a cuestionar la "Legalidad" del sistema Taylor (investigación Hoxie de principios de 1914); sino que incluso obligó -como ha demostrado Milton Nadworny en su monografía ya antigua, casi olvidada y desgraciadamente no traducida a nuestro idioma- a buscar, al mismo Taylor, centros de trabajo donde no existiera trabajadores sindicados para poder aplicar sus teorías, y a producir el cuerpo general de su obra - en lo que podemos llamar su -vertiente social- como un instrumento de desarticulación de las políticas sindicales en la fábrica (96).

B) La otra dimensión fundamental, complementaria de la anterior y mucho más destacada por los tratadistas y estudiosos del tema es el esperable "tirón de la demanda" que tuvo como resultado la Primera Guerra Mundial. Este tirón, sin embargo, tiene un factor tecnológico añadido que le da a este hecho -histórico un significado de salto cualitativo con respecto -a situaciones semejantes o precedentes : "La producción de obuses, cartuchos, fusiles, ametralladoras en afluencia ininterrumpida, provocó la multiplicación, en 1914-1918, de las máquinas-herramientas semiautomáticas y la invasión del taller

por el 'obrero especializado'. El automóvil ensamblado en cadena en la fábrica Ford en vísperas de la guerra se convirtió en un producto de gran consumo gracias a ésta" (97).

* * *

Pero quizás la más importante conclusión a la que nos conducen estos dos puntos expuestos es, precisamente, a reforzar la caracterización del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo como un proceso eminentemente histórico-social - cuyo estudio nos remite constantemente a las coordenadas generales de la evolución social, al modelo económico de acumulación y al contexto histórico global en el que se desarrolla. De ahí la insuficiencia profunda de los trabajos que insisten en reducir este entramado estructural a una simple evolución de las actitudes, motivaciones y comportamientos de las "economías familiares" en el ajuste permanente de sus distintas demandas a los niveles de ingreso (por ejemplo las obras de Engel, Halbwachs, Rowntree, etc; esto no -- quiere decir que su valor científico sea puesto en duda aquí, solamente reseñamos la dificultad de sobrepasar con su metodología el marco concreto de su análisis) (98); de ahí, también, por lo tanto las sólidas y sensatas afirmaciones del -- historiador Pierre Vilar (99) sobre la falacia que representa confrontar "niveles de vida" sin conectarlos estrechamente con el sistema productivo que los hace coherentes. Lo que hace más plausible hablar de transformaciones cualitativas y sociales del modo de vida que de una mera evolución cuantitativa del nivel de vida (100).

La Primera Guerra Mundial supone, de esta manera, una destrucción del orden económico universal y su posterior reconstrucción, ya definitivamente cristalizada, sobre el eje productivo del capitalismo americano; el orden mercantil británico - pueda definitivamente arrumbado por el orden monopolístico -- norteamericano, la economía-mundo encuentra su nuevo equilibrio (temporalmente frágil) sobre el capitalismo de la gran producción en masa dominado jerárquicamente por una cadena de poderes económicos y políticos nacionales cuyo punto de referencia principal se circunscribe en torno a los Estados Unidos. (101).

Por lo que respecta a lo que a nosotros más nos concierne, también. el cambio en el conjunto de bienes que tienden a integrarse en el grupo de mercancías que sirven de apoyo económico a la reproducción de la fuerza de trabajo se hace evidente. La única transformación de importancia en las pautas de consumo antes de la guerra del catorce había sido la sustitución parcial, de los productos alimenticios naturales, y sin ningún tipo de elaboración previa, por productos semielaborados del tipo de embutidos y conservas; en ese segundo momento se pasa, gracias a la elevación del poder adquisitivo, a utilizar este monto monetario que queda por encima de los niveles de subsistencia física estricta en la compra de los nuevos objetos de consumo duradero, fruto de la producción en cadena que se generaliza ahora. Nos detendremos a estudiar pausadamente este proceso fundamental.

En efecto, lo que podemos denominar una "proto-industria" alimentaria empezó a fraguarse al calor de la mejora general de las condiciones de vida, que como Hobsbawm ha investigado sobradamente, se produjo entre los años 1880 y 1895, causada por

la caída de precios provocada por la Gran Depresión de 1873, y por el incremento de importaciones de nuevos productos -- alimenticios cuyo origen se encuentra en la imposibilidad de mantener el monopolio interno europeo de bienes agropecuarios ante los precios comparativos, sensiblemente más baratos, de los productos de los "mercados exteriores". Estos factores contribuyen no sólo a renovar la misma composición de los consumos alimentarios obreros -- entrando a formar parte de tal conjunto una mayor proporción de carne y patatas, e incluso la novedad de ciertos productos ultramarinos y pescados-, sino también a modificar profundamente la estructura comercial de distribución de los suministros, apareciendo, de este modo, una extensa red de establecimientos de ventas; es el -- momento en el que la "tienda" en su sentido moderno y el "almacén general" empiezan a cobrar importancia -- hasta multiplicarse en Gran Bretaña por 100 su número anterior-- incorporándose a los mecanismos capitalistas de circulación y realización de valores (102).

La primera preparación de productos semielaborados en masa constituye un primer paso original en la transformación de la norma de consumo de masas y de la misma estructura productiva de los artículos: no es ninguna casualidad así que la casi -- absoluta totalidad de las prácticas de producción en cadena prefordista se produjeran en esta rama de actividad y es comúnmente aceptado que las grandes cadenas de los mataderos, empaquetadoras de carne y embutidos del Chicago de los años noventa del pasado siglo fueron los ejemplos vivos y directos en los que el mismísimo Henry Ford se inspiró para darle forma industrial a sus ideas sobre el ensamblaje de vehículos. (103).

La gran afluencia de emigrantes, acababa por conformar un mercado gigantesco para las producciones alimentarias en los Estados Unidos -sirviéndose al mismo tiempo de mano de obra dócil y asequible para estas primeras cadenas "naturales"-; las guerras y los escarceos militares del imperialismo dominante en la época aseguraban igualmente una demanda continua de todos los ejércitos en trance de intervención con conservas de pésima calidad (104). O sea, que por una u otra -- vía tanto en la Europa industrial como en los Estados Unidos se transformaban las bases materiales de la alimentación, -- creando al mismo tiempo un nuevo lugar económico para la reproducción ampliada y la acumulación de capital, e introduciendo, de una manera todavía rudimentaria y muy restrictiva, los bienes de mantenimiento de la fuerza de trabajo en este espacio mercantil en el que nunca se habían encontrado.

Esta tendencia que queda absorbida posteriormente en el movimiento radical de recomposición de la norma de consumo en base de los consumos duraderos -movimiento desencadenado por las especiales condiciones por las que pasa el proceso de valorización de capitales a nivel mundial, con el bloqueo de las perspectivas de crecimiento del imperialismo clásico de principios del siglo y la quiebra histórica de la Primera -- Guerra Mundial, hechos estos ya tratados a lo largo de este capítulo- es la pauta dominante en las economías centrales de la economía-mundo y es fácilmente detectable en las series -- econométricas suministradas por economistas o sociólogos cuantitativistas en sus estimaciones y reconstrucciones de la -- evolución de las principales macromagnitudes (105) de este -- período.

Lo importante es, pues, reseñar que nos encontramos ante un complejo sistema de dimensiones económicas y sociales mutuamente interdeterminadas cuyo resultado es un modelo de crecimiento en equilibrio estructuralmente inestable; así, la división tecnológica del trabajo (con la consiguiente descomposición y reasignación de tareas), los incrementos efectivos de productividad e intensificación, la reducción del valor relativo unitario de cada bien de consumo paralelo al aumento del valor de la masa social de mercancías producidas, la absorción de la agricultura y demás ramas alimentarias en el entramado comercial capitalista y, por fin, el sistema salarial que permite hacer accesible esta inmensa masa de mercancías a las más amplias capas de la población, son vectores que tienen que demarcar una senda de desarrollo que en caso de acumulación debe asegurar que el coste social de reproducción de la fuerza de trabajo vaya creciendo por debajo de su valor añadido a la producción. Si este modelo no alcanza una cohesión interna que sea lo suficientemente fuerte como para estabilizar este grupo de dinámicas asociadas pero no unificadas (y de esta no homogeneización surgen muchas de las recesiones parciales y crisis coyunturales que marcan el devenir de cualquier economía), si bien a nivel de rama o grupo de actividades se puede observar que se consiguen beneficios (incluso grandes beneficios), a nivel de sistema económico general no existe capacidad de recomponer la tasa de ganancia hasta el punto que permita la acumulación capitalista y por tanto el crecimiento sostenido: es la crisis general que extiende sus efectos por todos los lugares sin ningún tipo de uniformidad, variando su impacto según la posición que ocupa cada industria en el proceso global de valorización del capital.

El famoso "Crack del 29", estudiado muy bien por Galbraith (106) en función casi exclusiva de las prácticas especulativas, la inviabilidad del patrón oro, reinstaurado en 1925, las políticas económicas de dinero fácil y tipos de interés bajos en los Estados Unidos y, en suma, del erróneo planteamiento de los instrumentos de regulación gubernamental de la economía que indujeron inversiones con rendimientos monetarios aparentes altísimos, pero sin contrapartidas reales suficientes, pues no existía base material capaz de avalar tan impresionante corriente inversora. Sin embargo, desde nuestra perspectiva, este crack representa un punto temporal de quiebra en uno de los aspectos, el financiero, de una crisis general, provocada por una suma de factores bastante más profundos, no delimitable a una fecha particular, ni siquiera a un año determinado, más bien habría que hablar de un período relativamente prolongado en que se desencadenan efectos que responden a una tendencia de mucho más largo alcance y en la que juega también un papel fundamental (condicionado y condicionante) la evolución que sigue el tipo de articulación entre proceso de producción y estructura de consumo. A como interviene concretamente este desarrollo particular en la crisis estructural de la década de los treinta dedicamos las últimas páginas de este epígrafe.

* * *

Es evidente que la gran depresión del veintinueve coincide con la máxima caída de una "onda larga" (Mandel) o si se quiere, de un ciclo económico largo (Shumpeter, Freeman, Kondratieff,.. etc.) de carácter recesivo, en cuya base se encuentra el agotamiento de un grupo de innovaciones técnicas, en este caso de la "segunda revolución tecnológica"(motor de combustión

interna y electrificación) ahora ya generaliza en las ramas punteras de los sectores básicos de la producción capitalista -bienes de producción y bienes de consumo-, lo que impide la consecución de ganancias extraordinarias y hace caer la tasa media de beneficios. Pero también resulta claro, que no podemos fijar las causas de una crisis sólo en este ámbito tecnológico (sería caer en un determinismo que aunque más convincente que otras interpretaciones superficiales nos llevaría, de igual manera, hacia una visión mecánica de los problemas sociales), sino estudiar como -se integra este ciclo tecnológico en su lugar real de aplicación, el proceso de producción de mercancías y en el proceso complementario de reproducción de la fuerza de trabajo.

Dejando de lado voluntariamente la larga, complicada, un tanto abstracta y muy bizantina polémica que sobre la teoría de la crisis, el aumento de la composición orgánica del capital la baja -tendencial de la tasa de ganancia y sobre la posible absorción o no del "excedente" (107) se ha venido desarrollando desde hace casi ochenta años; hay que convenir -junto con Sweezy y con Arrighi (108)- que en el gran depresión del 29 (y solamente en este caso particular sin extrapolación posible a otras crisis generales anteriores o posteriores) la dimensión de la realización es la que resulta fundamental.

La revolución en el proceso de trabajo -"científicamente" reorganizado por Taylor, estabilizado y mecanizado por Ford- tenía como único objetivo el aumento en la rentabilidad del capital, pero al mismo tiempo que producía tal efecto (el incremento en la ganancia, la valorización y por tanto la acumulación) provocaba necesariamente otro proceso paralelo, el aumento de la productividad social "bruta" del sistema económico en sus ramas principales, pero sobre todo en esa época, en el sector que fabrica

bienes de consumo, lo que, en última instancia, crea dinámicas contradictorias entre las capacidades globales de producción y consumo de la sociedad. Pues si el ritmo de la acumulación -- "cuyo crecimiento depende principalmente de la cuota de producto social que va a los capitalistas y que tiende a transformarse en medios de producción" (109)- llega a desarrollarse de una manera demasiado rápida, o demasiado "expansiva" con respecto al crecimiento general del producto social, tiende a contraer "la cuota de producto social que va a los trabajadores y que tiende a transformarse en medios de consumo (...) Las mercancías producidas con los medios de producción en los cuales se ha invertido el capital corren continuamente el riesgo de no venderse a causa de las restringidas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas" (110). Nos enfrentamos ante un problema de subconsumo -el término es controvertido pero refleja a la perfección lo que tratamos de considerar aquí y se adapta con verosimilitud a las recesión de los treinta-, aparecen una gran cantidad de valores incorporados en las mercancías que son imposibles de realizar en el mercado, es el momento de la sobreproducción de bienes que no se pueden colocar a ningún comprador; sea cual sea la solución que "in extremis" se tome para intentar remediar tal situación (o bien la típica reducción drástica de precios, salida clásica de las crisis decimonónicas, para tratar de vender -- los excedentes almacenados, o bien los acuerdos restrictivos sobre producción, competencia, precios o inversiones, solución más acorde con el capitalismo monopolítico de nuestro siglo) la tasa de beneficio se reduce forzosamente y la acumulación durante un período determinado se frena, o reduce fuertemente su ritmo anterior, es la crisis de realización.

De cómo se llega a esta situación a partir de la salida de la -- Primera Guerra Mundial nos dan un fiel reflejo algunos datos --

significativos, así como la evolución de ciertos indicadores macroeconómicos de fácil acceso. En primer lugar se puede seguir -' el importante crecimiento y desarrollo de las fuerzas productivas; y el incremento de la capacidad del sistema económico de generar valor. Así, por ejemplo, el crecimiento del producto por asalariado en la industria de los Estados Unidos se estimó en un 43% para los diez años que van desde 1919 a 1929, en Suecia entre 1920 y 1929 un 40% y en Gran Bretaña entre 1922 y 1930 un 37,2% (111). La construcción de viviendas se incrementó en los EE.UU. en 215% y la fabricación de bienes de consumo duraderos en un -- 66% sólo en el período de 1920 a 1926, (112), la de bienes de -- capital en un 70% del año 22 al 29. En fin, y sólo por rematar este conjunto de apreciaciones -que hemos elegido de la gran cantidad de posibles mediciones que apuntan en idéntico sentido sólo porque se ajustan mejor al tema que aquí tratamos-, en 1917 sólo el 25% de las viviendas americanas están electrificadas, en 1920 pasa al 50% ya en 1930 son el 80% (113).

Ni que decir tiene que en este proceso los Estados Unidos marcan la pauta a mucha distancia ya de las economías de la Europa industrializada, la posición decadente de ésta última en el sistema mundial y la relativamente poco difundida implantación en ella de los métodos de producción en flujo continuo justifican este hecho. Nicholas Kaldor, famoso innovador en el campo de los modelos macroeconómicos, escribía allá por 1945 que, además de que la productividad en las industria norteamericana de motores llegaba a ser tres o hasta incluso cuatro veces más alta que la de la misma actividad británica en la década de los años treinta, "para una amplia gama de bienes de consumo durable-como muebles, calefactores o estufas, aspiradoras, aparatos de radio, heladeras e incluso automóviles-, los precios de preguerra (de la 2ª

Guerra Mundial) eran en muchos casos, tres o cuatro veces más altos de lo debido en caso de que se hubieran explotado a fondo las potencialidades de la producción estandarizada, en masa, y de que se los hubiera comercializado de una manera razonable" (114). Por este motivo, no es de extrañar que cuando la industria del aparato doméstico había alcanzado su primer "umbral de saturación" en los Estados Unidos, en Gran Bretaña se encontraba vieniendo sus primeros pasos titubeantes y los productos que fabricaba: salvo la bicicleta, la plancha y la radio no habían entrado en el consumo masivo ; ya en 1939 los Estados Unidos suministraban 150 refrigeradores anuales por cada 10.000 habitantes, en Gran Bretaña sólo 8 frigoríficos para la misma proporción de habitantes. En el automóvil las cifras son todavía más espectaculares, en 1929 Estados Unidos exportaron el triple que Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia juntas, y casi el doble de los vehículos que se fabricaban en Gran Bretaña -180.000 coches y 60.000 vehículos comerciales-; sólo 4 por cada 1.000 habitantes tenían coche en el Reino Unido en 1938 (115).

Pero mientras se experimentaba este espectacular progreso tanto en los niveles de producción general, como en los índices de -productividad por hombre y hora, no existe una evolución paralela en la expansión de los mercados internos, la capacidad real de consumo, los canales de comercialización, la transformación de las condiciones de existencia del trabajo asalariado, ni, por expresarlo en una palabra, de la base social sobre la que se tiene que asentar el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, tal como se plantea a partir del surgimiento de la producción en masa de grandes series de artículos de consumo, y por --ello del modelo de crecimiento económico que de dicho proceso se desprende. Es de esta diferencia tan abismal en los ritmos de desarrollo de estas esferas -producción y reproducción- del mismo

universo económico, de la que surgirá, a fines de los años veinte, el brusco frenazo en la acumulación que conduce a la crisis general.

Un conjunto bien definido de factores nos lleva a esta conclusión. Empezando por la dimensión más simple y unidireccional, la evolución salarial. Así, por ejemplo Maurice Dobb en su ya clásica y sólida monografía sobre "salarios" llega después de purificar las distorsiones e interferencias que pueden dar resultados aparentes no ajustados a la realidad, a una clara afirmación: "... la proporción que los salarios representan dentro del valor añadido por concepto de fabricación es un 51% para el año 1859, y tan sólo el 39% en 1927 (...). Parece que hay evidencias de que este coeficiente declinó a través de la década del 20 y continuó con esa tendencia hasta 1933, después de lo cual volvió a subir un poco durante los años del Nuevo Trato del presidente Roosevelt; y que en la Gran Bretaña, donde ha sido algo más elevado que en Estados Unidos o en Alemania, acusó tendencia - entre las dos guerras, a una baja lenta, pero firme" (116); y estas líneas son entresacadas aquí entre los muchos testimonios que apuntan en el mismo sentido, reflejando la mayor parte de los autores, cuando menos, un estancamiento de los salarios reales en el decenio 1919-1929 (117).

Con esto se demuestra que las nuevas políticas patronales de elevación de los salarios nominales (encabezadas por el propio Ford y sus "five dollars day"), además de ser más de orden disciplinario y estabilizador- retener a la nueva clase obrera americana encadenada a la producción en flujo continuo-, por lo tanto, más propagandísticas que reales, fueron demasiado puntuales, restrictivas (se otorgaba exclusivamente este salario al operario que demostraba una docilidad y fidelidad a las órdenes patronales probada por los inspectores fabriles y constaba de una

manera oficial)(118)-, y limitadas espacialmente, como para que esa "dimensión demanda" para la cual estaban, según la leyenda, diseñadas tuviese un peso específico auténtico en la sociedad de su tiempo, quedándose (por el momento) en un mero incentivo más para el incremento de la productividad (119).

Más la dimensión salarial sólo es un punto concreto que expresa ese complejo cúmulo de circunstancias sociales que hemos definido un poco antes como control patronal directo y restringido del proceso de reproducción de la fuerza de trabajo; control - que acabó delimitando un espacio de consumo demasiado exiguo para permitir la acumulación de capital misma. Si nos fijamos en el sistema de comercialización y en la red de ventas el problema aparece con unas características casi idénticas, pues, aunque la venta al detalle conoció un continuado período de crecimiento desde que arrancó con una forma auténticamente capitalista en las décadas finales del siglo XIX, habría que diferenciar el tipo de comercio en que se especializó, ya que si, por una parte, los bazares, "almacenes generales" grandes almacenes, farmacias y cadenas de tiendas satisfacían la demanda de bienes de consumo barato de tipo personal (textil, droguería, cigarrillos, productos envasados, etc.) en los centros urbanizados de las - grandes ciudades y en los circuitos de distribución nacionales; por otra parte, también habría que recordar la intervención de los mercados de consumo por parte de las propias compañías productoras, en la época de mayor auge de los "economatos" y las cooperativas por las cuales las grandes empresas se encargaban de suministrar a sus asalariados todos los artículos de sus demandas cotidianas, táctica mediante la que se sustituía una sustanciosa parte del salario por la entrega de "vales de compra" sólo canjeables por determinadas mercancías y en establecimientos específicos, introduciéndose de tal modo este consumo obligatorio en el conjunto de prácticas de dominación de todas las

condiciones de existencia del trabajo asalariado, sea en la esfera de la producción o en la esfera de la reproducción. Muchas veces esta forma de venta se utilizaba combinadamente en mecanismos de pago fraccionado para la adquisición de bienes de consumo duradero haciendo surgir^{las} denominadas "sociedades de venta" que no por casualidad eran creadas en las décadas de los años diez-veinte directamente por las fábricas de automóviles (Ford, Chrysler, Morris, Citroën, Peugeot, Simca, etc) y de electrodomésticos (Thomson-Houston y Philips) (120).

Queda, por fin, reseñar la casi absoluta supresión de todos los sistemas de negociación salarial y el endurecimiento extremo de las políticas, privadas y estatales, de ataque frontal contra las estrategias sindicales. Las altas tasas de desempleo que desde finales de la Primera Guerra Mundial se registraron en todas las economías industriales -en Gran Bretaña durante el decenio de 1920 se mantiene un nivel promedio de paro registrado del 12% de la población activa, pasando a ser del 18,5% para el lustro 1930-35, en los Estados Unidos entre 1923 y 1929 se pierden el 8% de los empleos de la industria manufacturera (121)-; así como el declive histórico en que entró la tradicional "aristocracia obrera" decimonónica cimentada en el trabajo de oficio (reducidos fuertemente los -- salarios diferenciales que consagraban sus privilegios) son dos fenómenos que marcaban la quiebra general del sindicalismo corporativo que utilizaba su cualificación (indispensable para la primera industrialización) como arma de negociación salarial frente a la empresa y como elemento de separación -- fundamental frente al enorme mercado de mano de obra barata. Por supuesto, ambos hechos estaban interconectados estrechamente y encontraban su causa principal en la nueva mecanización y organización del proceso de producción -verdadero pun-

to de inflexión entre la agonía de la "vieja" aristocracia obrera y el nacimiento de una "nueva" (técnicos, preparadores, cronometradores, administrativos, etc.); que ya sea por sus conocidas secuelas de "desempleo tecnológico" -efecto observado en cada nueva oleada de innovación técnica y con resultados disciplinarios siempre garantizados- o por su impacto en la composición orgánica de la mercancía trabajo, destruyendo las tareas cualificadas o de oficio, y de ahí las bases mismas de su sindicación, conllevó el fácil control de los requerimientos salariales desde prácticamente finales de 1914 y prosiguió a lo largo de toda la década de los veinte.

En esos momentos en los que la descomposición de las prácticas e instrumentos tradicionales de defensa laboral se hace total fue : cuando, lógicamente, surgieron las más variadas reacciones dentro del movimiento obrero internacional, desde estrategias insurgentes (Alemania, Italia, etc.), hasta la formación (o reforma) de sindicatos de base fuertemente ideologizada, ligados a ramas concretas de producción y alentados, ahora, tanto por los antiguos oficios cualificados, que veían destruidas todas sus condiciones habituales de vida y trabajo, como por el nuevo obrero-masa creado por los sistemas de trabajo en cadena, pero también formado como colectivo social, y político por extensión y reorganización del sistema fabril. De la unión y rearticulación de estas fuerzas surgirán las principales federaciones sindicales modernas de las Unions británicas (123), y ya posteriormente (1936) en los EE.UU muy favorecida por las disposiciones legales del New Deal, la creación del Congress for Industrial Organization (CIO) que nacía fuertemente diferenciado de la AFL y cuyos puntos de implantación clave eran el automóvil y la siderurgia, con unos presupuestos lo suficientemente radicados como para paralizar la industria americana con una política de huelgas que en 1937 fue nada menos denominada como "Guerra industrial" (124).

Sin embargo, es difícil que sólo unos pocos años antes se hubiesen podido registrar tales hechos, pues el decenio de los veinte resultó uno de los más represivos y brutales que en la historia contemporánea se haya registrado. La principal patronal norteamericana la Asociación Nacional de Fabricantes orquestó públicamente una durísima campaña contra toda actividad sindical, campaña que además de comprender abundantes medidas de presión económica y financiera y de llevarse de acuerdo, e incluso directamente conducida, por los aparatos políticos estatales, supuso la creación de un ferreo "orden empresarial" impuesto con medios tan contundentes como policías de fábrica, rompehuelgas profesionales, supresión de los derechos políticos elementales dentro de los poblados de empresa, etc.; la magnitud de estas estrategias llegó hasta el punto que en muchos casos las policías patronales paralelas habían acumulado más armamento (incluido gas lacrimógeno) que la misma policía oficial de las grandes ciudades (125). Aunque mucho más mitigadas en Gran Bretaña se registra también la promulgación de claras medidas restrictivas de los derechos de sindicación, e incluso, como en la gran huelga minera del 26 se llevan a efecto sin contemplaciones. De un proceso tan conocido como el inexorable avance y constitución de los regímenes fascistas, dictatoriales y racional-socialistas en Europa y su repercusión política y social sobre el movimiento obrero no conviene insistir por evidente.

En suma, y como recientemente ha sintetizado el historiador español Josep Fontana: "Nada demuestra que efectivamente esos aumentos de productividad hayan engendrado alguna vez, por sí mismos, una mejora en los niveles de vida de la población trabajadora. En los Estados Unidos entre 1919 y 1929 había sido barrido -

todo tipo de movimiento obrero capaz de hacer frente a la prosecución de ese beneficio empresarial que ha de traer riqueza y felicidad para todos. Los empresarios consiguieron que en la industria siderúrgica se llegara a jornadas de 84 horas semanales, que la productividad aumentara en un 43% y los beneficios en un 65%. Los salarios subieron un 5%. Resultado: la crisis del 29 con sus consecuencias políticas y sociales consistentes en una terrible fase de destrucción de las inmensas capacidades de producir riqueza del trabajo humano y la tecnología" (126).

Es de este modo, resumiendo, como la producción en masa de grandes series de mercancías con un valor sensiblemente abaratado - resultado de las transformaciones estructurales en el proceso de trabajo- y que por si misma tendía a crear los prerequisites para el desarrollo de un consumo en masa con objeto de satisfacer sus necesidades de realización, se encuentra, sin embargo, y paradójicamente sin bases sociales lo suficientemente amplias para permitir su implantación, precisamente, por el control patronal directo, restrictivo y forzado de las condiciones de mantenimiento de la fuerza de trabajo (127). Por esta brecha insalvable entre el ritmo en que crecía la capacidad de producción y la evolución más lenta (o incluso discontinua, por no decir auténticamente quebrada) en la consolidación de una norma de consumo de masas, surgían las mayores tensiones críticas de la economía-mundo a lo largo de la década de los veinte, tensiones que desembocarían, finalmente, en la Gran Depresión del 29.

Con esto no queremos presentar aquí esta dinámica como la causa solitaria de la profunda recesión internacional de los años treinta, aunque nos podemos encontrar con demasiada literatura

que explota su particular factor de estudio hasta consagrarlo en motivo único. Por el contrario, nosotros situamos este proceso, como dijimos ya, en un cuadro más complejo de fuerzas económicas interdeterminadas (desequilibrios financieros y monetarios internacionales, prácticas especulativas, agotamientos de los efectos tecnológicos de la segunda revolución tecnológica, hundimiento de las ramas e industrias con productividad comparada menor, o con un grado de monopolización más pequeño, etc., - etc.); pero de la importancia y del fundamental papel que jugó la ausencia de un nivel de consumo que se ajustase a las determinaciones del modelo de crecimiento intensivo dirigido a explotar los mercados interiores, nos da buena prueba el hecho de que las principales medidas de política económica de sostenimiento de la demanda efectiva (primero tomadas por el New Deal, para ser, más tarde, teóricamente establecidas y prácticamente implementadas por el pensamiento Keynesiano) estaban destinadas a soslayarla.

* * *

Muchas serían las circunstancias históricas y transformaciones sociales que resituasen a este modelo de reproducción de la fuerza de trabajo por una senda diferente de desarrollo; a pesar de que sus pilares se hubiesen ido fundamentando, según hemos visto, desde finales del siglo XIX y pasase posteriormente por un período de difícil y transitorio asentamiento, no sería hasta el término de la Segunda Guerra Mundial cuando demostrarse sus auténticas potencialidades de generar un crecimiento exponencial autosostenido.

No obstante, para que se superasen las barreras que habían forzado tal contracción en la acumulación a escala mundial se irían integrando diferentes mecanismos de regulación que implantarían un nuevo marco social para el crecimiento económico. De estos instrumentos, que, como en las anteriores crisis estructurales del capitalismo, se empezaron utilizando -aunque su génesis no tenga porque coincidir en el tiempo con su época primera de aplicación- como meras reacciones de defensa contra la caída de la ganancia y que terminaron por demarcar una estrategia a largo plazo de la economía capitalista, así como de su articulación con el modo general de reproducción de la fuerza de trabajo -- -al que nodifican radicalmente- nos ocuparemos en el capítulo que se abre a continuación.

NOTAS

- (94) Agnes Heller, "Historia y vida cotidiana", Barcelona y México, Grijalbo, 1972, pág. 42.
- (95) Naville, "Trabajo y guerra", op. cit., pág. 319.
- (96) Milton J. Nadworny, "Scientific Management and the Unions. A historical analysis (1900-1932)", Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1965.
- (97) Naville, "Trabajo y guerra", op. cit., pág. 317.
- (98) Cfr. Paul Chombart de Lauwe, "La vida familiar y los pre supuestos", en Friedmann y Naville (Eds.) "Tratado ..." op. cit., 2º vol. págs. 329-340. Un conjunto de interesantes aportaciones sobre los cambios en el "comportamiento del consumidor" y las "pautas de consumo" provocado - por el crecimiento económico en los siglos XIX y XX enfocados desde una perspectiva teórica de este tipo puede encontrarse en la reciente compilación de Henri Baudet y Henk van der Meulen (Eds.), "Consumer behaviour and economic growth in the modern economy", Londres, Croom -- Helm, 1981.
- (99) Pierre Vilar, "Crecimiento económico y análisis histórico", recogido en "Crecimiento y desarrollo", Barcelona, Ariel, 2ª Edición, pág. 73, 1974.

- (100) Pierre Vilar, "Iniciación al vocabulario del análisis histórico", op. cit. pág.237.
- (101) Para un desarrollo pormenorizado de este tema en función de un amplio esquema analítico que integra el uso combinado del análisis de los ciclos económicos largos, la especialización geográfica de la producción y la jerarquización del sistema mundial, consultar Immanuel Wallerstein, "The capitalist world-economy", Nueva York, Cambridge University Press, 1979.
- (102) Hobsbawn, "Industry and Empire", op. cit. págs. 198-202 y 162-163 respectivamente.
- (103) Ibídem, pág. 176, aquí aparecen varios ejemplos de aplicaciones de producción en cadena antes de la revolución taylorista y fordista.
- (104) John Kenneth Galbraith ("La era de la incertidumbre", op. cit., pág. 227) nos hace unos jugosos comentarios sobre la industria conservera norteamericana de la época: "Sus normas eran rígidas e implacables. Ningún trabajador soltero podía estar en la misma pensión con una empleada casada. Si los maridos hacían el turno de noche siempre podía presentarse la tentación. Todos los empleados eran regularmente visitados por el consejero social y religioso de la compañía (...). El trabajo que podían extraer a sus hombres en la semana corriente era de setenta y dos horas, equivalente a doce horas diarias. Sin embargo (...) recibían gratui-

tamente lecciones de Biblia y folletos contra el alcohol, el tabaco, la prodigalidad y la inmoralidad (...). En la Chicago de aquellos tiempos, se decía que los conserveros de carne utilizaban todas las partes del cerdo, salvo los chillidos. Los Glow lo hicieron aún mejor: emplearon ingredientes que nada tenían que ver con el cerdo (...). Durante la guerra hispano-americana cayeron más soldados por efectos del buey enbalsamado que las balas españolas (..) Esta historia tuvo también un lado feliz: el descubrimiento de que una amplia gama de productos vegetales baratos convenientemente disfrazados, elaborados y sazonados, podía venderse como carne o morcillas en conservas". Por -- otra parte, en la impresionante novela-testimonio de Upton Sinclair, "La jungla", Barcelona, Noguer, 1977 (Edición original de 1906) se nos hace también una panorámica no menos sangrante del sindicalismo, la emigración y la industria del embutido norteamericana de finales del siglo pasado y principios de éste.

- (105) Jean Fouratié ("Le grand espoir...", op. cit, pág.108) resume en la siguiente tabulación la evolución y estructura de la producción de bienes de consumo finales en los Estados Unidos tomando como índice 100 el año 1899:

	<u>1909</u>	<u>1929</u>	<u>1939</u>
Bienes perecederos	141	239	295
Bienes semiduraderos	145	334	272
Bienes duraderos	148	622	551
Todos los bienes de consumo en conjunto	143	306	320
Evolución de la población	121	163	175

John Burnett ("A history of the cost of living" , Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1969) recompone, con mucha dificultad, la participación de cada tipo de consumo particular en el conjunto de gastos obreros en Inglaterra y resume de esta manera el establecimiento definitivo de un consumo alimentario en el que desde 1870 a 1896 el consumo de carne per cápita aumentó casi un tercio (gracias a las importaciones, un 40% del total de carne que se comía en Inglaterra) y también a las importaciones de productos agrícolas que de 1874 a 1889 se incrementaron en un 52%, mientras que los precios de los productos agrícolas caían en el mismo período un 73%; el resultado para el año 1900 es evidente: "Comida y bebida, combustible y alquiler eran los principales gastos corrientes de las clases obreras. Más allá de estos, se encontraban, naturalmente otros importantes artículos, pero se efectuaban con tal irregularidad como para hacer su cuantificación extremadamente difícil. Globalmente es muy probable que vestido y calzado ocupasen la quinta plaza. Aunque sólo donde los presupuestos se continúan por más de un año esto último se hace -- evidente" (Burnett, pág. 278). Estos años que coincidieron con los de la Gran Depresión del último cuarto del siglo XIX conformaron el primer modo de vida auténticamente tradicional de las clases populares británicas (una -- vez ya superado el miserabilismo absoluto como forma de reproducción de la fuerza de trabajo), -- que aunque con variaciones (por ejemplo según Burnett, pág. 317, los bienes de consumo duraderos suponían en 1913 ya el 4% del presupuesto medio de consumo en los niveles más bajos de rentas) que apuntaban en su evolución un cambio, frustrado momentáneamente, de las pautas de reproducción, -- se constituirá como dominante hasta, como ya veremos más adelante,

el final de la Segunda Guerra Mundial.

Por otro camino, muy original por cierto, el demógrafo francés Alfred Sauvy ("La machine et le chômage. Le progrès technique et l'emploi", París, Pluriel/Dunod, 1982) nos muestra un proceso muy similar para el caso de Francia. Sauvy utiliza para ello una estimación del índice - medio de calorías por persona y día consumidas por los estratos más pobres de la población francesa. Su evolución anual aparece dividida así en dos períodos totalmente diferenciados:

	<u>De 1781-1790</u> <u>a 1835-1844</u>	<u>De 1835-1844</u> <u>a 1905-1913</u>
Evolución del consumo de calorías vegetales (en % anual)	0,5	0,4
Evolución del consumo de calorías animales	0,3	1,0
Evolución del consumo de calorías vegetales primarias	0,4	0,7

El mismo autor resume de la siguiente manera sus análisis cuantitativos: (Sauvy, op. cit. pág. 108): "Las dos mitades del Siglo XIX no son idénticas (...), la segunda mitad fue más favorable que la primera. Los rigores del progreso técnico fueron, pues, más fuertes en sus comienzos. Según la comparación del poder de compra doméstica, la condición obrera no había experimentado ninguna mejora notable durante el primer período, dicho de otro modo, la miseria originaria había permanecido totalmente viva".

- (106) John Galbraith. "El crack del 29", Barcelona, Ariel, 1976
- (107) Dos textos básicos, pero fundamentales para seguir la -
polémica teórica que ha despertado la teoría marxista -
de la crisis son: el conocidísimo y necesario manual de
Paul M. Sweezy, "Teoría del desarrollo capitalista", Mé-
xico, Fondo de Cultura Económica, 6ª Reimpresión, 1972
para la gran discusión seguido por los autores clásicos
a principios del siglo y sus derivaciones inmediatas; y
el más reciente monográfico de Manuel Castells, "La teo-
ría marxista de las crisis económica y las transformacio-
nes del capitalismo", Madrid, siglo XXI, 1978 donde se
recoge el resurgimiento de la polémica en la economía -
política durante los años sesenta y setenta.
- (108) Sweezy, "Teoría del desarrollo capitalista", op. cit.,
especialmente págs. 175-261 y Arrighi, "Una nueva crisis
general", op. cit.
- (109) Arrighi "Una nueva", cit. pág. 84-86.
- (110) Ibídem, los subrayados son nuestros.
- (111) Maurice Dobb, "Estudios sobre el desarrollo del capitalis-
mo", op. cit., pág. 397. Dobb construye estos indicadores
en función de la "World Economic Survey" de 1933-34.
- (112) Aglietta, "Regulación y crisis del capitalismo", cit.

pág. 72, los datos básicos que maneja este autor provienen del U.S. Department of Commerce.

- (113) Attali, "Los tres mundos", op. cit., pág. 220
- (114) Kaldor citado por Dobb en "Estudios..." op. cit., pág. 433, el subrayado es nuestro.
- (115) Hobsbawn, "Industry and Empire", .cit. págs. 220 y 225...
- (116) Maurice Dobb, "Salarios", México, Fondo de Cultura Económica, 3ª Edición 1973, págs. 28 y 29.
- (117) Cfr. Aglietta, "Regulación ...", op. cit., pág. 71 Aglietta recoge y elabora sus apreciaciones a partir de trabajos cuantitativos previos de autores como Phelps-Brown y Browne.
- (118) Cfr. Huw Beynon, "Working for Ford", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1973.
- (119) André Granou, "Consumo obrero, proceso de trabajo y crisis capitalista", en AA.VV. "La izquierda ante la crisis económica mundial", Madrid, Fundación Pablo Iglesias, -- 1980, pág. 56.

- (120) Coriat, "El taller y el cronómetro", op. cit. págs 92-93, y Henderson y Cohen, "El capital y la ética del trabajo", op. cit., págs 52-55.
- (121) Dobb, "Estudios", op. cit., págs 386 y 398 respectivamente.
- (122) Hobsbawm, "La aristocracia obrera en la Gran Bretaña del Siglo XIX", en "Trabajadores", op. cit., págs. 312-316.
- (123) Ibídem, pág. 313; también en "Industry and Empire", op. cit. pág. 250.
- (124) Aglietta, "Regulación...", op. cit., págs., 111-112.
- (125) Dobb, "Estudios...", op. cit., págs., 415-419; este conocido economista e historiador británico basa sus afirmaciones en el informe sobre "Violations of Free Speech and Rights of Labor" (1943) y otros dossiers y elaborados por diversas agencias y departamentos estatales norteamericanos siguiendo la corriente socialmente aperturista del New Deal.
- (126) Josep Fontana, conferencia en el Centre de Treball i Documentació de Barcelona (Marzo de 1982), reseñada y glosada por Enric Telló en su artículo resumen, "¿Trabajar más y producir más para vivir mejor?. Un replanteamiento de la experiencia histórica de la industrialización", --

recogido en Mientras Tanto nº 14, Febrero 1983, pág. 32.

- (127) Así, por ejemplo, Michel Aglietta, "Regulación ...", op. cit., pág. 71 resume de una forma concluyente su seguimiento empírico y sus tesis teóricas de la siguiente manera: "teniendo en cuenta la totalidad de los datos sobre la distribución de la renta y su evolución, se ha podido estimar que alrededor del 40-45% de las familias (en Estados Unidos) no tenían acceso al mercado de bienes de consumo, a excepción de las mercancías rudimentarias de primera necesidad". Tanto de los datos de las investigaciones cuantitativas retrospectivas (del tipo de las que realiza Phelps-Brown) como de las síntesis de los grandes historiadores sociales-Dobb, Hobsbawm, Vilar, etc. (citados con reiteración en nuestras páginas)- se deduce la misma conclusión.

2ª PARTE

LA RELACION SALARIAL Y EL MODO DE VIDA:
EXPANSION, SOCIALIZACION Y REGULACION DE
LA NORMA DE CONSUMO DE MASAS. La gran
onda expansiva del Siglo XX.

CAPITULO 5INTRODUCCION: "EL MODO DE REGULACION"

La desintegración entre los procesos de producción de mercancías y de gestión de las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, limitando críticamente la expansión de las bases sociales del consumo y realización del valor, marcó un punto de quiebra en la acumulación económica, originando con ello la primera gran depresión de nuestro siglo. Sin embargo, esta profunda recesión no resultaba, en el fondo, más que de la expresión -en el marco histórico de la primera gran concentración empresarial, con lo que esto representa de incremento del poder patronal, de la potencialidad productiva y del desarrollo tecnológico-, de la imposibilidad estructural de articular dinámicas que no tienen más base común organizada que la de ser el resultado de la búsqueda capitalista de la ampliación y consolidación de la tasa de beneficio, y de realizarse en el marco social y económico contradictorio de un sistema desigual de clases sociales y de competencia intercapitalista.

Pues bien, para que el modo de consumo se estabilizara sobre patrones sensiblemente reformados se necesitaría la reconstrucción del orden capitalista, como salida ex-

pansiva de la crisis del 29, sobre apoyos, que manteniendo incólumes tanto las características definitorias de su misma esencia económica -la aprobación privada del excedente social-, como el sentido del modelo de reproducción ampliada (que como reacción contra la crisis del modo clásico de acumulación extensiva decimonónico se estaba fraguando desde comienzos del siglo XX), garantizaran la superación de las restricciones generales que --provocaban las tendencias a la sobreproducción y el subconsumo. Al igual que cualquier otro proceso social, por su multidimensionalidad, el proceso particular de consumo no sólo fue un resultado de estas nuevas transformaciones del modelo de crecimiento económico, sino un elemento más que se integró en su misma constitución, dándole un significado específico a su evolución. De aquí la necesidad, otra vez resaltada, de situarnos en un conjunto de coordenadas que tienen que abarcar algo más que -- los nuevos aspectos formales del problema que nos ocupa.

Es así como aparecen mecanismos cuya lógica es la remodelación de las fuerzas económicas presentes en función de la consecución de un nuevo equilibrio acumulativo; estos mecanismos, que siguiendo una corriente que ha tomado fuerte presencia en las ciencias sociales francesas (127) denominaremos mecanismos reguladores, son los -- que en nuestro caso sirven para transformar el fordismo de simple modelo de organización del trabajo y las relaciones industriales (reflejo de un impulso disciplinario individualizado y directo de la producción y el consumo) a forma social globalizada de dominio de las condi-

ciones generales de creación y distribución del valor, es decir, de asentamiento de la relación salarial en un contexto institucional que amplía tanto las bases productivas como reproductivas del sistema.

El primer "mecanismo de regulación" es el más simple y ha sido consustancial con la evolución histórica de la economía capitalista, consiste, simplemente en consagrarse a los dictados de la tasa de beneficio. La ley del valor juega su contradictorio papel regulador haciendo salir los capitales de las ramas, actividades y procesos menos rentables para irse a situar en aquellas donde las márgenes de ganancia son mayores, es el mecanismo que marca la línea de desarrollo tecnológico del proceso de producción, en cuanto búsqueda constante de incrementos en la productividad e intensificación del trabajo de cara a conseguir la mejor posición en el mercado. Los efectos de esta dinámica son, por una parte, devastadores, pues implica una desvalorización forzada de capitales instalados, con sus costes sociales (a ello se le asocia desempleo, despilfarro de recursos, quiebras financieras, etc.); pero a la vez hace aparecer, más o menos rápidamente, las condiciones, fundamentalmente técnicas, para un nuevo relanzamiento de la acumulación. En la particular coyuntura histórica por la que vamos avanzando en nuestro estudio, este proceso - fue decisivamente influenciado por las consecuencias destructivas e innovadoras de la Segunda Guerra Mundial y se concretó, en su vector de avance principal en la automatización o semiautomatización de las unidades productivas

motoras y la de sus productos.

Esto nos sitúa de inmediato en el segundo mecanismo de regulación de la norma de consumo que vendría determinado -- por la remodelación de los aspectos formales de los valores de uso, adaptándose a las necesidades de circulación y acumulación del capital. El principio automático se proyecta sobre la forma-objeto flexibilizando y acelerando la nueva lógica del maquinismo a los modos de vida. Es el aspecto -- que marcó la constitución funcional de la estructura de -- consumo y que descompuesto en multitud de dinámicas parciales, pero fuertemente integradas -- que más adelante trataremos de sistematizar convenientemente -- se constituyó como el elemento de estabilización de la senda de crecimiento, amortiguando las tendencias al subconsumo, la sobreproducción y el estancamiento (128).

Nos queda, por fin, referirnos al conjunto de mecanismos reguladores que se agrupan en torno a la gestión estatal de la fuerza de trabajo como mercancía particular, en cuanto esta gestión proporciona elementos que aunque siendo -- imprescindibles, en un determinado punto de desarrollo de las fuerzas productivas, para que se garanticen las condiciones tanto de producción como de realización del valor, sin embargo, no pueden ser satisfechos debidamente por los capitales individuales aislados, pues su obligación de -- buscar siempre la maximización del beneficio (simplemente para mantenerse en el mercado) se lo impide (129). En este complejo conjunto de instrumentos y políticas de regula

ción estatal se pueden hacer en principio dos grandes -- grupos: 1) Los sistemas legales que permitieron la integración, controlada, de las reivindicaciones salariales obreras en los mismos aparatos de intervención económica estatal (política de rentas, convenios colectivos, pacto social, etc.) convirtiendo ciertas vertientes de la actividad sindical en complementos necesarios para la racionalización de la economía contemporánea, al actuar en la línea marcada por la propia expansión de la formación de capital , encargándose de concertar un precio de la fuerza de trabajo que garantice la realización de los valores producidos sirviendo, de esta manera, para mantener la dinámica producción/consumo lo suficientemente estabilizada y lubricada monetariamente; y 2) Los "salarios indirectos" (130), surgidos de la práctica intervencionista de ir socializando las bases colectivas del consumo -- privado , y constituidos por todas aquellas percepciones que no teniendo una forma estrictamente mercantil -es decir, resultado del intercambio específico de la "mercancía trabajo" por su equivalente monetario- entran en la reproducción de la fuerza de trabajo como soportes para la producción y el consumo de mercancías propiamente dichas. Estos auténticos "consumos sociales" -como los denomina el sociólogo y economista norteamericano James O'Connor- "consisten en proyectos y servicios que disminuyen el coste de reproducción del trabajo y que, en igualdad de condiciones incrementan la tasa de beneficios" (131), han -- sido desarrollados principalmente en dos direcciones: los gastos infraestructurales de asentamiento, educación y --

transporte de mano de obra (vivienda, escuela, remodelación urbana, medios públicos de transporte, vías de comunicación, etc.), y los programas destinados a la protección de la inseguridad económica (seguros de desempleo, vejez, invalidez, etc.), o la erradicación del miserabilismo laboral (132). En ambos casos son dos potentes e insustituibles -en ese momento histórico- apoyos y complementos indisociables de la norma de consumo de masas que se desarrolla con el gran capitalismo de postguerra.

Estos mecanismos reguladores que transforman radicalmente la relación capital/trabajo configuraron, también, una nueva división social del trabajo a nivel espacial internacional, dándole un nuevo sentido a los conjuntos integrados de procesos de producción, distribución y consumo y a la estructura que los relaciona externamente: el mercado mundial. La economía-mundo toma un nuevo rumbo en la que la situación preferente que desde la Primera Guerra Mundial habían tomado los Estados Unidos sobre el sistema mundial (desplazando al orden internacional británico dominante en el siglo XX), , deviene en hegemónica , es decir, las ventajas comerciales cristalizan en instituciones políticas, militares y culturales (133) que garantizan una relación de cambio desigual de bienes y servicios en el marco del comercio mundial, de tal modo que gran parte del excedente económico producido a lo largo de toda la geografía universal (principalmente en las zonas periféricas) sea transferido a sus áreas centrales y especialmente a los Estados Unidos. Esta "pax americana" se-

llada en Bretton Woods en 1944, no sólo erigió un complejo aparato de compensación monetaria sobre el poder y la supremacía norteamericana -sin el que no podrían ser entendidas las políticas nacionales actuales (134)-; sino también una estructura que armoniza procesos de reproducción de la fuerza de trabajo diferentes y desequilibrados en función de la acumulación de los países centrales, sin la que tampoco podría ser entendido el inestable equilibrio producción/consumo que presidió las economías del --occidente desarrollado desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta la gran crisis de los setenta.

De la manera particular como cada mecanismo de regulación va determinando la transformación global del modo de vida y las estructuras de consumo, al igual que del tipo de reproducción ampliada de capital que sobre todo este conjunto de elementos se asienta tratarán los epígrafes que siguen.

NOTAS

- (127) Pierre Dockes y Bernard Rosier, "Crisis y transformación del capitalismo", en AA.VV., "Rupturas de un sistema económico", op. cit., pág. 19. Este magnífico artículo sirve, por otra parte, como síntesis de las -- aportaciones metodológicas que sobre el tema del orden transformación, regulación y equilibrio del capitalismo están llevando a cabo, en el marco universitario -- francés, autores como J. Attali, M. Aglietta, Ch. Pailloix, M. Guillaume, G. Destanne de Bernís y algunos otros.
- (128) Ver Michel Aglietta, "Sobre algunos aspectos de la crisis en el capitalismo contemporáneo", en AA.VV., "Rupturas", op. cit., pág. 60-64
- (129) Suzanne de Brunhoff, "Etat et Capital", París, Presses Universitaires de Grenoble/Maspéro, 1976, págs. 7 y ss
- (130) Ibídem
- (131) James O'Connor, "La crisis fiscal del Estado", Barcelona, Península, 1981, págs. 26-27
- (132) Ibídem, pág. 157

- (133) Immanuel Wallerstein, "Configuraciones y perspectivas de la economía-mundo capitalista", en Revista de Occidente nº 29, Noviembre 1983, pág. 73.
- (134) Cfr. David P. Calleo, "Keynes y la pax americana", en Robert Skidelsky (Ed.), "El fin de la era Keynesiana" Barcelona, Lia, 1982, págs 147-157.

CAPITULO 6EL IMPACTO DE LA AUTOMATIZACION SOBRE EL PROCESO DE TRABAJO Y LOS OBJETOS DE CONSUMO: LA NUEVA DISTRIBUCION SOCIAL DE LA PRODUCTIVIDAD.-

Si la mecanización era (en el contexto que nosotros utilizábamos el término) la simple sustitución de la energía humana --o animal-- por una fuente motora artificial, para la realización de una serie determinada de funciones relativamente simples, la automatización (o semiautomatización, pues no hay --dinámica que agote, por sí sola, todas las posibilidades de desplazamiento de trabajo vivo) supone la incorporación de --principios informativos (135) capaces de regular, dirigir o controlar, sin la intervención humana directa, el funcionamiento de cualquier instrumento complejo. Así la primera noción era el resultado de la combinación del concepto de energía con el de aplicación externa, se trataba de la sustitución de los elementos impulsores humanos por los maquínicos pero el objeto o el proceso que se mecaniza necesita el concurso de la actividad humana para guiarlo, corregirlo, adaptarlo y verificarlo; por el contrario, en la automatización se asocian información con control interno o regulación autónoma, es decir, el principio automático supone la posibilidad

de instrumentos con un funcionamiento que reduce la participación del hombre a las labores de alimentación, mantenimiento y programación, sin que sea necesaria -cuando no totalmente imposible- mayor intervención de la mano de obra directa, pues tales instrumentos por ellos mismos recogen la información necesaria para efectuar sus tareas, y a la vez, rectificar, estabilizar y adaptar sus propias operaciones.

Pero hay que ser especialmente cautos en la aplicación de un concepto como este en el análisis de los procesos sociales --independientemente ya de la dificultad para encontrar una definición adecuada que refleje un fenómeno tan complejo y que abarca diferentes grados de aplicación y uso-, ya que es sumamente fácil acabar cayendo en idealismos ingenuos o en exageraciones inútiles.

En efecto, la automatización no es un fenómeno milagroso que toca una sociedad e inmediatamente la transfigura, sino que entra en las diversas dinámicas sociales de manera muy diferente, el capitalismo de postguerra resulta, como ya han señalado numerosos autores (136), una unidad contradictoria entre automatización, semiautomatización y no automatización. Porque, frente a la ideología del progreso técnico abstracto, indiferenciado y lineal que preconizan corrientes de pensamiento tan diferentes como las que encabezan el sociólogo --conservador norteamericano Daniel Bell (137), o el checoslovaco Radovan Richta (138) -ligado a la "renovación" tecnocrática del marxismo oficial en el marco de la primavera de 1968-,

según las cuales la sustitución del principio mecánico por el principio automático sería el resultado de un progreso - técnico autónomo y **autogenerado**, producto para unos de la progresiva racionalización de la economía capitalista en su evolución y para otros del desarrollo de las fuerzas productivas, y cuyo resultado final sería el automático avance social producido por el progreso técnico, hasta tal punto que si de las primeras etapas de la evolución del maquinismo se derivaba un trabajador alienado, cosificado, de la era de la automatización se podía esperar, por el contrario, la superación de la vieja división industrial del trabajo y la implantación de una nueva organización que anulase la antinomia entre ejecución y dirección, creando un "nuevo trabajador" dedicado simplemente a tareas complejas de "técnico", perdiendo con ello la ley del valor todo su sentido, y siendo esto la contratación práctica de la innegable bondad del capitalismo para los primeros o de la segura realización del socialismo, como expresión máxima del progreso social, para los segundos.

Sin embargo, habría que sugerir una visión menos unidimensional y más realista de un fenómeno tan complejo como el de la automatización, ya que éste no se presenta como un proceso - armónico y homogéneo, sino que está marcado por la tendencia al desarrollo desigual que preside todo el crecimiento capitalista, pues, en última instancia no representa más que la profundización de la lógica de la división del trabajo de -- cara a la reducción de los costes de producción; nos situamos, por tanto, en un espacio acotado por la competencia capitalista, el precio y la "habituación" de la fuerza de

da en las diversas ramas de producción, para preservar las rentas de - situación. por ejemplo, preservando la valorización requerida". (139).

Por este motivo nos vemos obligados a un estudio más particular de la automatización, en lo que afecta a la transformación de las normas de producción y consumo, teniendo en cuenta que este proceso marca la línea principal de -- asentamiento definitivo y estabilizado de la sociedad de consumo industrial de postguerra, pero que a su vez se -- combina y tiene efectos diferentes según el sector, rama, o zona económica mundial (centro, periferia, semiperiferia, et.) en que se aplica.

6.1. Automatización y proceso de trabajo.

No es nuestra intención, naturalmente, realizar un análisis intensivo de las formas particulares que toma la aplicación de principios automáticos a la producción de mercancías y más concretamente a la producción en serie, por ser la fuente principal de los bienes normalizados de consumo; además es ésta una empresa que excede tanto los objetivos como las posibilidades de nuestro trabajo, y existe una abundante literatura sobre el tema -- de la que por razones de accesibilidad y rigor convendría destacar la clásica monografía que Pierre Naville publicó en los primeros

años sesenta, no libre, por otra parte, de un optimismo un tanto ingénuo que posteriormente el mismo autor, uno de los grandes maestros de la sociología del trabajo francesa, se autocriticaría (140)- que dejaría sin sentido - una aproximación meramente lateral y no exhaustiva al problema, como sería la que podríamos ofrecer aquí.

Lo que sí tenemos que hacer es estudiar las nuevas relaciones que se establecen entre la esfera de la producción fuertemente modificada por su automatización parcial, y la esfera del consumo. Porque lejos de ser un simple reflejo de la omnipotencia productiva de la tecnología -- (superadora de todas las contradicciones sociales y de la centralidad de la fuerza de trabajo en el marco del proceso inmediato de producción), la automatización no descarga todo el peso de los problemas de la evolución cíclica del capitalismo en la "autónoma", mítica y etérea esfera del consumo, tal como es considerada por ciertos "críticos" de la "subcultura" del consumo en masa: "Puede iniciarse la historia de la sociedad de consumo el día que los hombres de empresa descubren con perplejidad que, gracias a las nuevas tecnologías, les resulta más fácil fabricar productos que venderlos. En ese impreciso momento que ya tiene más de medio siglo se -- inicia en el mundo industrializado (...) el decisivo -- paso a una economía fundada en la producción a una economía basada en el consumo (...). El sistema industrial abandona la vieja dialéctica entre la obtención del máximo beneficio y la racionalización de la producción para

adentrarse en la era del conflicto entre la productividad sin límites y la necesidad imperiosa de dar salida a sus objetos" (141). Por el contrario, con la automatización se establece un nuevo esquema en el funcionamiento de la relación capital/trabajo que se funda genuinamente en la expansión de los valores, el incremento del excedente capitalista y la lógica del beneficio.

Debemos empezar distinguiendo adecuadamente entre : 1) La aplicación de la automatización, dictada por intereses de clase y relaciones de producción antagónicas, esto es, -- causada por el resultado de la interrelación de dos procesos característicos: la búsqueda de la máxima valorización del capital en el marco de cada mercado particular, y las condiciones sociales a través de las que se realiza la -- producción -- la conversión de la fuerza de trabajo en trabajo--, lo que exige un modelo de dominación, jerarquización, división y control de la "mercancía trabajo"; únicamente las tecnologías que ofrecen una combinación "eficiente", de cara a la consecución del mayor beneficio, entre el coste de los factores, la posición del empresario en el mercado y el control social de la fuerza de trabajo --lo que se puede denominar "racionalización capitalista"-- son realmente utilizadas, siendo desechadas, arrinconadas o desestimadas las que por muy "productivas" y "avanzadas" que sean no responden a las restricciones que impone la -- producción en un sistema regulado, principalmente, por el beneficio individual de cada compañía; los procesos de --

producción industrial, pues, no se desarrollan de acuerdo con su propia lógica interna siguiendo los principios que le proporciona una evolución tecnológica independiente que marca la máxima producción posible y la integración social, sino respondiendo a las condiciones de reproducción de las relaciones de producción que determinan los medios de producción y la división del trabajo que resultan funcionales para la consecución de un beneficio; y 2) Los efectos de estos cambios de escala en la producción, provocados por una nueva puesta en valor de los capitales, y la nueva división social y técnica del trabajo que la instrumentaliza; aquí aparece la estandarización, expansión, superespecialización y cosificación de la esfera del consumo como fórmula de cierre de un modelo de acumulación que necesita esta penetración por todos los ámbitos de la vida social; la producción capitalista del "modo de vida" resulta así como la producción de un continuo crecimiento de las mercancías de consumo, condición para un continuo crecimiento de la producción, y por consiguiente, de la producción de medios de producción, articulando todo ello un complejo sistema para la reproducción ampliada de capital (142).

Las relaciones entre producción y consumo se inscriben, por tanto, en un conjunto multidimensional de interdependencias mutuas, y el "modo de vida" se presenta como una totalidad concreta, producida y reproducida por el modo de producción. Solamente con la homogeneización y unificación social (ines- table y contradictoria) entre el proceso de trabajo y la ---

norma de consumo de masas se consiguió la estabilización de la demanda efectiva sobre los márgenes de beneficio que permitían las bases técnicas económicas de la acumulación de capital desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta la actual crisis general (143).

* * *

La Segunda Guerra Mundial marca el arranque de un ciclo económico largo; su papel fue, otra vez, fundamental para el asentamiento de los fundamentos tecnológicos y organizativos de la onda de carácter expansivo más espectacular de la historia universal. Sus efectos tanto sobre la innovación industrial y el control social de la fuerza de trabajo como sobre la rápida desvalorización de capitales instalados obsoletos hicieron cierto aquello que declaraba en la época uno de los consejeros de la Dupont de Nemours, primera multinacional química norteamericana : "La guerra produce en unos cuantos meses un progresivo científico que habría exigido quizás medio siglo para realizarse sin la necesidad del momento. El resultado es que al terminar la guerra, la industria será capaz de fabricar veintenas de productos químicos o de otras materias primas en una escala inimaginable hace sólo dos años" (144).

El impacto específico de la guerra y la economía armamentista en el campo que a nosotros más nos interesa del proceso

de trabajo es enorme, la mayoría de los automatismos parciales que se incorporan a la cadena de montaje clásica se han desarrollado gracias a la movilización de créditos para la investigación militar y los trabajos en instituciones militares o en centros civiles asociados con programas de innovación en la industria del armamento. Harry Braverman ha investigado, por ejemplo, los orígenes y desarrollo de uno de los automatismos principales de esta primera era de la automatización y sus conexiones con el aparato militar; la máquina-herramienta de control numérico (de la que hablaremos extensamente más tarde), que por su extensa aplicación y -- por sus resultados productivos marca la línea de máximo desarrollo del proceso de trabajo, evolucionó así : "Una aplicación de este método para el control de máquinas herramientas era patentada en 1930, pero el desarrollo y aplicación del concepto no comenzó realmente, a pesar de su larga historia, hasta pasar la Segunda Guerra Mundial. Financiado su investigación, lo hizo utilizable la Fuerza Aérea de los Estados Unidos; continuado por la John Parsons Corporation y más tarde por el Massachusetts Institute of Technology que en 1952 presentó un prototipo en forma de máquina moledora vertical manejada bajo control numérico" (145).

Los trabajos de Pierre Naville sobre el tema llegan a idéntica conclusión, tanto la automatización como otros procesos similares fueron inventados e incluso aplicados antes de la guerra, sin embargo, sólo tomaron verdadera dimensión social, acelerando su introducción, intensificando su uso, o

impulsando su investigación cuando el juego normal del mercado era suprimido por las condiciones especiales de la economía de guerra (146). La sustitución de mecanismos reguladores simplemente mercantiles -tales como, el beneficio, la necesidad de demandas solventes, la segmentación de mercados o la búsqueda de una composición capital fijo/capital variable que maximice el excedente de explotación-, por una potente dinámica de expansión de las necesidades productivas (tanto de armamentos como de bienes complementarios de carácter "civil"-vestido, transporte, alimentos, equipamientos, etc.-), de cierre forzado de los mercados internacionales, lo que obliga a fomentar una producción autosuficiente lo mayor posible y, por fín, de localización y centralización de los programas de investigación, así como las inversiones en las ramas o actividades que se declaran como principales para la defensa nacional, etc., contribuyó a crear los requisitos diferenciales para una acumulación tecnológica precipitada que serviría para asentar los pilares maestros de toda la oleada de innovaciones industriales que presidirían la producción fábril de postguerra.

La última simbiosis entre armamentismo, actividades militares y producción industrial ha sido por otra parte, una de las características más peculiares de esta última gran etapa del capitalismo moderno. Y sin entrar en las diversas interpretaciones que ha tenido este "complejo industrial-militar" respecto a su funcionalidad para el desarrollo econó-

mico -lo que nos llevaría a hablar con Kidron de compensación por parte de los gastos militares de la tendencia a disminuir de la tasa de beneficio (147), de vía de salida para el excedente económico y los problemas de subconsumo con Paul Baran (148), o de forma contradictoria de valoración de capitales, según Mandel (149), por no citar la enorme cantidad de trabajos que polemizando con estos autores, o con los economistas clásicos, hemos ido recibiendo recientemente (150)-, sólo resaltaremos aquí que las técnicas punteras de este período son desarrollos de los "adelantos científicos" de la Segunda Guerra Mundial: automatización, energía atómica, motor de reacción, etc. (151); y - que, independientemente de las diferentes interpretaciones que sobre las series empíricas se puedan efectuar, la tendencia general ha sido al incremento general de los gastos militares globales a precios constantes (152).

El otro resultado de la "economía de guerra", es su fuerte efecto disciplinario sobre la fuerza de trabajo, frente a la movilización militar se produce una movilización industrial paralela e interdependiente. La desarticulación momentánea de las organizaciones reivindicativas obreras, la misma descomposición física y espacial de este colectivo, sus pérdidas humanas, los Servicios de Trabajo Obligatorio (con muy semejante estructura interna en países tan diferentes como Inglaterra, Alemania, Francia, USA e incluso la URSS) que imponen procedimientos autoritarios de control de la producción, restricciones en los movimientos y -

respuestas de la mano de obra, incentivos y estímulos económicos o ideológicos (cupones de racionamiento, subsidios, abundante propaganda sobre la obligación de la defensa nacional, etc.), y la introducción del reclutamiento obligatorio de mano de obra (extendiéndose hacia los sectores menos organizados como mujeres, ancianos, jóvenes, prisioneros, etc.), en una palabra, la asignación forzada de la mercancía trabajo en el proceso de producción (153); estos factores son los que configuran el vacío social y sindical en el que se imponen las nuevas técnicas y métodos de organización del trabajo. Al igual que -como vimos ya- la Primera Guerra Mundial había supuesto la quiebra del sindicalismo clásico de oficio en el que se inscribe la aplicación definitiva del taylorismo y la cadena de montaje, la Segunda Gran Guerra conoce la primera madurez de estos sistemas y, lo que es más importante, la incorporación de sus más acabadas evoluciones : los métodos de tiempos predeterminados.

Así, los métodos de tiempos predeterminados, son la máxima extrapolación y normalización de las teorías del propio -- Taylor, Josep María Vergara los define magníficamente en las siguientes líneas:

"El fundamento de los diversos sistemas de tiempos predeterminados consiste en extremar el nivel de análisis, descomponiendo las operaciones en unas operaciones elementales o microelementos, tan reducidos que pue-

de decirse constituyen los elementos básicos de cualquier operación; dicho de otro modo, los microelementos son tales que cualquier trabajo manual puede describirse por medio de aquellos.

"Cada sistema concreto utiliza una cierta descomposición en microelementos e incluye unas tablas en las que figuran los tiempos normales para efectuar microelemento en función de una serie de características.

"Para calcular el tiempo normal necesario para efectuar una operación se descompondrá esta en microelementos y se buscará en la tablas correspondientes el tiempo normal preciso para realizarlo; la suma de tiempos normales elementales proporcionará el tiempo normal; la introducción de los suplementos correspondientes permitirá determinar el rendimiento normal" (154).

Sus principales variantes, tales como el MTM (Motion Time Measurement), el Work Factor o el BTM (Basic Motion Time study) se introducen y aplican por primera vez entre 1938 (el Work Factor) y 1943 (las Tablas MTM sin ninguna duda las de mayor difusión en el terreno industrial); para generalizarse absolutamente su uso, ya consagrado como "método científico" durante la guerra, en la inmediata postguerra (155). Si consideramos que estos sistemas de tiempos predeterminados -conocidos en algunos países occidentales con el esclarecedor sobrenombre de métodos de tiempo mínimo: su movimiento básico de medida es de 1/16 de segundo-, representan la "innovación organizativa" de la era

del capitalismo maduro, pues asentándose sobre idénticos - principios de arbitrariedad jerárquica que el taylorismo y los cronometrajes directos, armonizan, sin embargo (normalizando universalmente los movimientos y tareas de cualquier ocupación laboral) la división técnica y social del trabajo, permitiendo la proyección del principio automático sobre las bases mismas de la organización del trabajo, nos haremos una idea adecuada, por lo tanto, de la situación histórica en que se fraguan las principales condiciones -- tecnológicas y sociales del gran auge capitalista de las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

* * *

La automatización penetra de muy diferentes maneras según sea el tipo concreto de proceso de trabajo, lejos de homogeneizar todos los trabajos los diferencia estructuralmente.-

A) La automatización aplicada sobre un proceso continuo --es decir, aquel que se basa en operaciones de transformación físico-químicas (industrias de petroquímica, -- cementos, energía, plásticos, nuclear y otros bienes intermedios) provoca la máxima centralización e integración técnica; al poderse controlar toda la operación exteriormente (en realidad es, en muchos casos, una necesidad -- pues en la mayoría de los casos es imposible el contacto físico con el producto) desaparece en gran medida el número de obreros manipuladores para ser sustituidos por "vigilantes" o "controladores técnicos" de procesos, descendiende

espectacularmente el número de trabajadores -que no las horas trabajadas-, la calificación (entendiendo éste término en su acepción de actividad intelectual exigida -por el trabajo en cuestión- "reflexión sobre lo que se hace", así como la capacidad de control humano sobre los -- productos a transformar y los instrumentos que se utilizan para tal fin, utilizada recientemente por autores como -- Michel Freyssenet (156), o Harry Braverman (157), y no en su versión corriente de categorías atribuidas oficialmente a cada puesto de trabajo) se polariza en los niveles extremos, resultando así una fuerte tendencia a aumentar la inversión por puesto de trabajo, a desplazar el trabajo manual directo por labores de dirección y administración, y, al mismo tiempo, a disminuir el número de obreros cualificados ligándose al aumento del peonaje o las tareas subalternas (alimentación, limpieza, asistencia en las reparaciones, montajes y desmontajes, almacenaje, etc.), los puestos administrativos semicualificados y las labores sobrecualificadas técnicas o directivas (158). Se hace factible la introducción de un ordenador electrónico que supervise y coordine varios procesos conjuntos, haga control de calidad y regule automáticamente los desequilibrios. La sustitución del trabajo vivo por trabajo muerto se hace aquí paradigmática y muestra la tendencia universal del capitalismo a realizarla.

B) En cambio, la automatización aplicada a procesos discontinuos - aquellos asentados en transformaciones de carácter mecánico- produce efectos totalmente distintos. La cadena de montaje mecánica pasa a ser cadena semiautomática, ésta a su vez, difiere según su utilización en la fabricación de grandes o pequeñas series, bienes de capital

o bienes de consumo, unidades técnicamente simples o complejas, etc. (159).

En efecto, las dos piezas motoras de la automatización aplicada a la cadena: la máquina-herramienta de control numérico y la máquina transfert juegan papeles muy diferentes en la producción. La primera: las máquinas de control numérico son unidades independientes, encargadas de realizar ciertas operaciones de transformación de acuerdo con las instrucciones numéricamente codificadas introducidas por el programador o con la información que ella misma recoge en su funcionamiento, su principal aplicación se encuentra en la producción de pequeñas o medianas series generalmente en el sector de producción de bienes industriales (corte de metales, prensados, moldes, etc.) (160). La máquina transfert por el contrario, es un complejo automático que integra varias máquinas-herramientas, cada una de ellas se encarga de realizar una función determinada del proceso de fabricación, controladas por un ordenador central que automatiza las operaciones de mantenimiento. La conexión de máquinas transfert se realiza por transportadores y guías automáticas capaces de mantener reservas de piezas según las cadencias de producción, dando lugar a lo que se denomina cadena o línea de transferencia; este tipo de complejo es el utilizado para la fabricación de bienes de consumo masivo y grandes series en general.

El choque que ambos sistemas maquinaicos originan sobre las

habilidades obreras, aunque no tan evidente como en los procesos de transformación en continuo y los automatismos totales son, según las tablas de especialización difundidas por las mismas empresas constructoras -recogidas y sistematizadas por varios sociólogos y economistas (161)-, de descualificación bastante generalizada, pero sin llegar a resultados extremos (aquí se sigue manteniendo al trabajador en el suministro de materia prima a la máquina, retirada del producto, así como en transformaciones clásicas en segmentos no -- automatizados de la cadena o en líneas paralelas).

Sólo apuntaremos en unos cuantos párrafos los efectos sociales directos de esta era de la automatización, pues lo que más nos interesa son sus efectos económicos y su repercusión en la esfera del consumo; sin embargo, es importante conocer cuales son las bases reales sobre las que se opera la extracción y acumulación del excedente económico, resituando con ello, concepciones de amplia difusión intelectual como "nueva clase obrera", "sociedad postindustrial" o "revolución científico-técnica".

La automatización impone un doble proceso de sobrecualificación-descualificación de los puestos de trabajo. Por una parte, las labores de concepción, gestión técnica y empresarial, e incluso programación y mantenimiento obligan a una concentración de las actividades intelectuales, el saber/hacer obrero, que daba un carácter social a la participación del trabajo humano en el proceso de producción, tiende a ser absorbido

por la máquina, y con ello el instrumento de trabajo en su creación, difusión y reglas de utilización se impone externamente a quien lo utiliza. Los departamentos de investigación y organización del trabajo de las propias empresas, y las oficinas externas especializadas en diseño, innovación, gestión, administración o "asesoramiento técnico", dependientes financiera u orgánicamente de las grandes empresas, concentran, normalizan, unifican y desarrollan los conocimientos de todo tipo que luego serán precisamente los que determinen la evolución de los sistemas técnicos organizativos y sociales del complejo industrial, así como la preparación, regulación y manutención de los medios y la realización de las tareas laborales. Es aquí donde, después de cristalizada y generalizada socialmente la separación y jerarquización -- entre concepción y ejecución, entre dominio técnico y producción material, aparece el lugar estructural de la "nueva clase obrera" y el incremento de los técnicos, cuadros, agentes de servicio, ingenieros, etc., en la moderna producción mercantil en masa (162).

Pero, existe una dinámica paralela y cuantitativamente más importante --que invariablemente olvidan comentar incluso de la manera más superficial los ideólogos del progreso técnico como beneficio en sí mismo--, que consiste en la disminución del número de trabajadores de oficio o "profesionales" y su progresiva sustitución por los obreros especialistas; los famosos O.S. (siglas que corresponden a la abreviatura francesa de ouvriers spécialisés) son los trabajadores tipo de la "era automática". Otro de los grandes representantes de la fructífera "escuela" de sociólogos del trabajo france-

ses: Daniel Mothé ha dedicado buena parte de su obra a estudiar esta "categoría laboral" (163), haciéndonos una fiel descripción: los obreros especialistas realizan tareas muy simples, no son homogeneizables con el peonaje o el aprendizaje tradicional pues su período de formación es muy corto (en algunos puestos no llega a una jornada de trabajo) y no se puede hablar de que tengan un puesto fijo ya que son cambiados frecuentemente de máquina o de tipo de trabajo, su principal e incluso única misión es adaptarse al funcionamiento de una máquina, ya sea introduciendo o retirando los materiales sobre los que ésta opera, ya sea limitándose a vigilar los indicadores luminosos o sonoros que le obligan a realizar de forma refleja funciones que provienen de especificaciones técnicas previamente determinadas por los gabinetes de proyección, de preparación o de organización de la producción, finalmente se observa fácilmente que su número creció sensiblemente en los últimos decenios expansivos de la economía mundial, como el mismo Mothé comenta en otro de sus libros:

"... basta con conocer las estadísticas del INSEE (Instituto Nacional de Estadística Francés) para darse cuenta de que nos hallamos muy lejos del establecimiento de una corriente ascendente hacia los puestos más qualificados. Por el contrario, la masa de subalternos no cesa de aumentar. El número de obreros especialistas no ha dejado de crecer desde 1954: 1.859.140 en 1954, 2.394.102 en 1962, 2.705.760 en 1968. El número de trabajadores sin cualificación aumenta también: 1.110.640 en 1954, 1.583.394 en 1962, 1.575.040 en 1968 ...

"... Por el contrario, el número de obreros profesionales ha disminuído: entre 1954 y 1968, pasó de 2.856.300 a 2.606.680 con un descenso mucho mayor durante el 1962 (2.286.459). Para apreciar estas cifras, debemos tener en cuenta una cierta inflación del título profesional. En Renault, por ejemplo algunos trabajadores obtuvieron tras la huelga de 1973 la clasificación de PIF (profesional de fabricación) mientras continuaba ejerciendo tareas de O.S. en puestos sin cualificación...

"... La jerarquía de los puestos industriales no se presenta, por tanto, como un pequeño arroyo de O.S. que se funde en un río de profesionales para desembocar en el lago o mar de los cuadros superiores. Es al contrario: se trata de un océano de puestos subalternos (25 a 30 por 100) que desembocan en riachuelos de cuadros (4,8 por 100 de la población activa)" (164).

La maraña de categorías laborales oficialmente establecidas se descarga de contenido real para convertirse, de esta manera, en un instrumento patronal más de división y corporativización de la clase obrera. De su falta de auténtico significado profesional nos dan pueba hechos tan evidentes -y tan estudiados últimamente por diferentes autores (165)- como la facilidad para la reconversión y asignación a diferentes tareas de la mano de obra, su falta de homogeneidad y reconocimiento empresarial generalizado (las categorías conseguidas en una determinada compañía suelen ser totalmente inútiles para cualquier otra, incluso de la misma rama industrial), así como la imposibilidad de "ascender" de

ciertos topes máximos establecidos externamente a la fábrica (titulaciones universitarias o comerciales, profesionales liberales, labor de investigación, organización, etc) o la concurrencia de factores que nada tienen que ver con el estricto dominio del oficio (racismo, aspectos punitivos o de recompensa, influencia de las redes informales de la organización, etc.) al ser otorgadas, etc.

En resumen, si bien los automatismos aplicados al proceso de trabajo liberan al hombre de algunas labores peligrosas, penosas o inhumanas, también es cierto que hacen surgir una nueva patología asociada a las condiciones de trabajo que imponen los nuevos mecanismos de operación -son esos costes del "progreso" como los denomina la Confederación -- Francesa Democrática del Trabajo (C.F.D.T.) que nos ofrece una buena sistematización de ellos (166)-, al mismo tiempo que determina un nuevo modelo de control social de la fuerza de trabajo, dándole un golpe mortal al oficio tradicional y a la autonomía obrera, y un grado mayor de centralización del poder patronal- la imagen de la máquina automática y especialmente del ordenador es la representación idealizada de la modernidad, pero también la de unos aparatos tremendamente complicados que diseñan, controlan y reparan "expertos de muy alto nivel"-; todo ello implica un cambio sustancial en el grado de utilización de la mercancía trabajo y de sus efectos productivos, pero en el último punto nos detendremos a continuación.

6.2. Las consecuencias económicas de la automatización.

La introducción de automatismos parciales o totales en el proceso de trabajo comporta especificaciones características en el uso de la fuerza de trabajo, cuyo efecto final medible es el incremento acumulativo de la productividad bruta o aparente (medida simple del valor final de los outputs en unidad de tiempo) y del volúmen global de productos fabricados. Sin embargo, este efecto general puede ser descompuesto en sus componentes particulares, operación ésta que nos revela un conjunto de fenómenos sociales que enmarcan tal aumento de productividad dándole a la vez un carácter menos mágico y lineal del que superficialmente parece presentarse y del que suelen hacerse eco, sin formularse demasiadas preguntas sobre sus orígenes, los apólogos del crecimiento a ultranza.

Con la automatización el proceso de trabajo queda integrado como simple momento en el movimiento de valorización de capital, la subordinación del trabajo vivo al trabajo objetivado en la máquina se hace absoluta (167) al constituirse como mero sirviente de un instrumento que cristaliza -- unas relaciones sociales de dominación; por lo tanto, el vector tecnológico se consolida como estructurante de todos los subsistemas que operan en la producción. Así, al incremento de productividad en el sentido estricto (incremento de la fuerza productiva del trabajo debido únicamente a las nuevas condiciones técnicas y organizativas del proceso de producción manteniendo inalteradas la jornada de

trabajo y las cantidades de energía física y mental gastadas por la mano de obra) que se produce con la implantación del principio automático, hay que añadirle -lo mismo que con la mecanización- el incremento de la intensidad del trabajo, requerido por las características concretas de funcionamiento de la máquina automática.

Precisamente el funcionamiento en contínuo de la máquina automática (sea aplicada a procesos de carácter físico-químico, sea aplicada a transformaciones mecánicas) obliga a seguir a la fuerza de trabajo el mismo ritmo contínuo de trabajo al que ésta funciona al ser el trabajo humano un apéndice fundamental, pero subordinado a un complejo de máquinas integrado y controlado centralizadamente. La automatización impone una cadencia de fabricación de forma tal que el tiempo **efectivo se amplía**, de esta manera, se eliminan -parcialmente- las porosidades que se enquistan en la actividad obrera (del tipo de las que se producen en los tiempos muertos, distracciones, movimientos innecesarios, pausas y descansos no programados, etc.) y se incrementa el esfuerzo físico o psicológico que exige la producción en masa al saturar al máximo todos los espacios productivos posibles. Siempre que se incorpora una máquina al proceso de trabajo (y muy especialmente a la cadena de -- montaje) se produce un proceso paralelo, y muy difícil de determinar, el impulso de la productividad, dándole su significado más restringido, pero también de la intensificación del trabajo. No es extraño en este sentido, que la "era de

la automatización" haya sido definida por ciertos psicólogos y médicos del trabajo como la época de las "reacciones condicionadas generalizadas" (168), ya que al estar sobredeterminada únicamente por las expectativas rentabilizadoras directas, la automatización no presupone en sí misma, de modo alguno, ningún salto cualitativo en el terreno de la disminución de los costes humanos del desarrollo económico, sino la concentración, homogeneización y aumento de las cargas - de trabajo en función de una nueva división mecánica del trabajo (169).

Pero se pueden detectar efectos añadidos al fenómeno de la automatización de claro signo económico. El primero es la rápida reducción del tiempo económicamente útil de los elementos de capital fijo, y el incremento de la tasa de obsolescencia industrial debido a la aceleración de la innovación tecnológica característica del neocapitalismo, resultado de la búsqueda continua de la disminución del costo social de las mercancías. Este hecho que es el que motiva la capitalización creciente del proceso de trabajo y la tendencia a la sobreproducción de medios de capital, (o dicho de otro modo, al crecimiento desigual de los sectores de producción -sector I, sector II, bienes de producción, bienes de consumo- de la economía capitalista) también obliga al alargamiento del período diario de funcionamiento de las máquinas, de cara al aprovechamiento máximo de su espacio económicamente rentable lo más rápidamente posible, y a la generalización del trabajo por turnos (2 x 8 y 3 x 8 horas), no sólo en aquellas ramas que físicamente imponen la permanen-

cia de trabajadores en el proceso de producción (petroquímica, nuclear, etc.), sino que en otras industrias donde la detención del proceso de trabajo es técnicamente posible el coste económico de la automatización aconseja el uso continuado del sistema de máquinas, y por tanto, el trabajo por turnos (sector terciario, informática, construcción mecánica semiautomatizada, etc.).

Tal dinámica de expansión del trabajo por turnos en los -- países industrialmente más avanzados -- en Alemania Federal por ejemplo, pasó de afectar del 12% de la población activa en 1960 al 27,1% en 1975, siendo para el conjunto de la CEE el 20% (15% de trabajo nocturno) y llegando en las zonas más industrializadas de Bélgica al 50% (170) -- se complementa con la de una estabilización de la duración media de la jornada laboral oficial -- dice Pierre Naville: "Hace ya medio siglo el movimiento obrero había ya conquistado la jornada de trabajo de 8 horas; ahora bien, desde esta época, -- los enormes incrementos de productividad no han entrañado disminución legal del tiempo de trabajo. El aumento del -- tiempo de vacaciones pagadas ha sido compensado por el alargamiento de la vida de trabajo, debido a una longevidad incrementada, desde hace medio siglo" (171)--; y una caída del número social de horas/hombre trabajadas --las series económicas de Simon Kuznets son claras al respecto; de la medición de este parámetro a lo largo de todo un siglo (de mediados del siglo XIX, a mediados del siglo XX) en 8 países de alto grado de desarrollo concluye: "si el producto per cápita aumentó, digamos, 20% por década, las horas-hombre per cápita disminuyeron aproximadamente en un 2% por década y el capital material aumentó 16% por década" (172)--. Estas

tres dimensiones enmarcan una conclusión fundamental, la - tecnificación progresiva del proceso de trabajo sólo puede entenderse como un cambio cualitativo en el grado de uso de la fuerza de trabajo; la tendencia a sustituir trabajo vivo por capital constante es la base de los incrementos de productividad y de la supuesta pérdida de importancia del trabajo directo en el proceso de trabajo, pero también a incrementar y acelerar la explotación de mercancía trabajo que permanece vinculada a la producción en masa. La conclusión es por otra parte, mucho menos espectacular de lo que pensaban los grandes apologistas del desarrollo técnico: efectivamente, la automatización induce una nueva división técnica del trabajo -premisa que proponían todos estos autores-, pero para nada se induce una nueva racionalidad -económica que supere la búsqueda del beneficio y la ley del valor, al contrario, lo único que hace es reforzar y ampliar tales mecanismos.

En segundo lugar, el mercado de trabajo, que se estructura según el modelo de diferenciación de la fuerza de trabajo que marcan las condiciones técnicas y sociales de producción del excedente. La segmentación del mercado de trabajo -siguiendo pautas distintas en cada situación concreta, rama de producción o lugar de cada formación social determinada en la división internacional del trabajo y que puede tomar formas marcadamente "duales" o profusamente estratificadas según el caso- no es más que el resultado de la proyección sobre los mercados de mano de obra de los principios de jerarquización y dominio que presiden la organización --

del trabajo capitalista; si la automatización implicaba un proceso simultáneo de sobrecualificación (minoritaria) y descualificación (mayoritaria) de la fuerza de trabajo, -- así como el desplazamiento forzoso del trabajo vivo del -- proceso de producción, es lógico que desplace estos condicionamientos sobre el mercado de trabajo. Solamente expon-dremos sumariamente las consecuencias de esta relación que nos interesan para nuestros objetivos.

Para resumir partiremos del rasgo más peculiar --que un análisis pormenorizado se vería descompuesto en componentes más concretos-- esto es, la formación de un "doble" mercado de trabajo (173); un mercado primario que concentra los empleos estables, cualificados, con buenas condiciones de trabajo y posibilidades de promoción profesional; y un mercado secundario donde los empleos son mucho menos seguros, las condiciones de trabajo peores, la cualificación pierde cualquier sentido profesional, no existen posibilidades de carrera y las retribuciones no tienen más homogeneidad (cuando la tienen) que los mínimos conseguidos en la negociación colectiva o por la política de ventas. Este modelo en nada tiene que ver con la cualificación tradicional, el oficio clásico, o la aristocracia obrera decimonónica, cuando el oficio era conservado y transmitido por el mismo colectivo que lo desempeñaba y hacía de él su principal baza política y económica, pues ahora esta variable queda fuera de cualquier control obrero, la automatización permite a las empresas crear sus propios mercados internos donde se forma, evalúa y asigna la fuerza de trabajo en función de las nece

sidades productivas y de criterios que son externos al propio dominio de la clase obrera (titulaciones, conocimientos técnicos, formación académica o especializada, etc.), convirtiendo lo que había sido un instrumento de presión en la oferta de fuerza de trabajo, en un elemento de segmentación de la demanda y de intervención de los mercados abiertos tratando de crear un importante ejército de reserva en todos los niveles que permita mantener controlado el salario de cada estrato, pero principalmente en el mercado secundario donde se forma un ejército de reserva estructural -que tiende a presentarse a nivel internacional (emigración, localización preferente de ciertas plantas en zonas de bajos salarios, etc.)-, lo que garantiza la fácil consecución de mano de obra abundante a precios siempre controlables (174) En resumen, el marco tecnológico de la producción, que concentra intelectual y físicamente en la órbita empresarial el saber-hacer obrero, crea, a la vez, las condiciones principales para una segmentación del mercado de trabajo que - permiten controlar el precio de la mercancía trabajo y la reproducción de un ejército de reserva que evoluciona según los requerimientos del proceso de trabajo, consiguiendo dominar así las bases sociales de la contratación mercantil de la mano de obra.

De este modo, y volviendo a hacer hincapié en que la automatización es un fenómeno fundamental y de expansión importante en la sociedad industrial contemporánea, pero que no por ello la homogeneiza hasta convertirla en un "todo automático", sino que discrimina cada rama y sector productivo, en -

función del incremento potencial de la tasa de beneficio que puede proporcionar, lo que sí podemos asegurar y en este punto los datos que se nos ofrecen es de las más diversas fuentes son contundentes, es, por una parte, la tendencia constante al incremento de las cantidades físicas de capital necesarias para la producción industrial a partir de 1945 y, por otra, el incremento tanto de la productividad aparente como del producto final (resultado tanto del aumento de la capacidad productiva de la fuerza de trabajo, como de su mayor grado de utilización intensiva, así como de los efectos sociales añadidos que impone el modelo tecnológico que se aplica) en los países económicamente más desarrollados (175).

A título indicativo se pueden entresacar las siguientes cifras: el PNB creció entre 1950 y 1969 a un ritmo medio anual de un 4,1% en Estados Unidos, un 6,7% como media de los tres principales países Europeos (Inglaterra, Francia y Alemania Oc.) y el 10,3% en Japón (176). La productividad global siguió una evolución ascendente semejante; en Estados Unidos, entre 1950-60 creció un 2,4% anual medio, entre 1960 y 1969 un 2,6% y de 1969 (ya en los orígenes de la crisis del ciclo estructural comenzado en 1945) a 1973 el 1,6%, estas cifras son para los tres países europeos 4,07% de -- 1950 a 1960, el 4,3% de 1960 a 1969 y de este año hasta 1973 el 2,7%; el caso de Japón es, por supuesto, el más espectacular de 1950 a 1960 el 7,8%, de 1960 a 1969 al 8,9% y de - 1969 a 1973 el 8,1% (177).

Resulta, como es evidente, más difícil presentar series regulares sobre la tendencia a desplazar trabajo vivo y a introducir proporciones de capital creciente en la producción capitalista, y más en estos años de la gran expansión en -- que la visión más superficial nos haría pensar en necesidades crecientes de mano de obra, sin embargo, si en términos absolutos generales esta imagen se puede confirmar en términos relativos (la cantidad de trabajo vivo por cada unidad de output) esto no coincide con la realidad. Nos conformamos con traer aquí las conclusiones a las que llega la economista norteamericana Anne P. Carter al analizar los coeficientes técnicos intersectoriales de las tablas input-output de su país entre 1939 y 1961 concluye: "La mayoría de los coeficientes del trabajo cayeron en forma más pronunciada que los coeficientes de capital correspondientes y, por tanto, la relación de capital/trabajo aumentó en la mayoría de los sectores (...) De todos los cambios estructurales aquí examinados, las caídas de los coeficientes directos de trabajo son los más pronunciados (...) la economía se comporta como si el ahorro de mano de obra fuera el objetivo fundamental del progreso técnico" (178).

Pero el sociólogo español Manuel Castells en su importante libro sobre la crisis del capitalismo americano va más allá por este mismo camino y lleva a cabo un riguroso estudio sobre el tema para mostrarnos. Primero: la tendencia empírica al desplazamiento del factor trabajo por el factor capital en varias economías desarrolladas: "Entre 1950 y 1970 tuvo lugar en Francia un crecimiento considerable del capital fi

jo productivo (...) mientras que los efectivos del trabajo seguían aproximadamente estables. Tuvo lugar también una sustitución acelerada de trabajo por capital, con tasas - anuales medias de 3,8% para 1950-1970 y 5,5 para 1960-70" (179); para Estados Unidos la participación porcentual del trabajo en la composición final del producto nacional descendió de 1946 a 1960 en un 25,93% y de 1960 a 1969 en un 15,37% (180). Segundo: la conexión entre esta tendencia y el grado de explotación de la mercancía trabajo, pues el aumento de la productividad por unidad de trabajo empleada, se vió enfrentado a un incremento de salarios mucho menor: la productividad por hora/hombre creció en los Estados Unidos de 1946 a 1969 en un 143,2%, los salarios reales por hombre/hora en igual período sólo un 40,7% (181), lo que sólo puede ser explicado, siguiendo a este mismo autor, como una -- apropiación diferencial (en favor del capital) de los beneficios sociales de la productividad.

* * *

Del marco social y del modo de consumo que sirven para materializar este sistema de apropiación diferencial del excedente económico trataremos en las páginas y capítulos que siguen.

6.3. La proyección del principio automático sobre la forma-objeto y el modo de consumo.

Si hasta aquí hemos estudiado la transformación y desarrollo de la norma social de producción del capitalismo industrial de postguerra, es lógico que ahora emprendamos la labor de investigar el cambio que la norma de consumo experimenta al adaptarse a la evolución de las capacidades productivas del sistema económico.

Este proceso de cambio nada tiene de automático, ni programado, sino es el resultado de un grupo de prácticas sociales determinadas que consiguen componer un equilibrio (precario) entre producción y consumo y, por ello, hacer económicamente coherente una relación social contradictoria y conflictiva, la relación salarial -o sea, la relación que vincula económicamente al binomio capital/trabajo- contribuyendo así a -superar las tendencias hacia la aparición de crisis generales que como la de 1929, ya descrita en estas páginas, rompen la armonía de las bases productivas sobre las que se basa la acumulación ampliada de capital.

De la instauración de una nueva economía de tiempos mínimos en la producción se desprende un modelo de consumo de masas que trata de imponer la misma lógica de equivalentes mercan-

tiles en la esfera del consumo. El conjunto de valores de uso se adapta, de nuevo, a las características globales de la producción -presididos por el desarrollo intensivo de la automatización en los puntos y ramas más avanzados de la estructura industrial-, de tal manera, que las condiciones - técnicas y sociales de la realización de los valores de cambio (es decir, su conversión en un mercado cualquiera por su forma monetaria, cerrando así el ciclo D-M-D') responden a las necesidades expansivas marcadas por la senda final del desarrollo económico que se constituye a partir de la valorización de capitales individuales. Vemos como la ley del valor no sólo no queda suprimida por los determinantes tecnológicos de la producción automatizada, sino que, por primera vez en la historia, somete por entero el modo de consumo y el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo a sus designios, eliminando las restricciones que habían impedido consolidar y potenciar una norma de consumo de masas (182).

Nosotros vamos a organizar nuestra exposición en función de esos dos ejes principales sobre los que tienden a asentarse las nuevas transformaciones de la forma mercantil en que se realizan los valores. En primer lugar nos concentraremos en las variaciones técnicas que se expresan en la configuración, diseño y duración del objeto de consumo, en segundo lugar, pasaremos a ocuparnos del tipo de cambio social que se deriva del modelo de articulación entre producción - y consumo que consagra el neocapitalismo de postguerra; ya

más adelante estudiaremos el papel que juega el intervencionismo estatal en este conjunto de mecanismos y su coherencia general como modelo económico de acumulación.

x * *

La producción "de la demanda" ya no puede estar de acuerdo con las bases del fordismo clásico. Si en éste el proceso de consumo sólo expresaba milimétricamente un modo limitado de control patronal directo e individual de la fuerza de trabajo en todas sus manifestaciones colectivas fabriles y extrafabriles, esto es, no tenía más significado que el de la expansión hacia nuevos espacios sociales de un modelo restringido de relaciones industriales, después de las transformaciones en las capacidades y ritmos del sistema productivo el modo de consumo sólo puede responder a las necesidades generales de un modelo social de desarrollo económico, en el que las condiciones particulares de creación y distribución del valor coincidan con sus condiciones de realización en el mercado.

Hasta la Segunda Guerra Mundial la innovación técnica había tenido como único y exclusivo destinatario la progresiva renovación del proceso de producción la reducción de costos en base a la mecanización, la parcelación de tareas, la intensificación y el incremento de la fuerza productiva de la mercancía trabajo, el efecto de esta dinámica era la conse-

cución de grandes series de objetos de consumo que en realidad no expresaban más que el resultado de la naturaleza misma de los procedimientos de estandarización y máxima - racionalización que habían intervenido en su fabricación. Sin embargo, esta lógica unidireccional de la innovación creaba tarde o temprano sus propios límites al saturar la demanda solvente; si la competencia monopolística impulsa constantemente a aumentar la productividad, pero la estructura de los mercados permanece inalterada, el estancamiento hace su aparición inapelable.

La salida técnica a las amenazas permanentes de sobreproducción (insistimos que otras medidas de carácter social e institucional-económico, inseparables por otra parte, de ésta que abordamos ahora serán tratadas en los capítulos siguientes), consiste en hacer recaer la lógica de la innovación sobre las propias mercancías y objetos de consumo (183). A la evolución de los procesos de producción hay que asociar una evolución que no sólo es paralela, sino que en abundantes casos es mucho más rápida, de la composición, diseño y presentación de los productos de consumo, de tal manera que permaneciendo prácticamente estabilizadas las pautas de fabricación principales, sus características formales son permanentemente modificadas.

Este es el motivo por el que después de la Segunda Guerra Mundial va quedando gradualmente suprimida la vieja orien-

tación de la industria de consumo, primero norteamericana, luego también europea (principalmente en el electrodoméstico y el automóvil), hacia la fabricación de una gama muy restringida de modelos en grandes series que se mantienen en el mercado durante largos años, que duran mucho, y cuya conformación física simplemente respondía a la máxima simplicidad constructiva y funcional derivada de los elementos técnico-organizativos de la producción. Su alternativa será una política comercial e industrial de diversificación de modelos, de rápida sustitución de series que acortan su período útil de explotación y de reforzamiento de todos los elementos de presentación formal que, poniendo en segundo plano la funcionalidad, calidad o conveniencia, resalta, sobre todo, el atractivo superficial.

El diseño industrial evoluciona de una fase escuetamente -- racionalista a una fase abiertamente consumista (184); del objeto desnudo y geométrico, de ascético corte productivista, que salía directamente de las cadenas de montaje clásicas -- y que se justificaba estéticamente en las teorías del funcionalismo arquitectónico y La Bauhaus -- se pasa al bien opulento, suavizado y redondeado en su apariencia, de corta -- vida, modificado constantemente en sus aspectos accesorios, aunque su matriz de fabricación sea mantenida, y donde su -- utilidad debe de quedar siempre y desde todo punto de vista subordinada a su potencialidad económica. La cobertura económica de esta etapa sería la escuela del "styling" (surgido como movimiento en los Estados Unidos, lo que no era muy difícil de suponer) a lo largo de los años treinta y princi

pios de los cuarenta), que trataba de desterrar la "monotonía" de la línea de ensamblaje armonizando un "mejor aspecto", y "más convincente.", con las ventajas de una economía en expansión (185). Lo que no es más que una forma de enunciar con palabras bastante sonoras una idea más pragmática: el objeto de consumo debe de responder tanto a determinantes estrictamente técnicos, como a la inflexible necesidad de encontrar demanda efectiva, ambos rasgos sólo pueden expresar una tendencia básica; la articulación entre normas de producción y consumo en un sistema de crecimiento autosostenido.

Dado el particular funcionamiento del capitalismo monopolista el concepto de obsolescencia planificada se hace, por este motivo, fundamental. Tal como estudiaron primero Paul -- Baran (186), y ya de una manera exhaustiva el mismo Paul Baran con Paul M. Sweezy (187) en su conocidísima "El capital Monopolista", la lógica interna específica de un capitalismo en situación de oligopolio hace funcionar a cada empresa específica de tal manera que trate de estimular la demanda, sin posibilidad efectiva real de reducir sus precios:

"En el oligopolio (...) si un vendedor eleva sus precios (...) esto no puede interpretarse como un movimiento agresivo. Lo peor que puede pasarle es que -- los otros se opongan y él tenga que anularlo (o aceptar una menor proporción -- del mercado). En el caso de la reducción de precios, por otro lado, siempre hay la posibilidad de que se trate de un intento de agresión, de que quien reduce

el precio está tratando de incrementar su participación en el mercado violando el tabú de la competencia de precios. Si los rivales interpretan el movimiento inicial de esta manera, puede sobrevenir una guerra de precios con pérdidas para todos (...). En otras palabras, bajo el oligopolio, los precios tienden a adherirse más al lado que va hacia la baja que al que va al alza, y este hecho introduce una importante tendencia ascendente en el nivel general de precios en una -- economía monopolista" (188).

Esta imposibilidad de mantener a medio y largo plazo una política empresarial competitiva mediante una ofensiva constante de precios obliga, por una parte, a incrementar el impulso a la reducción de los costes relativos de la producción, de tal manera que los aumentos de productividad puedan aumentar al margen de utilidades empresariales frente a la determinación oligopolística del precio y con ello obtener mayores ganancias (189), por otra parte, y como complemento indisoluble, es necesaria una política de mantenimiento, creación o expansión de mercados (190), que sin tener que acudir a la reducción de precios garantice una demanda continua de sus productos, o dicho de otra manera, oportunidades permanentes de realización de beneficios. De estos dos requisitos estrechamente interdependientes -incremento de las capacidades productivas, estrategias competitivas a través de la promoción de ventas-, se deriva el lanzamiento

ininterrumpido de productos "nuevos" que desplazando a aquellos otros para los cuales se encuentra el mercado próximo a la saturación, intentan asegurar la renovación constante de espacios económicos rentables.

Esta dinámica de expansión monopolística del valor de cambio, basada en la producción de un volumen proporcionalmente creciente de mercancías que están destinadas a la sustitución de otras que ocupan los mismos segmentos de demanda potencial, engendra el concepto de obsolescencia en el consumo, que en los sencillos términos de Vance Packard (191); no es más que la disminución "organizada" del período de vida útil de un objeto, y que principalmente vendría representada de tres maneras complementarias: por una obsolescencia "funcional", -- asociada a la aparición de un nuevo producto, una obsolescencia "cualitativa" (rotura en márgenes de tiempo fijados con más o menos exactitud técnicamente) y, por fin, una obsolescencia exclusivamente "psicológica" ligada a la promoción -- publicitaria de las campañas de ventas.

Estudios más modernos, y más profundos, sobre el tema de la obsolescencia y el consumo --como el muy reciente realizado por los franceses Jean Paul Ceron y Jean Baillon (192)--, además de aportar un importante material empírico y de casos (193) nos llevan a una reflexión inequívoca; para que el mecanismo de equilibrio expansivo entre producción y consumo se mantenga convenientemente lubricado es imprescin-

dible que los valores de cambio degraden de una manera absoluta y continúa a los valores de uso, esto obliga a que se acelere la pérdida del valor de uso de los productos - poseídos en comparación con productos idénticos, pero nuevos, disponibles en el mercado (lo que en la terminología de los autores franceses citados sería la facilidad estructural, incluida en la concepción misma de los objetos, para su desgaste), y a que exista una permanente diferenciación, realo,ficticia, física o simbólica, del valor de uso entre el producto poseído y un producto competitivo nuevo que presenta forma mercantil (lo que sería propiamente dicha la -- obsolescencia, en su acepción más restrictiva) (194).

Esta es la lógica combinada de la sustitución y la diferenciación, que hace, por poner un ejemplo, que de los dos modelos de automóvil que ofrecía Renault (Francia) en 1948 a sus posibles compradores, se pasase a quince en 1973; siendo la evolución para las marcas competidoras muy similar, del modelo único de Peugeot se llega a una gama de nueve; Citroën pasó de 4 a 11 y, por fín, Simca de 2 a 9 en las -- mismas fechas (195). No es de extrañar, por tal motivo, que el principal argumento del diseño industrial sea la fascinación formal de sus productos, que el "styling" proporcione objetos en los que su "funcionalidad" no consiste en que estén adaptados a un fín, sino en que estén adaptados a un sistema o un orden (196) dominado por la necesidad de realización de beneficios; el atractivo y caducidad de los modelos

se erigen como las primeras bazas empresariales en ese orden y su presencia es tan sobresaliente que obliga a arrinconar todos los conceptos que puedan poner en entredicho esta suprema comercialidad de la actividad proyectiva, sean estos la calidad, belleza, coherencia, racionalidad, necesidad o cualquier otro rasgo "humanístico" del diseño.

Es así, como el mismo proceso que lleva a la enorme profusión de objetos, al espectacular juego del cambio de apariencias, de tamaños, modas, de colores, de formas (de la primera línea estética de postguerra marcada por las formas redondeadas y curvas, adaptación, propagandística, de las fórmulas - aerodinámicas de la aviación de la época, se evoluciona luego hacia la arista, el ángulo y el paralelepípedo, conociéndose más tarde la revitalización del diseño "soft", las líneas **suaves** y las formas blandas) es, también, el que conduce a la caída en los niveles de fiabilidad, a la rápida pérdida del aspecto exterior, a la reducción programada de la duración de los objetos -programación que hace que Philips en 1938 invierta para acortar la vida media de sus prototipos de tubos fluorescentes de las 10.000 horas que daba de rendimiento con los componentes primitivos, hasta llegar a 1.000 horas con que finalmente salieron al mercado (197)-, a la disminución de la cantidad de materia prima en la composición física de los productos, a la sustitución de materiales originales por "imitaciones" o sucedáneos, etc., etc. En -- una palabra, y como ha señalado el sociólogo español Jesús Ibáñez, los productos del mercado evolucionan hasta convertirse en meros simulacros de sí mismos, adquiriendo una --

estructura-señuelo, en el que su forma exterior (superficial) rompe la dependencia con respecto a su contenido (profundo) (198); aparece, por lo tanto, una dimensión signo, que, naturalmente, modifica radicalmente ciertos elementos del marco social del consumo, y que nosotros abordaremos más adelante.

En fin, la obsolescencia permanente (utilizamos ahora el término obsolescencia en su sentido más amplio, general y omnicomprendivo) lejos de ser un sencillito reflejo del "despilfarrero" que alcanza el capitalismo industrial en una etapa de desarrollo avanzado -tal como propugnan ciertas tesis del "capitalismo del desperdicio" (199)- delimita el punto de articulación entre la aceleración de la rotación del capital, el incremento de la productividad del trabajo y el grado de expansión de la producción industrial, con la "creación" de una demanda solvente y la necesidad de realización de valores en un mercado adecuado. De ahí que este despilfarrero suponga un hecho consustancial a un modelo de desarrollo autosostenido que tiende a crecer exponencialmente, no es un simple residuo dorado de la opulencia que podría racionalizarse mediante ciertas medidas políticas de "planeación económica a largo plazo" -del tipo de las propuestas por Gunnar Myrdal (200)-; por el contrario, resulta un elemento tan -- productivo y central que su supresión o profunda reformulación sólo resultaría posible sumiendo al capitalismo en una crisis de tal magnitud que sus cimientos mismos se tambalearían.

* * *

El impacto de toda esta magnífica diversificación y profusión de objetos provoca sobre la esencia del acto mismo de consumir rompe cualquier pretensión de hallar un marco naturalista, objetivo y general, para evaluar los efectos sociales de la evolución combinada de las pautas de producción y consumo en la estructura de la sociedad industrial. En este sentido, la noción básica de necesidad, que aparecía como el vínculo clásico entre consumo y bienestar, deja de tener un carácter individual, fisiológico y autónomo, para desdibujarse en un espacio informe, en el que introducir algún tipo de ordenación o graduación -como se hizo habitual en algunas obras de los años sesenta (201)- separando las necesidades "primarias" (aquellas que resultarían básicas o vitales) y las "secundarias" (cuyo origen estaría inducido socialmente), no hace más que añadir ambigüedad y confusión -- a un problema que encuentra una posible vía de solución en su análisis contextualizado en el determinado momento de desarrollo histórico de las fuerzas productivas y en el sistema asociado de relaciones sociales colectivas e individuales, hecho éste que amplía la problemática desde el campo objetivo de la necesidad hasta el subjetivo mundo del deseo.

Lo mismo ocurre con el concepto de escasez, que ya en ningún momento puede definirse en función de niveles físicos, absolutos y cuantitativos, sino en términos de más difícil comprensión: la relación cualitativa entre el conjunto de necesidades de determinadas socialmente y los medios disponibles para su satisfacción (202), lo que, a su vez, obliga a reformular, implícitamente, el tema de la desigualdad social y el lugar de las clases sociales frente al consumo. Estos serán, por lo tanto, los puntos de arranque del capítulo que sigue.

NOTAS

- (135) Pierre Naville y Pierre Rolle, "La evolución técnica y sus repercusiones en la vida social", op. cit, pág. 364.
- (136) Ver, entre otros, Ernest Mandel, "El capitalismo tardío", op. cit., pág. 202; Benjamín Coriat, "Ciencia, técnica y capital", op. cit. págs. 47-107. Harry Braverman, "Labor and Monopoly Capital", op. cit., págs. 184-248, etc.
- (137) Daniell Bell, "El advenimiento de la sociedad post-industrial", Madrid, Alianza, 1976.
- (138) Radovan Richta, "La civilización en la encrucijada," Madrid, Ayuso, 2ª Edición 1974
- (139) Christian Palloix, "Proceso de producción y crisis del capitalismo", op. cit. págs. 237-238
- (140) Pierre Naville, "¿Hacia el automatismo social?. Problemas del trabajo y de la automatización", México, Fondo de Cultura Económica, 1965
- (141) Juan Cueto, "La sociedad de consumo de masas," Barcelona Salvat, 1981, -pág. 6. Los subrayados son nuestros.
- (142) Ver André Granou, "Capitalismo y modo de vida", op. cit págs. 81-89 y Ernest Mandel, "El capitalismo tardío" op. cit. págs. 377-378.

- (143) Michel Aglieta, "Regulación y crisis", op. cit. págs. 133-139
- (144) La declaración es original de 1942 y está recogida por Pierre Naville, "Trabajo y guerra", op. cit. pág. 197.
- (145) Harry Braverman, "Labor and Monopoly...", op. cit. pág. 197.
- (146) Pierre Naville, "Trabajo y guerra", op. cit. pág. 317, en el mismo lugar concreta : "El automatismo de las máquinas ligadas o integradas es el fruto, a su vez, de las investigaciones efectuadas durante la Segunda Guerra Mundial."
- (147) Michael Kidron "Western Capitalism since the war," Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1968, pág. 56
- (148) Paul A. Baran, "La economía política del crecimiento", México, Fondo de Cultura Económica, 4ª Reimpresión, 1969
- (149) Mandel, "El capitalismo tardío", op. cit., págs 269-304.
- (150) Ver David Purdy, "The theory of permanent arms ecomy. A critique and an alternative", en Bulletin of the Conference of Socialist Economists, Spring, 1973.

- (151) David Dickson, "Tecnología alternativa", op. cit. págs. 1-24.
- (152) Gastos militares, promedio porcentual de crecimiento anual 1950-1970 (precios constantes): Estados Unidos : + 6,2%, Japón: +3,9%, Gran Bretaña: +1,3%, Francia: +4,2%, Alemania Occidental: +5,8% e Italia: +4,1%. Fuente, OCDE citada por Mandel. "El Capitalismo tardío" op. cit. pág. 271.
- (153) Para un análisis profundo de todos estos factores Naville, "Trabajo y guerra", op. cit. págs especialmente 318-326.
- (154) Jose María Vegara, "La organización científica del trabajo ¿Ciencia o ideología?", op. cit. págs. 181-182.
- (155) Ibídem, págs. 87-96.
- (156) Michel Freyssenet, "La division capitaliste du travail" París, Savelli, 1977, un apretado resumen de este importante libro realizado por el propio autor se encuentra en Michel Freyssenet, "¿Es posible una definición única de la cualificación?", en Sociología del Trabajo nº 2, Octubre 1979-Enero 1980, págs. 53-64
- (157) Braverman, "Labor and monopoly capital", op. cit., págs. 424-449.
- (158) Análisis pormenorizados y empíricos sobre la industria de proceso, sus cualificaciones, automatización y nivel de empleo pueden encontrarse en los sólidos trabajos de

Benjamín Coriat, "Diferenciación y segmentación de la fuerza de trabajo en las industrias de proceso", en Sociología del Trabajo nº 2, cit. págs. 85-102; Joan Eugeni Sánchez, "El desarrollo de las fuerzas productivas : cualificación, organización del trabajo y formación", en Sociología del Trabajo nº 1, Julio-Septiembre 1979, págs. 45-73.

- (159) Lo que hacemos aquí es simplificar y sintetizar una de las múltiples clasificaciones posibles de los tipos de automatización, para nuestro trabajo, en vez de realizar una escala según los niveles de desarrollo interno de la automatización -del tipo de la ya muy conocida escala de diecisiete niveles realizada por James Bright (recogida y glosada por los tantas veces citados aquí : Pierre Naville y Harry Braverman)-, o los grados de complejidad técnica, nos interesa más el tipo de proceso de producción a que se aplican los sistemas automatizados, apareciendo así el criterio de producción entre grandes y pequeñas series, etc., de todas formas para una perspectiva completa de este tema ver Pierre Naville, "¿Hacia el automatismo social?", op. cit., págs. 184-186
- (160) El origen, desarrollo y funcionamiento detallado de las máquinas-herramientas de control numérico se encuentra en Braverman, "Labor", op. cit. págs. 196-205.
- (161) Christian Palloix, "Proceso de producción....", op. cit., pág. 212, por ejemplo, nos presenta la siguiente tabla de cualificaciones exigidas para cada puesto de trabajo.

Máquinas-herramientas Operaciones	<u>mecanización</u>	<u>automatización</u>	
	M.S.	M.T (producción en masa)	M.H.C.N. (producción en series medias y pequeñas)
-Aprovisionamiento	OP/OE	Automatización +OE	OE
-Reglaje	OAC/OP	OAC/OP	ordenador+OE
-Puesta en marcha y producción	OP/OE	OE	ordenador+OE
-Verificación/Control	OP	OP/OE	OAC/OP

M.S. - máquina-herramienta convencional

M.T. - máquina transfert

M.H.C.N. - máquina herramienta de control numérico

OAC - Obrero altamente cualificado

OP - Obrero profesional

OE - Obrero especialista. Es de uso común la denominación de O.S. para este tipo de trabajadores, aunque nos referiremos más adelante a ellos, significaremos que, a pesar de su nombre, son precisamente aquellos obreros descualificados, de rápida formación (en muchos casos de unas horas), servidores absolutos del ritmo, requerimientos y funciones del complejo maquínico.

- (162) Para una profundización en el estudio del papel que desempeñan los técnicos en la producción mercantil actual ver: André Gorz, "Técnica, técnicos y lucha de clases", en André Gorz (Ed), "Crítica de la división del trabajo", op. cit., págs. 263-312.
- (163) Daniel Mothé, "Les O.S.", París, Cerf., 1972, pág. 7
- (164) Daniel Mothé, "Autogestión y condiciones de trabajo" Madrid, Zero-Zyx, 1979, págs. 85-87.
- (165) Robert Linhart, "De cadenas y de hombres", México, Siglo XXI, 1979, pág. 26; en esta obra además de mostrárenos descarnadamente las sórdidas condiciones de trabajo de una fábrica "automatizada" y "moderna" nos expresa la sencilla manera de otorgar las "cualificaciones" en esta misma factoría Citroën en Choisy (Francia): "Empezando de abajo, hay tres categorías de "peones" (M.1, M.2, y M.3) y tres categorías de "obreros especializados" (O.S.1, O.S.2 y O.S.3). En cuanto a la calificación individual, se hace del modo más simple: es racista. Los negros son M.1, en el punto más bajo de la escala. Los árabes son M.2 o M.3. Los españoles, los portugueses y demás inmigrantes europeos son por lo general O.S.1. Los franceses, por principio, son O.S.2. Y se llega a ser O.S. 3 según la buena voluntad de los jefes". Análisis paralelos se pueden encontrar en Braverman, "Labor", op. cit., págs. 426-432; y Otfried Mickler y Sofi Göttingen, "Racionalización y des-cualificación del trabajo. El caso de la industria alemana", en Sociología del Trabajo nº 2, cit. págs. 115-129 : "La introducción de máquinas-herramientas con control numérico ha hecho pasar la proporción de obreros cualificados de un 90% a un 25% o 30%. Los demás empleos pueden estimarse como tareas complejas de aprendizaje corto", pág. 121.

- (166) C.F.D.T. "Los costes del progreso. Los trabajadores ante el cambio técnico", Madrid, H. Blume, 1978, especialmente págs. 134-142. También Mothé, "Les O.S" op. cit, cap. 2 págs 21-43 ("Las condiciones de trabajo") y Mothé, "Autogestión y condiciones de trabajo", cit. Una excelente introducción a los nuevos estudios sobre las condiciones de trabajo y sus resultados llevados a cabo tanto por sindicatos (principalmente italianos y franceses) como por investigadores independientes se encuentra en Juan José Castillo, "Hacia un método de análisis de las condiciones de trabajo", en Sociología del Trabajo nº 1, cit págs 115-125.
- (167) Pierre Naville, "¿Hacia el automatismo social?", op cit, pág. 277. Naville en este punto no hace otra cosa que seguir el esquema marxiano de subsunción formal/subsunción real al que ya nos hemos referido en estas páginas.
- (168) Catherine Teiger, "Las huellas del trabajo", en Sociología del trabajo nº 7/8, 1982, pág. 39
- (169) Sami Dassa, "Trabajo asalariado y salud de los trabajadores", en Sociología del Trabajo nº 7/8, cit, pág 15-32.
- (170) Datos de la O.I.T. recogidos y analizados por Juan José Castillo en "Notas sobre productividad, intensidad y condiciones de trabajo", Multicopia, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, 1979, pág. 9 (Servicio de Publicaciones).

- (171) Pierre Naville, "Progreso técnico y tiempo de trabajo", en C.F.D.T., "Los costes del progreso...", op. cit, pág. 274
- (172) Simon Kuznets, "Crecimiento económico de postguerra" México, UTEHA, 1965, pág. 46
- (173) Este término se encuentra en Ch. Palloix, "Proceso de producción..." op. cit. pág. 215
- (174) Para un desarrollo del tema de la segmentación de mercados, mercado primario, secundario y mercados internos véase: Peter Doeringer y Michael J. Piore "Internal labor markets and manpower analysis", -- Lexington, Massachusetts, Heath Lexington Books, 1971.
- (175) Estamos resaltando deliberadamente el hecho de que las proporciones de capital en el proceso de producción aumentan en términos físicos para no entrar en la conocida polémica sobre la necesidad o no de incrementarse la composición orgánica (esto es, en términos de valor) del capital en la producción industrial en la lucha por conseguir incrementos de la productividad del trabajo, y su vinculación al descenso de la tasa de ganancia y la crisis; para este tema podemos remitir a varios trabajos bien argumentados, al respecto entre los que se muestran favorables a la teoría del descenso tendencial de la tasa de ganancia: Manuel Castells, "La teoría marxista".

op. cit. ; Mandel, "El capitalismo tardío", op. cit. págs 196-210, obras que desestiman tal línea de razonamiento son Sweezy, "Teoría del desarrollo capitalista", op. cit. y el más reciente completo y monográfico artículo del economista británico Geoff Hodgson, "The theory of the falling rate of profit", en New Left Review nº 84, marzo-abril 1974.

(176) Fuente: International Herald Tribune, 4 diciembre 1976

(177) Fuente: International Herald Tribune, 30 julio 1977. Robert Rowthorn explica en directa polémica con Mandel estas tasas diferenciales de productividad (ver "El Capitalismo tardío de Ernest Mandel", en "En teoría" nº 3 octubre-diciembre 1979); "El espectacular aumento de la productividad desde la segunda guerra mundial se debe en buena parte a la puesta al día de Europa y Japón. No se ha registrado ningún progreso similar en la economía norteamericana, que, como líder mundial en 1945, no tenía a nadie a quien atrapar. En realidad, la productividad americana no ha crecido tan deprisa después de la guerra como antes y la aceleración de la innovación (...) es menos evidente en América que en otras partes. Esto quiere decir que el crecimiento de la productividad será más lento a medida que otros países se acerquen al nivel americano y disminuya el campo por atrapar. Es probable que algunos alcancen a los Estados Unidos, pero no aparece que ninguno vaya a superar su espectacular actuación de otros tiempos" (Ibidem pág. 35).

- (179) Manuel Castells, "La crisis económica mundial y el capitalismo americano", Barcelona, Laia, 1978, pág. 27, el autor recoge estos índices del Fresque historique du système productif, París, INSEE, 1974.
- (180) Ibídem pág. 74, realizamos nosotros los porcentajes a partir de la columna 8 de la tabla que presenta Castells cuya fuente es el "Business Statistiques" del Departamento de Comercio USA, 1969.
- (181) Ibídem, elaboramos igualmente, estos porcentajes a partir de la columna 3 y 6 respectivamente de la tabla mencionada.
- (182) Michel Aglietta, "Sobre algunos aspectos de la crisis en el capitalismo contemporáneo", en AA.VV., "Rupturas de un sistema económico", op. cit. págs. 63-65
- (183) Para un análisis pormenorizado del proceso de innovación en los términos aquí expuestos: Tom Burns y G.M. Stalker, "The management of innovation", Londres, Tavistock, 3ª Reimpresión 1971.
- (184) Jordi Llovet, "Ideología y metodología del diseño", Barcelona, Gustavo Gili, 2ª edición ampliada 1981, especialmente Cap. 3 págs. 52-81.
- (185) Tomás Maldonado, "El diseño industrial reconsiderado" op. cit., págs 49-50
- (186) Paul A. Baran, "La economía política del crecimiento", op. cit., principalmente págs. 129-139.

- (187) Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, "El Capital Monopolista: ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos", México, Siglo XXI, 12ª edición 1976
- (188) Ibídem págs 54-55
- (189) Ibídem pág. 61
- (190) Ibídem págs. 91-92
- (191) Vance Packard, "Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1964
- (192) Jean Paul Ceron y Jean Baillon, "La sociedad de lo efímero", Madrid , Instituto de Estudios de Administración Local, 1980
- (193) Aunque el libro de Packard contiene también abundante documentación, ésta tiene un carácter mucho más puntual y anecdótico que el importante análisis estadístico que realizan Ceron y Baillon, sobre todo en sus capítulos II ("La durabilidad de los automóviles", págs 59-133), y III ("La durabilidad de los electrodomésticos", págs. 137-200)
- (194) Ceron y Baillon, "La sociedad de lo efímero", op. cit pág. 162.
- (195) Ver Ceron y Baillon, págs. 78-79
- (196) Jean Baudrillard, "El sistema de objetos", op. cit. pág. 71.

- (197) Hecho citado por André Gorz, "Estrategia obrera y neo-capitalismo", México, Era, 1969, pág. 133
- (198) Jesús Ibáñez, "La caza del consumidor", en Cuadernos para el Diálogo, nº 197, 5 de febrero 1977, págs 44-45
- (199) Adolf Kozlik, "El capitalismo del desperdicio", México Siglo XXI, 2ª Edición 1973.
- (200) Gunnar Myrdal, "El reto a la sociedad opulenta," México Fondo de Cultura Económica, Reimpresión 1977.
- (201) André Gorz, "Estrategia obrera ...", op. cit.
- (202) Ver José Manuel Naredo, "El fetichismo del consumo", en Transición nº 28, Ene 1981, específicamente pág 21. Nosotros no vamos a entrar aquí en el complejo debate que se ha desarrollado al tratar de definir el concepto de necesidad (o conceptos afines, tales como bienestar, escasez, satisfacción, etc.) ni, mucho menos, en la posibilidad epistemológica de fundamentar una "teoría de las necesidades"; para profundizar en estos importantes, pero complicados aspectos que sobrepasan de largo el ámbito de interés de nuestro estudio pueden consultarse: Jean Baudrillard, "Pour une critique de l'économie politique du signe", op. cit., págs 59-94; y en contra de los planteamientos de este autor: Francis Godard, "Classes sociales et modes de consommation", en La Pensée nº 180, abril de 1975 y Edmond Preteceille, "Besoins sociaux et socialisation de la consommation", en La Pensée nº 180, cit. de este

último autor "Besoins sociaux et C.M.E.", en AA.VV. "Besoins et mode de production", París, Sociales, 1977. Otra importantísima contribución al asunto que nos ocupa ahora, pero realizada desde una óptica diferente -la relectura sistemática de los textos en los que Marx aborda el tema, y su posterior reflexión sobre la misma- la hace Agnes Heller, "Teoría de las necesidades en Marx", Barcelona, Península, 1978

CAPITULO 7PRODUCCION CAPITALISTA Y REPRODUCCION SOCIAL: EL MARCO GLOBAL DEL CONSUMO DE MASAS.-

Si entendemos por consumo los procesos de apropiación del producto social por los hombres, y, por ello, en el seno de las modernas sociedades históricas, por las clases sociales (203), aparece una doble dimensión mutuamente interrelacionada en este proceso de consumo: por una parte, representa una práctica social, expresión contradictoria e ideológicamente condicionada en la esfera de la distribución de las relaciones capitalistas de producción, por otra parte, es - el resultado de un modelo de acumulación de capital que determina un modo específico de realización de los valores en el mercado y, al mismo tiempo, de reproducción de la fuerza de trabajo.

Sólo podremos conseguir una visión completa y coherente de los fenómenos de consumo si estudiamos la relación que vincula a estos niveles, y así definiremos un modo de consumo

como un conjunto de prácticas sociales condicionadas por un sistema de extracción, acumulación y expansión del excedente económico, o lo que es lo mismo, estructuradas históricamente según el desarrollo del modo de producción. Este enfoque obliga a realizar un tipo de análisis que pueda ordenar este completo espacio multidimensional y que explique las relaciones que en diferentes planos se establecen entre los distintos elementos que componen el marco general del consumo en una sociedad industrial.

* * *

El consumo juega un papel central en todos los procesos sociales reproductivos del capitalismo avanzado, tanto en la reproducción física de la fuerza de trabajo (medio económico en la acumulación ampliada de capital), como en la reproducción de la jerarquía de clases, ya sea a nivel político (relaciones conflictivas de distribución del producto social entre clases) o a nivel estrictamente ideológico (relaciones de diferenciación y subordinación de clase, en base a un código simbólico que explicita la desigualdad social). Los estudios que sólo tienen en cuenta esta última dimensión ideológica (estén realizados en términos de motivaciones psicológicas profundas o los actualmente más en boga de inspiración semiológica), además de no recoger nada más que un aspecto parcial del problema, caen en un estatismo apocalíptico o funcional -depende de las versiones, como ya vimos en la introducción de este trabajo-, precisamente por -

perder de vista las leyes históricas que dinamizan la evolución del modo de producción capitalista: "La ideología no está solamente en el consumo. La ideología está en todas partes. No tiene un papel motor: formaliza las prácticas -- económicas y políticas en función de los intereses de clase que representa (...). Si es cierto que los productos que se consumen están ideológicamente determinados (como todas las cosas, que nosotros sepamos) no se consumen nada más que como signos: se consumen también como medios de reproducción de la fuerza de trabajo y en el estilo determinado por las relaciones de distribución así realizadas" (204).

Una vez planteada así la cuestión general iremos abordando detenidamente los efectos más importantes en la estructura social provocados por el particular modo de articulación -- entre producción y consumo en el capitalismo industrial de postguerra.

7.1. Consumo y desigualdad social en el capitalismo avanzado.

Ante el abrumador crecimiento de las nuevas capacidades productivas de la economía fabril semiautomatizada, y del número de objetos lanzados ininterrumpidamente al mercado -- (efecto directo del proceso anterior), era de esperar que

se modificarán las coordenadas cuantitativas y cualitativas que delimitan el sistema de estratificación social, esto es, que se produjera lo que expresado con la sencilla, pero contundente y exacta expresión de Ivan Illich, podríamos denominar una "modernización de la pobreza" (205)

En efecto, como han puesto de manifiesto algunas recientes aportaciones de la teoría antropológica -encabezadas por los interesantes trabajos de Marshall Sahlins- el moderno sistema industrial instituye la escasez de una manera totalmente nueva si se compara con cualquier gran etapa histórica precedente, la escasez ya no tiene su causa en una insuficiente producción, sino en el tipo de producción y - la naturaleza de los productos fabricados (que no hacen más que reflejar la organización social en que aparecen y evolucionan). Sin embargo, la escasez no es una propiedad de los medios técnicos, es una relación entre medios y fines, si el conjunto de necesidades ("objetivas" y "subjetivas", "primarias" y "secundarias", "individuales" y "sociales", etc., etc.) crece hasta un punto, que dada la velocidad de renovación de los productos y la aparición de otros nuevos, puede considerarse cercano al infinito, pero los medios - para satisfacerlas son limitados (aunque en crecimiento) y el acceso a ellos sigue estando discriminado, la brecha entre medios y fines permanece abierta e incluso puede ir en aumento. El desarrollo económico en su evolución consigue, parcialmente, poner al alcance general un paquete estandarizado de bienes (entre los que se incluyen fundamental

mente los comunmente llamados de "primera necesidad"), esto no obstante, no quiere decir que se reduzcan la escasez y la desigualdad, sólo significa que se reproducen sobre nuevas bases: "el mercado ofrece los productos: todas las cosas deseables al alcance del hombre, pero nunca enteramente al alcance de su mano. Lo que es peor, en este juego de libre elección del consumidor, cada adquisición es al mismo tiempo una privación, porque cada vez que se compra algo se deja al lado otra cosa, en general poco menos deseable, e incluso más deseable en otros aspectos..."

(206). Esta permanente situación de escasez social inducida por mecanismos genuinamente económicos (el mercado y el sistema de precios), que no por determinantes de tipo físico, técnico o material, le sirve al mismo Sahlins para redefinir el concepto mismo de pobreza cotejándolo incluso con el de las culturas neolíticas, y presentarlo en los siguientes términos: "La población más primitiva del mundo tenía escasas posesiones, pero no era pobre. La pobreza no es una determinada y pequeña cantidad de cosas, ni es sólo una relación entre medios y fines, es sobre todo una relación entre personas. La pobreza es un estado social y como tal es un invento de la civilización" (207).

Se pueden encontrar varios mecanismos sociales para provocar la aparición de la escasez (dado un grado de producción y de existencia de recursos determinado) y no sería difícil -asegurar que, en un principio, todos ellos se derivan de la

estructura de poder (económico, político, institucional, etc.) que se presenta en cada formación económico-social de terminada en un momento cualquiera de su evolución histórica.

Los mecanismos "tradicionales" de generar escasez fueron (y son, porque su funcionamiento no se ha visto en nada reducido por la sociedad industrial contemporánea) principalmente dos (208); en primer lugar, el acaparamiento, que no es más que la distribución desigual de un bien, de tal manera que un grupo, casta, estrato, clase, etc. (o conjunto de estos) es capaz de reservarse para su uso exclusivo una proporción cuantitativamente del bien mayor a la que le correspondería por su número, este proceso (del que el ejemplo más remoto sería la apropiación privada de la tierra, y el más inmediato, la repartición de la Renta Nacional) es el principal motivo en la aparición de la escasez -o si seguimos la terminología de Sahlins en la aparición de la pobreza-, pues hace que unos recursos que, o bien serían libres (tierras, bosques, recursos naturales en general), o bien por ser producto del trabajo colectivo estarían disponibles en cantidades socialmente suficientes (sea el que sea su tamaño físico, que depende del estado de desarrollo tecnológico de cada economía) aparezcan como inaccesibles o escasos: "La escasez aparece cuando la organización social se apropia de ciertos bienes y decreta su uso como indispensable para la vida o el prestigio del grupo. A partir de entonces la rivalidad propaga la violencia, pues el deseo es agujoneado por la mímesis de las cosas deseadas por los

otros. Es pues, necesario imaginar que en el origen de la violencia, y de los males sociales no se encuentra la escasez, sino que, al contrario, la violencia, la mala organización social, la dominación y la explotación se encuentran en el origen de la escasez" (209).

En segundo lugar, un mecanismo que no es posible presentarlo como independiente del anterior, sino que más bien constituye una forma de establecer de una manera concreta el principio del acaparamiento; consiste en institucionalizar el acceso reservado al consumo de un bien o recurso, de tal modo que se instituyen barreras para su libre uso, barreras que en su funcionamiento son objetivas, pero en sus efectos son discriminatorias. Este es el sistema que adquiere su máxima vigencia con el advenimiento histórico del modo de producción capitalista, ya que en él se mercantiliza el acceso a cualquier bien económicamente valorado. Así, el mercado, los precios y la ley del valor reproducen la escasez en su doble sentido; en un sentido absoluto, porque la ley del valor impone tanto el tipo como el volumen de producción que cumple con la restricción principal: ser compatible con la maximización del beneficio; atacado este requisito de la rentabilidad la cantidad producida se estabiliza o el artículo no se fabrica (aunque no esté cubierta la demanda social o tal artículo tenga una utilidad pública inquestionable), el valor de cambio crea entonces una escasez artificial imprescindible para fundamentar la producción con beneficio. Pero, también, en un sentido relativo

pues la determinación que impone la producción para el -- mercado es eliminar la gratuidad en el acceso a los diferentes bienes, si el consumo no se convierte en actividad mercantil no sirve como base del intercambio y la acumulación, por eso a nivel económico general se debe asegurar, como condición imprescindible para que se instituya el intercambio mercantil, la exclusión de toda posibilidad importante de que el acceso libre, la gratuidad, la donación o el intercambio personal se constituyan en bases del consumo social. El precio suprime, de esta forma, la libre -- disposición de los productos y además, si está fijado por una dinámica exclusivamente económica que se guía por la lógica de la ganancia, (no entremos ahora en el tema de -- los precios políticos o regulados estatalmente) la asignación de recursos que provoca no puede ser mercantilmente eficiente si no corresponde -como indirectamente propugnaban los economistas neoclásicos- con la estructura de la propiedad en que se genera.

Sin embargo, un método específico se generaliza en el capitalismo industrial de postguerra para reproducir permanentemente la escasez (relativa), y decimos generaliza porque se pueden encontrar ejemplos de implantación particular desde las culturas preindustriales más "primitivas" -bien estudiados y contextualizados recientemente por Marvin Harris (210)-, más no es hasta esta última gran etapa histórica cuando cumple una función estructuralmente imprescindible en el modelo de desarrollo económico y social.

Este método característico no es otro que la máxima expansión del consumo distintivo: cuando el aparato productivo de una sociedad en su regulación interna permite que la mayoría acceda a lo que hasta entonces -por responder a un marco de acumulación diferente- era privilegio de una minoría, ese privilegio se desvaloriza, el umbral de la pobreza se eleva, pero al mismo tiempo deben ser creados nuevos privilegios que, por un determinado período de tiempo como mínimo, tienen que quedar excluidos para la mayoría -- porque recreando sin cesar la escasez (o lo que es lo mismo, recreando la desigualdad y la jerarquía) la sociedad engendra más necesidades insatisfechas que las que colma, esta es la condición para mantener una demanda efectiva que pueda sostener el crecimiento exponencial que se deriva de la reproducción ampliada del capital; el grado de frustración en el consumo tiene que ir por delante incluso del grado de crecimiento en la producción (211) para que todo el sistema se mantenga drenado y no aparezcan las tendencias a la sobrea-cumulación.

Este es un problema central que hay que analizar convenientemente, sobre todo porque rompe con uno de los sofismas más difundidos por las teorías convencionales sobre el consumo, aquel que deduce que ~~del~~ incremento de la producción material se desprende automáticamente la reducción de las desigualdades y el final de la escasez, y que en sus versiones más abiertas llega incluso a admitir la permanencia "residual"

de estos fenómenos, pero precisamente por estar presentes en aquellos espacios sociales en los que la industrialización no ha hecho todavía su aparición o ha presentado ciertas disfuncionalidades (212).

En el desarrollo del capitalismo contemporáneo abundancia y escasez no son dos polos absolutos y contrapuestos que se - anulan el uno al otro, de tal modo que el incremento del primero suprime el segundo definitivamente; ni el crecimiento - tampoco es un proceso que gracias a sus efectos pueda instaurar en el ámbito del consumo los principios del liberalismo democrático, dejando la escasez y la desigualdad relegadas a un lugar externo a su propio avance. Por el contrario el crecimiento mismo se realiza en función de la desigualdad ésta es -a la vez- su base de actuación y su resultado: la dinámica de la producción diversificada, la renovación permanente y la obsolescencia programada de los objetos no responde a ningún modelo de igualación por el consumo, sino de diferenciación y clasificación social que, con cierta autonomía limitada, reproduce en el ámbito de la distribución y y la reproducción el orden de la diferencia que arranca de la esfera de la producción; los comportamientos de los consumidores no son actos aislados de ciudadanos soberanos, son prácticas sociales que tienden hacia la unificación interna de las diversas clases y sus relaciones.

Así la desigualdad en el acceso, que se asienta sobre fundamentos estrictamente económicos (desigualdad del poder adquisitivo), se encuentra sobredimensionada por un factor simbólico que la recubre y explicita. Los productos no se actualizan y difunden para satisfacer las necesidades mayoritarias que se generan en los grupos menos favorecidos de la estructura de clases; el mecanismo funciona de una forma justamente inversa, los productos "nuevos" (cuyo valor de uso, en su -- sentido material no tiene que presentar ninguna novedad) son creados, en principio, para convertirse en bienes superfluos de las clases más acomodadas que son las únicas que podrán adquirirlos y que verán colmadas sus aspiraciones permanentes de demostración. Por este sistema se induce una dinámica desarraigada de la necesidad, dinámica desigual que desarrolla el consumo individual a través de la utilización con fines de interés privado de la explotación intensiva de los deseos.

El "consumo ostentoso" y la "emulación pecuniaria" habían sido, ya en 1899, colocados por Thorstein Veblen, con una agudeza fuera de lo común, como motores orientadores de la acción social:

"En cuanto la posesión de la propiedad llega a ser la base de la estimación popular, se convierte también en requisito de esa complacencia que denominamos el propio respeto. En cualquier comunidad donde los

bienes se poseen por separado, el individuo necesita para su tranquilidad mental poseer una parte de bienes tan grande como la porción que tienen otros con los cuales está acostumbrado a clasificarse; y es en extremo agradable poseer algo más que ellos. Pero en cuanto una persona hace nuevas adquisiciones y se acostumbra a los nuevos niveles de riqueza resultantes de aquéllas, el nuevo nivel deja de ofrecerle una satisfacción apreciablemente mayor de la que le proporcionaba el antiguo. Es constante la tendencia a hacer que el nivel pecuniario actual se convierta en punto de partida de un nuevo nivel de suficiencia y una nueva clasificación pecuniaria del individuo comparado con sus vecinos (...). Mientras la comparación le sea claramente desfavorable, el individuo medio, normal, vivirá en un estado de insatisfacción crónica con su lote actual..." (213).

Pero esto que Veblen sitúa dentro de una lógica de la diferenciación individual, en términos de interacción psicológica y de prestigio (214), el capitalismo avanzado lo consagra en un plano mucho más profundo, en su estructura de clases y, por lo tanto, en su modelo de acumulación. La -- discriminación radical del sentido que consumir tiene en cada clase social se hace evidente tanto en el marco de la reproducción ideológico/simbólica: las clases dominantes se presentan como el modelo ideal de consumo, pero debido a -- la innovación, diversificación y renovación permanente de

las formas/objeto, este modelo se hace constantemente inalcanzable para el resto de la sociedad; en el primer caso consumir es la afirmación, lógica, coherente, completa y positiva de la desigualdad, para todos los demás colectivos consumir es la aspiración, continuada e ilusoria, de ganar puestos en una carrera por la apariencia de poder - que nunca tendrá fin (215); su dimensión demanda se deduce de la conversión en componentes económicos solventes de esta aspiración, de, en una palabra y volviendo a utilizar una expresión de Illich (216), la industrialización de la carencia.

Esta situación ordena prioritariamente los objetivos del desarrollo industrial, marcando su línea principal de evolución a partir de la máxima jerarquización de los productos y de la dominación por parte de la cúspide social de los efectos ideológicos y económicos del crecimiento. No se -- pueden derivar igualdad y abundancia generalizada (como pretenden las tesis más o menos triunfalistas de la "sociedad opulenta" o de las "etapas del crecimiento") de un tipo de crecimiento que, precisamente, funciona de la manera -- contraria y del que proviene el mantenimiento tanto de la insatisfacción consumista permanente en los más amplios sectores sociales (escasez relativa), como las bolsas de miseria y atraso (escasez absoluta) que, aún . los más desarrollados países occidentales mantienen invariables - por no entrar ahora en la pobreza endémica de los países

del Tercer Mundo cuya razón en el sistema mundial examinaremos más adelante-.

Si los bienes de fabricación preferente son los objetos -- privados y si la orientación de esta fabricación se rige por un proceso de clasificación simbólica; el objeto poseído, símbolo de rango, "signo distintivo", será inmediatamente deseado por la capa social directamente inferior que va a esforzarse por conseguirlo en ese proceso recreador de la frustración al que nos hemos referido más arriba, -- provocando una interminable secuencia de insaciabilidad de objetos individuales. Aún cuando las necesidades fundamentales de la mayoría e incluso las necesidades fisiológicas vitales de ciertos grupos marginales no estén cubiertas los recursos productivos siempre se orientan principalmente hacia una rentabilización de esa demanda solvente que garantiza beneficios y que surge de la explotación de los deseos.

Y este último punto es el que hay que remarcar para que conocidas aportaciones teóricas al tema que aquí nos ocupan tengan sentido real. Porque, ya sea el argumento expuesto por Galbraith de la "opulencia privada" en la "escasez pública", ya sea la obra de Baudrillard sobre el intercambio simbólico y el valor de cambio/signo, no pueden explicarse (como sus autores pretenden implícitamente) por sí mismas, sino por la tendencia del modo de producción capitalista a crear espacios genuinamente productivos (es decir, capaces de generar ganancias y a moverse siguiendo los dictados de

la ley del valor), lo que no incluye ninguna especificación concreta sobre la utilidad, forma material o simbólica, necesidad social o valor de uso más que la impuesta por las condiciones particulares de la valorización del capital en el período histórico que se considere y lo que, consecuentemente, relega a a su propia suerte o a la intervención subsidiaria del Estado (a la que también dedicaremos más tarde un amplio espacio en estas páginas) toda demanda social que no pueda traducirse en términos de rentabilidad y rendimiento directo (217).

En suma, crecimiento económico y distribución de la riqueza son dos conceptos que no tienen ninguna vinculación lineal necesaria y positiva, lo que si existe es un cambio cualitativo de la escala absoluta de la desigualdad, en base de la desvalorización continua de los objetos, servicios y niveles de vida a los que accede la mayoría; objetos, servicios y niveles de vida que, por lo demás, son el producto necesario de un modelo de acumulación autocentrado que convierte a la fuerza de trabajo, además de en el principal factor productivo, en el principal factor de realización (sector de consumo) de los valores fabricados en el mercado. Por fin, se mantienen inalteradas aquellas formas sociales (nacionales o internacionales) cuya funcionalidad económica no se especifica en ese modelo autocentrado -es el caso de las zonas y grupos "atrasados" o "marginados" en los países desarrollados y las economías exportadoras periféricas-.

Para terminar este epígrafe apuntaremos que si bien el análisis que nosotros hemos llevado a cabo se ha planteado en términos teóricos -tratando de demostrar que la relación estructural que introduce la desigualdad social en las prácticas de consumo está determinado por el propio modelo de crecimiento y no aparece como mero residuo exterior a él-, puede ser complementado con gran cantidad de evidencias -- empíricas que han encontrado y expuesto algunos autores -- bien conocidos al estudiar los aspectos menos llamativos de la, por algunos denominada, "civilización de la abundancia", y que generalmente sin profundizar en los mecanismos que generan ese modo de vida que describen, ponen al descubierto el tipo de desarrollo económico que aquí estamos estudiando (218).

7.2. La reformulación de la norma de consumo: expansión y socialización de las bases privadas de la acumulación

Si las transformaciones que en la división social del trabajo impone la era tecnológica de la semiautomatización -parcial originan efectos tan espectaculares en la productividad global, y si estos mismos efectos modifican, a su vez -y por medio de un conjunto de mecanismos que acabamos de revisar-, la estructura de los mercados, la formación de la demanda, la configuración física de los objetos de consumo y hasta la simple definición de la noción profunda

de necesidad, era de esperar que también la articulación entre producción y consumo se realizara en un marco social e institucional transformado, y que esto supusiera consecuencias esenciales para la acumulación de capital. Porque los cambios en el proceso de producción no solamente inducen variaciones en la producción de mercancías, reforman completamente las relaciones sociales que se expresan en la estructuración de las condiciones generales de existencia de la fuerza de trabajo (219).

El consumo en esta fase del capitalismo cambia el sentido de su implantación, el fordismo clásico había organizado la esfera del consumo como una nueva extensión de un sistema de relaciones fabriles que cristalizaba finalmente en un consumo disciplinado "exteriormente" por los dictámenes productivistas patronales (220); sin embargo, esta etapa de entreguerras sólo sirvió para asentar los cimientos de lo que posteriormente vendría a convertirse en un sistema social de determinación interna de las necesidades, derivado, por un lado, de la ya comentada tendencia a la modificación de los requisitos principales de la realización del valor, pero también, y por otro lado, de la creación de una cultura de consumo, ideológicamente condicionada, universalmente asentada y mayoritariamente aceptada.

Es precisamente en este período histórico cuando el consumo y el ocio pierden su sentido estrictamente privado (221)-

-espacio y tiempo controlado personalmente, ya sea por el propio individuo, ya sea por los controles físicos y directos del capitalismo decimonónico o de los inspectores fordistas-, para pasar a ser unas actividades socialmente reguladas, por un conjunto de aparatos ideológicos, económicos y políticos que reproducen, con cierta autonomía en su funcionamiento, en el nivel de los intercambios mercantiles y simbólicos, la dinámica de expansión de la producción en masa.

Así cuando se confirma que la extensión de las relaciones mercantiles alcanza todos los ámbitos de la vida cotidiana individual o social es cuando, asimismo, se constituye la oferta de productos como un monopolio radical (222): Pues, si el monopolio comercial había sido el método tradicional de reducir las posibilidades reales de elección del consumidor, a base de reducir la competencia y por la imposición de un precio que garantizara un margen extraordinario de beneficios, el monopolio radical no se limita a concentrar y programar la oferta, va más allá de la simple dominación de una firma para establecer la dominación de un modo de vida y de un tipo de producción industrial, al instrumentalizar de una forma absoluta y completa los medios para la satisfacción de toda posible necesidad; el proceso de producción industrial, por tanto, ejerce un control mercantil exclusivo sobre la determinación social de la demanda, excluyendo completamente por este camino cualquier recurso para el consumo que no haya sido resultado de una actividad industrializada y presente forma de mercancía.

Es decir, el monopolio radical acaba convirtiendo cada actividad de consumo en un acto de consumo obligatorio, porque hace que las necesidades primordiales sólo puedan ser satisfechas acudiendo al mercado, hasta tal extremo que - incluso la más íntima apetencia personal acaba desembocando en el entramado comercial, esto es, en una red de intercambios dominada por las relaciones de producción y distribución del excedente económico. Las respuestas personales a las demandas privadas son sustituidas por objetos (o -- servicios) estandarizados, la situación del consumidor individual debe ser de extrema dependencia con respecto a -- los productos fabricados en masa, y, en suma, entre cada persona y sus aspiraciones debe mediar un conjunto de mercancías que sirva de punto de arranque para la valorización y acumulación ampliada de capital.

Esta noción de "consumo obligatorio", en su descripción física y funcional -definida como una serie de bienes y servicios que constituye el patrimonio permanentemente renovable de un mítico ciudadano medio- fue puesta en circulación en los años cincuenta por la sociología académica, más o menos crítica, norteamericana- -Whyte, Riesman, etc (223)- con el nombre de "conjunto estandar" ("standard package"), pero allí se reducía a simple factor de integración social, sin percatarse que además de caer en la misma trampa ideológica que pretendían denunciar (aceptando una "clase media" homogénea, igualitaria y reducida, automáti-

camente, al paquete de bienes que consume) y de incurrir en una evidente y continua tautología -el individuo forma parte del "grupo" porque consume tales bienes, pero a la vez, el individuo consume tales bienes porque forma parte del "grupo" (224)-, es imprescindible, para romper precisamente con este círculo vivioso, conectar este "conjunto estandar" con el tipo de producción material que lo genera, la estructura de clase que lo soporta, los elementos sociales y espaciales en que se integra, y con la capacidad de desarrollo económico a que responde.

Inmediatamente, una vez que se trasciende esta perspectiva individualizada del consumo -elección de un conjunto de bienes por un consumidor autónomo que, o bien actúa racionalmente maximizando su utilidad (marginalismo), o bien --gasta ávidamente para acomodar su estatus con el de su grupo de referencia (diversas teorías psicológicas y semiológicas)- aparece el concepto de fuerza de trabajo, y el consumo sólo puede considerarse como una actividad socialmente condicionada, sujeta a dinámicas contradictorias de homogeneización y diferenciación que modifican tal actividad de modo favorable a la generalización en un mercado --transformado y la consecución de beneficios (225). Porque si la transformación de las relaciones de producción crea, como hemos dicho ya, la producción en masa de mercancías la cual, por la lógica de las relaciones de equivalencia en el intercambio, tiende a destruir las formas de producción no capitalistas a medida que se constituye un único

espacio de circulación de mercancías:

"Entonces, si los trabajadores se ven homogeneizados en primer lugar por el proceso de trabajo capitalista, dicho fenómeno se ve reforzado decisivamente cuando se ven separados de los lazos individuales de carácter familiar, de vecindad o de los que resultan de una actividad complementaria que les ata a un medio no capitalista. Homogeneizados en cuanto parcelas de una sola fuerza de trabajo social, pero simultáneamente aislados por el contrato salarial en cuanto fuerzas de trabajo individuales que compiten entre sí, los trabajadores se ven forzadamente atados al capitalismo por el consumo individual de mercancías resultantes de la producción en masa. Ese modo de consumo uniforme de productos trivializados es un consumo de masas." (226).

Pues bien, los dos principales apoyos en que se asienta ese modo de consumo uniforme, que integra el modo de vida dentro de las condiciones de producción del excedente capitalista, ya de una manera estable y completo desde el final de la Segunda Guerra Mundial -lo que para seguir con la terminología del economista francés Michel Aglietta, denominaríamos norma social de consumo (227)- son dos espacios mercantiles que aparecen como los factores estructurantes sobre los que se van a ir basando todas las prácticas concretas, estos son: por un lado, el automóvil, por

otro, la vivienda social normalizada; el primero representa, básicamente, la privatización forzada de las necesidades de transporte, la segunda, marca el centro espacial de la reproducción de la fuerza de trabajo. Ambos bienes (que superan el estatuto de meras mercancías para pasar a ser auténticos soportes de la renovación constante de la demanda efectiva), a su vez, despliegan entre ellos un nuevo estilo de urbanización orientada hacia la máxima mercantilización de todas las actividades sociales. Veamos esto más detenidamente.

El automóvil: nacido como consumo específicamente burgués -es la encarnación de la propiedad estrictamente individual y del disfrute aislado, que además necesita un bien público (carretera, calle, autopista, aparcamiento, etc.) para su utilización privada- al cambiar de filosofía con el Ford T (ya hemos insistido sobradamente en ello) se generaliza un instrumento cuya concepción técnica intrínseca sigue siendo la de representar un bien de lujo. Y es en esta contradicción de partida donde se originan sus aspectos más característicos y su mayor potencial económico, porque es de su transformación de bien de lujo que se "democratiza" -el lujo, por definición, no es democratizable: si todo el mundo accede a un lujo, nadie saca provecho de su disfrute- de la que se deriva una desvalorización real, por su propia difusión, de sus prestaciones prácticas (cuando el coche se masifica la velocidad de --

circulación urbana cae ostensiblemente) pero una continua revalorización ideológico/simbólica (apoyada por la obsolescencia planificada y el aparato publicitario) que es la manifestación permanente de la pretensión de diferenciación, superación, ventaja y lujo. Pero, al mismo tiempo, el automóvil induce disfunciones evidentes en la ciudad tradicional, que acaba extendiéndose, desarticulándose y multiplicando las distancias, así como los espacios para urbanizar, todo lo que retroalimenta la necesidad de su utilización, en una dinámica mutuamente condicionada que tiende a expandirse hasta el infinito. Por otra parte, representa un importante centro de consumo, necesita de uno de los sectores monopolísticos más importantes, el petrolífero, además de imponer su mantenimiento una extensa red de servicios de repostaje, mecánicos, repuestos, accesorios, y no digamos nada de la construcción de carreteras, autopistas y otras obras infraestructurales imprescindibles para su uso (228).

La "vivienda social normalizada", tal como aparece en este período, se configura como la más importante infraestructura física del consumo privado. De tal manera que equipada solamente con los elementos básicos, en muchos casos mínimos, de habitabilidad (supera así la insalubridad generalizada de otras épocas) en el momento de su adquisición, el resto del sistema de objetos que constituye la red material y simbólica que soporta la reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo debe irse adquiriendo y renovando

paulatinamente. Lógicamente, es este el lugar ideal para el establecimiento de una serie cada vez más larga de bienes de consumo duradero, estandarizados en sus formas y especificaciones técnicas -producto directo tanto de las herramientas y el proceso de trabajo como de un diseño industrial intencionadamente sobreformalizado y erotizado- con toda una gama de complementariedades posibles, que inducen a su compra y utilización sucesiva o paralela creando una cadena de opciones prácticamente obligatorias (229) Se garantiza con esto la permanencia de un consumo continuado de bienes duraderos y además todo un nuevo tipo de consumos corrientes viene a adaptarse a esta estructura básica; son artículos fabricados o envasados en cadena -- (nuevas industrias alimentarias) o provenientes de los -- procesos de elaboración petroquímicos (detergentes, plásticos, cosméticos, etc.), lo que permite seguir expandiendo los espacios productivos y acumulativos que se insertan en la existencia privada de la población.

Estos dos factores crean un estilo de urbanización nuevo totalmente diferente de la "ciudad industrial" del capitalismo decimonónico "frecuentemente sin forma, aglomeración apenas urbana" (230), en la que los hacinamientos obreros y la carencia de todo tipo de infraestructura ciudadana eran la tónica. Tampoco tiene nada que ver con esa ciudad racionalizada de acuerdo con los principios productivistas del funcionalismo arquitectónico que nunca dejaron de ser más que propuestas aisladamente puestas en práctica

y con resultados más que discutibles (231). Ahora nos encontramos ante un espacio urbanizado como un "monopolio radical", cualquier elemento necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo se convierte en este marco social particular en una mercancía: ocio, transporte, alimento, habitación, etc. Este proceso puede ser llevado (y de hecho lo es en muchas ocasiones) hasta el absurdo: los desequilibrios que el mismo modelo de desarrollo genera son "superados" reintegrándolos al sistema de consumo, creando mercancías que sirvan para subsanarlos; hasta los costes sociales del crecimiento pueden ser buenas bases para acelerar su propio ritmo. La ciudad, como asegura -Lefebvre (232), ya no es sólo un instrumento subordinado a la producción industrial, es un instrumento útil a la formación de capital -y, por tanto, de subordinación de lo público a lo privado- en un sentido global, es decir, lo mismo para la producción que para la realización y distribución de los valores.

7.3. Del modo de consumir al modo de habitar: una nota sobre el marco espacial del desarrollo económico.

El mismo proceso que configura el modo de vida como momento de cierre de un modelo de producción social (pues se puede asegurar que trasciende el marco restringido de lo estrictamente económico) que arranca de la acumulación intensiva de capital, conduce, también, a la concentración

espacial tanto de los medios de producción como de las unidades de reproducción y gestión de la fuerza de trabajo; "la interdependencia creciente de la producción, la gestión y el consumo, suscita una interdependencia entre sus unidades complejas de producción y reproducción de dimensiones cada vez mayores: son las áreas metropolitanas" (233). Si la fuerza de trabajo ocupa un papel central en el desarrollo económico (y más en esta fase histórica donde además de comportarse como factor insustituible de aportación de trabajo, se convierte, al mismo tiempo, en el factor principal de sostenimiento de la demanda solvente) es evidente que el conjunto de medios privados y unidades colectivas de consumo que entran a formar parte de su reproducción tienden a articular un sistema estructurado de elementos económicos y sociales que conforman una infraestructura espacial (vías urbanas, equipamientos públicos de todo tipo, medios de transporte ... etc.,) que se muestra esencial para determinar la cantidad y calidad de dicha fuerza de trabajo y que, por tanto, pasan a ser instrumentos decisivos de la creación de valor en las economías capitalistas avanzadas (234). Trataremos de analizar como se comporta este sistema integrado global en sus dinámicas más generales y, especialmente, en aquellos lugares en los que su vinculación con las pautas de consumo resulta más acusada.

Es cuando las relaciones de producción capitalistas se extienden por todos los ámbitos de la vida cotidiana cuando "la ciudad" deja de tener un significado puntual y deja de ser un marco geográfico especialmente delimitable, para constituir el centro de articulación de todo el espacio social, que pasa desde ahora a constituirse como una "so ciudad urbana" (235). Si es evidente que las ciudades habían tenido un papel fundamental en todas las etapas de la historia universal (Antigüedad, Medioevo, Primera Revolución Industrial, etc.) no es hasta que las condiciones de la producción mercantil convierten el modo de vida en un pre-requisito para la acumulación, cuando la forma urbana se impone sobre todas las demás formas y mecanismos de la vida comunitaria; lo que en un principio tiene su origen en el proceso de industrialización (y - sus primeros y limitados efectos en la última ciudad tradicional: "la ciudad industrial") amplía sus repercusiones para sobrepasar ampliamente los relativamente estrechos confines de su lugar físico. Todos los objetos y - pautas de consumo son puestos en relación con el modo de vida urbano (o dicho de una manera más rotunda, son subordinados al modo de vida urbano) desde el momento que la mercancía se convierte en el elemento mediador de la mayoría de las relaciones sociales y el espacio urbano en el eje donde se sitúan los puntos claves de la producción y reproducción, precisamente de ese universo mercantil.

Lo urbano impone así su dominación ecológica (236) sobre la totalidad del sistema social. El ámbito rural queda subordinado a las condiciones de acumulación que se derivan del proceso de producción del excedente económico (principalmente urbano) y al estar regulado por esta restricción mercantil se establece un sistema de intercambio desigual, cuyo funcionamiento económico -que estudiaremos más adelante al analizar como se integra en el modelo general de desarrollo-, además de asegurar la consecución de productos agrarios relativamente baratos para la reproducción de la fuerza de trabajo urbana, acaba enclaustrando al campo en una marginación estructural y múltiple (originada por la situación de dependencia casi absoluta con respecto al mercado) que se manifiesta en todos los órdenes: como agente productor es incapaz de imponer sus precios a los canales mercantiles que dominan la distribución, como agente comprador tiene que acatar los precios administrados desde los centros urbanos, como sistema social funciona (gracias a la mecanización progresiva) como un inmenso ejército laboral de reserva, y en fin, como sistema cultural ve desplazada su identidad por la incorporación, parcial y forzada, de ciertos valores y formas de vida, que al ser un mero reflejo distorsionado de las que surgen y se difunden en los focos principales de la cadena urbana refuerzan su dependencia respecto a modos de consumo externos, sin lograr, por otra parte formar un cuerpo común con las formas de existencia tradicional del universo rural.

Entonces, la sociedad urbana se puede decir que se extiende como un espacio segmentado -nunca integrado- en el que a esa dicotomía principal (campo/ciudad) se van añadiendo dicotomías parciales que surgen de los distintos usos funcionales de los lugares físicos y económicos. De las demás dimensiones de la producción, distribución y consumo capitalista aparece, como una aglomeración, la ciudad que corona la estructura jerárquica de la localización y domina, la vida social contemporánea: la metrópoli urbana, donde la ciudad deja de cumplir una misión específica, particular y concreta, ya no es "ciudad-estado", ni "ciudad comercial", ni siquiera "ciudad industrial", es un sistema complejo cuya funcionalidad no se remite a un fin, sino a un orden general que dimana de las necesidades originadas por el crecimiento económico. Esta diversificación de la ciudad moderna integra sin homogeneizar desde las propias bases productivas hasta los aparatos necesarios para la gestión administrativa de la reproducción de la fuerza de trabajo (vivienda, consumo, educación, ocio, -- etc.) (237); pero su despliegue territorial no toma la forma de una limitada yuxtaposición, alcanza una forma específica de materialización física de la desigualdad -en el uso, en la función, en el poder, en la riqueza- y de utilización combinada del espacio urbano: la segregación.

La lógica de la formación y desarrollo de las grandes áreas metropolitanas es, como decimos, la segregación de los usos: en el espacio geográfico se van inscribiendo físicamente las posiciones que se deducen de la "división técni

ca del trabajo" y la "división social del trabajo", como dos ejes que se superponen produciendo la ciudad como un conjunto de localizaciones productivas y reproductivas externamente interconectadas (238). Es así como aparece una organización de formas urbanas (que puede incluso abarcar varias ciudades subordinadas a un centro dominante) que concentrando población y empleo (trabajo y capital), sin embargo, expresa las diferenciaciones básicas del modo de producción, tanto en sus aspectos económicos (polígonos industriales, zonas burocráticas, zonas comerciales, espacios habitables, etc.), como en sus aspectos políticos y sociales (barrios residenciales, que muestran de la manera más explícita la desigualdad de clase; zonas históricas o clásicas de la ciudad, donde dominan las funciones y profesiones tradicionales del pequeño capitalismo comercial integrado en el marco de la gran producción en masa; por fin, los inmensos suburbios periféricos, sometidos a una estricta y máxima racionalidad, la reproducción de la fuerza de trabajo y su subordinación a los requerimientos del aparato productivo).

Esta retícula de posiciones parcialmente segregadas encuentra su intercomunicación mediante un sistema de transportes en el que la mercantilización de la necesidad impone el objeto más rentable para la acumulación: el automóvil, arrinconado a un lugar subsidiario a todos los demás medios (generalmente colectivos) de desplazamiento cuyas características no se adaptan a las potencialidades económicas

cas de un consumo productivo. Morfología urbana, sistema de transporte y modo de consumo son por tanto realidades fuertemente interdeterminadas, la difusión del automóvil salva la dispersión de la estructura urbana, pero a la vez la reproduce de una manera ampliada, en algunas formas metropolitanas -zonas de moderna construcción, megalópolis al estilo norteamericano- la expansión espacial y el rápido cambio en los usos del suelo (variando los ejes comerciales y los centros administrativos) responde a esa tendencia dispersiva, en otros casos -zonas históricas, ciudades tradicionales que reciben el impacto de las transformaciones en el proceso productivo- el estrangulamiento, los atascos, la especulación y la multiplicación de los usos del terreno son los resultados más normales (239). La calle, el mismo tiempo que lugar de paso y circulación es el marco estandarizado del acto de compra, donde se despliega como una demostración toda la variedad del sistema de objetos, la simbiología de la imagen publicitaria y la codificación de sus sentidos, y, en suma, donde las relaciones sociales (privadas) son invadidas por las relaciones comerciales (240).

Es por esto por lo que el espacio urbano ya no se articula como el espacio de la "racionalidad productiva", en su estricto sentido, con las nuevas condiciones de acumulación y realización los significados de esta compleja red se amplían, presentándose como un vasto territorio ordena

do según un conjunto de prácticas sociales diversas (de carácter empresarial, político, reivindicativo, institucional, etc., etc.) cuyo efecto es la reproducción conflictiva y desequilibrada de todas las bases materiales del modo de vida (241). El desarrollo de la organización de la ciudad se estructura, pues, en función de varias dinámicas, algunas claramente dominantes y otras de signo marcadamente defensivo, las grandes organizaciones económicas, la política de planificación y zonificación llevada a cabo por los organismos estatales y municipales, y los diversos tipos de respuesta ciudadana (organizada o desorganizada, activa o pasiva, consciente o inconsciente) acaban dando lugar a una urbanización que se diferencia radicalmente de la ciudad-fábrica decimonónica y transfiere a la dimensión geográfica y a la configuración del sistema urbano lo que hemos repetido a lo largo de estas páginas: el control directo de los requisitos de habitación y localización extrafabril de la fuerza de trabajo por parte patronal es transmutado por un control social en el que se integran múltiples elementos reguladores y en el que la intervención institucional/Estatal se manifiesta determinante (242).

El impulso que surge de la elevación de la productividad del trabajo asalariado y de la tendencia a desarrollar la esfera de circulación de mercancías en el capitalismo industrial de postguerra cambia, de esta forma, la manera en que el capital afronta las necesidades básicas de asen

tamiento de la fuerza de trabajo, sustituyendo la "habita-
ción/quarida" (exponente máximo de la reducción de los
costes de mantenimiento de la mano de obra y que todavía
se sigue manteniendo para los grupos inmigrados, las "bol-
sas de pobreza" urbanas, y, en general, en todos los seg-
mentos de población marginales, pero auténticamente funcio-
nales para la acumulación) por la "vivienda social media",
estructurante de la norma de consumo dirigido, del equipa-
miento privado y de las localizaciones reproductivas del
espacio urbano, lo que indica una vez más que: "el valor -
de la fuerza de trabajo ya no es tan sólo un parámetro del
proceso de producción, que determina la tasa de ganancia,
es también un parámetro del ciclo de circulación, que de-
termina a su vez el volúmen de ganancia" (243).

Nos queda, por fin, referirnos a los mecanismos que asegu-
ran la reproducción de este complejo y contradictorio siste-
ma urbano como un todo orgánico constante en evolución --
cuantitativa y cualitativa. Como a lo largo de toda la his-
toria del capitalismo, el conjunto de relaciones mercado/em-
presa/Estado ha sido el principal modelador de la realidad
urbana, pero el peso de cada factor ha variado no sólo por-
que la libre expansión de la ciudad siguiendo la primera -
relación creaba disfunciones que estrangulaban la misma po-
sibilidad de un crecimiento mínimamente equilibrado y sos-
tenido, ya que de un espacio ordenado siguiendo sólomente

la dicotomía mercado/empresa -modelo típico de competencia capitalista del siglo XIX y la primera competencia monopolista de las décadas iniciales del siglo XX- lo único que se desprende es la plasmación territorial de tal competencia privada, teniendo como resultado la especulación más desahogada, la desintegración urbana, su extensión incontrolada y, en última instancia, el bloqueo de las funciones para las que teóricamente servía de estructura espacial quebrando como soporte físico adecuado para la producción y reproducción social; También porque la relación empresa/Estado, además de crear las condiciones físicas y económicas para el desarrollo urbano, ha creado una red institucional (244) que canaliza las movilizaciones sociales, gestiona el conflicto, media en la jerarquía de posiciones sociales, legitima el uso privado de los espacios públicos y por consiguiente, armoniza, de una manera forzosamente imperfecta, las dinámicas de clase contradictorias -casi siempre a base de desgaste político de la misma red institucional- en torno a la línea de máxima expansión autosostenida del capital.

Así, la consolidación de la fuerza de trabajo como una -- fuerza estructural en el seno del capitalismo avanzado conlleva, al mismo tiempo, el incremento de las demandas sociales, sobre todo en aquel segmento de bienes y servicios distribuidos por los mecanismos políticos de gestión urba-

na: los consumos colectivos (245). Desde el momento que - estos medios de consumo colectivo -materializados como infraestructura reguladora del sistema urbano- se salen de la lógica de la máxima rentabilidad privada y de la producción genuinamente capitalista , siendo, sin embargo, y a la vez, indispensables para la realización de la producción y el consumo productivos, así como elementos esenciales en las reivindicaciones de los movimientos sociales urbanos, es necesario que el Estado se vaya progresivamente -- ocupando de cada vez un número mayor de prácticas de sostenimiento y socialización de los costes colectivos del desarrollo económico. Pero esto último ya sobrepasa el ámbito limitado de este epígrafe y nos obliga a que abramos un nuevo capítulo para analizar el tema en profundidad.

NOTAS

- (203) Manuel Castells, "Consommation collective, intérêt de classe et processus politique dans le capitalisme avancé", en Papers nº 3, 1974, pág. 66.
- (204) Ibidem, pág. 69
- (205) Ivan Illich, "La convivencialidad", Barcelona, Barral, 3ª Edición, 1978, pág. 96.
- (206) Marshall Sahlins, "Economía de la Edad de Piedra", Madrid, Akal, 1977, pág. 16.
- (207) Ibidem, pág. 52
- (208) En lo que sigue nos guiamos por los siempre muy penetrantes análisis de André Gorz, "Ecología y libertad", Barcelona, Gustavo Gili, 1979, págs. 41-48
- (209) Jean-Marie Domenach, "Crisis del desarrollo, crisis de la racionalidad", en AA.VV., "El mito del desarrollo", Barcelona, Kairós, 1979, pág. 25.
- (210) Marvin Harris, "Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura", Madrid, Alianza, 1980; especialmente el capítulo dedicado a "El Potlatch",

donde Harris demuestra como el fenómeno del "consumo conspicuo"(analizado por Veblen y Packard en diferentes etapas, situaciones sociales y coyunturas históricas de los Estados Unidos) tiene su lugar, y su razón de ser, en culturas que en nada se asemejan al modelo de vida occidental contemporáneo.

- (211) Ivan Illich, "La convivencialidad", op. cit. pág. 24.
- (212) John K. Galbraith, "The affluent society", op. cit.
- (213) Thorstein Veblen, "Teoría de la clase ociosa", México, Fondo de Cultura Económica, Reimpresión 1974, págs. 37-38
- (214) Jean Baudrillard, "Pour une critique de l'économie politique du signe", op. cit. págs 77-78.
- (215) Jean Baudrillard, "La société;" op. cit. págs. 59-92
- (216) Ivan Illich, "La convivencialidad", op. cit. págs. 37 y ss.
- (217) André Gorz, "Estrategia obrera y neocapitalismo", op. cit. págs. 136-143
- (218) Entre los más conocidos citaremos Michael Harrington "L'autre Amérique", París, Gallimard, 1967; y Jean Marie Chevalier, "La pauvreté aux Etats-Unis", París

Presses Universitaires de France, 1971. Para un análisis más profundo general Bernard Rosier, "Crecimiento y crisis capitalistas", Barcelona, Labor, págs. 293-336, de aquí podemos destacar como ejemplo, y por su gran calidad ilustrativa los siguientes datos : En 1946 el 10% de la población más rica de Estados Unidos poseía 30 veces una renta más elevada que el 10% más pobre, esta proporción sufría una variación para 1966 y suponía 29 veces, en 1972. este coeficiente se mantenía idéntico al de seis años antes; para los países europeos tal proporción se encontraba (en 1972) en los siguientes niveles, Alemania 20,5, Gran Bretaña 15 y Francia 18. Por su parte Manuel Castells, "La crisis económica mundial y el capitalismo americano", op. cit., muestra como el índice de Gini, que expresa el nivel concentración del ingreso familiar, ha sido el mismo desde 1947 a 1962, con mínimas variaciones en los años intermedios.

- (219) André Granou, "Capitalismo y modo de vida", op. cit.
- (220) Jeff Henderson y Robin Cohen; "El Capital y la ética del trabajo", art. cit.
- (221) Jesús Ibáñez, "El salón: una exposición permanente", en Los Cuadernos del Norte nº 4, Noviembre-Diciembre 1980., pág. 17
- (222) Ivan Illich, "La convivencialidad", págs. 74-81.

- (223) Cfr. William H. Whyte Jr. "El hombre organización", México, Fondo de Cultura Económica, 2ª Edición 1968, especialmente págs. 295-313; también David Riesman y otros, "La muchedumbre solitaria. Un estudio sobre la transformación del carácter norteamericano", Buenos Aires, Paidós, 1964.
- (224) Jean Baudrillard, "La société de consommation", op. cit, págs. 95-96.
- (225) Michel Aglietta, "Regulación y crisis", op. cit. pág 133.
- (226) Ibídem, pág. 131.
- (227) Ibídem, pág. 130.
- (228) André Gorz, "L'ideologie sociale de la bagnole", en "Ecologie et Politique", París, Seuil, 1977, pág. 76 y ss.
- (229) Jesús Ibáñez, "El salón: una exposición permanente", art. cit.; Jean Baudrillard, "El sistema de los objetos", op. cit. págs. 155-176. y, Benjamín Coriat, "Ciencia, técnica y capital", op. cit., pág. 105 y ss
- (230) Henri Lefebvre, "La revolución urbana", op. cit., pág 21.
- (231) Ibídem, pág. 25

- (232) *Ibidem*, pág. 42.
- (233) Ver Manuel Castells, "Crisis urbana y cambio social" Madrid, Siglo XXI, 1981, pág. 319. Los subrayados son nuestros.
- (234) *Ibidem*, pág. 320.
- (235) Henri Lefebvre, "Espacio y política", Barcelona, Península, 1976, págs. 63-71.
- (236) José Sánchez Jiménez, "Del campo a la ciudad. Modos de vida rural y urbana", Barcelona, Salvat, 1982, págs. 58-59.
- (237) John Kenneth Galbraith, "La era de la incertidumbre" op. cit. págs. 265-281.
- (238) Un desarrollo de esta tesis se encuentra en Alain Lipietz, "Le capital et son espace", París, Maspéro, 1977, (especialmente Cap. 4)
- (239) Giuseppe Sacco, "Ciudad y sociedad hacia la nueva Edad Media", en AA.VV., "La nueva Edad Media", Madrid Alianza, 1974, págs. 98 y ss.
- (240) Lefebvre, "La revolución urbana", op. cit. pág. 27
- (241) Cfr. Anne Gotman, "L'espace de travail", en Espace

et Sociétés; nºs. 24-27, Diciembre 1978, págs. 79-99.

- (242) Aproximaciones a los diferentes estilos de urbanización recogiendo esta perspectiva multidimensional con abundante material empírico sobre cada línea fundamental de configuración de la ciudad contemporánea y desde perspectivas teóricas substancialmente distintas, han sido llevadas a cabo por: Manuel Castells y Francis Godard, "Monopolville. Analyse des rapports entre l'entreprise, l'Etat et l'urbain", París-La Haya, Mouton, 1974; Paul Knox, "Urban social geography" Londres y Nueva York, Longman, 1982; y Brian J.L. Berry, "Consecuencias humanas de la urbanización", Madrid, Pirámide, 1975.
- (243) Alain Lipietz, "Algunos problemas de la producción monopolista del espacio urbano", en Zona Abierta nº 8 (1976), pág. 65.
- (244) Jean-Paul de Gaudemar, "La movilización general", Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1981, págs. 236-243.
- (245) Manuel Castells, "Crisis urbana y cambio social", op. cit., págs. 321-322.

CAPITULO 8

ESTADO INTERVENCIONISTA Y MODELO DE DESARROLLO INTENSIVO :
LA GESTION ESTATAL DE LAS BASES PARA LA REPRODUCCION DE LA
FUERZA DE TRABAJO.

Los Estados/nación son espacios (geográficos, económicos y políticos) que sustentan la conformación de la "economía-mundo" y cuyas características (estructurales y dinámicas) sólo pueden ser entendidas si son analizadas poniéndolas en relación con los ciclos de expansión y recesión con crisis que generan las diferentes contradicciones por las que atraviesa la valorización y acumulación del capital. El Keynesianismo, además de suponer un corte significativo con el sistema de pensamiento neoclásico -aunque después de un primer momento de ruptura protagonizado por el propio John -- Maynard Keynes ha venido integrándose poco a poco en el corpus general de la escuela en que surgió- ha sido el marco -

teórico sobre el que se han asentado (muchas veces sin constatación expresa) los principales principios sociales que animan las políticas de intervención de todos los países de la economía occidental desde hace más de cuatro décadas, alcanzando la política económica con ello, gracias a este giro radical, un punto muy cercano a una "filosofía social" (246) que supera con mucho la simple recopilación de recetas técnicas o instrumentales para integrar en un conjunto de argumentaciones estrictamente teóricas un grupo de auténticas propuestas de actuación capaces de armonizar los cimientos políticos del Estado burgués con las condiciones sociales de su reproducción y con las condiciones económicas que se derivan de la acumulación.

El Estado que se constituye a partir de los postulados intervencionistas Keynesianos, eso que se viene denominando "Welfare State" o "Estado de Bienestar", se constituye como un sistema de erradicación del subconsumo social -principal factor desencadenante de la crisis del 29- mediante la consolidación de los consumos improductivos y el derroche planificado en su amplia gama de variantes (247) y, al mismo tiempo, también como un mecanismo fundamental de estructuración, sostenimiento y socialización del modo de vida en función de las necesidades directas e indirectas, que origina el consumo de masa y que la oferta privada es incapaz de organizar debido a su determinación básica (estar orien-

tada única y exclusivamente por la búsqueda de los espacios de demanda solvente y la máxima rentabilidad).

En estos dos ejes centrales fuertemente interdeterminados: la dimensión realización/subconsumo -o sea, la dimensión demanda agregada en su sentido genuinamente económico- y la dimensión reproducción social de la fuerza de trabajo en su totalidad compleja, nos iremos apoyando a lo largo de la exposición que ahora iniciamos.

* * *

Dado que el capital como ente social es incapaz de producir todas las condiciones necesarias para su mantenimiento y valorización, debido al carácter individual, fragmentario y competitivo de sus actuaciones particulares, necesita de una institución que no esté sujeta al conjunto de dinámicas estructurales que impelen a cualquier agente productivo privado a valorizar su capital, sino que, por el contrario, tenga como función principal suministrar los elementos generales para la producción y realización del excedente económico que (dependiendo de las coyunturas históricas) no pueden ser proporcionados por la producción capitalista propiamente dicha, sin cuestionar por supuesto, la existencia y dominio de los capitales individuales:

esta institución es el Estado. Lo que nada tiene que ver con su consideración como un nuevo instrumento político de clase, ni mucho menos como una institución creada por el capital, más bien nos sitúa frente a una forma especial de realización de la existencia social del capitalismo, paralelamente a -y además de- la competencia, es decir, frente a un espacio económico y social que asegura un momento especial en el proceso de producción global del capital (248).

Así, la regulación estatal de los fenómenos económicos no se sitúa en el ámbito externo de la circulación y concentración del capital, como un simple elemento racionalizador de los mecanismos de asignación del mercado que planea por encima de los intereses de clase -o que responde matemáticamente a los dictados de una tan homogénea como irreal clase dominante- según una política coherente, resultado lineal de la suma de instrumentos de ajuste aplicados por los gobiernos. Frente a esta visión exógena de la política económica -en la que la intervención del Estado aparece como un "Deus ex machina" sobre el sistema social-, proponemos un enfoque que podemos interpretar como endógeno, esto es, poniendo en relación la intervención estatal con los conflictos ligados a la relación salarial, la diversidad de fuerzas que asocia la lucha de clases y, por ello, con la articulación y codificación de los procesos de producción y de consumo en masa (249).

Es así como ni el Estado-árbitro que propugna la ortodoxia neoclásica (más o menos modificada por el pragmatismo Keynesiano), simple reasignador de los recursos que el mercado no distribuye, ni el Estado-cómplice de la vieja escolástica marxista, instrumento fundamental para la elevación - de la tasa de ganancia del capital, escapan de un economismo (el segundo enfoque teórico es prácticamente la versión negativa absoluta del primero) que es imprescindible desterrar de nuestro análisis, ya que de seguir por ese camino acabaríamos presentando la lógica de la intervención estatal basada únicamente en la lógica plana y unidimensional de su funcionalidad mercantil, cuando lo que intentamos es conectarla con el proceso general de reproducción social (250), donde intervienen muchos más factores (estructuras ideológicas, estrategias políticas, movimientos sociales - reivindicativos, aparatos de control de la hegemonía y mantenimiento del poder, etc., etc.) que los que se asocian a la estricta movilidad de los recursos económicos y la maximización del beneficio a corto plazo, demarcando combinadamente esta amplia serie de elementos el marco social de la acumulación económica.

Pero si la función de reproducir ciertas condiciones necesarias para la valorización del capital (considerando a - éste como una entidad social) ha sido siempre, desde los orígenes y consolidación del primer capitalismo, la función general de la institución Estado, las formas de reali

zarla han dependido, sin embargo, de un grupo de circunstancias bien definidas, como son : el modelo de acumulación económica, el desarrollo de las fuerzas productivas, la articulación de los modos de producción en una formación social concreta, la estructura de clase dominante y el lugar que cada país ocupa en el concierto internacional. De todo esto deducimos -siguiendo al sociólogo y economista español Gregorio Rodríguez Cabrero (251)- que el Keynesianismo no es, como pretenden los resucitados pensadores neoliberales (hoy en día gozando de una audiencia importante) ni el origen del intervencionismo estatal, ni el causante de los desastrosos efectos que se le achacan desde las filas ultraconservadoras, sino la manera en que el intervencionismo se lleva a cabo cuando las condiciones económicas y sociales demarcan un modelo de crecimiento intensivo, basado en la producción y el consumo en masa, tal como el que se desarrolla en las naciones centrales del capitalismo occidental a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Las dos funciones básicas que el moderno Estado intervencionista realiza, y que a menudo pueden presentar rasgos contradictorios, son, según la clásica sistematización que ha realizado James O'Connor -y que elegimos aquí de entre las múltiples clasificaciones posibles por su especial claridad y profundidad, así como por la gran difusión que ha alcanzado

252)- las siguientes: por un lado, la función de acumulación, cuyo resultado último consiste en el aumento indirecto de la tasa de ganancia, y por otro, la función de legitimación, elemento requerido para mantener (sea por la vía "coercitiva" -aparatos armados del Estado-, sea por la vía "consensual" -aparatos ideológicos del Estado-) la necesaria cohesión y la estabilidad político-social. Aunque, como ya hemos apuntado estas dos funciones están íntimamente interdeterminadas, -- pues es lógico que las acciones acumulativas tengan efectos legitimadores (o deslegitimadores) y que las actuaciones legitimadoras tengan que asentarse sobre elementos de clara significación económica, nosotros haremos el esfuerzo de intentar seguir analíticamente el eje que se articula sobre la -- función acumulación, porque es aquí evidentemente -como veremos- donde aparece la dimensión reproducción de la fuerza de trabajo en toda su importancia y porque los problemas de la legitimación, entendidos en su acepción más restringida, sobrepasan ampliamente los límites conceptuales y temáticos de nuestro estudio (253).

Centrándose, por consiguiente en la función de acumulación -y siguiendo con la clasificación de James O'Connor- podemos dividir los gastos que el Estado ejecuta para realizarla en dos tipos diferentes: gastos en capital constante, lo que - el mismo autor llama "inversión social", destinados a mantener y renovar ciertos elementos materiales de la producción,

por tanto, a aumentar la productividad del trabajo; y gastos en capital variable, o también llamados "consumos sociales", cuya finalidad principal consiste en proporcionar algunas mercancías específicas imprescindibles para la reproducción de la fuerza de trabajo.

Si contemplamos con atención ambos gastos estatales veremos que, en realidad, no hacen otra cosa que reflejar en otra dimensión la intervención del sector público para reproducir las condiciones reales -medios de producción y fuerza de trabajo- del proceso de producción del excedente económico como una totalidad estructurada y socializada, esto es, rompiendo los estrangulamientos que habían conducido a la crisis de sobreacumulación del 29, regulando la demanda agregada, integrando los conflictos de clase en una tupida red institucional y mediando en las disputas entre las diferentes fracciones del capital. Por tal motivo dedicaremos unas cuantas páginas a las "inversiones sociales", pues son puntos de apoyo fundamental del sistema de producción y acumulación, sin las cuales resultaría imposible llevar a cabo hasta incluso el mismo proceso de producción mercantil -lo que hace imprescindible su análisis y determinación previa si queremos comprender correctamente el funcionamiento conjunto de los mecanismos sociales y económicos que moviliza el Estado en sus acciones-; para pasar más tarde, en un epígrafe concreto y

lo suficientemente amplio, a estudiar a fondo el significado, naturaleza y funciones de los "consumos sociales".

* * *

La intervención estatal en el mantenimiento, renovación y desarrollo de los medios de producción no se aparta, en gran medida, de la lógica general de la intervención del Estado en los procesos de evolución y cambio económico, pero aquí se puede decir muy especialmente que si bien en otras actuaciones son los criterios de tipo "social" los que guían las gestiones de la economía pública (la compensación vía presupuestaria de los costes sociales del crecimiento), en este grupo de gastos que conforma la inversión social en bienes de capital, por el contrario, es la eficiencia económica la que marca la principal dinámica de la actividad del sector público en este campo, ahora bien, es importante resaltar un punto fundamental: esta eficiencia económica no puede ser entendida como una eficiencia empresarial, resultando, por este motivo, imposible evaluar las prácticas estatales y las prácticas empresariales comunes con idénticos baremos -como pretenden los que proclaman de una manera abstracta, y un tanto catastrofista, la absoluta ineficacia y burocratización del Estado contemporáneo- haciendo de los que son fenómenos intrínsecamente ligados, y que reponen a una raciona-

lidad económica global -a nivel de sistema general de acumulación-, hechos paralelos y enfrentados que se interrumpen mutuamente en una supuesta competencia.

Y efectivamente, esta racionalidad económica aparece como un fenómeno social global desde el momento en que las conocidas características estructurales que animan la valorización de los capitales privados delimitan un tipo de actividad empresarial (efecto conjunto de una suma de decisiones tomadas por elementos intercomunicados, pero que responden a intereses individuales) en la que cada elemento aislado trata únicamente de reproducir los medios de producción de los que se espera conseguir una rentabilidad inmediata y lo más segura posible -minimizando el riesgo de la inversión y repercutiendo sus cargas sobre el sistema de precios y/o sobre el entorno social-, no incorporando, de esta forma, en su función de costes toda una amplia serie de medios de -- producción que siendo indispensables para la valorización privada por un cúmulo de circunstancias políticas, sociales y económicas -entre las que destacan los caracteres estructurales de los bienes en cuestión-, son desplazados al Estado para que éste garantice su socialización. En este grupo de gastos aparecen las típicas inversiones sociales en infraestructura productiva (tecnológica, científica, de localización espacial, de transporte, etc., etc.), que tradi-

cionalmente ha sido la intervención y realización clásica acometida desde el sector público y que siendo presentada como un hecho de interés social general, en realidad representa una acción fundamental para reproducir las bases colectivas de la acumulación privada de capital. Se produce así una transferencia de rentas desde la colectividad impositora hasta la reducida élite monopolística -que es capaz siempre, y en última instancia, gracias a su situación de dominio sobre los mercados en que actúa de repercutir sus impuestos no sobre su beneficio, sino sobre el precio de sus productos- al conseguir esta última inputs productivos básicos sensiblemente abaratados, o incluso sin ningún coste directo.

En este sentido resulta evidente la subordinación de la política económica a la lógica del mercado; la propiedad estatal o las decisiones de intervención de la economía pública no restringen el ámbito de operación de la empresa privada, más bien lo que hacen es asumir las responsabilidades que ésta no se encuentra dispuesta para afrontar porque antepone, siempre y a toda costa, el mantenimiento de saneados niveles de rentabilidad. Como el conocido economista polaco Michal Kalecki había señalado a principios de los años cuarenta -en un artículo clarividente y premitorio de como iban a ser diseñadas las políticas de actuación de los Estados capitalistas de postguerra (254)-, uno de los principios fundamentales de la intervención del gobierno

en la economía es que la inversión pública debe limitarse a realizar los objetivos que no entran en competencia con los intereses del sector privado; ya que, de no ser así, el impacto de la acción estatal sobre el espacio económico sería limitar el margen de utilidades de la inversión privada, reduciendo el volumen de beneficios y el ritmo de su reproducción ampliada, lo que significaría, finalmente, segar por su base los mecanismos sobre los que se asienta el desarrollo económico.

Sin embargo, y a pesar de que la intervención del Estado se mueve, como vemos, en un marco muy específico -el que delimita la rentabilidad empresarial-, su necesidad ha ido en aumento en el ciclo económico de carácter expansivo -- que arranca con el final de Segunda Guerra Mundial, y encuentra su tope con la crisis de los años setenta, pues - su especial fuerza y dinamismo -que se tradujo en la mayor capacidad de crecimiento que ha conocido la historia de los países occidentales- proviene de la renovación permanente de los medios de producción, factor básico para incrementar la productividad bruta y el volumen de producción global, lo que exige cantidades ingentes de capital para financiar la reducción del tiempo de rotación del capital fijo, la aceleración de la innovación tecnológica y el sensible incremento en el coste de los proyectos industriales debido a la inclusión de equipos y maquinaria semiautomática -con el inevitable aumento del riesgo fi-

nanciero asociado al incremento de la relación capital/trabajo-, etc., etc. Financiación que sólo puede ser conseguida si parte de los costes, riesgos y pérdidas son socializados, sin esta financiación socializada -vía presupuesto del Estado-, por lo demás, habría sido impensable que fuera salvado el bache estructural (255) que surge entre la inversión necesaria para dinamizar el progreso tecnológico en su línea estrictamente potencial (en forma de programas de investigación realizados, prospecciones para el aprovisionamiento de materias primas, nuevos materiales e insumos básicos o intermedios, etc.) y la fracción de esta evolución que se concreta en técnicas o materiales auténticamente rentables, con lo que esto habría supuesto de freno para la innovación constante de los elementos técnicos del proceso de trabajo y, por tanto, de freno para la acumulación de capital.

En resumen, la tendencia general es -como han señalado un amplio grupo de economistas que abarcan posturas teóricas tan diferentes como las que pueden representar Paul Mattick (256) o Joseph Gillman (257)- generar necesidades de inversión muy superiores a las que pueden cubrirse con el único concurso de los beneficios empresariales reinvertidos o el ahorro privado efectivo (es decir, que pueda comportarse como inversión y no como un simple consumo diferido, y téngase en cuenta que el sostenimiento del consumo es funda-

mental, en esta coyuntura histórica, para el mantenimiento del modelo de desarrollo, y es lógico, por ello, que las propensiones a consumir sean altísimas). Para conseguir elevar la formación tecnológica potencial resulta necesario, por este motivo, sustraer por la vía impositiva los gastos para la remodelación permanente de los medios de producción que intervienen en el proceso de trabajo, o financiarlos vía déficit presupuestario, con la consiguiente inyección inflacionaria al sistema de circulación monetaria, lo que expresado siguiendo el claro esquema interpretativo de Gillman, no sería otra cosa que extraer vía gasto público (y específicamente vía déficit presupuestario) el excedente social, actual o realizable, que de una manera individual se comporta como no invertible.

8.1. Consumos colectivos y salarios indirectos: Las políticas sociales del Estado intervencionista.

Resulta difícil definir con claridad y bajo una misma denominación el conjunto de prácticas estatales que componen las políticas sociales, pero puestos a buscar un rasgo básico en todas ellas que las diferencie nítidamente del amplio grupo de actuaciones del sector público en la economía, podríamos decir que son aquellas que tienen como fin fundamental precisamente el adecuar la fuerza de

trabajo y su reproducción a las exigencias del desarrollo económico (258). Pues si bien es cierto que la primera y natural "política social" es la que marca el mercado, distribuyendo la fuerza de trabajo, fijando su remuneración y comercializando parte de los elementos materiales necesarios para su mantenimiento y continuidad tanto en su devenir cotidiano como en su evolución generacional, no es menos cierto tampoco que el simple funcionamiento de los mecanismos mercantiles se demuestra, y se ha demostrado históricamente, incapaz de ajustar la relación salarial con las condiciones de su expresión en una norma social de consumo o, dicho de otra manera, de armonizar la producción económica con la reproducción social del sistema; y de esta incapacidad de ajuste se derivan no sólo conflictos sociales cuya permanencia constante -supondría la desestabilización de la convivencia, sino también (como hemos visto reiteradamente en los capítulos anteriores) los críticos problemas de la sobreproducción, la realización de valores y el subconsumo generalizado.

El tema, además, se hace particularmente agudo al considerar la naturaleza muy especial de mercancía que presenta la fuerza de trabajo, ya que por un lado, los movimientos que determina el mercado que la asigna por las diferentes ramas productivas -el mercado de trabajo- acaban invariablemente circunscribiendo un ejército de reserva de mano de obra, cuyo tamaño depende del momento por el

que atraviesa el ciclo de actividad económica y cuya razón profunda se encuentra en el uso capitalista de la -- inseguridad obrera que provoca este ejército de reserva, como control básico para la disciplina de la fábrica y, a la vez, (lo que es el punto de apoyo central del sistema salarial en una economía de mercado) como el factor más importante de contención y presión hacia la baja del precio de la fuerza de trabajo (259). Por otro lado, el lógico y evidente carácter social de la mercancía fuerza de trabajo convierte su reproducción en un proceso -- que lejos de ser mecánico y perfectamente adaptable a -- los requerimientos de la acumulación se constituye como un proceso conflictivo mediado por la dinámica de enfrentamientos que surge de la dicotomía capital/trabajo.

La política social del Estado intervencionista responde así, de una manera contradictoria e incompleta, tanto a las necesidades que se desprenden del funcionamiento del mercado de trabajo, la gestión del ejército de reserva, como de las presiones que se originan en los diferentes espacios sociales e instituciones sobre los que se articula la reproducción de la fuerza de trabajo (260).

El salario entonces, se puede dividir en una doble dimensión: el salario directo, que "contribuye a la reconstitución de la fuerza de trabajo en tanto que mercancía --

inmediatamente disponible en el mercado" (261), es la parte que se monetariza de una manera directa (siendo la retribución de la fuerza de trabajo, en cuanto que fuerza de trabajo efectivamente prestada durante una jornada laboral determinada) y es la que asume de forma total y completa el capital como entidad privada. Sin embargo, existen otros componentes del valor de la fuerza de trabajo que no pueden ser reducidos a este salario directo --sustento del trabajador durante su período de empleo -- efectivo--, son aquellos que aparecen como consecuencia de los períodos en los que no existe contraprestación inmediata de trabajo (paro, enfermedad, jubilación, desocupación ocasional, etc.), o, que su principal función está asociada a la reproducción generacional y "habituación" de la mano de obra (mantenimiento de la descendencia, educación, formación profesional, infraestructuras urbanas en general, etc.). Estos últimos costes de mantenimiento y reposición histórica de la fuerza de trabajo no están, sin embargo, integrados en la contabilidad de empresa -a modo de una "amortización" de la fuerza de trabajo--, porque no sólo la misma naturaleza de la valoración de capital prescinde de todo aquello que no sean factores de producción inmediatamente rentables, sino también porque la asunción por parte del capital de estos -costes sociales suprimiría la naturaleza "libre" de la mercancía fuerza de trabajo y la necesidad de la asalariación que de tal naturaleza se desprende. Es aquí donde

de aparece la intervención del Estado para hacerse cargo de la gestión de la fuerza de trabajo asegurando su reproducción en los límites del mantenimiento de la inseguridad fundamental en el empleo y la disciplina de fábrica, así como un flujo continuo de fuerza de trabajo - siempre disponible para el proceso de trabajo (262). Al conjunto de estas prestaciones sociales que siendo fundamentales para la manutención cotidiana y generacional de la fuerza de trabajo, no tienen forma de retribución monetaria en un sentido estricto, ni tampoco de objeto mercantil simple, los denominaremos salarios indirectos.

En este sentido es evidente que si en algo cambian radicalmente los contenidos de la intervención estatal a partir de la Segunda Guerra Mundial, con el "mercado social" Keynesiano, es en lo que se refiere al mantenimiento de la mano de obra, el control del Estado sobre la reproducción de la fuerza de trabajo y en general a las políticas sociales y de distribución de los salarios indirectos. En este terreno existe un salto cualitativo con respecto a cualquier forma de intervención anterior, salto cualitativo, por otra parte, que responde a las mutaciones de la norma de consumo de masas y a las condiciones mercantiles de la reproducción de la fuerza de trabajo, con las que se viene a complementar de una manera singularmente clara; formando entre ambos espacios económicos

-el mercado y el sector público- los soportes inseparables del modelo social de desarrollo del capitalismo avanzado.

Porque si el esquema fundamental que opera en cualquier etapa histórica del modo de producción capitalista es aquel que tiende, como hemos visto, a disociar en dos partes fundamentales el mantenimiento de la fuerza de trabajo -aquella que reconstruye al trabajador durante su período de empleo efectivo (el salario directo), y aquella otra que reconstruye la fuerza de trabajo en los períodos de enfermedad, paro, etc., así como en su vertiente familiar, pedagógica, urbana, etc. (el salario indirecto)- y la norma histórica es, igualmente, que el capitalista individual se libere del problema del mantenimiento de la mano de obra mediante el pago únicamente del salario directo (pasar de ahí sería rebasar sus funciones concretas de capitalista y acabar con la falacia necesaria de presentar el salario como el precio que corresponde al "trabajo" ejecutado) (264). Sin embargo, la forma específica de realizarse este esquema ha ido -- evolucionando a lo largo de la historia del capitalismo, condicionada por el modo de producción y acumulación del excedente económico que domine en cada coyuntura económica específica.

Así en las primeras etapas del desarrollo capitalista, en las que todavía no se había constituido una norma estabilizada y ordenada de consumo de masas (el capitalismo miserabilista preindustrial o industrial) la política social se puede caracterizar principalmente, aunque resulte paradójico, por su ausencia formal, pero al mismo tiempo, por su existencia real y funcional. Esto es, la red institucional que cubría ciertos segmentos de la reproducción de la fuerza de trabajo, era un conjunto disgregado de aparatos de muy diversa procedencia -desde instituciones heredadas de modos de producción no capitalistas (hospitales, instituciones religiosas y caritativas, casas de pobres, etc.) hasta las exiguas estructuras de protección legal de los Estados/nación (265)-, pero cuya actividad se limitaba a "remediar" de una manera muy parcial los efectos devastadores del irresistible ascenso del maquinismo y la división técnica del trabajo, esta "política social" era un agente pasivo de adaptación de la mano de obra a las condiciones de vida y dominación del primer capitalismo de producción extensiva: manutención de niveles salariales de difícil subsistencia, largas jornadas de trabajo, autoconsumo, importante producción de servicios domésticos, etc.

Sin embargo, para encontrarnos con un papel realmente activo de la política social, y con el concepto básico

del consumo colectivo (complementario y regulador del consumo privado y referencia ya insustituible en la producción capitalista), habrá que esperar -después de unos primeros intentos contradictorios, titubeantes o dramáticos que se pueden hallar en el período de entreguerras (265)- a la salida "social" de la Segunda Guerra Mundial por la que se constituye una nueva relación de fuerzas entre capital y trabajo, subordinando la acción obrera a los mecanismos legales y económicos de la intervención estatal, integrando ya definitivamente los partidos de masas en la estructura política parlamentaria y entrando en una era de negociaciones, pactos y concesiones establecidas a través de la "relación social" que supone el moderno Estado benefactor (266). Ahora la política social no significa solamente un mero socorro para las situaciones penosas o un lenitivo para suavizar los conflictos estructurales que surgen del funcionamiento histórico del ejército de reserva, sino que como el economista británico Ian Gough señala, su funcionamiento se nos presenta ya como : "la utilización del poder estatal para modificar la reproducción de la fuerza de trabajo y para mantener a la población no trabajadora en las sociedades --capitalistas" (267).

Lo que nos lleva a una conclusión importante, con el advenimiento del consumo obrero, el fordismo y la producción en masa, el salario indirecto, que sigue siendo el

valor del mantenimiento de la fuerza de trabajo al margen del tiempo efectivo de producción , es socializado mediante su gestión estatal, teniendo además, en esta época un cometido mucho más amplio: es la manera de financiar y ordenar las infraestructuras económicas, sociales y espaciales que sirven de base para que se reproduzca sin estrangulamientos la "norma de consumo de masas".

El sistema jurídico que articula este tipo de política social (en el que los salarios indirectos son complementarios y reguladores de los consumos privados) no es otro que el conocido como "Estado del bienestar" o, si se quiere, ---- "Welfare State" que por diversas vías, ya sea normativamente en forma de "regulación estatal de las actividades privadas", ya sea en forma de asistencia directa : "provisión estatal de servicios", (268) es la forma que adquiere la - intervención estatal para reorganizar el modo de vida según las necesidades que impone el proceso dominante de organización del trabajo y el modelo de acumulación de capital. De esta forma a la más antigua función legislativa que altera de manera inmediata, pero indirecta, las condiciones de vida de individuos y grupos dentro de la población (legislación fiscal, "leyes de fábrica", reglamentación sobre -- consumo, publicidad, etc, etc.) hay que añadir una auténtica función directa de reproducción de la fuerza de trabajo en la que el Estado interviene para ordenar y acometer en

ciertas parcelas, el proceso de producción social del individuo, tanto en su reproducción biológica generacional como en el consumo económico cotidiano o la socialización cultural (269).

Las modalidades que adquiere esta función de reproducción han sido convenientemente subdivididas (270), en dos componentes fundamentales : los salarios sociales y los consumos colectivos o sociales. Los primeros, los salarios sociales, consisten en la serie de beneficios en dinero, o en transferencias monetarias a la población activa y no -- ocupada que aumentan su capacidad de compra; seguros de desempleo, pensiones de jubilación, subsidios y ayudas familiares, etc., sirven, desde esta perspectiva, como un - factor más para estabilizar la norma de consumo de masas impidiendo que las coyunturas cíclicas rompan bruscamente los ritmos habituales de consumo. Sin embargo, en este con- texto, es necesario hacer una puntualización importante: estas formas de cobertura monetaria del paro, períodos de enfermedad o jubilación aunque "protectoras" en ningún caso son totales y siguen manteniendo la inseguridad obrera ligeramente mitigada, pues erradicarla , por ejem- plo, asegurando una prestación igual a un salario de por vida o una percepción gratuita de toda clase de servicios sería acabar con la fuerza de trabajo como mercancía "li- bre" que debe acudir al mercado de trabajo y, por tanto,

con el capitalismo como sistema social.

Los consumos colectivos son aquellos servicios en "especie" que se pueden conseguir gratis o a un precio fuertemente subvencionado, se consumen directamente como valores de uso por los ciudadanos y en ellos el Estado toma el papel de ser, en este período del capitalismo avanzado que estamos analizando, su productor principal, o dicho de una manera mas matizada, de ser su suministrador principal, si con los salarios sociales el Estado intervenía en la cadena producción/distribución/consumo justamente en la esfera intermedia de la distribución, con este otro grupo de gastos públicos su incidencia es directa sobre el ámbito complementario de la producción y el consumo (271). La lista de estos consumos colectivos, que también son denominados -siguiendo la pauta impuesta por la planificación indicativa francesa (272)- como "equipamientos colectivos", se puede hacer interminable pero según sus más corrientes campos de actuación pueden ser sistematizados en conjuntos homogéneos del tipo : equipamientos económicos (transportes públicos, vías de comunicación, infraestructuras productivas y mercantiles, etc.); equipamientos sociales (espacios de ocio, formación y educación, vivienda, etc.) y por fin y debido a su considerable crecimiento en importancia cualitativa y cuantitativa se puede ofrecer como un grupo específico, los equipamientos sanitarios (asistencia

hospitalaria, servicios de limpieza, potabilización de agua, etc.), en todo caso su peculiaridad común es que son factores que entran a formar parte de la reproducción de la fuerza de trabajo sin tener forma de mercancía, en sentido estricto, ni ser adquiridas en un mercado abierto.

En los consumos colectivos la "ley de intervención" que - definió Kalecki, y que ya reseñamos más abajo, se sigue cumpliendo de una manera evidente; dadas las condiciones de producción y explotación del bien público éste será ofrecido por el Estado según su rentabilidad concreta en cada coyuntura particular de desarrollo de la economía capitalista no interfiriendo el Estado en el margen de utilidades de la empresa privada. La naturaleza de "colectivos" de estos bienes (273), ha sido determinante en su asunción por parte del sector público, ya que si las condiciones de producción -la cadena de montaje y sus posteriores semiautomatismos- y las condiciones de realización -la "norma de consumo de masas"- que han sido impuestas por el modelo de acumulación de capital tienden a consagrar a las mercancías de consumo individualizado como los motores del crecimiento económico, surge entonces la necesidad de toda una serie de consumos colectivos, que se apartan de las características que convierten a un simple bien en mercancía rentable, pero que son --

necesarios como infraestructuras espaciales, sociales o personales del consumo-tipo que se desarrolla con el fordismo. He aquí por lo tanto, donde se incardina la intervención estatal en este campo específico de los consumos y - equipamientos sociales.

Ahora bien, si el análisis de la política social, la intervención estatal y los consumos colectivos vinculados a las contradicciones de la producción capitalista tal como lo hemos efectuado hasta aquí es imprescindible para entender la dialéctica del crecimiento de la participación de las -- economías públicas en el Occidente desarrollado, resulta -- del mismo modo imprescindible realizar el estudio de la intervención estatal como un mecanismo directamente productor de relaciones sociales (y no como un simple "racionalizador" de los desajustes que el modelo de desarrollo económico genera) (274), es decir, como elemento de integración/do minación de los movimientos/movilizaciones espaciales económicas y sociales de las diferentes clases en un marco político estable.

8.2. Estado y relaciones industriales: el marco para el control político de la reproducción de la fuerza de trabajo.-

La política de clase que instauran los aparatos de Estado a partir de la Segunda Guerra Mundial sólo puede ser entendida poniéndola en relación con la dinámica de rápido crecimiento, relativamente armónico y mutuamente sostenido, de la producción en masa y la norma de consumo, el hecho ha sido que para mantenerla suficientemente estabilizada y monetariamente lubricada se han venido instrumentando políticas y disposiciones legales que han permitido la integración, controlada, de las reivindicaciones económicas de las clases populares en un marco normativo político-económico de regulación estatal de las relaciones industriales (convenios colectivos, política de rentas, pacto social, concentración, etc.). Si tales mecanismos han tenido, por una parte, un significado central para consolidar políticamente las acciones de clase del movimiento obrero -estructuradas y unificadas socialmente como nunca antes lo habían estado-, por otra parte, han servido también para que la representación sindical se convierta en un factor más de racionalización del modelo mismo de desarrollo neocapitalista,

al actuar ésta en la línea marcada, por la propia expansión del capital, limitándose, en última instancia, a encargarse de concertar un precio de la fuerza de trabajo que garantice la realización de los valores producidos. Trataremos de desarrollar estos puntos de vista en el apartado que ahora : abrimos.

* * *

Si con Michel Foucault consideramos que:

"... la disciplina es el procedimiento técnico unitario por el cual la fuerza del cuerpo está con el menor gasto reducida - como fuerza "política" y maximizada como fuerza útil. El crecimiento de una economía capitalista ha exigido la modalidad específica del poder disciplinario, cuyas fórmulas generales, los procedimientos de sumisión de las fuerzas y de los cuerpos, la "anatomía política" en una palabra, pueden ser puestos en acción a través de los regímenes políticos, de los aparatos o de las instituciones más diversas" (275).

Entonces podemos observar como en la formación y desarrollo de una "sociedad disciplinaria" se han ido añadiendo sucesivamente a los primeros mecanismos de control basados en instituciones cerradas (fábrica, cárcel, cuartel, etc.), procedimientos disciplinarios mucho más diseminados, múltiples y universalizados donde cada vez aparece menos el factor humano y más las relaciones de poder codificadas y objetivadas por un esquema de actuación impersonal (276), en este sentido el marco estatal de mediatización y encauzamiento del conflicto de clases se manifiesta como un potente mecanismo disciplinario de ajuste "suave" de los individuos a la producción social. Vemos, por lo tanto, como a una disciplina "panoptica" que preside los orígenes de la organización capitalista del trabajo industrial (siguiendo el modelo penitenciario en boga) (277)- en los inicios del "factory system" las tareas se disponen de tal manera que la mirada patronal puede estar presente sobre todas las parcelas del proceso industrial al mismo tiempo-, se le viene a superponer más tarde una disciplina "maquinica" -la vigilancia personal queda integrada en la pauta objetiva que supone el seguimiento obrero del funcionamiento de una máquina que actúa según reglas, ritmos y criterios establecidos externamente en el diseño industrial primero y en la "organización científica" taylorista que lo complementa después-, por fin, como extensión social de la disciplina productiva se concreta una disciplina "contractual" (278) por la cual, tanto en la esfera de la producción como

en la de la distribución del excedente, se reconoce y consagra, vía estatal, el papel regulador de las organizaciones obreras, institucionalizando a todos los niveles sociales posibles (empresa, sector, Estado/nación, etc.) la idea del "contrato social" (llámese convenio colectivo, política de rentas, pacto social, etc.) en el que cada agente social trata de **imponer su** estrategia: para la patronal es la -- forma de utilizar el principio de la delegación obrera como relación jerárquica de control, para los movimientos obreros es la forma de conseguir avances sustantivos, mejoras -- importantes en su nivel de vida y su reconocimiento expreso como parte negociadora.

La instauración de esta "disciplina contractual" que supone la sustitución, como sistema de acción sindical principal de la movilización de masas por la negociación de los cuadros (lo que no quiere decir que no sigan produciéndose frecuentemente movimientos de base, pero estos generalmente están en función de las tácticas negociadoras), además de garantizar un nuevo ciclo de disciplina política y "paz social" acarrea consecuencias importantes para el modelo de acumulación económica al conseguir sincronizar la reproducción de la fuerza de trabajo con los requerimientos de -- la valorización del capital.

Es así como mediante un conjunto de instituciones político-laborales arbitradas por el Estado capitalista, y que de modo genérico se pueden denominar mecanismos de negociación colectiva, se ha conseguido desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años sesenta --- (cuando el sindicalismo oficial fue desbordado ampliamente y en diferentes planos por acciones no esperadas, que ya estudiaremos más adelante) regular el ritmo de las transformaciones en el proceso de trabajo --léase incremento de la productividad-- con el desarrollo de la demanda solvente, o lo que en definitiva significa en el sistema conceptual que aquí venimos empleando, con la continua renovación y sustitución de bienes de la norma social de consumo de masas.

El sindicato ya no es una simple "autoorganización" de trabajadores que se moviliza según los distintos acontecimientos históricos, ahora adquiere su máxima importancia al --comportarse como un aparato de mediación que "conecta" las bases con el sistema institucional (Estado y patronales) que lo enmarca, encontrando su representatividad justamente en su capacidad de traducir las exigencias obreras en reivindicaciones negociables y la limitación de éstas a los cauces jurídico-políticos instrumentados, en caso de no poder realizar esta función el papel de interlocutor social reconocido se perdería y la misma razón de ser del sindicato en el capitalismo avanzado se perdería al mismo tiem-

po. Un sistema ideológico de representación de las relaciones sociales se proyecta sobre el sistema de la acción sindical (279) acabando por situar, según la fórmula acuñada por André Gorz (280), "el poder del proletariado como el inverso simétrico del poder del capital".

El modelo normativo que expresa esta dialéctica social es la negociación colectiva, cuyos efectos económicos se hacen inmediatamente visibles. Los convenios colectivos y todo el conjunto de elementos estables que configuran esta superestructura negociadora permiten la integración de los incrementos de los costes salariales en los planes de inversión de la empresa. Suprimiendo las fluctuaciones del precio de la mercancía fuerza de trabajo por la certidumbre de unos aumentos continuados y controlados de los salarios (281) esta magnitud se hace programable y no interfiere de manera ostensible en la renovación permanente de las condiciones materiales del proceso de trabajo:

"... Pudiendo incorporar al capital adelantado la evolución futura de los salarios con una elevada probabilidad, las empresas han introducido y desarrollado sistemáticamente por medio de sus planes de inversión el proceso de trabajo semiautomático aplicado a la producción ---"

trivializada de grandes series. De ahí se han derivado el acelerado descenso del coste salarial social real en la primera parte de los años 60, y la oleada de inversiones más fuerte de la historia del capitalismo. De ahí se han derivado también la reducida sensibilidad de la formación de capital a las fluctuaciones cortas de la producción y, recíprocamente, el papel de la formación de capital en la amortiguación de estas fluctuaciones" (282).

Lo que reducido a una expresión más sencilla significa que siendo posible incrementar la productividad del trabajo continuamente gracias a la incorporación progresiva de nuevos sistemas de máquinas y equipos de capital a los procesos de fabricación y, a la vez, mantener un alza regular (y controlada) de los niveles salariales, mediante la gestión de los mecanismos de negociación (fundamentalmente los convenios colectivos), siempre inferior a los niveles de productividad conseguidos se garantiza tanto la realización de los valores producidos como la reproducción ampliada de capital.

La dinámica conflicto-pacto social expresa, pues, el desarrollo de las relaciones industriales como control de las relaciones de producción en un sistema contradictorio de fuerzas e intereses sociales (283). La institucio

nalización del funcionamiento del sindicato en el marco legitimador estatal es, en primer lugar, la más firme - prueba del reconocimiento de la fuerza estructural de la clase obrera -producto, a su vez, de la difusión y generalización de la producción en masa, la concentración física de la fuerza de trabajo en los puntos fabriles y urbanos, así como de su organización política (284)-, pero es, desde otro punto de vista, la consagración definitiva de un modelo sindical representativo/burocrático (285) garante de la ejecución del trabajo, de la previsibilidad de las acciones y reivindicaciones salariales de la fuerza de trabajo y de la estabilización de una estructura -- contractual que actúa justamente en la línea de realización económica del modo histórico de crecimiento sobre el que se basa la gran onda expansiva de postguerra. Conviene, además, que nos detengamos en la forma concreta en -- que se realiza la negociación colectiva a todos los niveles, tratando sólo de analizar sus presupuestos de actuación en lo que se refiere a sus interdependencias con el proceso de su reproducción de la mercancía trabajo y el mantenimiento de la norma social de consumo de masas.

El primer gran "principio programático" que respalda la - negociación colectiva tal como se viene llevando a cabo desde finales de la Segunda Guerra Mundial es aquel que ha animado las políticas de rentas realizadas tanto a nivel de Estado/nación (política de rentas propiamente dicha,

pacto social, concertación, etc., etc.) como a nivel de empresa constituida debido a la nueva estructura "participativa en una especie de Estado privado", o de rama de actividad (convenios colectivos), y no consiste en otra cosa que en asociar obligatoriamente los incrementos de salarios a los incrementos de la productividad del trabajo, tal mecanismo significa, en la práctica, instaurar en los usos comunes de la negociación un antiguo y falaz postulado de la economía neoclásica: que el salario se iguala a la productividad marginal del trabajo. Lo que - además de ser empíricamente insostenible, ya que como han demostrado en España José Luís García Delgado y "Arturo López Muñoz" (286) resulta teórica y prácticamente imposible determinar cuál es el incremento de producción por hora de trabajo que se debe a cada colectivo aislado de trabajadores en una economía donde el proceso de producción reviste un carácter cada día más socializado e incluso mundializado, y donde la competencia perfecta brilla por su ausencia (dejando de lado, por otra parte, las múltiples interferencias ideológicas que se introducen al -- formalizar un indicador estadístico de la productividad (287) como es la reducción homogeneizadora de trabajos, - actividades y productos fuertemente diferenciados a una variable monetaria difícilmente estabilizable; la "confusión" entre productividad e intensidad del trabajo; la ausencia en la formalización del concepto de variables tan importantes como ritmos y cargas físicas y mentales

del trabajo, introduciendo sólo una "unidad de tiempo" abstracta y poco especificada, etc., etc.) se supone que con el salario el capitalista paga el rendimiento del productor, su trabajo, cuando lo que hace realmente es comprar el valor de la fuerza de trabajo: "En el mercado, lo que se contrapone directamente al poseedor de dinero no es en realidad el trabajo sino el obrero. Lo que vende este último es su fuerza de trabajo. No bien comienza efectivamente su trabajo, éste ha cesado ya de pertenecer al obrero, quien, por tanto, ya no puede venderlo. El trabajo es la sustancia y la medida inmanente de los valores, pero - él mismo no tiene valor alguno" (288). De este modo el empresario puede intensificar el trabajo, utilizarlo en proporciones distintas o someterlo a condiciones técnicas diferentes sin que por ello existan variaciones proporcionales en el nivel de salarios, si fuera de manera contraria sería igualar el valor de los salarios al valor de su producto social y por tanto acabar con la ganancia capitalista.

El segundo argumento que se emplea con profusión en la negociación colectiva, asentándose también como otro de los pilares fundamentales para su evolución, es el que consiste en supeditar el crecimiento de los salarios al crecimiento de los precios, la negociación colectiva se convierte, entonces, en un proceso que se limita a refrendar la desi-

gualdad distributiva de la estructura mercantil, porque la asociación entre el incremento de precios y salarios no sólo se realiza de tal manera que implica permanentemente un retardo por parte de los salarios, lo que significa un contínuo desfase en favor de los precios (garantizándose con este hecho un drenaje monetario necesario para que el desarrollo equilibrado de los sectores de producción no encuentre estrangulamientos de liquidez), sino también porque la espiral precios-salarios que se origina es de carácter absolutamente asimétrico, donde uno de los términos puede ser repercutido casi instantáneamente sobre el otro en una dirección (incremento de salarios en incremento de precios), pero en el otro sentido es necesario esperar un nuevo convenio colectivo, pacto social o concertación para conseguirlo (uno o dos años normalmente), el resultado de este desfase es la seguridad de beneficios capitalistas a corto plazo y la fluidez de los mecanismos financieros de las empresas en períodos de tiempo considerable, pero también, como veremos, una tendencia estructural hacia la crisis de acumulación a largo plazo (desarticulación de los ritmos de crecimiento del sector I -fabricación de bienes de capital-, con relación al sector II -fabricación de bienes de consumo- en los períodos críticos de los ciclos económicos largos).

* * *

En suma, la dinámica de las relaciones industriales viene a configurarse, en general, como un conjunto de controles sociales que debidamente institucionalizados y legitimados vía intervención estatal contribuyen a crear la figura de un trabajador productivo (y un sindicalismo) estabilizado y adaptado a las condiciones dominantes de producción de masa -o sea, disciplinado según las pautas --fordistas de producción en cadena- y al universo social del consumo familiar normalizado. En este contexto -donde además se experimenta el declive histórico del obrero (y del sindicalismo) de "oficio" y la continuidad de segmentos sociales "marginales" en situación de sobre-explotación "arcaica" (emigrantes, temporeros, un cierto campesinado, grupos étnicos sojuzgados, etc.) (289)- la negociación colectiva, al regular el desarrollo de los niveles salariales conforme las necesidades de la producción capitalista, cumple un papel fundamental en esa estabilización de los modos de vida y la norma social de consumo de masas, reforzando así la seguridad del sistema de no entrar en sobreproducción y, con ello, la posibilidad de encontrar su senda de crecimiento autosostenido y de desarrollo equilibrado de los sectores productivos

Pero que este marco de las relaciones laborales se haya mostrado como un instrumento particularmente efectivo de control económico y social no quiere decir, por supuesto,

que sea capaz de superar las contradicciones en que se desenvuelve el modo de producción capitalista y esto lo convierte en un mecanismo muy delicado que se ve distorsionado por presiones de todos los colectivos en litigio y que en los períodos en los que la economía entra en crisis puede producir resultados "explosivos" totalmente distintos a los que se buscaban sobre todo destruyendo los difíciles equilibrios que ha logrado construir la política monetaria del moderno Estado Keynesiano y que son los que nosotros vamos a revisar a continuación.

8.3. Política monetaria y realización de los valores: un aspecto estructural de la inflación permanente.

"Fuerza de trabajo y moneda: ambas forman parte del mundo de la mercancía, pero ambas poseen en él un estatuto particular que reclama su gestión estatal" (290).

Estas palabras de la economista francesa Suzanne de -- Brunhoff, especialista en temas monetarios, marcan fiel

mente la intención de esta pequeña nota que pensamos dedicar a la política monetaria, no vamos en ella a estudiar, lógicamente ningún aspecto instrumental, teórico o monográfico sobre el tema, simplemente intentaremos establecer las relaciones que se **entrecruzan** entre la inflación contemporánea, la renovación permanente de la "norma de consumo de masas" y la realización monetaria de los valores producidos.

* * *

En efecto, el modelo de acumulación que se instituye a partir de la producción en masa de mercancías de consumo generalizado encuentra sus límites "físicos" en el tamaño del mercado y la existencia de una demanda solvente continuada, al mismo tiempo para enfrentarse a este problema de mantener una demanda creciente de mercancías que mantenga el cada vez más rápido ciclo de -- producción/distribución/consumo (realización de beneficios)/producción... etc. la moderna gestión empresarial ha generalizado prácticas de desvalorización "artificial" de las mercancías por medio de la obsolescencia organizada de los productos, ya sea "psicológica" (las campañas publicitarias acortan la vida "útil" del producto al imponer nuevos valores-signo que hacen pasar de moda a

los anteriores), ya sea "funcional" (al introducir en el mercado un producto retocado aunque sólo sea en sus aspectos más externos y accesorios deja inmediatamente anticuado al anterior de la gama), o incluso "técnica" (los productos se fabrican con un período de duración pre-fijado y a partir de que éste, aproximadamente, concluye, o se cambia definitivamente de producto o se dispone de un objeto interna y extremadamente degradado, socialmente impresentable). Pero a estos sistemas de desvalorización real de las mercancías (que ya hemos estudiado en un capítulo anterior) se vienen a añadir mecanismos financieros que se complementan mutuamente (extensión del crédito privado, ventas a plazos y toda una serie de instrumentos que tienden a mantener lo suficientemente lubricada la circulación mercantil, conocidos anteriormente de forma muy limitada o en formas "viciosas" -usura- o totalmente inéditos -tarjetas de crédito, ventas a plazos, "financiación" de la compra de consumos duraderos, etc., etc-), constituyéndose como auténticos sistemas de valorización o pseudo-valorización monetaria (y en este sentido se puede decir que "ficticia") de las condiciones de realización de las mercancías.

Creándose de esta manera nuevos medios de circulación y de pago se logra que el circuito D-M-D' (Dinero-Mercancía-Dinero+beneficio incorporado) se cierre no mediante la

conversión de la mercancía producida en su equivalente monetario general de un modo directo, sino, por el contrario, mediante formas indirectas que se introducen como complementarios "crediticios" de la circulación del capital (291). El resultado de este proceso es la progresiva ruptura entre el valor de las mercancías y sus equivalentes monetarios que tiene carácter acumulativo y cuya expresión última es un impulso que, combinado con -- otros factores que aquí no entraremos a estudiar como es natural, tiende a generar una inflación permanente.

Este proceso es acumulativo pues su única solución de continuidad es su expansión económica aún en proporciones mayores; el mantenimiento de una producción en crecimiento debe ser respaldada por el incremento en los niveles globales de endeudamiento del consumidor y la generalización de prácticas financieras "inestables" que a su vez, inducen un nuevo ciclo productivo con un nuevo período de realización a través de una mezcla de mecanismos de deuda, crédito y medios en efectivo, y así constantemente (292). Este sistema se automantiene en expansión siempre que la relación entre mercancías reales, equivalentes monetarios y "nuevos medios de pago"

no adquiera una evolución desordenada que rompa los difíciles equilibrios que la política monetaria establece y desencadene una inflación galopante.

Porque es en este lugar precisamente donde se inscribe la política económica del Estado Keynesiano. La valoración privada de las mercancías por medio de los mecanismos monetarios indirectos tiene que ser cubierta socialmente por la oferta monetaria estatal. Es el Estado pues, quien en última instancia, crea las condiciones - financieras apropiadas para la realización de los valores inflacionando el diferencial que se crea en la circulación mercantil (cada día más ampliada) entre los valores producidos y sus equivalentes monetarios finales permitiendo, de esta manera, la reproducción de todo el modelo intensivo de acumulación de capital. Entonces se puede concluir diciendo que a la degradación "controlada" de los valores de uso de las mercancías en el capitalismo avanzado le acompaña invariablemente la degradación "controlada" de los valores de cambio en forma de inflación, - que es el instrumento por el que se evitan, vía política monetaria del Estado intervencionista, los estrangulamientos en la circulación y realización de los valores.

* * *

Se contraponen así la inflación continuada de la segunda postguerra mundial a los saltos bruscos que presidían a corto plazo la dinámica del desarrollo económico a lo largo del siglo diecinueve y primeros decenios del veinte, cuando la aparición de la sobreproducción coyuntural sólo podía ser parcialmente aliviada por medio de rápidas deflaciones; deflaciones que eran la única salida posible debido a la rigidez monetaria que suponía la limitación, prácticamente material, del patrón oro y cuyos efectos no se limitaban a la ruptura del ritmo de circulación y realización de las mercancías, sino que alcanzaban la misma esfera productiva destruyendo capital instalado como resultado del derrumbe rápido y a corto plazo de la tasa de ganancia (293). Sin embargo, la moderna "inflación equilibrada", inherente al marco de producción y consumo en masa en que se genera, -que en los países centrales de la "economía mundo" ha crecido a una media anual, desde 1951 a 1970 entre un 3% y un 5% (294)- monetiza las tendencias estructurales a la sobreproducción; mediante la depreciación del dinero se crean interferencias y serias inestabilidades en el ámbito de la circulación, pero ni ésta llega a quebrarse ni tampoco la producción se bloquea, con lo que además de asegurarse una importante estabilidad social se mantienen vía monetaria (y lo que es fundamental vía pública) las condiciones de realización, beneficio y expansión del capital privado.

8.4. Consideraciones finales sobre el Estado intervencio-
nista y la reproducción de la fuerza de trabajo:
concepciones teóricas y cuestiones prácticas.

En las páginas que cierran este capítulo, trataremos de examinar, siguiendo la línea de análisis que hemos trazado en los apartados anteriores, ciertos puntos concretos de la actividad del Estado intervencionista pero, sobre todo, los postulados teóricos que lo sostienen y -- que se demuestran como auténticas mixtificaciones. Este enfoque sobre aspectos parciales es absolutamente consciente pues pretende sólo dilucidar dinámicas particulares de acción en el Keynesianismo contemporáneo, abste-- niéndose, deliberadamente, de ofrecer teorías generales sobre la naturaleza substantiva del Estado capitalista en el sentido que lo han hecho por ejemplo, y desde pos-- turas tan diferentes que incluso llegan a la polémica abierta, autores como Norberto Bobbio (295), Nicos ---- Paulantzas (296) o Ralph Miliband (297).

I

El primer concepto de uso común que sobre el Estado in--
tervencionista nos interesa revisar es el ámbito social,

la extensión y la profundidad de las actuaciones estatales. Es corriente aceptar el intervencionismo Keynesiano moderno como un simple problema de "demanda efectiva", es decir, como una acción de un ente externo al sistema productivo que regula el gasto público y la oferta monetaria de manera exclusiva modificando sólo la esfera distributiva de la economía y por ello, de forma indirecta las condiciones de acumulación globales del sistema de desarrollo capitalista.

Pero aquí es imprescindible delimitar una serie de problemas que no por estar fuertemente interdeterminados deben ser confundidos y mezclados indiscriminadamente, ya que si es cierto que -como propone el norteamericano Robert Lekachman en su conocidísima introducción, casi hagiográfica, al pensamiento Keynesiano (298)-, la última gran etapa de auge sin trabas importantes del capitalismo mundial es la época del "triunfo de una idea": el presupuesto compensatorio y los gastos públicos creadores de renta neta (299); no por eso se puede reducir el apogeo económico a la "era de Keynes", ni tampoco reducir la intervención estatal a la manipulación reorganizadora de las magnitudes macroeconómicas, pues la magnífica expansión de postguerra sólo puede ser considerada como el resultado de un conjunto de procesos y transformaciones cualitativas (en el proceso de trabajo, en la -

distribución geográfica de las actividades económicas a nivel internacional, en las relaciones de clase, en la innovación tecnológica, etc.) y en las que las prácticas de corte Keynesiano son un complemento fundamental, pero de ningún modo agotan por sí mismas todo el potencial de crecimiento de la moderna economía de mercado; por otro lado, la intervención del Estado en la economía no es -- únicamente un elemento meramente distributivo (o "redistributivo"), sino que penetra hasta las condiciones reales del proceso de trabajo y resulta básica para la organización de éste en el capitalismo contemporáneo, es, por lo tanto, un elemento de estructuración social que se manifiesta en diferentes niveles desde el más visible y conocido de la política fiscal y el gasto público (el ámbito Keynesiano en sentido estricto) hasta la intervención cotidiana en la disciplina social o la "paz laboral", pasando por la socialización de costes del capital, la legitimación política o la inversión pública en infraestructuras productivas o en aparatos de control social, niveles que muchas veces se demuestran contradictorios (300), pero que desbordan ampliamente una concepción exclusivamente "distribucionista" o Keynesiana del Estado intervencionista que hoy en día conocemos.

En suma, no se pueden considerar los aparatos de intervención estatal como un simple agregado de medidas o re-

cetas parciales que van aplicándose en cada situación determinada por un mecanismo políticamente neutro y - cuya misión principal, por no decir, única, sería estabilizar el ciclo industrial aplicando invariablemente un conjunto de instrumentos, "ideas" o políticas escogidas dentro del repertorio que ofrece la teoría económica dominante (últimamente el pensamiento Keynesiano). Desde este tipo de enfoque el Estado siempre aparecería desvinculado de cualquier relación de clase y sus influencias en el desarrollo económico serían meramente externas cuando en realidad la intervención del Estado sólo puede ser entendida en términos de la propia racionalidad económica del sistema capitalista - como racionalidad de clase-, racionalidad que genera una serie de constreñimientos estructurales a los cuales ningún gobierno independientemente de su formación, deseos o promesas (siempre que se mantengan en el contexto del mercado y el modo de producción capitalista) - puede dejar de plegarse, debiendo de ejecutar así, no una política económica cualquiera, sino la política -- económica que responde en esa coyuntura histórica a -- tal racionalidad capitalista, y a la que más pronto o más tarde, generalmente más pronto, se verá sometido - (301).

I I

El segundo gran tópico que se maneja habitualmente sobre los efectos de la intervención estatal contemporánea es su carácter "reassignativo", es decir, se supone que la política de gastos sociales y de control impositivo de la riqueza tiene como consecuencia un transvase de rentas en sentido "vertical" y positivo de las capas y estamentos más privilegiados de la moderna sociedad industrial hacia las clases populares.

También en este punto existen varios niveles de acercamiento al problema. El primero y más evidente, es aquel que nos conecta la dinámica de intervención con la dinámica del beneficio privado y en este sentido si existiese -vía estatal- una interferencia en la tasa de explotación de la fuerza de trabajo que implicase un incremento del valor de reproducción de esta muy particular mercancía (este sería el significado real de las políticas "reassignatorias", "progresivas" o "redistributivas" si lo fueran verdaderamente) la tasa de ganancia - se vería inmediatamente abocada al descenso, los beneficios "progresivamente" reducidos y, en suma, la acumulación frenada; tal habría sido la tendencia impuesta por las políticas económicas Keynesianas desde la Segunda -

Guerra Mundial si realmente hubiesen sido "reassignati-vas", y parece que la gran onda larga expansiva que -- arranca precisamente en esas mismas fechas viene a demostrar lo contrario.

El otro aspecto general por el que se demuestra totalmente inaceptable una interpretación reasignativa de las políticas Keynesianas es aquel que nos permite a las características distributivas de la estructura mercantil. Así, la imposición de un sistema fiscal "igualitario" que grava todas las ventas generadas en el conjunto de la economía nacional (eso sí, con diferentes "tipos", "bases", "escalas", etc., etc.) que perciben colectivos sociales asociados a tipos de ingreso absolutamente diferentes (que pueden ser reducidos a la última dicotomía beneficio/salarios), y cuya influencia en el funcionamiento del mercado es igualmente diferente de una manera radical (formación de los precios finales directa e individualmente/presión colectiva para -- conseguir un mayor poder adquisitivo), no hace otra cosa que mantener intacta la estructura distributiva del mercado, pues las ganancias se seguirán privatizando de todas maneras a pesar de ser objeto fiscal (ya sea en forma de impuesto sobre la renta en las clases dominantes, ya sea en forma de impuesto sobre beneficios, inte

reses, etc.) ya que los impuestos pueden ser en este sentido repercutidos en los precios manteniéndose los márgenes del excedente capitalista inalterado. Sin embargo, los otros colectivos sí tributarán por no tener a corto plazo, posibilidad de traspasar sus gravámenes impositivos sobre otro concepto, la única posibilidad real es la de ejercer una presión social colectiva y retardada a la hora de contratar de nuevo el precio de la fuerza de trabajo, lo que no sirve a efectos fiscales como elemento práctico de defensa. El resultado es, de nuevo, una presión inflacionaria que tiende a socializar los costes impositivos del capital y, en suma, a favorecer a los grupos sociales que controlan el beneficio económico global, producto, esto ante todo, de la utilización de instrumentos que presuponen una mítica - competencia perfecta, existente sólo en los manuales de la teoría económica más ortodoxa (y según la cual ningún agente económico podría influir en el precio de mercado) en una economía cada día más concentrada, corporativizada y segmentada.

Un último análisis, el más concreto, es el que relaciona el valor de las cargas impositivas (más las cotizacion

nes a los diferentes sistemas de seguridad social, protección del desempleo, ayudas médicas estatales, etc.) con el valor de las prestaciones realmente recibidas; éste es un programa de investigación que obligaría lógicamente a un acercamiento empírico para cada país en particular, cosa que aquí no vamos a realizar como es natural. Lo que sí es factible es hacernos eco en nuestras páginas de los trabajos que en diferentes países centrales se han realizado en esta línea y el resultado tanto de los que han realizado David Yaffe para Gran Bretaña (302), o G. Kolko para los Estados Unidos - puede ser resumido en la conclusión que emite este último autor después de un profundo estudio del sistema tributario norteamericano desde la Segunda Guerra Mundial (conclusión que por otra parte recoge un estado de opinión bastante generalizado) :

"Los gastos por concepto de asistencia social no han cambiado la naturaleza de la desigualdad del ingreso; ni elevado el nivel de vida de las clases de más bajos ingresos por encima de los que ellas mismas habían alcanzado si no estuvieran gravadas con el impuesto federal.

"...No debe permitirse que la complejidad de los efectos de la tributación oscurezca las tendencias bá-

sicas: la carga impositiva cada vez mayor que recae sobre las clases de ingresos bajo y mediano, y la gran disparidad que existe entre las tasas impositivas teóricas y las reales que gravan a los grupos de ingresos más altos" -- (304).

* * *

En resumen, y como corolario de los diversos aspectos recogidos en este segundo punto, se puede decir que la creciente intervención "social" del Estado capitalista, a través de su política fiscal y sus programas de equipamiento público, asistencia y consumos colectivos, no produce una reasignación "vertical" de los recursos que iguale los niveles de ingreso real (en moneda y en servicios recibidos) de la jerarquía de clases aunque sólo sea parcialmente. La "reasignación" que sí se ha podido producir es una reasignación "horizontal", esto es, lo mismo que las altas tasas de incremento acumulativo de la productividad han permitido en la "era de Keynes" una elevación de los salarios directos reales, compatible y necesaria para la

acumulación de capital, también permitieron una elevación paralela de los salarios indirectos gestionados por el Estado, lo que formulado de otra manera significa que la intervención intensiva del Estado ha permitido que los costes sociales globales de la reproducción de la fuerza de trabajo se distribuyan entre la masa total de trabajadores productivos.

I I I

La tercera, y última concepción teórica generalizada que nos interesa analizar es aquella que separa el consumo individual del consumo colectivo o, si se quiere, el bien privado del bien público mediante la definición de las características físicas del objeto de consumo social.

De esta forma, en la teoría económica convencional al uso resulta posible encontrar bienes públicos casi -- "químicamente puros" al presentarse una serie de características inmanentes al objeto en cuestión que inmediatamente lo convierten en bien de consumo colectivo.

Así, por ejemplo, el archiconocido Paul A. Samuelson, uno de los autores más influyentes en las prácticas económicas contemporáneas gracias a su poderosa síntesis de las corrientes económicas ortodoxas, expresa así su teoría de los bienes públicos.: "Un bien público es aquel que figura en las funciones de utilidad de dos o más individuos" y existe "algún efecto externo de consumo" (305), por tanto : "para conseguir la expansión deseada en los bienes y servicios públicos se requiere un aumento en el gasto público, puesto que, por definición, los servicios públicos no pueden ser adquiridos directamente por el consumidor, sino que es el Estado quién provee a él de estos servicios" - (306).

Pero es imposible definir el bien público por su naturaleza intrínseca abstrayendo toda referencia histórica y construyendo teóricamente cual debe ser su forma perfecta; primero porque existen fenómenos cotidianos que refutan de entrada esta formulación como es que - haya bienes que son ofrecidos a la vez por el sector público y el sector privado (vivienda, enseñanza y una larga lista de ejemplos similares), o que fueron antes ofrecidos por el sector privado y más tarde fueron ---

gestionados por el Estado y viceversa, hay otros consumos que en ciertas naciones son bienes públicos - consagrados y generalizados, pero en otros son absolutamente de consumo individual (véase la diferencia de servicios ofrecidos por las economías públicas europeas y por el Estado federal norteamericano), etc.; y segundo, porque una definición de estas características deja fuera las relaciones existentes entre el sector público y el proceso privado de valorización de capital, lo que, como veremos, es el eje básico para entender la razón de la oferta de ciertos bienes públicos por parte del Estado.

Efectivamente, por mucho que busquemos no podremos encontrar un consumo público por naturaleza, cualquier bien puede tener un precio y ser ofertado por el mercado, o lo que es lo mismo, cualquier bien puede servir al objetivo de valorizar un capital; serán las condiciones concretas de la producción capitalista las que realmente definen cuál es el bien fabricado por los capitalistas individuales y cuál debe ser servido por los aparatos de Estado, siendo el criterio discriminador máximo la tasa de ganancia, aquellos bienes en el que el proceso de producción ofrece una tasa de ganancia inferior a la tasa media del mercado, y que resul-

tan fundamentales para la reproducción de los medios de producción o la fuerza de trabajo, son los que acabarán siendo asumidos por el Estado (307). La rentabilidad, o mejor, su ausencia, deviene así criterio básico para la definición del bien público, rentabilidad que, por otra parte, cambia históricamente según cada coyuntura concreta y sectorialmente según las condiciones particulares de cada proceso de producción.

Como el último gran período de crecimiento del capitalismo avanzado se asentó sobre la producción en masa de mercancías que se complementan, formando una norma privada de consumo de masas bajo las condiciones de fabricación impuestas por la cadena fordista semiautomatizada, todos los bienes que no se ajustaban a estas características históricas y técnicas de rentabilidad fueron, en caso de ser necesaria su gran producción -- social, transferidos al Estado, esta es la razón que explica el hecho puesto de relieve por John K. Galbraith de la opulencia privada dentro de la miseria pública. El mismo Galbraith escribe con la brillantez de estilo que le caracteriza: "La línea que divide nuestras áreas de riqueza de nuestras áreas de pobreza es, en términos generales, la que divide la producción privada y los bienes y servicios comercializados en el mercado de

aquellos otros prestados por el sector público. Nuestra riqueza en los primeros no sólo está en sorprendente contraste con la escasez de los últimos, sino que también nuestra abundancia en bienes producidos privadamente constituye en gran medida la causa de la crisis en el abastecimiento de servicios públicos" (308), lo que puede servir como cierre perfecto tanto a este aparato como al capítulo completo que hemos dedicado - al Estado intervencionista y la reproducción de la fuerza de trabajo.

N O T A S

- (246) Harry P. Minsky, "Filosofía social y política económica", en Debats nº 6, diciembre 1983, págs 96-102.
- (247) Es de enorme interés la precisión analítica que realiza Erik Olin Wright ("Clase, crisis y Estado" Madrid, Siglo XXI, 1983, págs 136 y ss.), en el sentido de constatar que la demanda agregada bajo condiciones monopolistas no se deriva únicamente de la tasa de acumulación, sino que procede, en buena medida, de fuentes no directamente acumuladoras como los gastos estatales, y que esta dinámica se muestra central tanto en la aparición de las crisis, como en las posibles maneras de solucionarlas.
- (248) Elmar Altvater, "Note on some problems of State Interventionism", en Kapitalistate nº 1, 1973, pág 96-108.
- (249) Michel Aglietta, "La crisis: ¿un desafío para los economistas?", en Mientras Tanto nº 13, diciembre 1982, págs 96-98.

- (250) Marc Guillaume, "Le capital et son double", París Presses Universitaires de France, 1975, págs. 107-124.
- (251) Gregorio Rodríguez Cabrero, "La economía política del gasto público: un enfoque sociológico", en Pre supuesto y Gasto Público nº2, 1979, pág. 161.
- (252) James O'Connor, "La crisis fiscal...", op. cit., pág. 99 y ss.
- (253) Hoy existe una inmensa bibliografía sobre la legitimación, y su crisis, en el capitalismo avanzado; bibliografía que en muchos casos arranca de lecturas contemporáneas de las imprescindibles y brillantes teorizaciones de Max Weber sobre el tema de la legitimidad, pero que han sido situadas en ámbitos interpretativos distintos, generalmente en síntesis con otras corrientes de pensamiento no directamente weberianas. Como referencias fundamentales por su gran calidad y fácil acceso para el lector en lengua castellana pueden consultarse : Jürgen Habermas "Problemas de legitimación en el capitalismo tardío" Buenos Aires, Amorrortu, 1975 (especialmente págs. 117 y ss.), del mismo autor, "La reconstrucción del materialismo histórico", Madrid, Taurus, 1981, págs

243 y ss.; y también de otro autor del universo cultural germano, no por casualidad el principal foco de aportaciones sobre el tema, Clauss Offe, "La abolición del mercado y el problema de la legitimidad" en H.R. Sonntag y H. Valecillos (Eds.), "El Estado en el capitalismo contemporáneo", México, Siglo XXI, 1977, págs 62 y ss.

- (254) Michel Kalecki, "Aspectos políticos del pleno empleo", recogido en la reciente compilación, "Sobre el capitalismo contemporáneo", Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1979, pág. 27. La versión original de este artículo -que predijo casi con total exactitud el sistema de gestión anticíclica de la demanda que ha presidido las economías occidentales- es de 1943
- (255) Mandel, "El Capitalismo tardío", op. cit. págs. 469-470
- (256) Paul Mattick, "Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta", México, Era, 1975, págs 196-200
- (257) Joseph M. Gillman, "Prosperidad en crisis. Crítica del Keynesianismo", Barcelona, Anagrama, 1971, pág 204-216.

- (258) X. Greffe, "El desbroce o algunas tendencias recientes de la política social", en AA.VV., "Rupturas...", op. cit., págs 195-198.
- (259) Suzanne de Brunhoff, "Etat et Capital", op. cit., pág.17
- (260) Gregorio Rodríguez Cabrero, "Estado del bienestar y política social: Concepciones teóricas", en Boletín de Estudios y Documentación de Servicios Sociales nº 13, diciembre 1982, pág. 27
- (261) Claude Meillassoux, "Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo", México, Siglo XXI, 5ª Edición 1982, pág. 143. El subrayado es -- nuestro.
- (262) Brunhoff, "Etat...", op. cit., pág. 22
- (263) *Ibidem.*
- (264) Véase, por ejemplo, Jean Pierre Rioux, "La Revolution industrielle 1780-1880", op. cit., pág 174

donde después de un pormenorizado análisis histórico se acaba concluyendo: "Por todas partes, la vida cotidiana es acompañada de mendicidad y de instituciones de caridad, que a veces dan aquel complemento necesario (formas de ahorro, un camastro) que el salario de subsistencia jamás puede suministrar". Por otra parte Pat Thane en su completo trabajo "The foundations of the Welfare State", Londres, Longman, 1982 donde se estudia para los países occidentales la emergencia y primeros desarrollos sociales del **Estado** capitalista nos indica lo siguiente: "Un amplio grupo de sociedades con economías desarrolladas entre la década de 1870 y 1914 experimentaron un resurgimiento histórico del interés público y - privado por la cuestión social. La legislación que resultó fue en todas partes escasa hasta 1900 y sólo un poco mejor en 1914. Aquellas nuevas disposiciones públicamente establecidas, tal como emergió, tendía a socorrer antes al más seguro trabajador urbano varón, que a los "resíduos urbanos", el obrero rural o campesino, o las mujeres. Los objetivos de tales medidas estaban mezclados, combinando el deseo de la mejora social con los de la estabilidad social, la cohesión nacional y la eficiencia económica" (pág. 122). Con lo que si bien se advierte un ligero cambio en la filosofía de actuación (mayor participación estatal, preocupación por los agentes más productivos del sistema antes que por los "pobres"

o los "marginados ", etc.) que en las primeras etapas de la Revolución Industrial, sigue siendo el factor principal el "socorrer" o "remediar" los desastres sociales de los avances del maquinismo "salvaje".

- (265) Pat Thane, "The foundations of the Welfare State", op. cit., págs. 163-219.
- (266) Ian Gough, "El gasto público en el capitalismo avanzado", Santiago de Compostela, Barca de Caronte, 1978, pág. 37-39
- (267) Ian Gough, "Economía política del Estado del bienestar", Madrid, H, Blume, 1982, pág. 111.
- (268) Ibídem., pág. 51-52
- (269) Gregorio Rodríguez Cabrero, "Introducción a la edición española", para "Economía política", op. cit. de Ian Gough, págs. 24-25.
- (270) Ibídem.

- (271) Gough, "Economía política...", op. cit., págs 216 y ss.
- (272) Véase Françoise Fourquet y Lion Murard, "Los equipamientos del poder. Ciudades, territorios y equipamientos colectivos", Barcelona, Gustavo Gili, 1978 págs. 124-125
- (273) Gough, "El gasto público en el capitalismo avanzado", op. cit., pág. 46-47, donde se estudia la naturaleza del "servicio social" como principal impedimento para su rentabilidad.
- (274) Marc Guillaume, "Le capital et son double", op. cit págs. 146-149.
- (275) Michel Foucault, "Vigilar y castigar", Madrid, Siglo XXI, 3ª Edición, 1978, pág. 224.
- (276) Ibídem, pág. 212
- (277) Los profesores italianos Dario Melossi y Massimo Pavarini, en su importante "Cárcel y fábrica. Los

orígenes del sistema penitenciario" (México, Siglo XXI, 1980) desentrañan con gran agudeza las estrechísimas relaciones que se establecen entre el sistema carcelario y los orígenes de la producción fábril.

- (278) Tanto el estudio de la aparición de la disciplina contractual como la aplicación de los trabajos de Foucault a la historia de la producción capitalista se encuentran en Jean Paul de Gaudemar, "L'ordre et la production. Naissance et formes de la discipline d'usine", París, Dunod, 1982, especialmente págs. 18-24.
- (279) Para la profundización de este tema Cfr. Daniel Vidal, "Sobre la ideología. El caso particular de las ideologías sindicales", Barcelona, Laia, 1973, -- passim
- (280) André Gorz, "Adiós al proletariado. Más allá del socialismo", Barcelona, Libros El Viejo Topo, 1981, págs. 42 y ss.
- (281) André Gorz, en una obra mucho más antigua y punto de referencia clásico de los que se dió en llamar

"nueva izquierda": "Estrategia obrera y neocapitalismo", op. cit., pág, 103 llega más lejos afirmando que hasta incluso las huelgas son ahora previsibles y perfectamente equiparables a cualquier -- otro coste económico de la empresa.

- (282) Michel Aglietta, "Regulación y crisis del capitalismo...", op. cit., pág. 174.
- (283) Richard Hyman, "Relaciones industriales", Madrid, H Blume, 1981, págs.
- (284) Véase para el desarrollo de este argumento Giovanni Arrighi y Beverly J. Silver, "Movimiento obrero y migración de capital: Estados Unidos y Europa occidental desde la perspectiva de la historia mundial" en Zona Abierta nº 29, julio-diciembre 1983, págs 29 y ss.
- (285) Ibídem, págs 58-59
- (286) José Luis García Delgado y Arturo López Muñoz, "Política de rentas y estrategia sindical", en AA.VV. "La estrategia sindical", Barcelona, Nova Terra, -

1968, págs 148-149. En este artículo se recogen además un gran número de estudios estadísticos que -- apuntan en la misma línea aquí expuesta.

- (287) Véase a este respecto el interesante artículo de P.M. Sweezy y H. Magdoff, "Usos y abusos de la productividad", en Revista Mensual/Monthly Review, Vol 4, nº 1, octubre 1980, págs 49-60. En cuanto a los problemas estadísticos que supone simplemente llegar a un concepto mínimamente operativo de productividad Cfr. Kazukiyo Kurosawa, "Un enfoque estructural del concepto y medición de la productividad" en "Seminario sobre Productividad y Política de empleo", Madrid, Ministerio de Economía, 1980, págs 21-189.
- (288) Karl Marx, "El capital", Libro I, Sección Sexta, Capítulo XVII, ed. cit., pág 651. El economista español Josep M^a Vegara ("Fuerza de trabajo y trabajo", en Revista Mensual/monthly Review", febrero 1981, vol. 4, nº 5) ha realizado recientemente una brillante sistematización de estos planteamientos de gran utilidad explicativa (págs. 7-14).
- (289) Para profundizar en el tema de la estratificación interna de la fuerza de trabajo, a partir de los

diferentes lugares funcionales en el proceso de trabajo y de sus modos de vida complementarios se puede consultar : Danielle Bleinrach y Alain Chenu "Discipline d'usine et modes de vie", en La Pensée nº 193, junio 1977, págs. 3-30

- (290) Suzanne de Brunhoff, "Etat et Capital", op. cit. pág. 5
- (291) Ibídem, Anexo nº 1 y de la misma autora el magnífico y profundo libro: "La concepción monetaria de Marx", Buenos Aires, Ediciones del Siglo, 1973, -- passim.
- (292) Véase D. F. Dowd, "Capitalismo monopolista y estancamiento", en Revista Mensual/Monthly Review, nº 1 vol. 1, mayo 1977, pág. 55.
- (293) Paul Mattick, "Marx y Keynes", op. cit., pág. 181
- (294) Es una estimación para los siete países más industrializados del mundo (recogida en OECD, "Economic

Outlook," diciembre de 1977) de la misma fuente se deduce que la Deuda pública se incrementó en el mismo período en un 58,7% y el Endeudamiento privado en un impresionante 350,6%.

- (295) Norberto Bobbio, "Democracia representativa y teoría marxista del Estado", en Sistema nº 16, 1.977, 3-31
- (296) Nicos Poulantzas, "Poder político y clases sociales en el Estado capitalista", Madrid, Siglo XXI, 17ª Edición 1978, especialmente págs. 149-421.
- (297) Ralph Miliband, "El Estado en la sociedad capitalista", México, Siglo XXI, 1970. No entraremos en la polémica que a partir de los trabajos de los dos últimos autores citados se abrió a principios de los años setenta y en la que además de las obras y réplicas de estos autores se registraron contribuciones de gran interés como las del autor argentino, profesor en la Universidad británica, Ernesto Laclau, ni tampoco nos referiremos a la gran producción bibliográfica que en los últimos años se está recibiendo sobre el tema de una manera continuada, nos limitaremos a recomendar al lector dos completos y -

documentados trabajos, por una parte el artículo ya citado de Gregorio Rodríguez Cabrero, "La economía política del gasto público..." y el más reciente X. Álvarez Corbacho, "Algunas dimensiones conceptuales del Estado capitalista", en Zona Abierta nº 30, enero-marzo 1984, págs. 93-120.

- (299) *Ibídem*, págs. 147 y ss.
- (300) Véase Andrew Gamble y Paul Walton, "El capitalismo en crisis. La inflación y el Estado", Madrid, Siglo XXI, 2ª Edición, 1978, pág. 53.
- (301) Ralph Miliband, "Marxism and politics", Oxford, Oxford University Press, 1977, pág. 72.
- (302) David Yaffe, "La crisis de rentabilidad", En Teoría nº 1, abril-junio de 1979, págs. 82-83 en especial.
- (303) Brunhoff "Etat et capital", op. cit.
- (304) Gabriel Kolko, "Riqueza y poder en los Estados Unidos", México, Fondo de Cultura Económica, 1964, --

págs 46 y 52 respectivamente.

- (305) Paul A. Samuelson, "La teoría pura del gasto público y la tributación", en Hacienda Pública Española nº 5, 1970, pág. 200.
- (306) Paul A. Samuelson, "Principios y reglas de la política fiscal moderna: una reformulación neoclásica", Hacienda Pública Española, nº 5, 1970, pág. 145.
- (307) Manuel Castells, "Consommation collective, intérêt de classe et processus politique dans le capitalisme avancé", art. cit., págs 74-75.
- (308) John Kenneth Galbraith, "The affluent society", op. cit., pág. 208.

3ª P A R T E

LA CRISIS DE LOS SETENTA : ¿ CRISIS DE UN MODO DE VIDA ?
PRODUCCION, CONSUMO Y RECESION ECONOMICA.

CAPITULO 9.INTRODUCCION : LA DESARTICULACION DE MODELO DE CRECIMIENTO DE POSTGUERRA Y LAS TENDENCIAS A UNA CRISIS GENERAL.

Se ha dicho, con razón, que si cada década tiene un rasgo general que en cierto modo le da un sentido unitario -así los años cincuenta serían la época del crecimiento "sin límites" y los sesenta "la década prodigiosa"-, la década de los setenta tiene que haber pasado a la historia como la década de "la crisis". Y lo cierto es que resulta difícil encontrar otro período de tiempo en el que haya tomado cuerpo en el discurso colectivo de las gentes con mayor -- vigor el término "crisis" aplicado a los más amplios y diversos ámbitos de la existencia social, se habla entonces, de "crisis económica", "crisis política", "crisis fiscal", "crisis urbana", "crisis de civilización", "crisis ecológica", "crisis del Estado"...y un largo etcétera que sólo para ser registrado se necesitarían varias páginas de este

trabajo. En buena medida la fuerza con la que el sentimiento de crisis ha penetrado en la sociedad actual encuentra su correspondencia casi simétrica en el espectacular impulso que la economía había tomado en los decenios inmediatamente anteriores -el más grande período de auge económico de la historia universal- y esto nos conduce a un análisis que conecte ambas etapas históricas estudiando los puntos de ruptura que abren esa ilocalizable, pero existente, -- "brecha entre el pasado y el futuro" como la ha denominado Hannah Arendt (309).

De esta forma, nosotros nos dedicaremos en esta tercera -- parte que ahora iniciamos a resituar el papel de los mecanismos que en capítulos anteriores observamos como motores fundamentales del desarrollo económico en su dimensión de generadores de tendencias hacia la crisis en las situaciones concretas en que funcionalidad en el modelo de acumulación empieza a convertirse en problemática. Con esto no -- sólo no pretendemos formular una "teoría global" de la crisis mundial, ni siquiera intentaremos "comprobar" si se cumple alguna de las múltiples teorías generales que se han manejado al respecto (310), simplemente nos proponemos el estudio del impacto sobre la sociedad contemporánea que -- supone el bloqueo, parcial, del modelo de articulación en-

tre producción capitalista y consumo de masas, situando es to último, a su vez, en su contexto general y conectándolo con el conjunto de dinámicas sociales que le dan su coherencia como proceso básico para la acumulación de capital y el crecimiento económico.

* * *

La economía capitalista encuentra su principal motor de desarrollo en la valorización y acumulación de capital, cuyas características coyunturales y estructurales generan - ciclos de expansión y estancamiento con crisis en un proceso de evolución social y sectorialmente desigual y con - una implantación irregular en las diferentes partes de un único sistema mundial -lo que ha empezado ya a denominarse corrientemente como "economía-mundo"- que resulta el marco geográfico moderno de toda actividad económica. El papel es tructural que cada elemento de esta economía-mundo juega - en la acumulación se modifica de modo radical cuando aparece la crisis, reorganizando su función en el crecimiento - capitalista, ya sea en su ámbito geográfico, ya sea en su articulación social o en su aportación sectorial a la economía.

En el origen de estos movimientos cíclicos que genera en su evolución la economía, y que en períodos largos de tiempo acaban desembocando en una crisis general (véase 1873, 1929 o 1973) se encuentra inevitablemente el agotamiento de un tipo de articulación entre los mecanismos productivos (sistema tecnológico) y los procesos de dominación/reproducción de la fuerza de trabajo (sistema social) que - han permitido un crecimiento autosostenido a lo largo de cada onda de carácter dominante abiertamente expansivo.

Siguiendo, pues, estos vectores vamos a intentar dar una visión coherente de la crisis del modelo de interrelación producción/consumo, que antes habíamos visto originarse y desarrollarse, y de su fundamental importancia en el surgimiento de la crisis (económica y social) general.

Así, en primer lugar y siguiendo con una línea de argumentación exclusivamente tecnológica nos encontramos con el problema de la sucesión de las ramas industriales punteras que marcan las fases largas de expansión (y recesión) del capitalismo. Samir Amin (311) ha realizado una interesante cronología de la evolución del capitalismo en función del ciclo de vida dominante de las ramas industriales, de tal manera que esta evolución estaría cons-

tituída por fases de auje basadas en la introducción y primera generalización de un grupo de industrias motoras -éstas serían : de 1815 a 1840, máquina de vapor y telar; de 1850 a 1870, ferrocarril e industrias del acero; de 1890 a 1914, industrias de armamento, electricidad y tecnología del petróleo y, por fin, la que se puede decir -- que ha sido el objetivo de nuestro trabajo, de 1945 a -- 1966/73 basada en el impulso generado por la fuerte implantación de la fabricación de bienes de consumo duradero y la urbanización "funcional" que acompaña a este proceso-, pero también por fases de crisis estructural en -- las que la saturación de los espacios económicos rentables por estas industrias motrices impide ganancias que superen la media social y lancen la reproducción ampliada, el resultado es una ralentización de la acumulación (relativa) con tendencia hacia el estancamiento a largo plazo y con períodos finales de fuerte recesión con explosiones -críticas muchas veces armadas -entre estas fases se podrían englobar los siguientes ciclos recesivos : 1840-1850, 1870-1890, 1914-1945 y la época que se abre a principios de los años setenta, todos ellos plagados de los suficientes zozobras económicas, sociales e incluso bélicas para no ser discutible su carácter eminentemente negativo-.

Sin embargo, aunque necesaria es profundamente insuficiente la explicación de las crisis cíclicas como un simple -

problema de acoplamiento técnico, porque si bien es cierto que en el desarrollo del capitalismo se ha venido produciendo un constante "red.espliegue" de ramas industriales nuevas con el consiguiente desplazamiento de capitales hacia ellas en búsqueda de condiciones de rentabilidad individuales más favorables, este desarrollo no puede reducirse a esta dinámica de "redespliegue" y ajuste, primero porque el proceso de desarrollo capitalista sólo puede contemplarse como la interrelación indisoluble de un proceso tecnológico y un proceso social (un proceso de -- trabajo y una relación salarial) (312) y segundo, porque existe un conjunto de elementos exclusivamente sociales -- tales como la "norma social de consumo de masas" y el -- "Estado del bienestar" que han sido estudiados aquí en profundidad- cuya funcionalidad en la acumulación resulta básica, en la etapa histórica que estamos analizando, en cualquier salida consistente para la recuperación del ritmo de crecimiento económico.

Por todo esto, superando de una vez para siempre todas - aquellas versiones que pretendían responsabilizar únicamente al problema del petróleo de la crisis del "setenta y tres" -crisis, por cierto que, como veremos se venía - fraguando desde algunos años antes y hunde sus raíces - en dinámicas contradictorias mucho más amplias y profundas que acaban teniendo como punto detonante final los - acontecimientos de ese año concreto- y si bien es necesari-

rio aceptar que las razones principales de la recesión se encuentran por el lado de la oferta (esto es, por el lado de los costes), la gravedad de la crisis se encuentra -como ha diagnosticado el reciente Premio Nobel de economía Lawrence Klein (313)- en que se comporta como una crisis del modelo industrial, incapaz éste de generar ya las tasas de crecimiento y de rentabilidad que había estado proporcionado, a la vez que sufriendo la más importante desaceleración en los incrementos de la productividad aparente del trabajo de los últimos decenios; elementos que nos colocan ante una perspectiva mucho más compleja, pero mucho más real de la situación de la economía occidental en los años setenta.

Además aquí nos aparece también un factor imposible de escamotear en el origen y evolución del estancamiento actual: la fuerza de trabajo y su influencia en las dinámicas críticas, lo que nos lleva primeramente a situar las relaciones entre crisis y proceso de trabajo como espacio básico en el que se genera la producción económica y a -- partir del cual se articula la circulación de los valores siguiendo una importante línea de investigación que desde finales de los años setenta ha abierto una importante vía de explicación de la crisis del capitalismo a partir del

estudio de la crisis del taylorismo y del fordismo, sistemas de organización del trabajo que después de haber sido factores fundamentales en el aumento progresivo de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo han entrado - (por circunstancias técnicas, políticas y sociales que expondremos más adelante) en una fase en la que - producen efectos negativos y son incapaces de estabilizar el proceso de trabajo y de reproducir las condiciones objetivas de fabricación de tal manera que la dominación técnica de la mercancía trabajo se haga en una proporción lo suficientemente rentable (314).

Pero no sólo en el proceso inmediato de producción podemos encontrar las interconexiones entre crisis y fuerza de trabajo, también en el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo se descubren tensiones fuertemente desestabilizadoras. La primera dinámica contradictoria que surge por esta vertiente es de carácter socio-económico y - tiende a destruir los equilibrios sobre los que se asienta la norma de consumo de masas. Así la inflación galopante a la que se ve conducido el sistema monetario -fenómeno que no es otra cosa que el ineficaz intento empresarial de recuperar vía precios la caída de la rentabilidad real del modelo industrial (315)- no alimenta solamente una espiral precios-salarios con consecuencias desestabilizado-

ras evidentes sino que también al disminuir, indirectamente, la capacidad adquisitiva de los salarios contrae las posibilidades de consumo, añadiendo un impulso más a los problemas de sobreproducción y, en última instancia, a que la crisis también manifieste los efectos por el lado de la imposibilidad de la realización de los valores en el mercado. Y lo más importante es que ya no podemos - considerar la inflación como aquella "inflación de equilibrio" que servía para lubricar monetariamente la rapidez con que funcionaba el sistema de producción, ahora nos encontramos ante una reacción de defensa de diferentes colectivos (individualmente expresada, pero con consecuencias sociales globales no controladas) ante la caída de la tasa de ganancia o ante el descenso del poder adquisitivo del dinero, lo que distorsiona espectacularmente la funcionalidad de la norma de consumo, porque, efectivamente, la norma de consumo de masas ya se muestra insuficiente como agente ordenador de un proceso de reproducción de la fuerza de trabajo estable y controlado que permita que el coste de mantenimiento de la mercancía trabajo vaya creciendo por debajo de su valor añadido al proceso de producción; ahora, sin embargo, esta norma de consumo se convierte en uno de los principales espacios políticos de lucha por la apropiación social del excedente; y sus efectos reguladores, por lo menos momentáneamente, se reducen muy considerablemente.

Se abre de esta manera una dimensión claramente política de la crisis que nos remite directamente a la esfera de la distribución, ya que en cierto sentido el crecimiento del coste relativo del factor trabajo (el valor de su reproducción) es el responsable de la imposibilidad de mantener la participación de las ganancias del capital en la renta social al bloquearse esa dinámica que había sido -- instrumentada por la norma de consumo de masas y quedar -- fuera de control el incremento de la productividad del -- trabajo que empieza a ir por debajo de los valores salariales de la fuerza de trabajo; no es difícil deducir que de este proceso se derivan tendencias recesivas profundas (316), y más cuando aparecen como efectos "no esperados" del sistema de participación política de la clase obrera en los órganos de regulación socio-económicos del "nuevo Estado industrial".

Por tanto se puede hablar con propiedad de un auténtico debilitamiento del Estado Keynesiano, pues son precisamente los potentes instrumentos globales con que el Estado intervencionista jugaba el papel de regulador de los desequilibrios entre producción y consumo, los que generan -- fuertes disfuncionalidades, o dicho más exactamente, los mecanismos del sistema político son incapaces de ajustar los desequilibrios económicos y lo único que hacen es -- reproducirlos, transmitirlos, expandirlos y amplificarlos (317).

La expansión del sector público -que tan sobresaliente ha**u** bía resultado en todos los países capitalistas avanzados - tanto en su labor de socializador de costes de producción (creador de infraestructuras industriales, suministrador de consumos colectivos, financiador de investigación y de desarrollo tecnológico, etc., etc.), como en su función de mantenedor de un "consenso de bienestar" que permitía la incorporación de la clase obrera al sistema político creando marcos legales para la negociación del precio de la fuerza de trabajo y la participación sindical- presenta - ahora límites objetivos de todo tipo: 1) límites de dimensión, las fuerzas sociales que han impulsado el crecimiento del gasto público han acabado produciendo un sector -- público que "amenaza con dejar enano al sector privado" (318) y que incluso se ve obligado a ocupar espacios económicos que reducen las bases rentables de la acumulación privada; 2) límites financieros : es el famoso problema de la "crisis fiscal", la brecha abierta entre los ingresos fiscales recaudados y los gastos públicos que el Estado intervencionista actual se ve obligado a efectuar -- para mantener la estabilidad del desarrollo económico se acaba por convertir en un endeudamiento endémico, permanente y estructural cuya salida no puede ser más contradictoria (319), si se reduce el gasto público surgen problemas sociales, políticos y en la misma acumulación, si se mantiene la única esperanza es soportar una inflación (vía défi

cit público) explosiva; 3) límites políticos y "de gobernabilidad", el "exceso de democracia" -como lo consideran los análisis generados en la órbita de la Comisión - Trilateral (320)- que supone la participación, mediatizada, de las representaciones sindicales en la política económica (y de partidos políticos con bases parcialmente obreras) bloquea la posibilidad de una respuesta abiertamente antisocial o de choque conservador para recuperar la participación de las ganancias en la renta nacional; y 4) límites de eficiencia: "Al lado de la gran empresa endeudada y burocratizada, con su organización del trabajo y jerarquía de decisiones en crisis abierta, se produce paralela una crisis del Estado asistencial que juega un papel secundario pero fundamental en el tema de la inflación (...); para mediar en los conflictos sociales, -- para impedir que estallen contradicciones sociales demasiado agudas **surge** la creación de una burocracia adecuada para tal o cual zona, tal o cual realidad (...) todas estas operaciones llevan a la conformación de nuevas formas de mediación política, nuevas burocracias que penetran en la sociedad civil, elementos de ineficacia que llevan en último término a la parálisis, a la crisis del Estado sistencial. De ahí que la productividad en la administración pública experimente una baja geométrica, especialmente allí donde los recursos públicos se destinan a las inversiones públicas"(321).

En suma, en los últimos años han estallado literalmente, las bases contradictorias sobre las que desde sus orígenes se asentaba el Estado del bienestar, pero a esta situación no se llega -como aseguran las versiones más fantásticas del "neoliberalismo" artificialmente resucitado (322)- porque el Estado disminuya la eficacia general del sistema económico con su intervencionismo burocratizante y paralizador, creciendo a costa de limitar las posibilidades de rentabilidad y desarrollo del sector privado --- (impulso que estos "liberales" ultraconservadores atribuyen sin más explicación a las feroces ansias del moderno Leviatán por crecer), sino todo lo contrario, porque el Estado es una estructura política pública que sirve de apoyo insustituible a la acumulación de capital privado, cuando éste último encuentra límites absolutos al desarrollo de su ganancia y trata de trasladar sus problemas de acumulación de una manera más rápida y desordenada al sector público, aquel acaba sucumbiendo ante las tendencias críticas conocidas (323).

* * *

Pues bien estos serán los ejes sobre los que asentaremos nuestro análisis de la crisis del modelo de articulación producción/consumo en el neocapitalismo estatizante de postguerra, análisis que, insistimos otra vez en ello, no trata de ser una explicación omnicomprensiva y totalizada (esto es una "teoría" unicusal de la crisis), sino que pretende poner los fundamentos para el estudio de ciertas dimensiones de la crisis general por la que ha atravesado y de la que sigue resintiéndose con costes económicos y - sociales espectaculares, el capitalismo actual.

NOTAS

- (309) Hannah Arendt, "La crise de la culture", París, Gallimard. 1972, pág. 21.
- (310) Anwar Shaikh en su magnífico y completo artículo, "An introduction to the history of crisis theories" en AA.VV., "Union for Radical Political Economics", 1978, págs, 219-241, realiza una exhaustiva revisión de las diferentes teorizaciones que sobre la crisis se han formulado desde las más diversas escuelas y corrientes de pensamiento.
- (311) Samir Amin, "Une crise structurelle", en AA.VV., "La crise de L'imperialisme", París, Minuit, 1975.
- (312) Michel Aglietta, "Regulación y crisis del capitalismo...", op. cit., pág. 146.
- (313) Lawrence A. Klein, "La vertiente de la oferta", en Papeles de Economía Española nº 5, 1981.

- (314) Christian Palloix, "Proceso de producción y crisis del capitalismo", op. cit., págs. 260-261
- (315) André Gunder Frank, "Reflexiones sobre la crisis económica", Barcelona, Anagrama, 1977, pág. 79.
- (316) Los primeros en analizar esta dinámica fueron los economistas británicos Andrew Glyn y Robert Sutcliffe, "British capitalism, workers and the profit squeeze", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1972.
- (317) Jaques Attali, "La palabra y la herramienta", Madrid, Tecnos, 1981, págs. 44-46.
- (318) Andrew Gamble y Paul Walton, "El capitalismo en crisis. La inflación y el Estado", op. cit.
- (319) Es obligada la cita de la obra pionera sobre este tema de James O'Connor, "La crisis fiscal del Estado", cit. Resulta de gran interés también la réplica que Hugh Mosley, Is there a fiscal crisis of the State?, en Monthly Review, Vol. 3, nº 1, Mayo 1978

(especialmente en la pág. 44) criticando la visión de la crisis fiscal en los términos distributivos que lo hace O'Connor, como déficit en las transacciones entre sector privado y sector público, y argumentando que la crisis fiscal es un efecto más de la crisis de acumulación que sufre el capitalismo occidental como un todo inseparable. El propio O'Connor ha contrareplicado a este tipo de críticas descalificándolas por su instrumentalismo excesivo en la visión de la intervención del Estado y su seguimiento de un marxismo dogmatizado y vasto, véase James O'Connor, "La crisis fiscal del Estado de nuevo a examen", en AA.VV., "Estado y sector público en España", Madrid, Fundación Hogar del Empleado, 1981, págs, 73-81 y nota 2.

(320) Véase Michel Crozier (con S. Huntington y J. Watanuki), "The crisis of democracies. Report on the governability of democracies", Nueva York, University Press, 1975.

(321) Bruno Trentin, "Los sindicatos ante la crisis en Italia", en AA.VV., "La izquierda ante la crisis económica mundial", Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1980, págs. 123-124.

(322) Se puede consultar el delirante libro de Henri Lepage "Mañana, el capitalismo", Madrid, Alianza, 1979, -- para este tema caps. V, VI y VII, págs. 151-284.

(323) Seguimos aquí a Gregorio Rodríguez Cabrero, "Los límites del sector público y los neoliberales", en AA.VV. "Estado y sector público en España", op. - cit., págs. 155 y ss.

CAPITULO 10CRISIS DEL PROCESO DE TRABAJO : VARIANTES TECNOLOGICAS Y SOCIALES EN EL ESTANCAMIENTO DE LA PRODUCCION MERCANTIL.

Desde que en 1880 Taylor se propuso reducir en tres o cuatro veces las pautas de tiempo acordado para la realización de las tareas básicas -a la vez que disminuía el número de obreros para una producción dada y aumentaba el 60% los salarios de los que quedaban-, o desde que Henry Ford conseguía, gracias a "sus cadenas", reducir el tiempo de montaje de un automóvil de 12 horas y 30 minutos a 1 hora y media, "la productividad" se convertiría en el venerado dios ideológico de la sociedad industrial (sociedad industrial capitalista o sociedad industrial autoproulgada como socialista), dios que otorgaba todos sus dones en forma de "progreso" y "bienestar" -en 1925 se tardaba 45 minutos en producir un kilo de pan, en 1976 esta

cifra había pasado a ser de 10 minutos; en 1830 se trabajan una media de 12 horas por día durante 300 días al -- año, en 1975 la media es de 8 horas diarias durante 237 días-, pero también en forma de beneficios, rentabilidad y acumulación de capital (324).

Sin embargo, el crecimiento constante y exponencial de la producción global y la productividad del trabajo que en la economía occidental se venía experimentando sin rupturas de consideración desde la salida de la Segunda Guerra Mundial se vió quebrado con inusitada virulencia a principios de los años setenta, aunque, eso sí, como producto de tendencias conflictivas y contradicciones que venían -- gestándose desde hace bastante tiempo antes. Así observando simplemente la evolución de uno de los indicadores económicos más corrientes, el crecimiento del Producto Nacional Bruto, se detecta una espectacular caída del ritmo de desarrollo de los países centrales y si comparamos la media de crecimiento de los "dorados" años sesenta con la -- de los años que siguen a la crisis del setenta y tres --- (eliminamos con ello las caídas bruscas que sobre la evolución general del indicador inducen las dos elevaciones críticas del precio del petróleo de las años setenta y -- tres, y setenta y nueve) podemos comprobar como en los --

Últimos ocho años las economías del área de la O.C.D.E. sólo han podido alcanzar un potencial de crecimiento que resulta ser una tercera parte aproximadamente del que -- habían experimentado en la década de los sesenta (ver - cuadro I).

Y este lento crecimiento de la producción durante la crisis está directamente asociado al lento crecimiento de la productividad aparente del trabajo, pues si durante la -- década que iba de 1963 a 1973 la tasa media de crecimiento de los siete grandes países de la O.C.D.E. era del 4.9 por 100 -de ella una cuarta parte se originaba en aumentos de empleo y el resto en aumentos de productividad tecnológica-. Especialmente importantes resultaban las mejoras - de productividades japonesas, italianas, alemanas y francesas (8.7, 5.4, 4.6, y 4.6 respectivamente), en tanto que USA y Canadá se quedan rezagadas, con aumentos de 1.9 y 2.4 puntos, respectivamente. Sin embargo, entre 1973 y - 1981, el aumento medio de la productividad aparente cayó al 2.7 por 100 anual, con situaciones especialmente delicadas para países como Canadá, Estados Unidos y Gran Bretaña (0.1, 0.2 y 1.1 respectivamente) (326).

C U A D R O I

EVOLUCION INTERANUAL DEL P.N.B. EN EL AREA ECONOMICA DE LA O.C.D.E.

	Media 1959-1960										Media 1973-1974	
	a	1972-1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1982-1983
USA		4.2	-2.1	-1.8	6.0	4.9	3.7	2.3	-0.7	0.7	-1.9	1.2
JAPON		10.9	-1.8	2.4	6.3	5.2	5.7	6.6	5.0	3.7	3.0	4
R.F. ALEMANA		4.9	0.4	-3.2	5.7	2.6	3.0	3.5	1.7	-0.2	-1.1	1.3
RESTO DE OCDE EUROPA		4.9	2.4	-1.7	4.3	2.4	2.6	3.3	3.7	-0.7	0.6	1.8

Elaboración propia; Fuente O.C.D.E. (325)

En cuanto a la tasa de beneficio otro informe de la ---- O.C.D.E. concluye: "Las cifras de las tasas brutas de ganancia parecen indicar una tendencia a disminuir en el -- Reino Unido, Holanda, Alemania, Italia y Estados Unidos. Estas cifras están sometidas a fluctuaciones cíclicas relativamente claras que no obstante no enmascaran el gradual descenso de las tasas brutas de ganancia a lo largo de los sucesivos ciclos de estos países ... En el Reino Unido la tendencia descendente parece haber comenzado -- pronto, en la segunda mitad de la década de 1960 y aparece acelerado al final del período observado (1977). En Alemania e Italia, las tasas brutas de ganancia comienzan a -- bajar después, hacia el final de la década de 1960, pero la caída ha continuado desde entonces. En Estados Unidos las tasas brutas de ganancia alcanzan un máximo en 1965 y luego sigue una moderada tendencia decreciente.... Las -- series temporales de tasas de ganancia netas, de las que se dispone para el Reino Unido y Estados Unidos, ponen al descubierto con mayor claridad aún la tendencia a bajar" (327).

De todo esto se deduce que el modelo de acumulación que tan correctamente había combinado la producción en masa con un proceso de reproducción de la fuerza de trabajo encuentra límites absolutos en su evolución; el ritmo de

desarrollo económico se frena porque los elementos que habían contribuido a lanzar el crecimiento por altas y permanentemente crecientes tasas de producción/consumo son ya incapaces de sostener este tipo de mecanismo suficientemente equilibrado. Tanto por el lado de la producción en masa -el taylorismo y el fordismo entran en crisis al ser contestados socialmente desde los más diversos colectivos y al demostrarse ineficaces para permitir técnicamente una nueva división y reorganización de tareas que permita relanzar la productividad industrial -, como por el lado de la reproducción de la fuerza de trabajo -ni la relación salarial se mantiene estabilizada en torno a valores que permitan la utilización rentable de la mercancía trabajo, ni la norma de consumo de masas garantiza que la revalorización mercantil de los valores tenga una forma ordenada sin problemas de subconsumo, inflación o desvalorización mercantil excesiva- el modelo de la acumulación se hace, por tanto, ineficiente. Estos serán los ejes de análisis de nuestro trabajo, en este capítulo nos centraremos en el primer punto la crisis del proceso de trabajo, del taylorismo y del fordismo, para en el siguiente dedicarnos al problema de la reproducción de la fuerza de trabajo y su choque con el desmoronamiento de los mecanismos que la habían hecho rentable en el último gran ciclo de carácter expansivo de postguerra.

10.1. La crisis del taylorismo y del fordismo: los determinantes técnicos.

Aunque el taylorismo y el fordismo han sido los principios organizativos que han conseguido asignar la fuerza de trabajo en el proceso productivo de una manera tal que a base de una desintegración sucesiva de tareas han mecanizado (objetivando en la misma base material de la producción) la división entre trabajo intelectual y trabajo manual hasta componer una nueva serie de "microfunciones" que abren el camino a incrementos constantes de la productividad y la intensidad del trabajo, también - la producción en masa encuentra, en un determinado momento de su madurez evolutiva, límites técnicos de muy diversos tipos que provienen, como veremos, de muy diversos ámbitos, aunque en una primera aproximación podríamos decir que su excesiva rigidez organizativa es el principal inductor de disfuncionalidades productivas. Empezaremos revisando los límites internos (derivados de la propia configuración tecnológica del trabajo en cadena) con que se encuentra el proceso de trabajo fordista cuando sobrepasa sus tolerancias de aplicación rentable.

El primer problema que aparece en la utilización del trabajo en cadena es el de los tiempos de transferencia. El "tiempo de transferencia" se puede definir como aquel - que separa las intervenciones de operario a operario a lo largo de la cadena, es el tiempo durante el cual el producto en curso de fabricación es "transferido" de un puesto de trabajo a otro puesto de trabajo sin ser manipulado (328). Si los incrementos de productividad e intensidad del trabajo se han logrado históricamente a partir de la reducción del tiempo de ejecución de cada operación y del aumento del número de trabajadores que la realizan, los tiempos de transferencia, sin embargo, introducen una contradicción en este proceso que puede llegar a ser explosiva, ya que para satisfacer la exigencia de la parcelación progresiva del proceso de trabajo (impuesta por la utilización de una mano de obra descualificada y para la dominación patronal de la cadencia de trabajo) es imprescindible descomponer al máximo las operaciones y multiplicar por ello el número de puestos de trabajo; pero, y de aquí surge el problema, la multiplicación de puestos de trabajo conlleva la multiplicación correlativa de las distancias y, por lo tanto, de los tiempos de transferencia, en los que el producto a manipular es simplemente transportado y no transformado.

De ahí resulta que a partir de unos determinados límites de descomposición de tareas la "economía de tiempos" en la producción sea en realidad derroche, porque la multiplicación de puestos está incrementando los tiempos de transferencia y hace aparecer porosidades y tiempos muertos donde parece que se están eliminando.

El segundo tope estrictamente técnico de la producción en cadena es el de las dificultades del equilibrado de tiempos. En un primer paso el equilibrado de la cadena resulta teóricamente sencillo, consiste en que al descomponer una operación compleja en un conjunto de microtarefas simples es necesario que cada tiempo parcial de ocupación sea igual, múltiplo o divisible exacto del tiempo de ocupación de los demás de tal manera que no existan tiempos muertos, la fabricación sea en flujo continuo y sin frenados, parones o desequilibrios que impidan que, con las debidas tolerancias, cada obrero esté ocupado sin interrupción (329). Pero esto supone inmediatamente una inflexibilidad absoluta pues implica que al introducir una modificación en una de las tareas, de cara a mejorar la productividad global, obliga a reorganizar todo el conjunto de operaciones paralelas; si la norma es la descomposición cada vez más intensiva también por este lado aparece otro "umbral de saturación" de la cadena al resultar su equilibrado en muchos casos imposible y en

otros sólo posible a costa de dejar el tiempo asignado con enormes desigualdades (que en última instancia se convierten en tiempos muertos), otra vez la multiplicación de tareas "devuelve" en términos negativos e inesperados las economías de tiempo que se realizan al ejecutarla, y esta regla es acumulativa pues a mayor número de tareas el equilibrado resulta de mayor dificultad.

Y al hablar de equilibrado aparecen necesariamente los problemas de ajuste entre las microfunciones asignadas y el equipo tecnológico que sirve de apoyo a la producción; la configuración espacial del equipo fijo de la cadena impone restricciones a la ordenación de la serie de trabajos parciales, la imposibilidad de distribuir igualmente los tiempos conlleva una pérdida total de tiempos -que es igual a la suma de los tiempos de espera de los trabajadores que tienen ciclos más cortos- y esta pérdida aumentará con la mayor parcelación de los puestos de trabajo.

Por todo esto no abordar la reestructuración del proceso de trabajo y reforzar la cadena de montaje es ahondar, aún más, en las contradicciones críticas de la produc-

ción actual -con su lógica repercusión sobre la tasa de beneficio-, ya que la inflexibilidad del sistema fordiano acarrea la necesidad de grandes incrementos de capital

constante para pequeños incrementos en la productividad y/o la intensidad del trabajo. Esto es así porque al ser el equipo de máquinas, por sus especificaciones técnicas el que al llegar a un punto imposibilita la mayor parcelación de tareas, para permitir una nueva descomposición y equilibrado sería necesario introducir nuevo material fijo, lo que además de ser costosísimo sería ineficaz porque se encontraría con que el nivel de descomposición de las labores está, desde hace años, muy cerca de los límites fisiológicos (físicos y mentales) del obrero-masa y los resultados serían imperceptibles; la restricción que atrapa a la cadena (cada vez es necesario mayor volumen de capital para menores incrementos de productividad rentables) se hace insostenible. (330).

El último límite que trataremos en este apartado ha sido puesto en evidencia desde diferentes puntos de vista y escuelas de investigación, y consiste en el desaprovechamiento implícito de fuerza de trabajo que a estas alturas de la evolución humana y técnica supone la concepción --

taylorista y fordista del proceso de producción. En efecto, tanto desde posturas vinculadas a la corriente "socio-técnica" -ligada a los trabajos sobre organizaciones del Instituto Tavistock de Londres (331)-, como desde -- análisis que estudian la crisis del modelo taylorista como un efecto de la crisis de la productividad capitalista -el caso de economistas, sociólogos, psicólogos y sindicalistas ligados a la Confederación General del Trabajo francesa de inspiración comunista (332)- se ha puesto en evidencia que una filosofía práctica de utilización de la fuerza de trabajo que considera (como lo hacen el taylorismo y el fordismo) al trabajador como un simple amasijo de funciones musculares reduce la polivalencia de tareas que un operario puede realizar a un número muy pequeño de movimientos simples lo que obliga a multiplicar el número de trabajadores especializados en otras - subtareas, diseño, control, reparación, cronometraje, - mantenimiento, preparación previa, etc., además el "exceso" de especialización anula la capacidad de resolver cualquier problema que no sea el específico para el que el trabajador ha sido sumariamente formado e introduce una inflexibilidad absoluta que paraliza la producción total siempre que aparezca una contingencia aislada en cada punto de la cadena.

La descualificación había sido enormemente rentable cuando la producción era simplemente mecánica y existían unos excedentes de mano de obra desocupada y fáciles de contratar. En el escenario que impone en primer lugar la automatización a gran escala, que reclama permanentemente capacidades nuevas y tipos de tareas nuevas (así como crea nuevas formas de desgaste y fatiga) y tiende a ampliar las tareas desde la simple suma de gestos físicos primitivos a la conjunción de labores cognitivas y labores operativas; y en segundo lugar, la escasez -- de mano de obra industrial de todo tipo (incluso del obrero especialista universal que crea la cadena de montaje semiautomática, "descualificada" vía parcelación de funciones) que preside la década de los años sesenta en Europa y Estados Unidos (y que es parcialmente remediada permitiendo la inmigración de mano de obra barata desde las periferias o semiperiferias subdesarrolladas) presiona hacia arriba en el precio de la mercancía trabajo y no permite una contratación extensiva de mano de obra barata tal como la que habían conocido Taylor o -- Henry Ford . Ambos factores, impuestos por las condiciones tecnológicas y mercantiles en las que se -- desenvuelve la acumulación del capital, empiezan a distorsionar las condiciones de aprovechamiento de la fuerza de trabajo, convieriendo la descualificación y contratación

masiva de la mano de obra antes en derroche que en economía de recursos productivos.

* * *

Existe también otro conjunto de límites a la producción en cadena que son impuestos por el entorno mercantil, - estos es, los impuestos por el marco mercantil de circulación y realización de las mercancías como consumos situados en un ámbito de fuerte competencia, enormemente cambiante y de rápida desvalorización y sustitución de productos; características todas éstas que ya de entrada se complementan bastante mal con la rigidez dominante de los dispositivos de fabricación clásica en cadena. Veamos esto con mayor detenimiento.

10.2. Diseño industrial, mercado de productos y rigidez del proceso de trabajo.

En un clásico manual de organización industrial Joan -- Woodward estableció sobre una serie de estudios empíricos bastante amplia, una escala que asociaba la estabilidad que proviene de la demanda de productos por parte de los consumidores con la flexibilidad de los métodos -

productivos (333), de tal modo que los métodos tayloristas y de cadena fordista única y exclusivamente serían apropiados para series enormes de fabricación, en un mercado con escasas variaciones en las mercancías demandadas, sin posibilidad de participación de los clientes en la elección de la configuración del producto (y si participa en detalles mínimos como color o complementos externos) y, en suma, para volúmenes de producción muy amplios y nada variables.

Sin embargo, aquí aparece una nueva contradicción entre las exigencias de producción de las mercancías (la producción en masa) y las nuevas condiciones de realización (el rapidísimo cambio de modas, la intensificación de la obsolescencia psicológica y técnica, y, por tanto, el rápido desgaste de las formas de los objetos).

En efecto, el hecho que la "novedad formal" se haya convertido en el elemento esencial del diseño industrial, y que sólo en la continua transformación, cambio y variación de modas esté (según el discurso publicitario en uso y abuso) la única fuente de placer, mientras que la utilización y el consumo durante mucho tiempo de un objeto conducen al aburrimiento, a la falta de estatus y a la vulgaridad, tenía tarde o temprano que enfrentarse con -

La invarianza que preside las pautas de organización de trabajo tayloristas y fordistas. Si como ya hemos estudiado aquí la producción en masa tiende a hacer coincidir los elementos formales del objeto con las necesidades básicas de su fabricación rentable, este "equilibrio" se rompe cuando por motivos de competencia mercantil el producto debe ser variado no por razones estrictamente funcionales, sino porque sus aspectos y prestaciones deben ser permanentemente más atractivos al público consumidor. Los factores mecánicos son, debido a las especiales circunstancias que acaba generando el desarrollo de las fuerzas productivas, la acumulación de capital y la rápida circulación y sustitución de mercancías, desplazados por los factores simbólicos en la configuración de la imagen estético-publicitaria; la función simbólica del diseño va, por lo tanto, cambiando la línea física del objeto.

Gillo Dorfles, la más destacada personalidad en Italia en el campo del diseño industrial y la estética resume clarísimamente lo que aquí hemos tratado de decir en las siguientes líneas:

"Parecería evidente que la ausencia de toda competición individual estuviera destinada a hacer decaer en buena parte el fenómeno de la moda y a volver casi inútil el styling, mientras que, por el contrario, tales fenómenos se agudizan allí donde la exigencia individual sea más pronunciada. La razón de esta sumisión a la moda está implícita incluso en su escasa duración, en la necesaria urgencia de una continuada novedad formal y en una efímera necesidad de cambio y de diferenciación.

".... no hay duda que en el objeto industrial existe, como en ningún otro, una rapidez de desgaste y una relativa inestabilidad formal. Es precisamente esta inestabilidad --- formal la que conduce a una mutación, que sigue más una razón de moda que de estilo, de tal modo que las transformaciones en las formas de los objetos, podrán ser completamente gratuitas y debidas sólo a --- los elementos de la competencia, de publicidad o de demanda del mercado" (334).

De esta manera la renovación permanente de los objetos de consumo pone al aparato productivo en un lugar difícil, si es acompañada por una renovación constante y -- paralela de medios de producción --siguiendo la poca flexi

bilidad y adaptabilidad a entornos turbulentos de las cadenas tayloristas y fordistas- la competencia mercantil llevaría a remplazar este material fijo con demasiada rapidez lo que haría que todo el valor de este capital se transfiriera en un relativamente corto número de productos lo que implica un efecto contrario al buscado (y al que ha dado razón de ser histórica a la producción en masa) : el encarecimiento del objeto de consumo en lugar de su abaratamiento comparativo. Pero si el producto no sigue esta "evolución de formas" perderá su competitividad y quedará fuera de la posibilidad de conseguir una cuota de mercado comercialmente significativa.

En suma, el paso de "mercados no cubiertos" entendiéndose este término como sinónimo de mercados amplios, en permanente expansión y cualitativamente estables (grandes series de muchísimos años de vigencia), que son las características en las que nace y se desarrolla la organización taylorista y fordista del trabajo, a unos "mercados cubiertos" en sectores decisivos del consumo de masas -presididos por la inestabilidad de los volúmenes de producción, de rápida entrada de productos nuevos, de alta variabilidad en la composición de la gama de productos y de interferencias por parte de las esferas estatales o de círculos sociales diversos (asociaciones de consumidores, de vecinos, amas de casa, etc.) en con

diciones concretas del diseño del producto (seguridad, higiene, materiales tóxicos, etc.)- no ha hecho más -- que delimitar un "escenario mercantil turbulento" (335) al que la rigidez, despersonalización, serialización e imposibilidad para el cambio y la adaptación rápida a los ambientes que caracterizan a la gran producción en cadena han sido incapaces de dar una respuesta no sólo técnica, sino también comercial, y más con los problemas críticos que desde finales de los años sesenta se detectan en todos los mercados maduros de consumo masivo.

10.3. La crisis humana de la organización tradicional del trabajo : el rechazo social al trabajo encadenado.

Una concepción dominante en el movimiento sindical de los países desarrollados desde la Segunda Guerra Mundial fue aquella que -asentada sobre bases ideológicas que coincidían ya sea con el optimismo reformista socialdemócrata, ya sea con el vulgar mecanismo materialista y tecnocrático de observancia estalinista (336)- consideraba el desarrollo tecnológico (el desarrollo de las fuerzas productivas si se quiere) como un desarrollo --

autónomo, independiente de las relaciones sociales de producción, siempre y en todo caso positivo, pues para unos se identificaba con el "progreso" y para otros era el principal motor de la historia ; de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción entre fuerzas productivas y relaciones de producción acabaría engendrándose el mítico socialismo del -- porvenir .

Esta ideología arraigó en todas las corrientes estables del movimiento obrero europeo y norteamericano, y de observar el desarrollo tecnológico como un vector puramente objetivo pasó, en último término y como resultado esperable de tal planteamiento a asimilar racionalismo y socialismo (ideología que en los países del Este autodenominados de "socialismo real" con un apelativo que -- es tan Kafkiano como la propia realidad a la que hace mención, es rápidamente puesta en práctica gracias a -- las consignas taylorizadoras de Lenin, y además con un despotismo patronal --en este caso del patrón Estado burocrático-- que deja pequeñas muchas veces-- como sabemos gracias al magnífico testimonio de Miklós Haraszti (337)-- a las más duras situaciones capitalistas).

Ahora bien, lo que aquí nos interesa es precisamente remarcar la perfecta complementariedad de esta concepción

ideológica con los principios dominantes de la organización "científica" del trabajo. Al ser considerado el -- proceso de producción como algo "dado" (efecto de un -- único desarrollo técnico "posible") sus condiciones de utilización son, del mismo modo, presentadas como requerimientos técnicos objetivos y "matemáticamente" prefijados; el tema de las condiciones de trabajo queda así apartado de los principales puntos de acción sindical - (338). Las malas condiciones son aceptadas como inherentes a la fabricación (el precio del bienestar) o como imperfecciones que serán fácilmente superables con el correr de los tiempos. No es extraño, por lo tanto, que después de la oposición inicial, cuando se veían - desposeídos de los privilegios corporativos, desplazadas y subordinadas a la cadena de montaje (en los primeros años veinte) no se produjeran en más de cuarenta años de organización taylorista del trabajo reacciones de importancia contra las condiciones de fabricación - impuestas por el trabajo industrial; a lo más que se - llegó fue, coherentemente con la línea dominante de -- evolución de las relaciones industriales, a una monetarización de estas malas condiciones mediante primas de "peligrosidad", "toxicidad", "nocturnidad", "producción especial" ... etc., etc.

Pero que un sistema de organización del trabajo y un - modelo de relaciones laborales estabilicen, aunque sea

durante un período largo de tiempo, las tensiones que surgen del proceso de producción no quiere decir que elimine su origen, que no es otro que el que se inscribe en la esencia misma de la mercancía trabajo (y el responsable de todas las estrategias de management), o sea, el problema de obtener una mercancía que es controlada ultimamente por un colectivo con unos objetivos y deseos que son independientes (cuando no hostiles) a la producción capitalista, en la situación de adaptabilidad y maleabilidad que maximice las condiciones de rentabilidad del capital. Convertir, en suma, la fuerza de trabajo en auténtico capital variable (variable porque se modifica según las necesidades de la valorización del capital). (339).

Y este hecho -que nos lleva a concebir el proceso de -- trabajo como un proceso social y, por lo tanto como un proceso de dominación y defensa políticamente condicionado y en el que los elementos técnicos y organizativos dejan de aparecer como "datos" para convertirse en objetivo o instrumento de las relaciones conflictivas- es el que nos aparece con especial nitidez en una serie - de comportamientos obreros que desde finales de los --- años sesenta han venido poniendo en entredicho (muchas veces incluso fuera de los cauces institucionales de la

representación sindical) las condiciones de trabajo que se derivan de la taylorización masiva de las pautas de actuación laboral.

Siguiendo una reciente -y brillantísima- investigación de dos profesores españoles sobre el tema de las condiciones de trabajo, Juan José Castillo y Carlos Prieto, vamos a dividir estos comportamientos obreros que se demuestran de alguna manera como auténticos rechazos explícitos o implícitos a la producción fordista en dos categorías básicas de análisis : "por un lado, la de -- los comportamientos colectivos o/y organizados, como -- huelgas y prácticas sindicales. Y como el absentismo, - el "turn-over", el sabotaje, el rechazo general a aceptar determinados puestos (sino el trabajo asalariado como tal), etc." (340).

Como es lógico es con los comportamientos colectivos -- (aunque no siempre organizados) cuando el cuestionamiento social de la organización mecanizada del trabajo empieza a alcanzar cierta difusión pública, así a finales de los sesenta con los movimientos de Mayo del 68 (indirectamente) o, ya de pleno, con los acontecimientos del "otoño caliente" italiano es cuando el tema entra -

con fuerza en las listas reivindicativas de las acciones sindicales, pero hay que resaltar que esta "introducción" fue más asumida que generada por el movimiento sindical establecido, pues en un principio las movilizaciones contra las condiciones de trabajo fueron totalmente espontáneas y en nada tenían que ver con la acción organizada de las centrales sindicales -que al ver perder su capacidad "negociadora" frente a la patronal, trataron generalmente de sofocarlas, por paradójico que parezca-. De todas maneras, lo mismo que en el resto del tejido social, esta fuerte sacudida contra los más sólidos -- principios del "consenso del bienestar" político o sindical no podían dejar indemnes las bases sobre las que se asentaba el modelo de relaciones laborales institucionalizado y "oficializado" por los aparatos legislativos estatales.

Así, en primer lugar, se observó el relanzamiento de un sindicalismo que ponía como puntos estructuradores de - su acción reivindicaciones "cualitativas" (políticas y de calidad de vida) que sobrepasaban ampliamente la mera concertación del precio de la fuerza de trabajo que había presidido las labores del sindicalismo clásico.

Centrales de gran peso político como la C.F.D.T. francesa (de carácter socialista y autogestionario, pero libre de ataduras partidistas concretas) o la F.M.I.-C.I.S.L. italiana (que de ser un sindicato católico pasa a ser uno de los más firmes defensores de una renovación radical de las condiciones de trabajo capitalista) aparecen o reaparecen con renovado vigor en el mapa sindical trayendo nuevos temas de lucha (341), tales como la no monetarización de las situaciones peligrosas, tóxicas o insalubres en el trabajo -"la salud no se vende" fue una consigna que lanzaron los jóvenes trabajadores italianos en el "otoño caliente"- sino su inmediata supresión, o la desaparición de pautas despóticas en el control de tiempos y en las normas de fabricación, o la presión por la desaparición de las falsas divisiones internas (corporativas) de la población asalariada, así como la recualificación de las tareas industriales (con lo que se integraba, por primera vez, a un gran número de "obreros especialistas"- "O.S."- dentro de las reivindicaciones sindicales, hecho bastante insólito si se tiene en cuenta que esta categoría laboral, la más baja del escalafón fábril, siempre se mantuvo marginada tanto por estar en los países del centro de Europa, mayoritariamente, compuesta por trabajadores inmigrados, como por no ser la cantera de afiliación del sindicalismo establecido y ejercer sus presiones siempre por "canales informales" o protestas desorganizadas como lo demuestra

que la mayoría de los disturbios obreros, recuérdese las movilizaciones radicales en USA y Gran Bretaña, el "problema" de los norteafricanos en las fábricas francesas, o incluso los principales incidentes del "otoño caliente" italiano, han sido protagonizados por este particular colectivo), etc., etc.

Otros sindicatos con más dilatadas trayectorias históricas o con mayor vinculación a partidos políticos establecidos, por ejemplo la CGIL italiana y la CGT francesa (comunistas), o las L.O. (danesa y sueca), D.G.B. (alemana) y las inmensas T.U.C. británicas (socialdemócratas) recogieron también muchas de las plataformas reivindicativas del "nuevo sindicalismo", fuera como estrategia del contrapoder político radical y alternativo (el mejor ejemplo sería la C.G.I.L. italiana) o fuera como una forma de ahondar en el proceso de reforma progresiva y avanzar por el camino de la "democracia-industrial" (programa paradigmático del sindicalismo socialdemócrata); el caso es que el cuestionamiento de las condiciones dominantes de trabajo suponía, de entrada, una alternativa, muchas veces lograda de redistribución del poder dentro de la empresa que hacía imposible el endurecimiento de los sistemas, pautas, ritmos, tareas o cronometrajes (342), con lo que el reforzamiento progresivo de las normas tayloristas y las cargas de trabajo --

(por muchos "incentivos" monetarios que se intentasen) se bloqueaba y la productividad bruta, por lo tanto, se es tancaba.

Lo que ya es más difícil es determinar en que grado estas tensiones se traducen en conflictos abiertos porque si bien es cierto que en las principales movilizaciones de principios de los años setenta las condiciones de -- trabajo han estado presentes como su motor fundamental, desde el ya repetido aquí "otoño caliente" italiano, -- hasta la más importante lucha sindical inglesa de los -- años setenta, el caso de la reestructuración de la Lucas Aerospace Industries Ltd. --donde se pretendía reducir a la mitad la plantilla de la más importante empresa británica de material aeronáutico y las secciones sindicales plantearon un plan global alternativo no sólo de -- mantenimiento de los puestos de trabajo, sino de aplicación de principios tecnológicos a la medida del hombre, pasando por la huelga de los peones especialistas de la Renault de Le Mans (Francia) en 1971, o en la revuelta de los jóvenes obreros especialistas de la General Motors en Lordstown (Estados Unidos) en 1973; también es cierto que muchas otras veces los conflictos por condiciones de trabajo son localizados y no llegan a tomar --

forma típica de "movilización" (con lo que no entra en las estadísticas oficiales como "huelga") sino formas de tensión mucho más sutiles (y que lindan con comportamientos individualizados que estudiaremos inmediatamente), y que en otros casos las condiciones de trabajo sin constituir la reivindicación prioritaria, figuran en la plataforma reivindicativa y son utilizadas como elemento de negociación intercambiable con otros, jugando un papel añadido y subyacente en la tensión y en la movilización del conflicto (343).

Pero lo que sí queda claro en todo momento es que después de la reconstrucción económica de postguerra donde se hizo factible el aumento de la productividad y la reducción de los costes de mano de obra y donde se desarrollaron con inusitada rapidez el cronometraje, el salario diferencial por piezas, las primas de rendimiento y productividad, y de los años cincuenta (donde la administración fomentaba el encuentro entre responsables patronales y sindicales en búsqueda de los aumentos de los "rendimientos laborales", la simplificación del trabajo, la "eliminación" de los tiempos muertos y el acento sobre la taylorización), en los años sesenta por el con-

trario ya se empieza a asistir a una "decadencia de la ola del cronometraje" que se muestra como un primer paso de la crisis de la organización taylorista del trabajo.

Dice Claude Durand, director de la revista "Sociologie du travail" y uno de los más sólidos investigadores sobre el tema en Francia :

"... las actividades de consejo, originariamente centradas en el taller, se trasladan hacia los problemas de gran planificación, de información - y de estudio de sistemas, hacia el análisis del valor y de la concepción del producto. Se mantienen en los talleres algunos estudios de transporte y de manipulación y, por otra parte, la ingeniería. Esta crisis de -- los problemas de organización del -- trabajo no deja, sin embargo entrever claramente soluciones de recambio : el ingeniero no tiene más que un sólo modelo, el modelo taylorista que no puede más que reforzar incluso si, a pesar de la acumulación de reglas, la gente trabaja cada vez menos (344).

Pero este primer cambio de rumbo en los métodos de planificación (que no hacen más que ocultar el declive histórico del taylorismo tratando de asegurar en la esfera de la distribución lo que en la de la producción resulta imposible) se convierte en un auténtico rechazo social o si se quiere fracaso social en los primeros años setenta (y finales de los sesenta). El mismo Durand concluye de manera contundente :

"Nadie cree ya en la mitología taylorista del bienestar de los hombres realizado por el incremento de la producción y de la productividad. Los aspectos más instrumentales del taylorismo, consistentes en crear entre obreros y patronal un espíritu de cooperación, una conciencia de los intereses comunes, no han resistido al retorno de llama de los ritmos y los cronometrajes" (345).

* * *

Pero si en muchos casos los conflictos se hicieron manifiestos o abiertos, sobre todo entre los obreros más descualificados y fragmentados, lo seguro es que aparecen en todo el ambiente laboral occidental muchos --

individos de que en un estado latente, pero con una importancia social y económica que supera los comportamientos colectivos, existen comportamientos no organizados, informales, dispersos y expresados por canales muy diversos que entrañan la puesta en cuestión de las condiciones dominantes de trabajo generadas por los métodos tayloristas y fordistas.

Entre estos comportamientos individualizados destacaremos el absentismo, el "turn-over", el sabotaje, el frenado y la resistencia al cronometraje, y por fin una actitud social general que es difícil de definir pero que denotaremos como un nuevo rechazo social al trabajo asalariado protagonizado por ciertos grupos y colectivos particulares y que siguiendo el título de un libro de origen francés pero con gran difusión en el resto de Europa (menos en España donde ni siquiera ha sido traducido) podemos denominar como "la alergia al trabajo" (346).

El absentismo es un fenómeno ambiguo políticamente hablando y mucho más difícil de definir y cuantificar de lo que a primera vista parece. Es ambiguo porque su --

interpretación sociológica puede ir desde los que culpan a la "irresponsabilidad" obrera y la ineficiencia de la Seguridad Social de su aumento reciente hasta - los que ven en él la prueba palpable de revuelta obrera silenciosa e individualizada (posturas que van desde el "neoliberalismo" patronal, hasta el ultraizquierdismo de la izquierda "autónoma" italiana), lo que prueba que no existe la más mínima estabilidad de criterios en su análisis. Pero sin cargar demasiado las tintas políticas en la interpretación en el fenómeno absentista -que se está convirtiendo en uno de los más preocupantes temas para las organizaciones patronales; y transformarlo en una especie de "absentismo reivindicativo", se puede asociar la revitalización de este fenómeno a una situación de defensa ante situaciones -- agresivas de trabajo, que coincide con el fracaso social de una organización despótica del trabajo. Luego queda el eterno problema de la cuantificación, sin embargo, sea cual sea la base metodológica utilizada para la instrumentación estadística se aprecia un claro incremento : en la industria metalúrgica francesa la tasa de absentismo obrero pasa de 8,20 por 100 en 1968-69 a 8,86 por 100 en 1971 y a 9,5 por 100 en 1972-73, en Italia la misma tasa, referida a los sectores más importantes de la producción industrial ha aumentado al rededor de un 2 por 100 entre 1969 y 1971; en Estados

Unidos en las tres mayores industrias del automóvil el absentismo ha pasado de un 4 por 100 en 1950 a un 7,5 por 100 en 1970, en los Países Bajos y un mismo período, se registra idéntica evolución que en el -- automóvil en Estados Unidos, en Alemania la tasa de absentismo ha saltado del 4 por 100 en 1966 al 11 por 100 en 1972, en el Reino Unido el número de jornadas perdidas por enfermedad no justificada creció en un - 10 por 100 de 1964 a 1974, y por fín en España las -- jornadas perdidas por absentismo laboral pasaron de -- 81 millones en 1976 a 91 en 1977 y 100 en 1979 (347).

El "turn-over", o la rotación e inestabilidad del empleo industrial, consiste en el abandono obrero voluntario e intencionadamente definitivo del puesto de trabajo en una empresa; considerado por los especialistas como otro indicador claro de la "desafección ante el trabajo en serie" (348), sus cifras también son impresionantes por mucho que sean fragmentarias y de difícil unificación : en 1972 el 27% de los trabajadores franceses de la rama del montaje electrónico se despedía, esta tasa era para las fábricas Ford (USA) del 25%, y en 1970 el 25,2%, en la Chrysler (USA) en 1970 la mitad de los peones especialistas no tenían en la empresa más de noventa días de antigüedad y, por fín en Volvo (Suecia) la tasa anual de abandonos llegó al alagante 35% (349).

El sabotaje y el frenado del ritmo de trabajo han hecho revivir experiencias de la primera Revolución Industrial y sus "luditas" o destructores de máquinas, aquí sólo - se pueden recoger hechos aislados en el caso del sabotaje contra los productos finales o los elementos fijos del equipo de fabricación -algunos como la inutilización de las computadoras que controlaban la línea de montaje en la planta de Lordstown de la General Motors (USA) tremendamente espectaculares (350)-, que se generalizan cuando se extiende el concepto y se habla de falta de atención en el control de calidad o de frenado consciente de las cadencias de realización de tareas:

"En una contraestrategia opuesta a la del salario a rendimiento, el grupo obrero establece un equilibrio entre las nociones de salario justo y esfuerzo razonable. Las empresas, en los -- años sesenta, mantenían todavía primas de producción juzgadas necesarias para la consolidación del equilibrio tácticamente adquirido. Para las empresas que hacían estudios de tiempos hace muchísimo tiempo que las gamas y los tiempos estaban establecidos. Los obreros habían sabido limitar sus ritmos y la línea jerárquica había

limitado sus desiderata. Las curvas de prima caían el 30% y todo el mundo se volvía a poner en los mismos resultados" (351).

Debido a su monolitismo organizativo, la cadena -y en general todo el sistema de "desmenuzamiento" de tareas- esta totalmente indefensa ante todo este tipo de prácticas, que, aunque representen un rechazo individual -- y, en teoría, poco conflictivo de las condiciones de -- trabajo, son el cuestionamiento social indirecto de los presupuestos básicos del actual sistema de fabricación. Así el absentismo o el "turn-over", por ejemplo, al provocar ausencias imprevistas que abren auténticos huecos en el funcionamiento habitual de la línea de ensamble crean desequilibrios nada fáciles de compensar (las sustituciones debido a la "superespecialización/descualificación" de la fuerza de trabajo son siempre complicadas por la poca polivalencia actual de la mercancía trabajo) que pueden ser de bloqueo total si el fenómeno se generaliza; el frenado consciente del ritmo de trabajo o el -- sabotaje industrial debido a que la cadena es un camino "único" en las que unas tareas alimentan a las otras -- basta con que se produzca en un punto para que cree disfunciones graves en todo el proceso de fabricación (352).

De ahí la importancia de todas estas prácticas.

* * *

Si los comportamientos que acabamos de reseñar tenían un carácter individual y no organizado tenían también un carácter activo, esto es obligaban a una acción expresa por parte del trabajador de defensa o rechazo -- contra las reglas dominantes en la producción en masa o, si se quiere, con el moderno "despotismo fábril". Pero a todos estos comportamientos hay que añadir otros que podemos denominar, aproximadamente, como pasivos, pues no son tanto actitudes expresas de rechazo como formas de adaptación no esperadas, incontroladas y "difusas" a los códigos de comportamiento impuestos por la civilización industrial a través de sus diferentes mecanismos de socialización.

En un primer nivel se encuentran aquellos fenómenos que se asocian a la pérdida de interés obrero por el trabajo (y por los resultados de este trabajo) que esta realizando. El conocido antropólogo estadounidense Marvin Harris en su reciente e interesante libro sobre la cul-

tura norteamericana contemporánea responsabiliza a este hecho, nada más y nada menos, de la sensible caída de la productividad en Estados Unidos y del incremento brutal de defectos en el acabado y manufacturación de los productos de consumo (la productividad de las empresas no agrícolas aumentó en USA en un 3,4% desde 1948 a 1955, en un 3,1% entre 1955 y 1965, en un 2,3% entre 1965 y 1973 y sólo un 1% entre 1973 y 1980, por otra parte y siguiendo con datos que aporta Harris en 1979 el 59% de -- los americanos se vió obligado a devolver o reemplazar un bien comprado en ese año por desperfectos en su fabricación, un año después en 1980 este porcentaje se había elevado al 70%) (353). La tesis de Harris es simple --quizás demasiado simple-- y está respaldada por un aluvión de datos que él maneja sin demasiados escrúpulos : "los problemas de calidad en los Estados Unidos alcanzaron proporciones críticas como consecuencia del aumento, sin precedentes hasta entonces, en el tamaño y complejidad de las corporaciones industriales, así como en el número de trabajadores alienados y negligentes. Esto no significa que sólo las grandes sociedades tengan problemas de calidad; también las pequeñas compañías pueden producir bienes de pacotilla. Pero en un sistema de libre empresa es poco probable que puedan mantenerse en el negocio mucho tiempo. Las macrocompañías, además de -

producir trabajadores y directores alineados y bienes de dudosa calidad a una escala gigantesca, tienden a permanecer activas" (354).

Nosotros por nuestra parte si bien aceptando las razones de Harris debemos ampliar el marco de su reflexión y no pensar en esa negligencia como una simple "pérdida de -- los intereses comunes que ligan a los productores y consumidores" (355), sino más bien como el desgaste de todo un modelo de producción cuyos resultados negativos no -- sólo se cargan sobre el ámbito de los mercados finales y los sufridos consumidores, también la propia esfera de la producción sufre los resultados de la negligencia y desinterés, que son generados, no lo olvidemos, por el propio sistema de organización del trabajo; es el caso, por ejemplo, de la escalada de la accidentalidad (356), pues la pérdida de la "alegría" o la "satisfacción" en el trabajo -como se la denominaba en las viejas escuelas de la sociología industrial- no es sólo la culpable de operario haga las cosas sin demasiado cuidado o precisión -- (con la baja en la calidad consiguiente), también la monotonía y la desidia que la organización del trabajo Taylorizada crean en el "factor humano" hacen que el que -- ejecuta una operación pierda tanto reflejos corporales -

como la misma consciencia de sus propios riesgos en el trabajo. Los efectos "difusos", no buscados, de la racionalización mecanicista se hacen, por tanto, cada vez más complicados e interdependientes.

Por fín, existen otros fenómenos planteados a un nivel social general (y no en el lugar de trabajo estrictamente considerado) y que se comportan también como actitudes que refuerzan las tendencias de rechazo hacia los planteamientos convencionales de la sociedad industrial. Aquí es donde podemos encuadrar ese conjunto de signos de diferentes orígenes, pero cuyo rasgo fundamental es que representan la pérdida de valores productivistas hasta ahora fundamentales, tales como la obligación al trabajo bien hecho, el trabajo como sacrificio, la vida como una ascensión de puestos de trabajo, la estabilidad en el empleo, o incluso la misma necesidad de trabajar. Este grupo de síntomas que componen ese síndrome nada extraño hoy, sobre todo para los jóvenes (hasta ahora una de las mejores materias primas para alimentar la cadena de montaje) que constituye una auténtica "alergia al trabajo" : "El hecho que de todos los antiguos valores, sean aquellos asociados al trabajo los hoy más amenazados no se explica solamente por la aparición de nuevas necesidades de consumo o por la generalización de inquietudes

juveniles (...). Si tanto los jóvenes como incluso los adultos, no dudan en atestiguar su propósito o sus conductas de una indiferencia creciente a una forma de actividad humana desde siempre considerada como esencial es también porque, a la vez, el progreso tecnológico -- comienza, a menudo, a vaciarse de mucha de su significación moral al imponer una deshumanización demasiado torpe" (357).

Las razones "cotidianas" que se han dado para esta "huida del trabajo" han sido múltiples y van desde aquellas que priman el desajuste que se produce entre las posibilidades de educación formal e informal de los nuevos trabajadores industriales (que han aumentado cuantitativa y cualitativamente) y las perspectivas estancadas de satisfacción en el trabajo que asegura la producción en -- masa, hasta aquellas otras que encuentran en los modernos mecanismos de la política social Keynesiana el amortiguador más fuerte de la necesidad acuciante a una asalarización permanente y estable (358). Sea cual sea la explicación última de la negativa a la asalarización -- que nos imaginamos multicausal, efecto y resultado de todos los factores explicados a lo largo de este capítulo y -

algunos más todavía- lo cierto es que está ahí y ha sido puesta en evidencia por diversos autores y para diferentes países.

Decía el sindicalista italiano Bruno Trentin en una conferencia pronunciada en Madrid no hace demasiado tiempo con respecto a la experiencia de su país:

"La cuestión del desarrollo bloqueado nos lleva a enfrentamientos con una cifra oficial de 1.800.000 parados y con más de tres millones de trabajadores en empleos precarios, mientras al mismo tiempo hay un millón de puestos de trabajo sin cubrir por la negativa de parte de la mano de obra disponible a ocupar este tipo de puestos" (359).

Otro testimonio parecido es el siguiente:

"La dificultad de reclutamiento de jóvenes trabajadores metropolitanos,--.. obliga a un gran número de empresas de serie a reclutar mano de obra extranjera. En algunas fábricas de serie,

la proporción de trabajadores inmigrantes se eleva a más de la mitad del personal: es el caso de GEO en las conservas (Francia), de los Talleres Renault en Flins (Francia) y de ciertas fábricas Volvo (Göteborg, Suecia). El aporte de mano de obra extranjera varía como media entre el 15 y el 30% de la mano de obra directa en el conjunto - de la metalurgia y en la construcción (francesas). Las dificultades de reclutamiento de la mano de obra han jugado un gran papel en los esfuerzos de Volvo por modificar su sistema de trabajo" (360).

* * *

En suma, el taylorismo y el fordismo han entrado en una coyuntura histórica en el que su funcionamiento se está viendo obstaculizado por multitud de anomalías del más diverso carácter; anomalías que descubren unos límites tanto de racionalidad técnica (productiva) como de viabilidad social (huida del trabajo, absentismo, inestabilidad en el empleo, desinterés, frenado, etc., etc.) para su continuo endurecimiento y su permanente profundización a base del mayor desmembramiento de tareas y el incremento del control de tiempos. Una vez que se bloquean las posibilidades de avance lineal del taylorismo los presupuestos sobre los que se basaba el constante aumento de la productividad del trabajo desapare-

cen, con lo que el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo ya no es la base estable para la permanente - acumulación del capital y el desarrollo económico exponencial, estamos ante una crisis estructural. En el capítulo siguiente precisamente, estudiaremos este elemento desencadenante de la crisis que consiste en la imposibilidad de ordenar el proceso de consumo y de reproducción de la fuerza de trabajo según los valores necesarios -- para que se de un crecimiento económico tal que garantice niveles de rentabilidad del capital social sustanciosos.

NOTAS

- (324) Todos los datos están extraídos del libro de Michel Drancourt, "La fin du travail", París, Pluriel/Hachette, 1984, págs. 313 y 322.
- (325) "Perspectives Economiques de l'OCDE", 1982.
- (326) "Perspectives Economiques de l'OCDE", 1980.
- (327) "Towards Full Employment and Price Stability". A report to the OECD by a group of independent experts, París, 1977, citado por André Gunder Frank, "La crisis mundial", Barcelona, Bruquera, 1979, págs. 69-71, Vol. 1.
- (328) Benjamín Coriat, "El taller y el cronómetro...", op. cit., págs. 135 y ss.
- (329) *Ibídem.*

- (330) Michel Aglietta, "Regulación y crisis del capitalismo...", op. cit., págs 96 y 97.
- (331) Para un apretado resumen de los principios organizativos postulados por autores como Davis, Herbst, Emery, Trist o Cherno - todos ellos en la línea de trabajo que protagoniza el British --- Tavistock Institute of Human Relations y que niega la existencia de la "única y mejor vía posible" tayloriana así como la dominación del ritmo técnico sobre la cadencia de trabajo humana tal como lo hace la cadena fordiana- consultar: Albert Cherno, "Los principios del diseño sociotécnico", en Sociología del Trabajo nos. 7/8, 1982, págs. 185-199.
- (332) Véase a este respecto : Bernard Doray (miembro del Comité de salud del Partido Comunista Francés y del Centro Confederal de Estudios Económicos y Sociales de la C.G.T. francesa), "Les pratiques --- scientifiques dans le champ du travail industriel La crise du modele taylorien", en La Pensée nº 199, págs. 44-57.

- (333) Joan Woodward, "Industrial organization: Theory and Practice", Londres, Oxford University Press, 1965, véase, por ejemplo, pág. 39 y ss.
- (334) Gillo Dorfles, "Símbolo, comunicación, consumo", Barcelona, Lumen, 4ª Edición 1984, págs. 227-228
- (335) Manuel Alcaide Castro, "Las nuevas formas de organización del trabajo. Un análisis sobre su viabilidad", Madrid, Akal, 1982, págs, 166 y 167
- (336) Para un sumario, pero no por ello superficial, panorama del movimiento sindical europeo y sus diferentes tendencias cfr. Luís Arrillaga, "Poder y -sindicato", en Sistema nos. 29/30, Mayo 1979, págs 133-147
- (337) Miklós Haraszti, "A destajo", Barcelona, Montesinos, 1981, Haraszti disidente izquierdista húngaro realiza en este libro uno de los más completos, auténticos y sobrecogedores relatos sobre el funcionamiento interno de la organización del trabajo en

una fábrica "socialista", así como del ambiente burocratizado y alienante en que se desenvuelven las relaciones laborales, oficialmente controladas hasta en sus más mínimos detalles.

- (338) Véase para este tema André Granou, "¿Es posible - una política socialista?. Observaciones sobre el artículo de Ludolfo Paramio", en Zona Abierta, nº 22, noviembre-diciembre 1979, pág. 18.
- (339) Andrew L. Friedman, "Industry and labour. Class struggle at work and monopoly capitalism", Londres Macmillan, 1977, pág. 78.
- (340) Juan José Castillo y Carlos Prieto, "Condiciones de trabajo. Un enfoque renovador de la sociología del trabajo", Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983, pág. 40.
- (341) André Gorz, "Ecologie et politique", op. cit., cap II (sección 4).
- (342) Castillo y Prieto, "Condiciones de trabajo...", op cit., págs. 4 b y ss.

- (343) *Ibíd.*, pág. 43
- (344) Claude Durand, "El trabajo encadenado. Organización del trabajo y dominación social", Madrid, H. Blume 1979, págs. 69-70.
- (345) *Ibíd.*
- (346) Jean Rousselet, "L'allergie au travail", París, Sevil, 1974.
- (347) Datos de diversas fuentes recogidos en la magnífica monografía sobre condiciones de trabajo realizada por J.J. Castillo y C. Prieto, *op. cit.*, págs. 52-53.
- (348) Ver Durand, "El trabajo...", *op. cit.*, pág. 75
- (349) *Ibíd.* y Castillo y Prieto, "Condiciones ...", *op. cit.*, pág. 61.

- (350) Castillo y Prieto, "Condiciones...", pág. 58
- (351) Durand, "El trabajo ...", op. cit. pág. 79.
- (352) Véase Andrew L. Friedman, "Industry and Labour.." op. cit., págs. 93 y ss.
- (353) Marvin Harris, "La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica", Madrid, Alianza, 1984, págs. 82-83 y 20-21 respectivamente.
- (354) Ibídem, pág. 26
- (355) Ibídem, pág. 29
- (356) Para un seguimiento de la escalada de la accidentalidad y el empeoramiento objetivo de muchas condiciones de trabajo puede verse Castillo y Prieto "Condiciones...", op. cit., págs. 69-81.
- (357) Jean Rousselet, "L'allergie au travail", op. cit. pág. 119.

- (358) Harris, "La cultura norteamericana...", op. cit.
pág. 30.
- (359) Trentin, "Los sindicatos ante la crisis en Italia"
op. cit., págs. 120-121
- (360) Durand, "El trabajo encadenado", op. cit., pág. 73

CAPITULO 11LA CRISIS DE LA RELACION SALARIAL : REPRODUCCION DE LA FUERZA DE TRABAJO, NORMA DE CONSUMO E INFLACION.

En el capítulo inmediatamente anterior nos hemos dedicado a estudiar la crisis de los setenta en función de las disfunciones del modelo productivo, ahora en el apartado que abrimos intentaremos profundizar en las tendencias recesivas del sistema mundial a partir de las tensiones generadas en el marco reproductivo (naturalmente mutuamente interdeterminadas y conectadas con los fenómenos críticos que se originan en las bases productivas de la estructura económica internacional). Así, si en las páginas anteriores vimos que la producción en masa ya no es capaz de garantizar una senda de crecimiento estable, acumulativo y exponencial, en éstas analizaremos como la norma de consumo de masas y los mecanismos que la sostienen (inflación "de equilibrio", obsolescencia planificada, deuda privada, etc.) no hacen posible una ----

realización de los valores que sea capaz de controlar la reproducción de la fuerza de trabajo en los límites en que la relación salarial se hace rentable para el capital y la acumulación positiva.

* * *

En una primera aproximación se puede observar como "la estructura de consumo típica de la sociedad capitalista sigue manteniéndose intacta. El principio de potenciar el consumo privado individual, creando necesidades artificiales y modos cada vez más sofisticados pero no más útiles de satisfacerlas, de mantener a niveles lo más - reducidos posible los consumos colectivos, y de permitir la existencia de gastos improductivos, sigue siendo uno de los principios que sustentan el sistema económico capitalista" (361). Esta tendencia se refleja cuantitativamente en la relativa estabilidad que ha mantenido el consumo privado en la demanda agraga a lo largo de la crisis -el crecimiento del consumo privado representó - el 0,2% del P.N.B. medio de los siete países más industrializados en 1974, siendo este porcentaje el 2,2% en 1975, el 5,2% en 1976, el 3,5% en 1977, el 4,4% en 1978,

el 3,5% en 1979 y el 0,9% en 1980 (362)-, lo que indica que la presente crisis no se comporta como una crisis clásica (tipo siglo XIX o "Crack" del 29) en la que la caída de la tasa de ganancia devenía inmediatamente en un desmoronamiento de los mercados de consumo privado; en este caso parece que la misma determinación del modelo de crecimiento, basada en la realización final de los valores en un inmenso mercado de consumo de masas, impide un comportamiento de ese tipo al sistema económico general por simple cuestión de supervivencia.

Sin embargo, mantener, aunque sea ralentizado, el nivel de consumo (o lo que es lo mismo, el valor de reproducción de la fuerza de trabajo) cuando la tasa real de -- beneficios ha caído, sólo es posible mediante una serie de "soluciones" forzosamente contradictorias cuyo último resultado es la inflación galopante y la desarticulación entre los equivalentes monetarios y los valores-trabajo de las mercancías en circulación. La otra cara que se presenta a una crisis sin un subconsumo generalizado, - masivo y desestabilizador -entendiendo subconsumo en el sentido de la existencia de un poder de compra insuficiente para mantener en acción el mecanismo de desarrollo en términos estructurales, esto es, incapaz de ser regulado por ninguno de los aparatos de estabilización del ciclo

(estatales o privados) que han venido actuando en el neo capitalismo de postguerra (362)- es una forma específica de crisis en la que mediante una fuerte expansión monetaria se consigue que la circulación mercantil no se quiebre de una manera brusca, y que la sobreacumulación de capital no tenga como resultado una desvalorización fuertemente destructiva de éste, sino su distribución en un proceso inflacionario descontrolado, permanente y acumulativo.

Pero este proceso inflacionario "desbocado" no significa la superación de la crisis, sino el signo más evidente de la misma porque, si bien evita un derrumbe de la producción capitalista inutiliza en un principio una política monetaria (la de la inflación de "equilibrio") que conseguía imponer a los diferentes grupos sociales -vía monetaria- el crecimiento real de la producción, de tal manera que **daba** a la renovación de la fuerza de trabajo (el consumo salarial), y a los asalariados el límite que **cubría** la tasa de beneficio requerida (363) y, por lo tanto, la posibilidad de un crecimiento sin sobreproducción estructural y sin caídas de la tasa de ganancia importantes; así como interfiere y desequilibra la relación salarial de tal manera que, frena las posibilidades de acumulación estable al desajustar el coste de repro-

ducción de la fuerza de trabajo y generar una espiral - precios-salarios que aunque permite mantener tasas aparentes de beneficio (en ciertas ramas) abundantes, bloquea la tasa social real de ganancia. Veremos esto con detenimiento en los puntos que siguen.

11.1. Norma de consumo, pseudo-realización de valores e inflación galopante.

El problema fundamental a estudiar es el porqué de la desintegración de un proceso que había funcionado correctamente en base a una serie de mecanismos que lo sustentaban en un equilibrio inestable (esto es la reproducción de la fuerza de trabajo/realización mercantil de los valores fundamentada en una norma de consumo de masas en renovación permanente apoyada por los conocidos soportes de la obsolescencia planificada, las tácticas empresariales de venta, el crédito privado, la publicidad, etc.), y **cuáles** son las causas que convierten a tales mecanismos en "drogas tóxicas" para el devenir del sistema económico -precipitando y multiplicando las tendencias al estancamiento general -cuando antes habían -- funcionado, paradójicamente, como "drogas tónicas", permitiendo dar salida a la sobreproducción y el subconsumo (364).

En el fondo de esta crisis se encuentra un fenómeno inherente al mismo proceso de producción de mercancías en -- sus condiciones contemporáneas y consiste en el desarrollo desigual de los dos sectores productivos -- producción de bienes de capital, producción de bienes de consumo -- hasta un momento en que se produce una ruptura en el régimen de acumulación (365). De esta manera si la tendencia general del capitalismo es a incrementar la productividad del trabajo mediante el incremento de la composición orgánica del capital -- lo que en las versiones ortodoxas de la teoría marxista de la crisis explicaba la -- caída de la tasa de ganancia debido a que al aumentar el capital constante sustituyendo al capital variable, y, -- siendo éste último la única fuente generadora de plusvalor, la posibilidad social del beneficio se contrae y la ganancia disminuye (366) -- esto quiere decir que existe un desarrollo acelerado del sector I (que produce medios de producción) para poder acrecentar constantemente los bienes de capital, base insustituible para un incremento paralelo de la productividad real del trabajo; y paralelamente una disminución del volumen de fuerza de trabajo aplicada al proceso de producción, lo que, por tanto, y de una manera indirecta limita las posibilidades de expansión del sector dedicado a producir bienes de consumo -- Sector II -- para la clase obrera (elemento indispensable para la realización de los valores producidos). Esto su-

pone una distorsión en el ritmo de los dos sectores productivos y conduce a que el Sector II llegue a una situación de relativo estancamiento en que no puede vender -- sus productos en el mercado de consumo con la suficiente rapidez como para ir adquiriendo las mercancías producidas en el Sector I, con lo que surge una crisis general de acumulación y realización.

Ante esta ruptura radical del ritmo intersectorial de acumulación los elementos que sirvieron para mantener equilibrado el crecimiento de estos dos sectores, al perder el sentido real de su funcionamiento, se convierten en factores fuertemente contradictorios y desestabilizados; de su aceleramiento y sobreutilización depende la mínima solidez estructural que ha hecho que la crisis de los setenta no se haya comportado como un proceso de derumbe total de los mercados, pero también se derivan una serie de obstáculos paralizantes y recesivos que no sólo agravan la crisis en sí misma, sino que dificultan posibles salidas expansivas clásicas.

Así el mecanismo generador de crédito que ha jugado un papel fundamental en la financiación (interna e interna-

cional), satisfaciendo las demandas de los empresarios y consumidores de recursos para expandir la producción y, al mismo tiempo para alimentar el consumo, construir casas, comprar automóviles, etc., sirviendo de estímulo otra vez para nuevas demandas así como de formas de financiación para satisfacerlas sucesivamente (367), se muestra como uno de los principales sostenedores del mercado de bienes de consumo, pero también como fuente primaria de inflación, pues es la expansión del dinero crediticio y las ventas a plazos servida por los bancos privados y cubierta por los bancos centrales la que obliga a políticas monetarias expansivas como formas de apoyo monetario gubernamental a la reproducción ampliada del capital. Y, dadas las condiciones de fuerte oligopolización de los mercados, impulsar más demanda en la economía por medio de prácticas monetarias encubiertamente expansivas (públicas o privadas) sirve parcialmente para contraatacar los efectos depresores del estancamiento y, en parte, para dar la oportunidad de subir precios y beneficios a los vendedores mejor colocados. A medida que los aumentos de precios se abren paso en la economía bajo la forma de aumentos de costes (y del coste de la vida), el efecto inflacionario se generaliza ... mientras más pro-

fundo es el estancamiento y más fuertes las fuerzas que la contraatacan, más grave es la inflación (368).

La economista norteamericana Joyce Kolko describe este proceso contradictorio para los Estados Unidos:

"La deuda por compras a plazos aumentó en un 50 por ciento desde -- 1970, reflejando el esfuerzo de -- los consumidores para luchar contra la inflación, así como la agresiva campaña por parte de los bancos para aumentar las compras a -- través de las tarjetas de crédito a unos intereses del 18 por ciento anual. En 1974, el pago de deudas constituirá el 16,5 por ciento del ingreso disponible de los consumidores. En el contexto de despidos masivos a través de toda la economía, una gran parte de estas deudas no se pagarán, perjudicando a las compañías de venta al por menor, a las compañías financieras y, de -- nuevo a los bancos que poseen la mitad de la deuda por compra a plazos. Incluso antes de que surgieran los despidos masivos, los consumidores ya habían disminuido su demanda de coches, electrodomésticos y ropa." (369).

Algo similar ocurre con el incremento en los gastos de venta (publicidad, compañías comerciales, embalajes de fantasía, etc., etc.) sobre la masa del excedente económico producido, y, por vía indirecta, sobre la tasa de ganancia capitalista. En efecto, estos gastos, que son imprescindibles para colocar y realizar las mercancías en los mercados contemporáneos son en un sentido estricto improductivos, es decir, representan una deducción del capital social que no se convierte en mercancías para vender, sino en "servicios" contratados independientemente y , a su vez, objeto de compra y venta, esto no presupone su carácter mercantil, sino que su forma - "parasitaria" ha adquirido un ámbito social general-; de esta manera aunque dichos servicios contribuyan a un más rápido cierre del circuito de reproducción ampliada del capital, funcionan como gastos (esto es, como valor descontado sobre la tasa de ganancia global) y no como costes, o sea, como parte de capital adelantado que luego será reembolsado con un beneficio incorporado. (370).

Cuando el excedente económico, gracias a un ciclo largo de carácter expansivo, se encontraba en un momento ascendente, una reducción porcentual en su volúmen a causa

de estos gastos improductivos era progresivamente enju-
gada en la misma dinámica de reproducción ampliada y be-
neficios ascendentes. Sin embargo, en un período recesi-
vo en el que la tasa de ganancia se estanca, o frena su
ritmo de crecimiento, la única manera de cancelar el --
"gap" que se abre entre los gastos improductivos, en cre-
cimiento, (pues la estructura de los mercados actuales
impone el mantenimiento -cuando no el reforzamiento debi-
do al endurecimiento de la competencia- de todas estas
formas de venta comercial) y el índice de beneficios ca-
pitalistas, en descenso, es la de inflacionario. Nos en-
contramos aquí, por tanto, con otra fuente permanente pa-
ra alimentar el proceso inflacionario "desbocado" de los
setenta.

Nos queda, por fin, referirnos a la política económica
estatal que recubre y lubrica los procesos antes rese-
ñados. En este sentido el "sesgo inflacionista" de eco-
nomía monetaria Keynesiana resulta claro y necesario --
(371), pero es más, su carácter inflacionario no es sólo

subsidiario (al compensar vía monetaria la pérdida de valor del capital privado), es inmanente al funcionamiento mismo de los "mercados sociales" estatales. Al tratarse de absorber una oferta excedentaria por medio de un aumento de la demanda social (tenga esta demanda social forma de gastos militares, consumos colectivos, obras públicas, o incluso más indirectamente consumos privados sufragados mediante subsidios estatales) el Estado está creando, de hecho, "pseudo-mercados" (372) donde los productos no son "verdaderamente comprados" (cambiados por salarios o rentas), sino realizados monetariamente gracias a un aumento de la circulación fiduciaria. Todo esto evita una ruptura brusca en el consumo y "revaloriza" artificialmente tanto pérdidas parciales en valor del capital -caída de la tasa de ganancia- como en el de la fuerza de trabajo- mantenimiento de la mano de obra en paro, etc.-, pero en el marco impuesto por la crisis conduce a fuertes distorsiones en el curso del proceso de circulación monetaria de los productos, haciendo que los precios no sean ya las expresiones convincentes de los valores -algunas mercancías sólo tienen salida si se venden por debajo de su valor, otras, en sectores bien colocados, pueden ser vendidas por encima-, e induce a una "pseudo-realización" o "cuasi-realización" de los -

trabajos privados en su equivalente social a base de sucesivas operaciones de modificación meramente monetaria de los precios relativos. El camino a las inflaciones conocidas en la década de los setenta -ver cuadro siguiente- queda así abierto, y estatalmente canalizado y acelerado.

PRECIOS AL CONSUMO

AUMENTOS INTERANUALES

MEDIAS

	<u>1961-70</u>	<u>1971-1977</u>	<u>1977-1980</u>
USA	2,8	6,6	8,9
JAPON	5,8	11,2	6,2
ALEMANIA	2,7	5,9	3,5
FRANCIA	4,0	9,0	10,5
GRAN BRE- TAÑA	4,1	13,6	13,1
ITALIA	3,9	12,3	15,9
CANADA	2,7	7,4	9,4
ESPAÑA	6,0	13,0	18,4
OCDE	3,3	8,5	9,3

FUENTE : O.C.D.E. (373)

En resumen, la inflación que recubre la deuda (privada o estatal) permitió limitar los efectos de la contradicción entre el impulso de la capacidad de producción del sistema económico y el crecimiento más lento del poder adquisitivo de los mercados generales, pero este mecanismo no podía funcionar hasta el infinito, culminando en una desarticulación monetaria que ha transformado la inflación de motor en freno de las inversiones más costosas y menos duraderas debido a las cargas financieras asociadas al dinero. En una situación en que se necesitaba cada vez mayores dosis de inflación para evitar recesiones graves no era de extrañar que este dispositivo alcanzase niveles erráticos y la inflación pasase de estimular la expansión a ser agente principal de eso que hoy conocemos como "stagflación" (374). Pero el problema adquiere una dimensión más si consideramos que el simple mantenimiento del nivel monetario de ganancias por el incremento desordenado de precios tiene resultados aún más desestabilizadores si cabe, ya que, por un lado si es efectivo a corto plazo sólo puede ser a costa de disminuir la capacidad adquisitiva de los salarios, con la consiguiente reducción de las potencialidades sociales de consumo, y por otro, dado el nivel de organización sindical/corporativa de la fuerza de -

trabajo lanzará, a medio plazo, una espiral precios-salarios cuyos resultados son múltiples pero tienden siempre hacia un lugar general: la inutilización de la "norma de consumo de masas" como sistema garantizado de realización de valores y de control del valor de reproducción de la fuerza de trabajo. Estos serán los temas que analizaremos en profundidad en el punto siguiente.

11.2. La crisis de la relación salarial y el coste de reproducción de la fuerza de trabajo.

El panorama que se abre con la aparición de interferencias inflacionarias en el marco de la relación salarial varía radicalmente al que había presidido las décadas del gran desarrollo económico de postguerra. En aquel contexto la relación capital/fuerza de trabajo se desenvolvía en una armonía relativa y el contrato salarial se "autonomizaba" del resto de las variables sociales de la producción, de tal manera que se convertía en un parámetro "ordenable" o, por lo menos, predecible con cierta exactitud gracias a todos los mecanismos de control que ya estudiamos en capítulos anteriores (convenios -- colectivos, intervención estatal, políticas de concer-

tación, etc.). Se conseguía con ello que los incrementos de productividad compensasen el incremento del poder de compra de los asalariados hasta un punto en que el valor añadido de la fuerza de trabajo fuese menor que el coste de su producción. El aumento continuado del poder de compra de los asalariados y las ganancias de productividad que se reflejaban en un incremento del volumen de bienes producidos tenían el efecto lógico y necesario de la extensión y profundización de la esfera del intercambio mercantil y del auge de la "sociedad de consumo" (375).

Este modelo de desarrollo que funcionó -como incluso han reflejado muy diferentes acercamientos cuantitativos (376)- de una manera impecable a partir de la Segunda Guerra Mundial tenía como condiciones necesarias por una parte : 1) el incremento permanente de la productividad del trabajo y, por otra 2) que el aumento de los salarios se produjese de una manera estable progresiva y ordenada (y por debajo de los índices de productividad bruta). De ambos aspectos surge la posibilidad de que el incremento del poder de compra de los asalariados no altere sustancialmente la distribución del producto social, o dicho más claramente, que los -

aumentos de los salarios no se realicen en detrimento de los beneficios.

Pero es justamente el bloqueo de estas dos condiciones la que abre la crisis de reproducción rentable de la relación salarial y crea las dificultades mayores en el régimen de acumulación.

19). Primero, como vimos en el capítulo inmediatamente anterior, porque los incrementos en la productividad del trabajo disminuyen pues el reforzamiento lineal de las condiciones tayloristas y fordistas de la producción se encuentra con límites sociales, tecnológicos y mercantiles. Al caer el ritmo de crecimiento de la productividad y mantenerse prácticamente inalterado el -- ritmo de evolución salarial (pues controlar esta variable era desarticular por completo las políticas sindicales que a principios de los setenta todavía conservan sus expectativas retributivas inalteradas), la rentabilidad de la mercancía trabajo desciende sensiblemente.

El economista español Juan Bueno ha estudiado la evolución de los costes salariales en los orígenes de la crisis de los setenta, para ello -y siguiendo la metodología que elabora el autor francés Michel Aglietta, -repetidamente citado aquí- construye un indicador que representa el inverso de la rentabilidad de la fuerza de trabajo empleada : el Coste Salarial Social Real - (CSSR) que no es otra cosa que el cociente entre el índice de crecimiento de los salarios reales y el índice de crecimiento de la productividad del trabajo. Dicho indicador que, en cierta manera, representa el precio efectivo de la mercancía trabajo, evoluciona - de la siguiente manera :

INDICE INTERANUAL DE EVOLUCION DEL COSTE SALARIAL
SOCIAL REAL 1969-1975

	<u>1969</u>	<u>1970</u>	<u>1971</u>	<u>1972</u>	<u>1973</u>	<u>1974</u>	<u>1975</u>
FRANCIA	100	99,1	99,7	99,8	102,16	104,31	108,87
ITALIA	100	110,58	116,99	114,99	112,05	125,01	137,66
ESPAÑA	100	102,62	102,92	102,69	103,61	107,47	117,19
GRAN BRETAÑA	100	102,12	98,85	100,5	100,18	99,25	101,1
JAPON	100	99,54	99,86	101,37	103,99	106,2	102,6
ALEMANIA	100	103,26	106,1	105,9	104,3	104	106,00
ESTADOS UNIDOS	100	100,04	100,99	100,98	100,96	100,97	100,97

Coste Salarial Social Real = Índice de evolución del salario
real

Índice de evolución de la produc-
tividad del trabajo

FUENTE : Juan Bueno, "Crisis, Estado capitalista
art. cit. (377), sobre datos de la O.C.D.E.

De estos datos deducimos una conclusión evidente, que - en el arranque de la crisis actual de la acumulación se encuentra un estancamiento estructural -y en algunos casos un ligero aumento, que en ciertos países con características y coyunturas políticas muy concretas como Italia o España es un fuerte incremento- del precio efectivo de la fuerza de trabajo, lo que invierte la tendencia de la gran onda expansiva de la segunda postguerra que había representado -como han demostrado autores tan diversos como el mismo Michel Aglietta, Simon Kuznets o Phelps - Brown (378)- una disminución, progresiva y a largo plazo, del coste de reproducción de la fuerza de trabajo. Para compensar esta pérdida de rentabilidad, que en última instancia significa la imposibilidad de reducir el peso de los salarios en la producción social, las patronales emprendieron diferentes estrategias para reducir el coste salarial unitario: unas de manera directa, bien mediante un proceso inflacionario que permitiese recuperar los niveles monetarios de beneficios o bien mediante las "políticas de austeridad" estatalmente respaldadas y encaminadas a recortar la participación salarial en el excedente económico; otras de manera indirecta, profundizando al división del trabajo, introduciendo nueva tecnología y lanzando al ejército de reserva a -- enormes cantidades de mano de obra; sin embargo, todas

estas tácticas rompen la "armonía social" en que se desenvolvía la relación capital/fuerza de trabajo y se enfrentan frontalmente con la segunda condición que habíamos reseñado más arriba, lo que nos obliga a entrar con más detenimiento en ese punto.

2º). Cualquiera que sea la modalidad que se elija para limitar el poder adquisitivo de los salarios tiene como efecto inevitable la destrucción parcial del "consenso social" que había presidido las relaciones industriales en las décadas precedentes. La inflación, a partir de esta coyuntura especialmente conflictiva que se abre - con las tensiones críticas de los setenta, deja de ser un simple fenómeno de ajuste monetario (por el cual la oferta monetaria se ampliaba con mayor rapidez, pero - moderadamente, que el producto social) para convertirse en un instrumento directo sobre el que operan las luchas laborales y las presiones patronales (379), los incrementos salariales no responden así a la lógica económica - de la acumulación expansiva, sino a la lógica política de la espiral precios-salarios que se desprende de una - sociedad que se ha vuelto global e intrínsecamente inflacionaria (380). En estas condiciones la negociación co-

lectiva es incapaz de regular el desarrollo de los salarios conforme las necesidades de la reproducción capitalista, más bien ocurre todo lo contrario y el delicado mecanismo de la negociación produce resultados totalmente distintos a los previstos -alimenta la espiral inflacionaria en el pulso que se entabla entre sindicatos y patronal-, la "sociedad de consumo" no entra en crisis total ni se ve sustancialmente alterada en su funcionamiento formal, pues la sobreproducción es soslayada con fuertes dificultades puntuales pero sin derrumbes generales, pero la "norma social de consumo de masas" (políticamente desestabilizada por la permanente lucha redistributiva que impone hiperinflación) se demuestra inútil para garantizar una reproducción estable de la fuerza de trabajo porque no puede -como hasta entonces había hecho- establecer una relación sólida entre producción y reproducción sobre la base del equilibrio entre la oferta y la demanda, y la ampliación permanente de los espacios productivos y acumulativos. La inflación de los setenta, de este modo, rompe la sincronía entre los mecanismos de reproducción del capital y los mecanismos de reproducción de la fuerza de trabajo y cierra cualquier posibilidad de abrir una nueva senda de expansión económica continuada del sistema mundial capitalista.

* * *

Para resolver las contradicciones individuales del proceso de producción social el capitalismo se ha apoyado a lo largo de toda su evolución en el Estado, y la labor de éste en la gestión de la mano de obra ha ido variando radicalmente según cada gran fase histórica. En el capítulo siguiente analizaremos cual es la forma concreta en que se interrelacionan la actual crisis en la esfera de la producción y reproducción mercantil y los dispositivos de intervención estatal, de origen Keynesiano, diseñados para unas condiciones materiales de desarrollo completamente diferentes.

NOTAS

- (360) Julio Segura, "Estudio Introductorio" al libro de Enrico Berlinguer, "Austeridad", Barcelona, Materiales, 1978, págs. 16-17
- (361) World Outlook, F.M.I. mayo 1980
- (362) Paul A. Baran, "Reflexiones sobre el subconsumo", en Shigeto Tsuru, (Ed.), "¿A dónde va el capitalismo?", Barcelona, Oikos-Tau, 1965, pág. 111.
- (363) Suzanne de Brunhoff, "La politique monetaire. Un essai d'interprétation marxiste", París, Presses Universitaires de France, 1973, pág. 179.
- (364) Suzanne de Brunhoff, "Lutte de classe, lutte contre l'inflation", en Le Monde Diplomatique nº 248, noviembre, 1974.

- (365) Michel Aglietta, "Regulación y crisis del capitalismo ...", op. cit., págs. 251-252.
- (366) Para profundizar en este tema y sus diferentes polémicas Erik Olin Wright, "Clase, crisis y Estado", op. cit., especialmente Cap. 3, págs. 105-174.
- (367) Paul M. Sweezy, "La crisis económica en los Estados Unidos", en Selección de artículos de la --- Monthly Review, Vol. 1, mayo 1983, págs 89-100. Sweezy estudia a fondo en este artículo el proceso que nosotros sólo reseñamos.
- (368) *Ibíd*em, pág. 98
- (369) Joyce Kolko, "Los Estados Unidos y la crisis mundial", Barcelona, Avance, 1975, pág. 220.
- (370) Cfr. Ian Gough, "La teoría del trabajo productivo e improductivo en Marx", en Crítica de la Economía Política nº 3, Barcelona, Fontamara, 1977, págs. 157-198.

- (371) Para este tema véase las obras citadas de Suzanne de Brunhoff, "Etat et Capital", "La politique -- monetaire...." y "Lutte de classe, lutte contre l'inflation".
- (372) Paul Mattick, "Marx y Keynes", op. cit., Cpts. XIV y XV.
- (373) "Perspectives Economiques de l'OCDE", París, diciembre, 1980.
- (374) Ver Ernest Mandel, "La récession et la combativité de la classe ouvrière", en Le Monde Diplomatique, nº 248, cit. págs. 16-17.
- (375) Ver Danièle Linhart, "Crise et Travail", en Les Temps Modernes nº 450, Enero, 1984, especialmente págs. 1288-1302.
- (376) Véase M. Aglietta, "Regulación ...", págs. 66-69 y desde otro enfoque completamente distinto los li-

bros de los insignes economistas cuantitativistas Simon Kuznets, "Crecimiento económico de postguerra", op. cit. Cap. IV 116-168; E.H. Phelps Brown, "Economía del trabajo", Madrid, Aguilar, 1967, -- 158-163.

- (377) Juan Bueno, "Crisis, Estado capitalista y alternativa económica de la izquierda", en Zona Abierta nº 16, 1978, pág. 187.
- (378) Ver autores, obras y referencias citadas en nota (376).
- (379) Para este tema véase René Maury, "La société -- d'inflation", París, Seuil, 1973, págs 94-96
- (380) Tony Benn, "Arguments for Socialism", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1980, pág. 154.

CAPITULO 12

LOS LIMITES ECONOMICOS Y SOCIALES DEL INTERVENCIONISMO
ESTATAL KEYNESIANO : LA CRISIS DE LOS CONSUMOS COLECTI-
VOS.

Un estudio adecuado de las causas que conducen a la evidente crisis actual del Estado intervencionista -asentado sobre principios de actuación que de una manera claramente insuficiente, se han venido **denotando** normalmente como "Keynesianos" pensamos que no puede emprenderse - desde una perspectiva analítica que trate de comprobar la ineficiencia de las políticas económicas generalmente utilizadas en función de sus efectos particulares sobre el sistema económico; esto es, como si se considerasen - los aparatos de intervención estatal un simple agregado

de medidas o recetas parciales que van aplicándose a cada situación considerada por un mecanismo políticamente -- neutro y cuya misión principal, por no decir única, sería estabilizar el ciclo industrial aplicando invariablemente un conjunto de instrumentos escogidos dentro del repertorio que ofrece la teoría económica al uso (y abuso).

Desde este tipo de enfoque el Estado siempre aparece desvinculado de cualquier relación de clase, sus conexiones con el desarrollo económico meramente externas (el Estado "interviene" en el sistema económico como si fuera un ente aparte y por encima de éste) y la crisis del moderno Estado del bienestar se explica como el simple desgaste de los elementos de política económica hasta ahora utilizados, encontrándonos, por tanto, en un momento de infructuosa búsqueda de nuevos elementos de actuación para esta máquina que se demuestra en muchos puntos ineficaz y, en general, desbordada por los acontecimientos que en buena medida contribuyó fundamentalmente a poner en marcha.

Pero de la infecundidad teórica de estas aproximaciones nos dan buena cuenta tanto los fracasos o semifracasos de las propias "soluciones" oficiales para hacer frente

al endeudamiento estatal y la crisis fiscal -o a los problemas más generales que se derivan de la caída de la -- tasa de ganancia capitalista (inflación, desempleo, etc. etc.), como la incapacidad de las teorías convencionales y académicas dominantes para dar una explicación coherente de las causas profundas que provocan efectos tan devastadores sobre la estructura político-económica del -- Estado contemporáneo.

En este trabajo, por el contrario, partimos de unos presupuestos prácticamente contrapuestos. De tal forma que -- consideramos que el desarrollo de la economía encuentra su motor principal en la valoración y acumulación de capital, teniendo este proceso características dinámicas que tienden a generar ciclos de expansión y estancamiento con crisis a través de una estructura productiva social y sectorialmente desigual -y jerárquica-, y con una implantación irregular en las diferentes partes de un -- único sistema mundial -lo que desde hace una década se -- viene denominando como "economía-mundo-" que resulta el marco geográfico moderno de la actividad económica. El papel particular que cada elemento de esta economía-mundo juega en la acumulación se modifica de modo radical -

cuando parece la crisis, reorganizando su función en el crecimiento capitalista, ya sea en su ámbito geográfico ya sea en su articulación social o en su aportación sectorial a la economía.

Así, si como dijimos, los Estados/nación son espacios -- (geográficos, económicos y políticos) que sustentan la conformación y el funcionamiento de un sólo sistema mundial capitalista -la "economía-mundo" capitalista-, su -- crisis (la crisis del moderno Estado Keynesiano) únicamente puede entenderse en este complejo juego de fuerzas -- que compone este sistema multidimensional (381) y no en la simple "ineficacia" de las políticas derivadas de la teoría económica Keynesiana.

Entonces no se puede hablar de la crisis del "Estado de bienestar" como una mera inadecuación de sus instrumentos prácticos, hay que remontarse a las bases mismas de la acumulación y por tanto al sistema de engranajes políticos, económicos y sociales que se establecen a partir de ella, porque los aparatos del Estado no son instituciones que funcionan con total independencia o autonomía -como tampoco son instrumentos que están al servicio de una determinada clase social- sino que son expresión de las -

relaciones entre las clases sociales (y por ello relaciones de poder), siendo su principal misión la reproducción global del orden social, tanto en la reposición de los medios materiales precisos para la producción, como en la reproducción del conjunto de las relaciones sociales -incluidas, por tanto, las políticas e ideológicas- que expresan la división de la sociedad en clases (382).

De este modo podemos presentar un esquema de los principales puntos donde el tipo de intervención (es decir los instrumentos de política económica y social del Estado -Keynesiano) que había sido funcional a las condiciones de acumulación de la segunda postguerra mundial- contribuyendo a lanzar una de las ondas largas de carácter más espectacular de la historia universal y ampliando la participación del gasto público en el Producto Interior Bruto (véase cuadro siguiente)- entra en contradicción con los nuevos requerimientos de la valorización y la producción capitalista, mostrándose, por tal motivo inútil (y en algunos aspectos claramente agravante) frente a los problemas que dan origen a la recesión por la que atravesamos-, llegándose por este camino a significar unos cuantos factores que definen la génesis de los actuales límites económicos y sociales de la intervención estatal tal como era efectuada bajo el "neocapitalismo".

EVOLUCION DEL GASTO PUBLICO EN RELACION CON EL
P.I.B. TENDENCIAL A PRECIOS CORRIENTES.

	<u>1 9 6 2</u>	<u>1 9 7 5</u>
HOLANDA	34,4	51,2
SUECIA	32,7	49,4
NORUEGA	32,2	48,8
GRAN BRETAÑA	34,3	44,4
DINAMARCA	28,8	44,0
BELGICA	30,7	43,2
R.F.A.	33,6	42,1
ITALIA	32,4	41,9
CANADA	29,4	40,9
FRANCIA	36,3	40,3
AUSTRIA	32,1	40,2
ESTADOS UNIDOS	29,5	34,0
AUSTRALIA	24,0	32,0
JAPON	19,0	23,4

FUENTE : O.C.D.E. (383)

I

En primer lugar hay que reseñar un límite instrumental de las políticas económicas Keynesianas. Así se puede decir que la teoría Keynesiana sólo proporciona soluciones coherentes para una crisis de demanda clásica, como lo fue la Gran Depresión de 1929 contexto histórico en que se ideó, cuyas causas (ya expuestas en los primeros capítulos de este trabajo) se encuentran en el subconsumo de las economías industriales en el período que arranca con el final de la Primera Guerra Mundial. De ahí que sólo pueda ofrecer remedios inflacionistas para situaciones de estancamiento o deflación con estancamiento.

El economista español Luis Angel Rojo sistematiza este proceso de la siguiente manera:

"Keynes señaló, en los años treinta, que si las depresiones eran profundas, la extensión de la incertidumbre podría dificultar gravemente la capacidad de recuperación automática del sistema y exigir una intervención -- del gobierno que, a través de políticas expansivas, estimulase la de-

manda y reactivase la economía --- (...). La conversión de la prescripción en receta ha planteado problemas y ha generado costes crecientes con el paso de los años, porque las economías se han hecho cada vez más proclives a la inflación y cada vez menos dóciles a los objetivos de -- las políticas aplicadas. Cuando hoy se habla de la crisis de la economía Keynesiana (...) se hace referencia, sobre todo, al hecho de que la actual crisis de oferta tiene poco que ver con las depresiones de la demanda que centraron la atención de Keynes " (384).

En efecto, en un período de expansión y pleno empleo las políticas de demanda efectiva parecían funcionar aún con evidentes tensiones inflacionistas (estabilizadas como una "inflación de equilibrio"). El problema aparece cuando se pretenden aplicar simples recetas inflacionistas en situaciones de estancamiento originadas por la estructura productiva de la oferta, porque la modificación de la demanda agregada vía intervención estatal no supone que la oferta se modifique por sí misma automáticamente (385). - Lo que no es más que la consecuencia de operar en la esfera de la circulación y realización de mercancías sin entrar en su origen real que es el proceso de producción, y

de sus efectos finales: la solución a los problemas de la realización (o "pseudo-realización") de los valores acaba interfiriendo e incluso bloqueando la producción misma de esos valores.

En suma en una crisis como la actual en la que entre los factores desencadenantes -sean estos, el agotamiento de los efectos de una oleada de innovación tecnológica basada en la automatización parcial, la saturación y disfunciones de un tipo de trabajo organizado en cadena o, el más convencionalmente aceptado, la escasez y el encarecimiento de las fuentes corrientes de energía- no se encuentra, precisamente, el hundimiento de la demanda efectiva, resulta paradójico pensar, pues, que con las meras políticas clásicas de corrección del ciclo, evitando los desequilibrios excesivos entre producción y consumo sociales, se puedan sanear las bases productivas del sistema y, con ello, remontar la acumulación. La recesión, entonces, se sitúa a nivel del modelo de producción y desarrollo no sólo es un problema de mercados.

I I

La constitución del "welfare state" ha consagrado en esa política de sustentación de la demanda agregada un tipo de gasto improductivo -en el sentido restrictivo de su situación ante la acumulación del capital privado-, empleado en diversidad de programas, pero principalmente en consumos sociales que cumplían la doble función de infraestructura pública para el consumo privado (bases de reproducción de la fuerza de trabajo) y, a la vez, de lugares de colocación para un excedente económico en continuo crecimiento y que el Estado se encargaba indirectamente de dar salida evitando los riesgos de la sobreacumulación y el estrangulamiento. La política social era, a la sazón, el campo paradigmático para la intervención estatal, pues no entraba en competencia con los márgenes de actuación, inversión y ganancias del capital privado.

Sin embargo, los servicios sociales no son mercancías propiamente hablando (su producción y distribución no dependen de su capacidad para generar ganancias, sino de factores políticos y sociales que sobrepasan muy de largo la ley del valor) y, por lo tanto, aunque con una funcionalidad innegable en el proceso de valorización, sobre todo

por el lado del mantenimiento y la reproducción de la mano de obra, no sirven de apoyo económico directo para la -- acumulación de capital; drenan, por ello, recursos que -- aplicados directamente a ramas de producción mercantil elevarían las posibilidades productivas (de beneficios) del capital (recuérdese que las políticas estatales de demanda fueron concebidas, diseñadas y aplicadas justamente para extraer vía déficit presupuestario los activos económicos que de una manera individual se comportaban como no disponibles, y que la actual crisis en nada tiene que ver con esa contracción de las aplicaciones productivas del excedente social, sino en su escasez relativa).

El problema inmediatamente se transforma en político por que supone la reprivatización de instituciones como el cuidado médico, la educación y otros servicios en especie o monetarios (pensiones), para ser convertidos en bienes de consumo privado (o simplemente suprimidos); se abre una disyuntiva --como apunta Richard Titmuss, pionero británico en el estudio de la política social-- "entre más gobierno o más mercados; más libertad para algunos a expensas de la de otros; más justicia social para algunos y menos libertad para otros; etc." (386). En de-

finitiva, una alternativa tan antigua como el propio capitalismo que enfrenta la igualdad social a la acumulación privada.

De aquí surgen los principales ataques teóricos y políticos contra el "Estado del bienestar" (387), -lo que hace que algunos, los más escandalosos (los famosos "neoliberales") pidan su desmantelamiento y supresión-, pero también, lo más importante sin duda, las presiones políticas que hacen aparecer (de una manera más o menos abierta, más o menos soterrada) estrategias de "reconversión" de estos consumos colectivos o sociales en mercancías - (la reprivatización) o de su eliminación gradual, pasando entonces con estos recursos a financiar sectores más "productivos" (según la lógica del capital privado), como, por ejemplo el del armamentismo, tan de moda en estos momentos.

I I I

El tercer rasgo es complementario al punto anterior: la política de clase instaurada por los aparatos de Estado a partir de la Segunda Guerra Mundial, que institucionalizan, vía pacto capital-trabajo, el conflicto social en un marco de negociación asimétrico.

El hecho de que para mantener un sistema de producción/consumo lo suficientemente estabilizado y monetariamente lubricado se crearan instrumentos legales que permitieran la integración, controlada, de las reivindicaciones económicas de la fuerza de trabajo en las mismas instituciones político-económicas de regulación y arbitraje estatal (convenios colectivos, política de ventas, pacto social, etc., etc.) sirvió para consolidar políticamente a la clase obrera -por otra parte, estructurada y unificada socialmente como nunca antes lo había estado, por la extensión inapelable de la gran producción en masa, lo que no quiere decir que a nivel político estos efectos se equiparen- cuya representación sindical se convierte en elemento necesario para la racionalización misma de la -

economía capitalista al actuar en la línea marcada por la propia expansión de la producción capitalista (encargándose de concertar un precio para la mercancía trabajo que garantizara la realización de los valores en el mercado).

Pero como todo proceso social esta dinámica no es lineal y crea sus dialécticas negativas y más cuando han cambiado radicalmente las condiciones de acumulación que la sostenían. De esta manera, al permitir este arbitraje asimétrico la composición de un poder contractual obrero sobre el cual tanto las actuaciones estatales como las exclusivamente patronales tratan de influir, pero son incapaces de dominar hasta sus últimas consecuencias, los requerimientos salariales no pueden ser mantenidos siempre en los niveles que la acumulación requiere justo en aquellos momentos en los que no se trata simplemente de pactar un aumento "razonable" de la masa salarial que respetase la tasa de beneficio prevista y permitiese, a la vez, colocar los productos de consumo en el inmenso mercado de masas del neocapitalismo de postguerra, sino de recortar sustancialmente los niveles adquisitivos y las

perspectivas de incremento salarial; como dice el investigador italiano Mario Teló : "... la crisis económica tanto por la mayor escasez de bienes para distribuir como por los efectos contradictorios de los mismos sistemas de Welfare, ha puesto de relieve las dificultades para satisfacer la vieja demanda redistributiva confiada a la contratación salarial y al funcionamiento de mecanismos de Welfare" (388).

El modelo de "governabilidad" triangular (interacción Estado, capital y sindicalismo negociador) entra en crisis al mismo tiempo que entran en crisis los supuestos de racionalidad sobre los que se fundaba, esto es: desde el momento en que las funciones de acumulación y legitimación del "Estado del bienestar" se muestran como directamente contradictorias y excluyentes (389). Siendo así que la combinación de la demanda de servicios sociales - crecientes con el alza continuada de las expectativas salariales, en un marco de negociación con fuerte poder - sindical y en un entorno de escaso crecimiento del excedente empresarial (o dicho más claramente del volumen de ganancias capitalistas netas) pueden bloquear el ritmo - de la reproducción ampliada de capital hasta el punto de

impedir el crecimiento exponencial que persiguen las -- economías industriales contemporáneas. Nos encontramos, pues, ante una crisis por caída de la tasa de ganancia, que encuentra otro de sus factores desencadenantes en la insuficiente intensidad (relativa) de explotación salarial de la fuerza de trabajo (390).

En buena medida hemos pasado a una situación en que aquella "disciplina contractual" (que estudiamos en páginas anteriores de este mismo trabajo), debido a las circunstancias necesarias para "el relanzamiento" -moderación salarial, desempleo estructural, reducción del conflicto, etc.- se comporta disfuncionalmente al ofrecer como muy gráficamente han diagnosticado los informes de la - Comisión Trilateral un "exceso de democracia" (391). De la constitución sólida y estable de un nuevo tipo de disciplina -todo parece indicar que se tratará de una "disciplina corporativa" en la que como dicen Salvador Giner y Manuel Pérez Yruela se "crea un sistema de lealtades - "verticales" que debilita posibles planteamientos conflictivos basados exclusivamente en la clase social" (392)-

depende la mayor o menor facilidad para encontrar una salida capitalista duradera a la crisis económica que arrastramos desde principios de los años setenta .

I V

En cuarto lugar nos ocuparemos de las tendencias hacia "la crisis fiscal" o endeudamiento estructural de las - Haciendas Públicas occidentales. La práctica intervencionista de ir socializando las bases colectivas del consumo privado hace incrementar lo que hasta aquí hemos venido llamando salario indirecto (que representaría todas aquellas percepciones que no teniendo forma monetaria salarial entran en la reproducción de la fuerza de - trabajo como soporte para la producción y el consumo de mercancías propiamente dichas, abarcando este concepto desde los diferentes subsidios, hasta los ya mencionados servicios sociales pasando por las inversiones estructurales del tipo vivienda, transporte público, carreteras,

infraestructura ciudadanas, etc., etc.); al ser afrontada esta particular forma salarial por el sector público conduce a su inevitable financiación bien por vía impositiva, o bien mediante déficit presupuestario (inflación) y, en cualquier caso a sufragar socialmente elementos que, indirectamente, son imprescindibles para la valorización privada .

Como las ganancias capitalistas serán privatizadas por definición (pues el impuesto sobre beneficios -sea cual sea su modalidad- puede ser repercutido con mayor o menor rapidez sobre el precio de consumo, debido a la estructura de poder desigual que rige el mercado), y se invertiran en su reproducción ampliada, se abre una brecha creciente entre las necesidades de intervención y sus posibilidades de financiación, entre, en una palabra, gastos e ingresos públicos (véase cuadro siguiente).

Si a esto le añadimos los gastos públicos en capital social (inversiones destinadas a la consecución de bienes de producción, y su movilidad espacial, en condiciones mejores a las del mercado, tales como programas de inves

INGRESOS CORRIENTES DEL ESTADO
COMO % DEL P.I.B.

GASTOS TOTALES DEL ESTADO
COMO % DEL P.I.B.

DEFICIT PUBLICO
EN % DEL P.I.B.

MEDIA Δ

MEDIA Δ

MEDIA Δ

68-73

74-81

68-73

74-81

68-73

74-81

OCDE-EUROPA	37,0	41,7	37,6	45,3	-0,6	-3,6
U.S.A.	30,5	32,1	31,7	34,0	-1,2	-1,9
REINO UNIDO	38,4	40,2	40,0	45,3	-1,6	-5,1
FRANCIA	38,8	42,8	39,0	44,7	-0,2	-1,9
ALEMANIA	39,6	44,1	39,9	47,9	-0,3	-3,8
ITALIA	30,8	34,6	36,0	44,3	-5,2	-9,7
ESPAÑA	22,5	26,4	22,5	27,7	0	-1,3

FUENTE : O.C.D.E. (393)

tigación, innovación tecnológica, acceso a materias primas, etc.) y los gastos de legitimación del Estado, que sin tener el mínimo carácter productivo se tienen que -- realizar para garantizar (por medios más o menos coercitivos) la "estabilidad política y social", la brecha presupuestaria se agiganta y el Estado se enfrenta a una situación precaria : estamos ante la famosa "crisis fiscal" del moderno Estado intervencionista (394); producto, ante todo, de la utilización, probablemente intencionada, de instrumentos que presuponen una mítica competencia perfecta (en la que ningún agente económico es capaz de influir en el mercado ni puede trasladar sus costes privados sobre otros agentes), cuando, por el contrario el ámbito económico contemporáneo se ha convertido en un espacio en el que cada día más -como dice Galbraith-, "es posible controlar los mercados. Este control consiste en reducir o suprimir la independencia de la acción de aquellos a los que la unidad planificadora vende o compra. El comportamiento de esas personas se somete a control, y así se reduce la incertidumbre que antes dimanaba del mismo. Pero al mismo tiempo se conserva formalmente intacta la forma externa del mercado, incluso la del concreto proceso de la compra y la venta" (395).

Pero, además como señala Clauss Offe (396), la crisis -- fiscal es expresión de los fallos de la planificación -- del Estado del bienestar, cuyo intervencionismo es tan -- creciente como pleno en fracasos y limitaciones. Fracasos y limitaciones en buena medida explicables debido a las múltiples fuerzas -políticas y económicas- que el Estado se ve obligado a internalizar y estabilizar y que acaban marcando el rumbo definitivo de la planificación estatal. Las instituciones del Estado asumen de forma contradictoria las diferentes demandas sociales -que van desde las reivindicaciones salariales o de servicios públicos hasta las diversas demandas empresariales- ejerciendo esa función de arbitraje asimétrico que ha salvaguardado el desarrollo económico y social del neocapitalismo maduro. La desigual asunción por parte del Estado de las demandas sociales en un marco burocrático relativamente ineficiente estimula el desarrollo de numerosas corporaciones de intereses (cuya representación funcional y capacidad de negociación con el Estado refuerza a las organizaciones de carácter corporativista) y, a la vez, la concentración en la esfera de lo público de conflictos cuyo origen es estrictamente privado.

El resultado es un proceso contradictorio en el que la centralización de las decisiones políticas y económicas así como el crecimiento de las burocracias públicas, se convierten en imprescindibles para mediar e internalizar el conflicto social (interponiendo a las demandas - clasistas instituciones "técnicas"). Pero hoy cuando las necesidades del proceso de acumulación son prioritarias en el centro del sistema, el peso económico y político de los aparatos burocráticos tienden a entorpecer el dinamismo económico necesario , así como a restar recursos importantes que se demandan para el proceso de racionalización e innovación capitalista. Así, el Estado debe apoyar el crecimiento económico favoreciendo la lógica del mercado, pero a través de medios e instrumentos que no responden a dicha lógica y que por ello, en parte, la cuestionan. Se puede decir, que en los momentos de estancamiento la administración estatalizada de la economía es requisito y obstáculo, al mismo tiempo, para la lógica mercantil.

En resumen, dados los límites impuestos por el sistema económico (privatización del beneficio y necesidad de -

un sistema tributario tolerable) la financiación pública ha creado inevitablemente déficits estructurales que en última instancia representan una fuerte carga inflacionista, de forma que la crisis fiscal contribuye de manera inequívoca al desarrollo de la actual crisis económica global. Si por un lado la intervención constituye un requisito necesario para la estabilidad económica y política del sistema, por otro lado, viene a ser con el tiempo un lastre para la propia reproducción y renovación del mismo sistema de acumulación. Pero se da también la implicación contraria, la propia crisis económica alimenta la crisis fiscal, pues es en este entorno turbulento donde se recrudece la lucha de los diversos agentes económicos por alcanzar una mayor participación en el gasto público : el capital en demanda de subvenciones, reducción de impuestos, financiación de proyectos, etc., con los que sanear viejos sectores o crear otros nuevos de punta; el trabajo en defensa del poder adquisitivo de sus salarios y en búsqueda de remedios colectivos contra el paro y la marginación. Si a ello unimos el envejecimiento de las poblaciones (aumento de los pensionistas) y el incremento de los costes relati-

vos de los servicios, tenemos el cuadro que compone el negro panorama de la crisis fiscal.

V

Nos queda, para terminar, el apuntar un problema fundamental, esto es, las tensiones críticas que aparecen por el hecho de la no homogeneidad entre los espacios políticos y económicos en que se desenvuelve la acumulación de capital. Pues si la unidad de actividad económica es cada día más transnacional, hasta el punto de constituir un solo sistema mundial con desigual y diferenciada implantación geográfica a través de todo el planeta, sin embargo, la unidad política verdaderamente operativa es el Estado/nación. Se plantea así una contradicción flagrante entre la esfera de actuación de las políticas -- económicas estatales y el funcionamiento contemporáneo del proceso de producción y distribución del excedente económico. (397).

Y esto se demuestra no sólo en el desencadenamiento de la "crisis del petróleo" del setenta y tres, que aparece por la pretensión de ciertos Estados y burguesías periféricas, o semiperiféricas (suministradoras de materias primas) de hacer suya una parte mayor del excedente que es expatriado por las grandes compañías centrales y que en un principio no es más que la reacción de defensa ante la inflación exportada por los países del centro que tratan de descargar las dificultades de acumulación que vienen arrastrando desde mediados de los años sesenta sobre los puntos más débiles de la economía mundial, primera reacción de subida de los precios que fue permitida e incluso alentada por los Estados Unidos -- como ha demostrado Jean Marie Chevalier (398) -- para asegurarse la revalorización de sus propias reservas petrolíferas y naturales internas hasta el momento no rentables por su precio relativo mucho mayor. También la posterior evolución de la crisis ha hecho evidente que la estructura internacional de comercialización y distribución oligopólica de productos es uno de los factores principales en la difusión y expansión de la inflación contemporánea, firmas multinacionales e infla-

ción mundial son dos fenómenos que se interrelacionan estrechamente y ante este fenómeno, que se expresa en lo que se viene denominando "inflación importada", poco pueden hacer las políticas económicas estabilizadoras de carácter nacional. (399).

Ahora bien, con esto no quiere decirse que nos encontremos en una etapa de lucha entre los "grupos multinacionales" y los Estados nacionales, como si se tratase de dos instancias de poder distintas y autónomas que actuaran en pugna por una redistribución del poder. Muy al contrario, el Estado es ya en sí mismo expresión de una determinada interiorización del proceso de internacionalización y no puede existir al margen del mismo. Lo que sí afirmamos es que las estrategias dominantes de valorización, movilización y acumulación de capital planean muy por encima de los Estados nacionales y crea una situación de limitación a las políticas económicas nacionales, cualquier política de intervención que no tenga en cuenta que se mueve en un sistema integrado mundial lo único que conseguiría será perder posiciones en la división internacional del trabajo y empeorar

con ello las propias tendencias recesivas internas, además frente a las tácticas de descomposición del proceso de trabajo que están siguiendo las empresas transnacionales (desplazando sus enclaves productivos en función del precio, la descualificación y la disciplina de la mano de obra) se abre un auténtico vacío de actuación - para las medidas estatales difícil de rellenar por algún lugar.

* * *

En fin, la expansión del Estado, que ayudó a proporcionar bases firmes para la acumulación de capital a partir de la segunda postguerra mundial, presenta en estos momentos aspectos que ponen en peligro su eficacia económica, así como su funcionalidad social y política. La ocupación de espacios económicos que ahora son pretendidos por ciertos grupos para ser explotados de forma privada y la naturaleza contradictoria que alcanzan, inesperadamente, ciertas intervenciones estatales, son factores que llegan, a partir de un determinado punto, a -

poner más obstáculos que a dar facilidades: en ciertas coyunturas claves para la evolución del ciclo productivo. Se abre, por tanto, un período en que el Estado se constituye en el centro de una enorme variedad de relaciones y procesos conflictivos (políticos, económicos y sociales) en fase de transformación y reformulación profunda y con costes crecientes de todo tipo, situándose, asimismo, en el contexto de una división internacional del trabajo espacial y sectorialmente cambiante. Todo este conjunto de hechos ha llevado a cuestionar el modelo de intervención que se había consagrado como in cuestionable en las pasadas décadas y a que se acepte abiertamente por cualquier tipo de corriente del pensamiento social (aunque lógicamente con apreciaciones muy distintas) que pocos elementos de los que componen el "Estado del bienestar" van a permanecer inalterados después de su difícil crisis actual.

NOTAS

- (381) Una introducción a este tipo de interpretaciones multidimensionales en las que el Estado se define a partir de un entramado de elementos económicos, tecnológicos, políticos y geográficos la hace --- Immanuel Wallerstein : "The State and social transformation : will and possibility", en Henry Bernstein, (Ed.) "Underdevelopment and development", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, Reimpresión, 1976, págs 277-283.
- (382) Véase Bertell Ollman, "El Estado como una relación de valor", en H.R. Sontag y H. Valecillos, "El - Estado en el capitalismo ...", op. cit., págs. 303-314
- (383) O.C.D.E. "L'évolution des dépenses publiques de l'O.C.D.E.", París 1978

- (384) Luis Angel Rojo, "La magnitud de la crisis", en Revista de Occidente nº 1 (Nueva Epoca), Abril, junio 1980, págs. 10-11
- (385) Véase Robert Skidelsky, "El significado político de la revolución Keynesiana", en Skidelsky (Ed) "El fin de la era Keynesiana", op. cit., pág. 71.
- (386) Richard M. Titmuss, "Política social", Barcelona, Ariel, 1981, pág. 182
- (387) Ricardo Calle Saíz, "Hacienda Pública y crisis económica. Las teorías de las crisis fiscales en versión completa", Madrid, ICE, 1984. Ricardo Calle hace una completa panorámica de todas las teorías desde las "neomarxistas" a las "neoliberales", sobre la crisis del moderno Estado benefactor y las argumentaciones políticas que se desprenden de -- ellas.

- (388) Mario Teló, "Sindicato y política en Europa", en Debats nº 5, 1983, pág. 46
- (389) Juan Carlos Portantiero, "La democratización del Estado", en Pensamiento Iberoamericano nº 5, vol. 1. Enero-junio 1984, págs 108 y ss.
- (390) Para profundizar en este análisis Glyn y Sutcliffe "British capitalism ...", op. cit.
- (391) Crozier, Huntigton y Watanuki, "The crisis of -- democracies. Report ...", op. cit.
- (392) Salvador Giner y Manuel Pérez Yruela, "La sociedad corporativa", Madrid, Centro de Investigaciones - Sociológicas, 1979, pág. 108.
- (393) O.C.D.E., "Historical Statistics, 1960-1981", Gregorio Rodríguez Cabrero, en su artículo "Crisis fiscal y Estado benefactor", en Papeles de Economía Española nº 1, Enero 1980, págs 314-321 realiza un análisis histórico, teórico y sobre todo em-

pírico de la crisis fiscal en el Occidente desarrollado con una extensión y profundidad que, debido a nuestros objetivos, aquí no podemos alcanzar

- (394) Dos aportaciones recientes a la amplia bibliografía sobre la crisis fiscal que se pueden destacar -después de la pionera obra de O' Connor repetidamente citada a lo largo de estas páginas- son las de Pierre Rosanvallon, "La crise de l'Etat-providence", París, Sevil, 1981 y Clauss Offe, "Contradictions of the Welfare-State", Londres, ---- Hutchinson, 1984, a ambos libros remitimos para los asuntos que aquí no hemos tratado en profundidad.
- (395) John Kenneth Galbraith, "El nuevo estado industrial", Barcelona, Ariel, 7ª edición corregida y aumentada, 1980, pág. 63.
- (396) Clauss Offe, "Contradictions ...", op. cit., especialmente cap. 6 ("Some contradictions of the modern Welfare State"), págs. 146-162.

- (397) Cfr. los artículos citados de Wallerstein, "The State and social transformation" y "Configuraciones y perspectivas", passim.
- (398) Para estos temas consultar Jean-Marie Chevalier, "La baza del petróleo", Barcelona, Laia, 1974 y André Gunder Frank, "La crisis mundial", cit. págs. 394 y ss., vol. 1
- (399) Cfr. Charles Levinson, "L'inflation mondiale et les firmes multinationales", París, Sevil, 1973.

CONCLUSION

VIAS DE TRANSFORMACION DE LA PRODUCCION
MERCANTIL Y LA REPRODUCCION DE LA FUERZA
DE TRABAJO. LA DIFICIL POST-CRISIS.

Siguiendo un impulso cíclico -que nada tiene de mecánico o automático y sí mucho de conflictivo, contradictorio y dramático- es en la misma recesión donde aparecen y se van -fraguando los mecanismos que luego van a constituirse como los elementos de avance más dinámicos para la reestructuración profunda de un nuevo orden productivo y acumulativo, convirtiéndose posteriormente en los componentes económicos que determinarán la nueva regulación y estabilización de la senda de crecimiento capitalista. En buena medida el estancamiento parcial de los períodos depresivos se deriva de -- los retardos, bloqueos y oposiciones que por toda una serie de factores históricos, sociales, políticos, etc., y, fundamentalmente, por la imposibilidad de realizar una planificación social del funcionamiento mercantil de las unidades de una economía de mercado, impiden un cambio estructural rápido perpetuando la sobredimensión productiva de ciertas ramas de fabricación y la infradotación de otras (400).

En estos momentos en los que ciertos signos expansivos registrados en las economías de los principales países centrales del sistema mundial (Estados Unidos, Japón, Alemania, Gran Bretaña, etc.) hace que se empiece a hablar de "post-

crisis", si bien estos signos son muy parciales (aunque se recuperen los índices de crecimiento formales al nivel de desempleo sigue aumentando) y en algunos casos como el "re-lanzamiento" de la economía norteamericana o el tatcherismo británico sus "mejoras" se basan en una reducción brutal de los gastos sociales, la aplicación de viejas recetas monetaristas y la potencialización del militarismo interno y externo, cosas que si pueden garantizar importantes tasas de crecimiento coyunturales tampoco puede decirse que constituyan por sí mismas alternativas estructurales al modelo de -- acumulación (401). Pero lo que resulta evidente es que ya -- están presentes en el acontecer económico cotidiano las líneas principales que prefiguran la reconstrucción del proceso productivo y que aunque la articulación de todos estos -- mecanismos ni ha terminado de fraguarse ni ha podido desplazar todas las limitaciones impuestas por el orden productivo anterior --lo que impide un crecimiento sostenido y una rentabilidad generalizada, situación que es muy probable que -- pueda mantenerse estancionaria durante todavía muchos años--, está ya claro que una ruptura de características globales en el ámbito de la producción y circulación mercantil mundial -- tal como se experimentó en crisis generales anteriores, y -- solapadamente en los primeros años de ésta, resulta hoy por hoy imposible; de ahí la utilización del término post-crisis

En este tiempo incierto en que como dice Alain Minc la crisis ha pasado, pero lo peor aún está por llegar (402) se están concretando una serie de profundas mutaciones que revolucionan las relaciones más íntimas que son mantenidas entre la economía y la sociedad. De estas mutaciones nos ocuparemos en este último apartado de nuestro trabajo, teniendo en cuenta que aquí sólo podemos indicar las tendencias, pues tanto su estudio en profundidad como el análisis prospectivo del posible modelo de desarrollo en que pueden cristalizar justificaría una monografía del calibre de la que aquí hemos emprendido para la investigación del modelo histórico hoy - parcialmente agotado.

I

El primer vector transformacional es el que se asocia al cambio tecnológico, de la automatización de postguerra hemos pasado a la informatización generalizada y la robotización del proceso de fabricación.

La robótica industrial consiste en una serie de mecanismos dotados de extremidades móviles capaces de repetir indefinidamente y sin intervención humana directa una determinada secuencia operativa (secuencia que cada día resulta más

amplia). Es conveniente que se distinga la robótica de la simple automatización, el robot industrial no sólo es capaz de acometer tareas mucho más complejas, y con una versatilidad y autonomía que permite una amplia gama de usos -la posibilidad de variar la programación para cada función requerida abre una independencia muy fuerte entre su concepción técnica y sus aplicaciones concretas-, sino también porque los robots son elementos activos de intervención en el proceso de trabajo, no hay que suministrarle la materia a transformar, sino que disponen de brazos mecánicos que sitúan y orientan las unidades manipuladoras propiamente dichas, unidades que pueden ser pulverizadores de pintura, puntos de soldadura eléctrica, pinzas o herramientas mecánicas convencionales, en este sentido su sustituibilidad con respecto al ser humano es prácticamente total, con la diferencia a su favor de su mayor precisión y rapidez de ejecución.

La interrelación de robotización e informatización permite unidades controladas por computador cada vez de mayor tamaño, así la automatización de una línea de montaje completa resulta factible mediante un conjunto de brazos robots programados y un ordenador central que regula las cadencias y ritmos generales así como la corrección de ciertos desajustes parciales. Este complejo electrónico-informático suprime, de esta manera, las funciones realizadas por el trabajador.

manual con la maquinaria automática tradicional : traslados de piezas hasta la máquina herramienta, montaje y posicionamiento de la pieza en la máquina, regulación de los -- niveles de funcionamiento de cada máquina parcial, control de calidad y verificación, extracción de la pieza de máquina, etc., etc. (403).

Los efectos generales de esta revolución robótica e informática han sido perfectamente puestos en claro por el conocido informe francés "Nora-Mic" solicitado por Giscard a una amplia comisión interdisciplinaria.

"La informática permite y acelera el advenimiento de una sociedad de altísima productividad: menos trabajo para una mayor eficacia, y unos puestos de trabajo muy diferentes de los que impone la vida industrial (404).

Las consecuencias de una informatización masiva sobre el empleo derivan de una resta. Es el resultado de una carrera de velocidad entre el despido de mano de obra debido al mejoramiento de la productividad, y el incremento en las ventas que puede resultar de una competitividad así mejorada. Ahora bien, el primer efecto es seguro y a largo plazo. El segundo será condicional y más lento de realizar (405)".

Pero también existen evidentes cambios en la estructura sectorial y en la composición de ramas productivas motoras en el despliegue de la nueva economía industrial; asistimos al declive de los sectores que fueron los que fundamentaron la prosperidad de los decenios de postguerra (acero, construcciones mecánicas y eléctricas, bienes de consumo duraderos convencionales, automóvil, etc., etc.), declive que puede ser total -fabricación de productos cuya demanda ha caído definitivamente o ha sido absorbida por países periféricos o semiperiféricos que gracias a sus costes laborales comparativos inferiores y a la relativa facilidad tecnológica que comportan los productos en que se han especializado se convierten en los suministradores aventajados para el conjunto de la economía-mundo- o puede ser parcial -para encontrar una nueva demanda solvente es necesario modernizar los productos o su elaboración industrial acudiendo a las nuevas tecnologías-; a la vez que conocemos la irresistible ascensión de la microelectrónica (sustentada por el mitificado "chip") como la rama impulsora fundamental del crecimiento económico, no sólo porque por sí misma proporciona nuevos espacios rentables de inversión, sino también porque se convierte en el elemento imprescindible para la transformación asimismo rentable de toda la producción industrial, la gestión em-

presarial y el rediseño del sistema de objetos de consumo.

I I

La otra dimensión que se percibe en la transformación del proceso de trabajo es la variable organizativa. Frente a los abundantes problemas y disfunciones que comporta la clásica organización del trabajo fordista en cadena, dadas las condiciones por las que atraviesa la valorización del capital (y que nosotros ya pusimos de manifiesto en la tercera parte de nuestro estudio), se está conociendo una amplia estrategia de reestructuración managerial del proceso de producción; tal es la importancia de estas nuevas prácticas empresariales de recomposición de la cadena de ensamblaje que ya no se puede hablar de experiencias aisladas sino de un auténtico "neofordismo", término con que el economista Christian Palloix (406) trata de reflejar que las alternativas actuales de modificación de la organización tradicional de las tareas además de marcar una nueva pauta de fabricación industrial general no representa una ruptura radical con el taylorismo y el fordismo dominante, sino su reformulación orientada de cara a unas nuevas condiciones de cambio tecnológico, de compo

sición de la fuerza de trabajo y de configuración del mercado actual.

En este movimiento de reforma patronal de las bases organizativas del trabajo se pueden encontrar experiencias que abarcan desde la simple recomposición de tareas (reagrupación de varios movimientos elementales en uno de carácter más complejo), hasta el enriquecimiento de tareas (además de la capacidad de realizar labores recompuestas se le da al obrero en su nivel de acción posibilidades de decisión y autocontrol operativo), pasando por muy diversas situaciones intermedias (407). Lo que es de destacar es que todas ellas coinciden con una doble problemática general, por una parte se empiezan a poner en práctica - cuando existen problemas para el reclutamiento o el control productivo de la fuerza de trabajo, por otro se imponen y generalizan en combinación con la aplicación de nuevas tecnologías productivas, (tecnologías que son capaces de eliminar la rigidez que la cadena imponía, incompatible con estas nuevas prácticas); como experiencias a destacar se pueden citar las "cadenas flexibles" de FIAT (combinación de una nueva máquina transfert la "TR 95", controlada por computador, con sistemas organizativos autónomos) (408), los "islotos" de OLIVETTI (409), o los archiconocidos grupos de trabajo de las fábricas Volvo suecas o las -

Renault francesas, así como múltiples iniciativas emprendidas por impulso del Tavistotck Institute británico (410)

En síntesis la innovación organizativa clave que homogeneiza toda esta corriente es el grupo o equipo de trabajo semiautónomo. Ahora la cadena se fragmenta, se crean -- "islotes" donde un grupo de obreros puede trabajar, bajo su responsabilidad, un conjunto completo de tareas, cuando este grupo acaba sus labores coloca la pieza en una -- transportadora que lo sitúa en un depósito intermedio de donde ésta saldrá cuando sea reclamada por otro equipo semiautónomo que trabaja en otro "islote" a su propio ritmo interno y con sus propias normas. El taller de montaje queda así dividido en unidades o módulos integrados cada uno de los cuales monta, prueba, verifica y corrige el producto completo o un componente complejo en su totalidad, el control de la fuerza de trabajo deviene así autocontrol -- las actividades de cada miembro del equipo y la rotación en las tareas las fija cada equipo- y el volumen de producción resulta fácil de variar mediante la adición o la eliminación de módulos, lo que es muchísimo más flexible que añadir o suprimir cadenas de montaje completas con gran -- número de trabajadores dedicados a la realización de microciclos de trabajo.

Este tipo de diseño organizativo presenta múltiples ventajas para la estabilización social de la producción capitalista, en un principio esta "humanización" significa la respuesta patronal a los problemas disciplinarios, de absentismo o de rechazo al trabajo que amenazan la productividad mercantil rentable (411), pero desde otro punto de vista el grupo semiautónomo se convierte en otro método de subordinación alternativo, como dice Andrew L. Friedman: "la desintegración técnica del proceso de trabajo puede -- reducir el poder de pequeños colectivos obreros para interrumpir el proceso completo a través del sabotaje o la huelga, ya que frecuentemente los equipos de trabajo actúan en tareas que se alimentan unas a otras" (412). Responsabilidad obrera y control directo patronal son, pues, dos estrategias que se mezclan en toda práctica de organización del trabajo (413), de lo que se trata ahora es que la primera estrategia tiene un peso relativamente mayor, pero siempre dentro de un marco en que responsabilidad operativa en nada se relaciona con control político de la producción o de los resultados de ésta.

Existe además otra evidente ventaja entre este tipo de producción "autónoma" y la clásica en cadena, la gran adaptabilidad y la posibilidad de inserciones modulares que permite este nuevo diseño managerial facilitan tanto la elabo

ración de un producto "individualizado" -en el que el consumidor puede solicitar detalles en su mercancía debidamente personalizados-, como la rápida adaptación de las formas, series y variantes del objeto fabricado a las rápidas transformaciones cuantitativas y cualitativas de las demandas de consumo, así como de la competencia asociada al mercado de bienes domésticos actual, cosas las dos impensables con la rigidez impuesta por la tradicional línea de ensamble con flujo continuo.

Sin embargo, todas estas nuevas prácticas plantean problemas serios de consolidación y definición final, todavía no se han generalizado y, aunque existen múltiples casos en que han funcionado satisfactoriamente nadie puede asegurar que se establezcan como la única alternativa laboral que imperará en el futuro porque hasta ahora han demostrado grandes limitaciones: si se tratan de imponer con cierta garantía implican una remodelación total de la planta, -- pues hacerlo aisladamente en ciertos segmentos conlleva tensiones tan fuertes entre los obreros "taylorizados" y los "no taylorizados" que inmediatamente anulará cualquier posibilidad de éxito; también es difícil romper con la estructura profesional de cronometradores, capataces y cuadros intermedios que ha creado la división del trabajo tradicional, así como acabar con la ideología tecnocrático-ra-

cionalista de los diseñadores industriales enfrentada a la variabilidad ahora requerida.

Asímismo a estos obstáculos internos debemos añadirle otros que se deducen inmediatamente del actual escenario económico en que nos desenvolvemos, de tal manera que frente al enorme incremento de inversiones que supone sobre la cadena clásica -sin que, en su primer momento, se observen meteóricos aumentos de la productividad- nos encontramos que por una parte: "la crisis económica ha creado una acentuación de las políticas de economía, un repliegue sobre los métodos de rentabilidad probados y, en consecuencia, una vuelta a la racionalización y a la intensificación del trabajo. El desempleo, que significa, en el plano social, la relación de fuerzas más desfavorable para los trabajadores, permite aplazar para tiempos mejores las medidas de humanización del trabajo. En períodos de recesión el turn-over disminuye por sí mismo, los obreros se contentan, a falta de solución de recambio, con el empleo que tienen, aunque no les convenga. Por temor a los despidos, el absentismo, igualmente disminuye. Los sindicatos se dedican a lo más urgente, la defensa del empleo y del nivel de vida, y relajan su presión sobre las condiciones de trabajo" (414).

Y por otra parte aparece la competencia internacional por la localización industrial que implica el desplazamiento hacia zonas semiperiféricas de los métodos fordistas tradicionales buscando el fácil disciplinamiento de su mano de obra y lo reducido de sus salarios. Pero esto último merece la pena ser estudiado con más detenimiento.

I I I

En efecto, la dimensión espacial de los nuevos procesos de fabricación es una de las que con más claridad resalta en los actuales momentos de potente cambio económico, tecnológico y social, ya sea considerada a nivel internacional, ya sea considerada en el marco de referencia interno de -- los Estados nacionales.

En el plano internacional la automatización de los procesos de producción permite una descomposición de la fabricación completa de cara a producir cada uno de los componentes allí donde sea lo menos costoso posible, los intercambios mercantiles internacionales no sólo serán ya intercambio de bienes y servicios, sino intercambios de compo-

nentes lo que además de aumentar la interdependencia de la economía-mundo reforzará el poder de aquellos países que controlan política y económicamente todo el proceso y se reservan la elaboración de los componentes claves.

De tal forma que en este nuevo contexto: "los centros de producción en los países subdesarrollados son aprovechables, y competitivos, para una fabricación parcial o total dentro del sector de la industria de transformación. A causa de la limitada demanda solvente creada en estos países por la propia evolución del sistema mundial capitalista, estas producciones están por fuerza destinadas mayoritariamente a la exportación" (415). Lógicamente las variantes tecnológicas implantadas en estos nuevos enclaves de industrialización orientada hacia el mercado mundial de los países subdesarrollados son justamente aquellas que entran en decadencia en el centro desarrollado, y que había sido el paradigma de utilización de la organización fordista del trabajo, tal como son las construcciones y manufacturas mecánicas, cierta tecnología electrónica - poco sofisticada y aquellos segmentos de la elaboración - microelectrónica que no necesitan ni una cualificación la-

boral ni unas bases productivas especialmente modernas.

En definitiva, esta tendencia -por lo demás fácilmente detectable en forma empírica como lo muestran los datos presentados en la tabla siguiente- de crear una importante -- semiperiferia exportadora basada en la nueva proletarianización y subordinación de su fuerza de trabajo marca una nueva perspectiva de mundialización del proceso de trabajo, donde en un sistema de valorización internacional las diferentes actividades económicas se van situando según las -- características concretas de cada formación social de tal manera que las actividades más duras, peor pagadas y menos cualificadas son llevadas allí donde la clase obrera está menos organizada, mientras que otras actividades más técnicas no por ello improductivas, así como las no directamente productivas, pueden reservarse para aquellos lugares donde la clase obrera haya conseguido una fuerza contractual y laboral que le permitan defender su condición económica actual. Este movimiento que tiende a estructurarse a nivel internacional puede intercambiar algún paso aislado según las condiciones particulares internas de cada nación sin que el fenómeno general se vea afectado ----

EXPORTACION DE BIENES MANUFACTURADOS.

En millones de dólares constantes.

	<u>1963</u>	<u>1977</u>
México	147	1.182
Brasil	45	3.141
Argentina	79	1.349
Venezuela	43	153
Egipto	88	429
Nigeria	16	72
Sudáfrica	318	2.576
Irán	33	158
Irak	5	18
Israel	203	2.453
India	677	3.356
Pakistán	109	681
Corea del Sur	39	8.480
Taiwán	129	7.925
Indonesia	2	191.

 % bruto sobre el

total mundial	2,9	6,1
---------------	-----	-----

Fuente: Banco Mundial (416).

-es el caso de las semiperiferias de los propios países - desarrollados, los casos de las áreas de colonización interna, etc.- pues nos encontramos ante un proceso endógeno esto es, inscrito en los requisitos de utilización y reproducción de la fuerza de trabajo, y no en un proceso delimitado por las fronteras nacionales.

Igualmente el impacto de las nuevas tecnologías sobre el espacio urbano es especialmente potente, la lógica de la distribución espacial de la producción y el consumo se des_uplaza desde el orden unitario y funcional que había presidido la gran era de la producción y el consumo en masa de las pasadas décadas hacia un orden productivo descentralizado y fragmentario donde:

"...Cada área, cada región, cada ciudad se convierte en un lugar altamente específico definido por su papel dentro de una división espacial del trabajo general. Al mismo tiempo, cada lugar, cada región se convierten en - impotentes, en carentes de sentido, en relación a la lógica general, pues to que sólo esta lógica es la que prop_uorciona sentido al papel de cada localización. Los lugares se convierten

en flujos. De hecho podemos decir que la transición de un modo industrial - de desarrollo a un modo informacional de desarrollo se traduce en la dependencia creciente de las localizaciones reproductivas con respecto a la estructura de los flujos informativos.

"... el tipo de tecnologías que representan una abstracción cada vez mayor de las actividades de producción, de gestión de consumo, suponen la posibilidad de una organización metropolitana en que desde el punto de vista estricto de la lógica de la producción y del poder no hay necesidad de continuidad espacial..." (417).

I V

Una de las dimensiones fundamentales en la resolución de la crisis es el conjunto de mecanismos que se proyectan sobre el proceso de reproducción de la fuerza de trabajo, de tal manera que por esta vía se consiga desbloquear uno de los factores principales en el descenso de la tasa de ganancia : el coste creciente de la mercancía trabajo, coste que aumentaba no sólo porque las diferentes luchas sociales -- (inter y extrafabriles) acabaron por imponer un valor de reproducción de la fuerza de trabajo que era mayor que el

de su valor añadido a la producción, sino también porque la evolución de muchos de los servicios que forman el coste -- del trabajo -educación, vivienda, sanidad, etc.- son servicios cuya productividad no es directa sino diferida y, por lo tanto, no aumenta al mismo ritmo que la productividad de los bienes industriales con lo que es necesario destinar -- una fracción cada vez mayor de la renta nacional para cubrir el suministro de todos estos servicios, imprescindibles para la reproducción de la fuerza de trabajo en este estadio histórico.

El primer mecanismo, meramente defensivo, fue, como hemos visto, el desencadenamiento de un proceso inflacionario -- galopante que tratase de recuperar por el camino monetario las tasas de beneficios que se perdían por el frenado de la productividad real del trabajo. Pero, insistimos que esta "solución" además de ser coyuntural, crea tensiones sociales y económicas -en forma de espirales precios-salarios y distorsiones en los circuitos de realización monetaria de las mercancías- de tal magnitud que más que una forma de superar la crisis representa la manera en que esta crisis - se expresa en las circunstancias actuales de la producción capitalista.

El segundo mecanismo para reducir el coste de la mercancía trabajo tiene un carácter no directo, pero tremendamente eficaz, y se deriva de los efectos intimidantes y disciplinarios -como los ha denominado recientemente el filósofo y sociólogo alemán Jürgen Habermas (418)- impuestos por la espectacular escalada de desempleo que se registra en la economía occidental a partir de la crisis de los primeros setenta. Así la progresiva tecnificación del proceso de trabajo, la redistribución de las localizaciones productivas en una nueva división internacional del trabajo y la rápida liquidación de todo excedente de mano de obra debido a sus costes económicos indirectos ha generado lo que es el fenómeno más dramático y sangrante de la actual recesión : el paro -que ha pasado en la OCDE europea del 3,1% de la población activa en 1973 al 10% en 1982, más de quince millones de parados, paro que está además segmentado y llega a alcanzar en colectivos determinados cifras sobrecogedoras tal es el caso del 41% de paro juvenil o el hecho de que la media de paro de las zonas menos desarrolladas de este grupo de países esté entre el 20 y 30 por ciento (419)-; y es evidente que el uso disciplinario que ha adquirido, como viene siendo habitual en todas las crisis estructurales -- desde la propia primera revolución industrial (420), el manejo del fantasma tenebroso del desempleo como elemento presionante hacia la baja relativa del precio de la mercancía trabajo o para su mayor utilización y control productivo

está empezando a dar sus frutos en forma de incremento de la rentabilidad.

Otra forma de desarticular el poder contractual y económico de las clases obreras en los países occidentales ha sido la generalización de lo que ha venido llamándose economía "sumergida", trabajo "negro" o producción difusa. Este fenómeno tan difícil de cuantificar como importante es su presencia en la mayoría de los países desarrollados -y muy especialmente en su área mediterránea-, además de ser perfectamente complementario con la descentralización productiva que inducen las nuevas tecnologías de fabricación supone la -- desestructuración tanto física -frente a la gran fábrica se constituye una red de pequeños talleres-, como política -se recoge para la producción los segmentos más descualificados y despolitizados de la fuerza de trabajo- del modelo de confrontación capital/trabajo que había presidido la -- sociedad industrial desde hace largos años, por otra parte su "ocultación" fiscal supone la liberación de todos esos costes sociales indirectos de reproducción de la fuerza de trabajo que cada día se hacían más gravosos al empresariado tratando de mantener su rentabilidad (421). No cabe duda - que este impacto tan fuerte sobre las pautas de actuación política y económica de la representación sindical, precisa

mente porque incide sobre uno de los principales elementos reguladores del anterior orden productivo, ha significado en algunos países -el caso más claro es Italia- uno de los principales mecanismos para recuperar parte de la competitividad y la vitalidad económica pasada.

Pero atacar la crisis por el lado del coste de la fuerza de trabajo ya sea por estas vías que acabamos de ver, o ya sea por la vía más organizada que suponen las políticas de "austeridad" -políticas monetarias y de rentas de carácter fuertemente contractivo destinadas, en última instancia a frenar estatalmente los incrementos salariales (422)- tiene -siempre el peligro, que en el actual capitalismo "de consumo" es mortal, de conllevar una contracción de la demanda solvente -y por lo tanto una reducción de las inversiones vinculadas a ella, reforzándose entonces la espiral depresiva-, mas, si por el contrario, se mantiene la demanda solvente mediante salarios indirectos, subsidios generalizados de desempleo, etc., lo que se consigue de una manera directa se anula por este otro camino que supondría una auténtica asfixia inflacionaria (423).

Es por este motivo por el que en esta última época no hemos asistido a una crisis del consumo, sino a un consumo de crisis (debidamente apoyado por un discurso publicitario que -

ha hecho de la crisis un argumento de venta como otro cualquiera), en el que si bien a niveles cuantitativos se puede hablar de un estancamiento, que no tiene nada que ver -- con el hundimiento de anteriores recesiones, a niveles cualitativos se experimenta una renovación de los objetos, modos de consumo y servicios a los que se aplican estos objetos, en este punto también la introducción de las nuevas -- tecnologías es básica y así, ya sean aplicadas sobre productos que habían sido mecánicos o simplemente eléctricos (automóvil, radio, televisión, relojería, electrodomésticos línea blanca, etc.), ya sea como generadoras de productos inéditos (videoscopios, ordenadores personales, etc.), o ya sea sustituyendo con procesos técnicos actividades que hasta hace muy poco eran servicios clásicos (tecnificación de las labores de enseñanza, labores médicas, bienes culturales, etc.).

V

El último punto que reseñaremos en este somero análisis de las tendencias a la reconstrucción de un modelo estable de acumulación es el tema de la intervención estatal, y aquí -- hay que convenir que en esta post-crisis en la que ya nos encontramos sin ningún tipo de duda la labor del Estado capitalista es primordial pero absolutamente contradictoria.

Contradictoria porque nunca la intervención de las administraciones públicas ha sido más necesaria para soslayar las trabas originadas en los diferentes mercados, con el fin de evitar graves desequilibrios y hundimientos generalizados, además de proporcionar fuertes defensas para las industrias nacionales agredidas por las transformaciones en la división internacional del trabajo, sin embargo, esta intervención - estatal puede ser más profunda o radical si se quiere pero nunca más extensa pues el frenado en la proliferación de -- gastos públicos es uno de los principales elementos en la - contención de la inflación (424).

En este sentido se puede hablar de una nueva "vía administrativa" (425) de contención y superación de la crisis económica en la que el Estado redistribuye los costes sociales entre los diferentes colectivos en grado inversamente proporcional a su funcionalidad en la acumulación de capital. Así la sobreacumulación que se experimenta en algunas ramas de la industria (exceso de capacidad, absoluta o relativa, instalada con respecto a sus posibilidades de beneficio real) debe ser compensada mediante una desvalorización social, es decir, mediante la financiación pública de su conversión en capital rentable (426); éste es el fundamento de las famosas políticas de ajuste "positivo" aconsejadas por la OCDE que

acaban instrumentalizándose a nivel nacional a través de -- las no menos famosas y polémicas acciones de reconversión/reindustrialización con unas resonancias sociales difícilmente separables.

De esta manera aunque resulte paradójico la principal línea de intervención del Estado en esta coyuntura consiste en -- reforzar el movimiento mercantil de los recursos, reduciendo los controles y trabas administrativas sobre las actuaciones resignativas del capital productivo. Se experimenta con ello, primero el declive de las políticas sociales, --- pues se trata de reducir al máximo los gastos sociales, reprivatizando ciertos servicios y al mismo tiempo limitando fuertemente el campo de actuación de los elementos estatales de reproducción de la fuerza de trabajo, y, segundo, el auge de las políticas industriales, que es donde el intervencionismo estatal adquiere especial vigor y donde se incardinan las actuales políticas de reconversión/reindustrialización, es decir, en la utilización de recursos públicos para la liquidación y el saneamiento financiero de las industrias anticuadas con exceso de capacidad o para la potenciación y el desarrollo de nuevas técnicas productivas y su aplicación.

Para recuperar su funcionalidad en la acumulación el nuevo Estado debe de convertirse -por lo tanto- en una instancia más que "redistributiva" en el sentido Keynesiano en una instancia disciplinaria, donde su eficiencia económica debe de superar cualquiera de sus objetivos sociales y además debe de ser barato (427), en el sentido de no drenar recursos al relanzamiento del crecimiento económico.

* * *

Sin embargo, y para finalizar, debemos remarcar una serie de hechos que consideramos importantes para entender convenientemente esta estrategia de reordenación de las potencialidades acumulativas del capitalismo contemporáneo.

En primer lugar la actual y creciente robotización e informatización del proceso de trabajo no puede entenderse como la realización práctica de una "utopía organizacional" en la que la sociedad aparecía como un puro aparato técnico en perfecta regulación y equilibrio global (428). Por el contrario este "nueva industrialización" tampoco tiene un carácter homogéneo, uniforme y racional por sí misma, al seguir mediada por la consecución del beneficio capitalista se -- constituye nuevamente, como ha apuntado oportunamente Franco Ferrarotti, en "un sistema de poder y una estructura de

dominación" (429), y por lo tanto se desenvuelve en un espacio conflictivo y desigual, donde las variables derivadas de la condición social de la producción mercantil y la reproducción de la fuerza de trabajo juegan un papel fundamental e imposible de reducir a una dimensión meramente tecnológica.

Lo mismo ocurre con la intervención estatal, tampoco aquí podemos esperar que las políticas de ajuste sean capaces de estabilizar las tendencias sobreacumulativas del sistema, no sólo porque nos encontremos ante un tejido social demasiado complejo y con unos medios institucionales tan limitados como para pretender cambiar la sociedad por decreto --como ha apuntado recientemente el sociólogo francés Michel Crozier (430)--, sino también porque el Estado por su propia naturaleza es una relación de clase (y de poderes) y por lo tanto debe soportar demasiadas tensiones, obstáculos y contradicciones como para funcionar como una simple máquina --económica.

Lo dicho nos conduce, de nuevo a la que quizás sea una de las principales conclusiones de trabajo: que sólo podremos

entender el desarrollo actual de la economía capitalista si estudiamos las transformaciones que se están produciendo en el proceso de producción mercantil y de reproducción de la fuerza de trabajo, estudio que únicamente se puede abordar desde una perspectiva histórico-social y por ello remitiéndose necesaria y constantemente a las coordenadas generales del modelo económico de acumulación, al conjunto de relaciones sociales que sobre éste se articula y, en suma, al contexto histórico total en que esos procesos se desarrollan.

N O T A S

(400) John Grahl, "La reestructuración industrial en la Europa occidental", en Debats nº 8, junio 1984, págs 69-81.

(401) Para un análisis de las políticas económicas (y de sus limitaciones estructurales) seguidas por los gobiernos ultraconservadores de Estados Unidos y Gran Bretaña Cfr.: Paul Sweezy, "La crisis económica en los Estados Unidos", art. cit., así como Ian Gough, "El Thatcherismo y el Estado de bienestar", en AA.VV. "Estado y sector público....", op. cit. págs. 87-97.

(402) Alain Minc, "L'après-crise est commencé", París, Gallimard/NRF, 1983.

(403) Para una mayor información sobre el tema de la robótica industrial se puede consultar el magnífico artículo de Martino Ciatti, "Nuova tecnologia e forza

di lavoro: il caso Fiat", en Sapere nº 842, octubre-noviembre de 1981.

- (404) Simon Nora y Alain Minc, "La informatización de la sociedad", México y Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980, pág. 175.
- (405) Ibídem, pág. 55
- (406) Christian Palloix, "Proceso de producción y crisis del capitalismo", op. cit., pág. 227 y ss.
- (407) Para ampliar esta información pueden consultarse: C. Durand, "El trabajo encadenado", op. cit., y A. L. Friedman, "Industry and Labour", op. cit., así como Jorge Zapata, "Reseña descriptiva de los nuevos sistemas de organización del trabajo productivo", en Sociología del Trabajo nº 1, cit., págs. 101-113.
- (408) Cfr. Martino Ciatti, "Nuova tecnologia...", art.cit
- (409) Cfr. Francesco Novara, "Revalorización del trabajo en la Compañía Olivetti", en Revista Internacional del Trabajo, vol. 88, nº 4, octubre 1973.

- (410) Cfr. Manuel Alcaide Castro, "Las nuevas formas de organización del trabajo", op. cit. y Juan W. García-Nieto, "Tiempos modernos. El control capitalista y la respuesta obrera", Barcelona, Laia, 1975.
- (411) Stephen Marglin, "Productividad y humanización del trabajo", en Transición nº 27, diciembre 1980, pág. 4-8.
- (412) Andrew L. Friedman, "Industry and Labour", op. cit. pág. 101.
- (413) Para este tema ver Andrew L. Friedman, "Responsible autonomy versus direct control over the labour process", en Capital and Class nº 1, primavera 1977, - págs. 43-57.
- (414) Claude Durand, "El trabajo encadenado", op. cit., pág. 117.
- (415) Folker Fröbel, Jürgen Heinrichs, Otto Kreye, "La nueva división internacional del trabajo. Paro estructural en los países industrializados e industrialización de los países en desarrollo", Madrid, Siglo XXI, 1980, págs. 50-51.

- (416) Banco Mundial, "Informe sobre el desarrollo Mundial" 1980.
- (417) Manuel Castells, "Reestructuración económica, revolución tecnológica y nueva organización territorial en Estados Unidos", en Alfoz nº 7/8, septiembre, -- 1984, pág. 92.
- (418) Jürgen Habermans, "Conservatism and capitalist crisis", en New Left Review nº 115, mayo-junio, 1979, passim.
- (419) O.C.D.E., "Economic Outlook", julio-diciembre, 1982.
- (420) Cfr. Alfred Sauvy, "La machine et le chômage", op. cit.
- (421) Véase por ejemplo : Andrea Saba, "La economía sumergida", en Leviatán, nº 3, primavera, 1981.
- (422) Cfr. André Gunder Frank, "La crisis mundial", op. cit., págs. 150-241.

- (423) Michel Aglietta, "La crisis: ¿Un desafío para los economistas?", art. cit. págs. 112-113
- (424) Alain Minc, "L'après-crise...", op. cit.
- (425) Jürgen Habermas, "Conservatism...", art. cit.
- (426) Véase Paul Boccara, "Etudes sur le capitalisme monopoliste d'Etat , sa crise et son issue", París, Sociales, 1974, págs. 41-42.
- (427) Jean-Marie Vicent, "L'agonie de l'Etat providence" en Le Monde Diplomatique", marzo de 1979.
- (428) Alain Touraine, "Pour la sociologie", París, Sevil 1974, 127 y ss.
- (429) Franco Ferrarotti, "Hombres y máquinas en la sociedad industrial", Barcelona, Labor, 1976., pág. 11.

(430) Michel Crozier, "No se cambia la sociedad por decreto", Alcalá de Henares, Instituto Nacional de Administración Pública, 1984.

B I B L I O G R A F I A

- MICHEL AGLIETTA, "Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos", Madrid, Siglo XXI, 1979.
- MICHEL AGLIETTA, "Sobre algunos aspectos de la crisis en el capitalismo contemporáneo", en AA.VV., "Rupturas de un sistema económico", Madrid H. Blume, 1981.
- MICHEL AGLIETTA, "La crisis : ¿un desafío para los economistas?", en Mientras Tanto nº 13, Diciembre, 1982.
- MANUEL ALCAIDE CASTRO, "Las nuevas formas de organización del trabajo. Un análisis sobre su viabilidad", Madrid, Akal, 1982.
- ELMAR ALTVATER, "Note on some problems of State Interventionism", en Kapitalistate nº 1, 1983
- X. ALVAREZ CORBACHO, "Algunas dimensiones conceptuales del Estado capitalista", en Zona Abierta nº 30 enero-marzo, 1984.
- SAMIR AMIN, "Une crise structurelle", en AA.VV., "La crise de L'imperialisme", París, Minuit, 1975.

HANNAH ARENDT , "La crise de la culture", París, Gallimard, 1972.

GIOVANNI ARRIGHI, "Una nueva crisis general", en Zona Abierta nº 5, otoño, 1975 .

GIOVANNI ARRIGHI Y BEVERLY J. SILVER, "Movimiento obrero y migración de capital: Estados Unidos y Europa occidental desde la perspectiva de la -- historia mundial", en Zona Abierta nº 29, julio-diciembre, 1983.

LUIS ARRILLAGA, "Poder y sindicato", en Sistema nos. 29/30 Mayo 1979.

JACQUES ATTALI, "La palabra y la herramienta", Madrid, Tecnos, 1981.

JACQUES ATTALI, "Los tres mundos. Para una teoría de la post-crisis", Madrid, Cátedra, 1982.

JACQUES ATTALI Y MARC GUILLAUME, "El antieconómico", Barcelona, Labor, 1976.

PAUL A. BARAN, "Reflexiones sobre el subconsumo", en Shigeto Tsuru, "¿Adónde va el capitalismo?", Barcelona, Oikos-Tau, 1965.

PAUL A. BARAN, "La economía política del crecimiento", México, Fondo de Cultura Económica, 4ª Reimpresión, 1969.

PAUL A. BARAN Y PAUL M. SWEEZY, "El Capital Monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos", México, Siglo XXI, 12ª edición, 1976.

ROLAND BARTHES, "Elementos de semiología", Madrid, Alberto Corazón/Comunicación, 1971.

HENRI BAUDET Y HENK VAN DER MEULEN (Eds.), "Consumer --- behaviour and economic growth in the modern economy", Londres, Croom Helm, 1981.

JEAN BAUDRILLARD, "La société de consommation", París, Gallimard/Idées, 1976.

JEAN BAUDRILLARD, "Pour une critique de l'économie politique du signe", París, Gallimard/Tel, 1976.

JEAN BAUDRILLARD, "A la sombra de las mayorías silenciosas", Barcelona, Kairós, 1978.

JEAN BAUDRILLARD, "El sistema de los objetos", México, Siglo XXI, 4ª Edición, 1978.

JEAN BAUDRILLARD, "Cultura y Simulacro ", Barcelona, Kairós, 1978.

DANIEL BELL, "El advenimiento de la sociedad post-industrial", Madrid, Alianza, 1976.

TONY BENN, "Arguments for Socialism", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1980.

BRIAN j.L. BERRY, "Consecuencias humanas de la urbanización" Madrid, Pirámide, 1975.

HUW BEYNON, "Working for Ford", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1973.

DANIELLE BLEITRACH Y ALAIN CHENU, "Discipline d'usine et modes de vie", en La Pensée nº 193, junio, 1977.

NORBERTO BOBBIO, "Democracia representativa y teoría marxista del Estado", en Sistema nº 16, enero 1977.

PAUL BOCCARA, "Etudes sur le capitalisme monopoliste d'Etat, sa crise et son issue", París, Sociales, 1974.

HARRY BRAVERMAN, "Labor and monopoly capital. The degradation of work in the twentieth century", Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

SUZANNE DE BRUNHOFF, "La concepción monetaria de Marx", Buenos Aires, Ediciones del Siglo, 1973.

SUZANNE DE BRUNHOFF, "La politique monétaire. Un essai d'interprétation marxiste", París, Presses Universitaires de France, 1973.

SUZANNE DE BRUNHOFF, "Lutte de classe, lutte contre l'inflation", en Le Monde Diplomatique nº 248, noviembre, 1974.

SUZANNE DE BRUNHOFF, "Etat et Capital", París, PUG/Máspéro, 1976.

JUAN BUENO, "Crisis, Estado capitalista y alternativa económica de la izquierda", en Zona Abierta nº 16, 1978.

JOHN BURNETT, "A history of the cost of living", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1969.

TOM BURNS Y G.M. STALKER, "The management of Innovation", Londres, Tavistock, 3ª Reimpresión, 1971.

ABEL R. CABALLERO ALVAREZ, "La crisis de la economía marxista", Madrid, Pirámide, 1982.

RICARDO CALLE SAIZ, "Hacienda Pública y crisis económica. Las teorías de las crisis fiscales en versión completa", Madrid, ICE, 1984.

- DAVID P. CALLEO, "Keynes y la paxamericana", en Robert Skidelsky (Ed.), "El fin de la era Keynesiana", Barcelona, Laia, 1982.
- MANUEL CASTELLS, "Consommation collective, intérêt de classe et processus politique dans le capitalisme avancé", en Papers nº 3, 1974
- MANUEL CASTELLS, "La crisis económica mundial y el capitalismo americano", Barcelona, Laia, 1978
- MANUEL CASTELLS, "La teoría marxista de las crisis económicas y las transformaciones del capitalismo", Madrid, Siglo XXI, 1978.
- MANUEL CASTELLS, "Crisis urbana y cambio social", Madrid, Siglo XXI, 1981.
- MANUEL CASTELLS, "Reestructuración económica, revolución tecnológica y nueva organización territorial en Estados Unidos", en Alfoz nos. 7/8 septiembre, 1984.

MANUEL CASTELLS Y FRANCIS GODARD, "Monopolville. Analyse des rapports entre l'entreprise, l'Etat et l'urbain", París-La Haya, Mouton, 1974.

JUAN JOSE CASTILLO, "Hacia un método de análisis de las condiciones de trabajo", en Sociología del -- Trabajo nº 1, julio-septiembre, 1979.

JUAN JOSE CASTILLO, "Notas sobre productividad, intensidad y condiciones de trabajo", Multicopia, Servicio de Publicaciones de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, 1979.

JUAN JOSE CASTILLO Y CARLOS PRIETO, "Condiciones de trabajo. Un enfoque renovador de la sociología del trabajo", Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983.

JEAN-PAUL CERON Y JEAN BAILLON, "La sociedad de lo efímero", Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1980.

C.F.D.T. (Confederación Francesa Democrática del Trabajo), "Los costes del progreso. Los trabajadores ante el cambio técnico", Madrid, H. Blume, 1978.

MARTINO CIATTI, "Nouva tecnologia e forza di lavoro: il caso Fiat", en Sapere nº 842, octubre-noviembre, 1981.

COLIN CLARK, "Las condiciones del progreso económico", Madrid, Alianza, 2 vols., 1967.

BENJAMIN CORIAT, "Ciencia, Técnica y Capital", Madrid, H. Blume, 1976.

BENJAMIN CORIAT, "Diferenciación y segmentación de la fuerza de trabajo en las industrias de proceso" en Sociología del Trabajo nº 2, octubre 1979-enero 1980.

BENJAMIN CORIAT, "El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa", Madrid, Siglo XXI, 1982.

MICHEL CROZIER (con S. Huntington y J. Watanuky), "The crisis of democracies. Report on the governability of democracies", Nueva York, University Press 1975.

MICHEL CROZIER, "No se cambia la sociedad por decreto",
Alcalá de Henares, Madrid, Instituto Nacio-
nal de Administración Pública, 1984.

JUAN CUETO, "La sociedad de consumo de masas", Barcelona,
Salvat, 1981.

ALBERT CHERNS, "Los principios del diseño sociotécnico",
en Sociología del Trabajo nos. 7/8, 1982.

JEAN-MARIE CHEVALIER, "La pauvreté aux Etats-Unis", París,
Presses Universitaires de France, 1971.

JEAN-MARIE CHEVALIER, "La baza del petróleo", Barcelona,
Laia, 1974.

PAUL CHOMBART DE LAUWE, "La vida familiar y los presupuestos"
en Georges Friedmann y Pierre Naville (eds),
"Tratado de sociología del trabajo", México,
Fondo de Cultura Económica, Reimpresión, 1971
2º volumen.

SAMI DARSA, "Trabajo asalariado y salud de los trabajadores"
en Sociología del trabajo nº 7/8, 1982.

DAVID DICKSON, "Tecnología Alternativa y política del cambio técnico", Madrid, H. Blume, 1978.

ERNEST DICHTER, "The strategy of desire", Garden-City, Nueva York, Doubleday, 1960.

MAURICE DOBB, "Salarios", México, Fondo de Cultura Económica 3ª Edición, 1973.

MAURICE DOBB, "Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica", Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

MAURICE DOBB, "Estudios sobre el desarrollo del capitalismo" Madrid, Siglo XXI, 11ª Edición, 1979.

PIERRE DOCKES Y BERNARD ROSIER, "Crisis y transformación del capitalismo", en AA.VV., "Rupturas de un sistema económico", Madrid, H. Blume, 1981.

PETER DOERINGER Y MICHEL J. PIORE, "Internal labor markets and manpower analysis", Lexington, Massachusetts, Heath Lexington Books, 1971.

- JEAN-MARIE DOMENACH, "Crisis del desarrollo. Crisis de la Racionalidad", en AA.VV., "El mito del desarrollo", Barcelona, Kairós, 1979.
- BERNARD DORAY, "Les pratiques scientifiques dans le champ du travail industriel. La crise du modèle taylorien", en La Pensée nº 199, mayo-junio 1978.
- GILLO DORFLES, "Símbolo, comunicación, consumo", Barcelona, Lumen, 4ª Edición, 1984.
- D.F. DOWD, "Capitalismo monopolista y estanflación", en Revista Mensual/Monthly Review, nº 1, vol. 1, mayo 1977
- MICHEL DRANCOURT, "La fin du travail", París, Pluriel/Hachette, 1984.
- CLAUDE DURAND, "El trabajo encadenado. Organización del trabajo y dominación social", Madrid, H. Blume 1979.
- TONY ELGER, "Valorisation and 'Deskilling' : a critique of Braverman", en Capital and Class, nº 7, spring, 1979.

FRIEDRICH ENGELS, "La situación de la clase obrera en Inglaterra", Madrid y Gijón, Jucar, 1980.

ANTONIO FERNANDEZ ALBA, "La rosa y el compás. Crisis de la arquitectura moderna", en Revista de Occidente, nº 1 (Nueva Epoca), abril-junio, 1980.

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO Y CARMEN ELEJABEITIA, "El hombre mercancía"., Madrid, Elías Querejeta Ediciones, 1976.

FRANCO FERRAROTTI, "Hombres y máquinas en la sociedad industrial", Barcelona, Labor, 1976.

MICHEL FOUCAULT, "Vigilar y castigar", Madrid, Siglo XXI, 3ª Edición, 1978.

JEAN FOURASTIE, "Le grand espoir du XXe Siècle", París, Gallimard, 1963.

FRANCOIS FOURQUET Y LION MURARD, "Los equipamientos del poder. Ciudades, territorios y equipamientos colectivos", Barcelona, Gustavo Gili, 1978

ANDRE GUNDER FRANK, "Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología", Barcelona, Anagrama, 1971.

ANDRE GUNDER FRANK, "Reflexiones sobre la crisis económica", Barcelona, Anagrama, 1977.

ANDRE GUNDER FRANK, "La crisis mundial", Barcelona, Bruguera 2 vols., 1979 y 1980.

CHRISTOPHER FREEMAN, JOHN CLARK Y LUC SOETE, "Unemployment and Technical Innovation. A study of long waves and economic development"., Londres, Frances Pinter Publishers, 1982

MICHEL FREYSSENET, "La división capitaliste du travail", París, Savelli, 1977.

MICHEL FREYSSENET, "¿Es posible una definición única de la cualificación?", en Sociología del Trabajo, nº 2, octubre 1979-enero 1980.

ANDREW L. FRIEDMAN, "Industry and Labour. Class struggle at work and monopoly capitalism", Londres, Macmillan, 1977.

- ANDREW L. FRIEDMAN, "Responsible autonomy versus direct - control over the labour process", en Capital and Class nº 1, primavera 1977.
- GEORGES FRIEDMANN, "La crisis del progreso. Esbozo de la - historia de las ideas (1895-1935)", Barcelona, Laia, 1977.
- FOLKER FROBEL, JÜRGEN HEINRICHS Y OTTO KREYE, "La nueva di- visión internacional del trabajo. Paro - estructural en los países industrializa- dos e industrialización de los países en desarrollo", Madrid, Siglo XXI, 1980.
- JOHN KENNETH GALBRAITH, "The affluent society", Harmondsworth Middlesex, Penguin Books, Reimpresión 1975.
- JOHN KENNETH GALBRAITH, "El Crack del 29", Barcelona, Ariel, 1976.
- JOHN KENNETH GALBRAITH, "El nuevo estado industrial", Bar- celona, Ariel, 7ª Edición, corregida y aumentada, 1980.

JOHN KENNETH GALBRAIT, "La era de la incertidumbre", Barcelona, Plaza y Janés, 1981.

ANDREW GAMBLE Y PAUL WALTON, "El capitalismo en crisis. La inflación y el Estado", Madrid, Siglo XXI, 2ª Edición, 1978.

JOSE LUIS GARCIA DELGADO Y ARTURO LOPEZ MUÑOZ, "Política de rentas y estrategia sindical", en AA.VV., "La estrategia sindical", Barcelona, Nova Terra, 1968.

MOISES GARCIA GARCIA, "Contabilidad Social", Madrid, Ministerio de Hacienda/Instituto de Planificación Contable, 1980.

JUAN N. GARCIA-NIETO, "Tiempos modernos. El control capitalista y la respuesta obrera", Barcelona, Laia, 1975.

JEAN PAUL DE GAUDEMAR, "Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo", en Michel Foucault y otros, "Espacios de poder", Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1981.

JEAN-PAUL DE GAUDEMAR, "La movilización general", Madrid, Ediciones de la Piqueta, 1981.

JEAN-PAUL DE GAUDEMAR, "L'ordre et la production. Naissance et formes de la discipline d'usine", París, Dunod, 1982.

JOSEPH M. GILLMAN, "Prosperidad en crisis. Crítica del Keynesianismo", Barcelona, Anagrama, 1971.

SALVADOR GINER Y MANUEL PEREZ YRUELA, "La sociedad corporativa", Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979.

HERBERT GINTIS, "La naturaleza de la mercancía trabajo y la producción capitalista", en Sociología del Trabajo, nos 3/4, 1980.

ANDREW GLYN Y ROBERT SUTCLIFFE, "British capitalism, workers and the profit squeeze", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1972.

FRANCIS GODARD, "Classes sociales et modes de consommation" en La Pensée nº 180, abril de 1975.

- ANDRE GORZ, "Estrategia obrera y neocapitalismo", México, Era, 1969.
- ANDRE GORZ, "Técnica, técnicos y lucha de clases", en André Gorz (Ed.), "Crítica de la división del trabajo", Barcelona, Laia, 1977.
- ANDRE GORZ, "Ecologie et Politique", París, Seuil, 1977.
- ANDRE GORZ, "Ecología y libertad", Barcelona, Gustavo Gili, 1979.
- ANDRE GORZ, "Adiós al proletariado. Más allá del socialismo", Barcelona, Libros El Viejo Topo, 1981.
- ANNE GOTMAN, "L'espace de travail", en Espace et Société, nos 24/27, diciembre, 1978.
- IAN GOUGH, "La teoría del trabajo productivo e improductivo en Marx", en Crítica de la Economía Política nº 3, Barcelona, Fontamara, 1977.

IAN GOUGH, "El gasto público en el capitalismo avanzado",
Santiago de Compostela, Barca de Caronte, 1978.

IAN GOUGH, "El Thatcherismo y el Estado de bienestar", en
AA.VV. "Estado y sector público en España",
Madrid, Fundación Hogar del Empleado, 1981

IAN GOUGH, "Economía política del Estado del bienestar", -
Madrid, H. Blume, 1982.

JOHN GRAHL, "La reestructuración industrial en la Europa
Occidental", en Debats nº 8, junio, 1984.

ANTONIO GRAMSCI, "Antología", México, Siglo XXI, 4ª Edición
1978.

ANDRE GRANOU, "Capitalismo y modo de vida", Madrid, Alberto
Corazón/Comunicación, 1974.

ANDRE GRANOU, "¿Es posible una política socialista?. Obser
vaciones sobre el artículo de Ludolfo Paramio",
en Zona Abierta nº 22, noviembre-diciembre,
1979.

- ANDRE GRANOU, "Consumo obrero, proceso de trabajo y crisis capitalista", en AA.VV., "La izquierda ante la crisis económica mundial", Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1980.
- X. GREFFE, "El 'desbroce' o algunas tendencias recientes de la política social", en AA.VV., "Rupturas de un sistema económico", Madrid, H. Blume, 1981
- H.A. JOHN GREEN, "La teoría del consumo", Madrid, Alianza, 1976.
- MARC GUILLAUME, "Le capital et son double", París, Presses Universitaires de France, 1975.
- JÜRGEN HABERMAS, "Problemas de legitimación en el capitalismo tardío", Buenos Aires, Amorrortu, 1975.
- JÜRGEN HABERMAS, "La reconstrucción del materialismo histórico", Madrid, Taurus, 1981.
- JÜRGEN HABERMAS, "Conservatism and capitalist crisis", en New Left Review nº 115, mayo-junio, 1979

MIKLOS HARASZTI, "A destajo", Barcelona, Montesinos, 1981.

MICHAEL HARRINGTON, "L'autre Amérique", París, Gallimard, 1967.

MARVIN HARRIS, "Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura", Madrid, Alianza, 1980.

MARVIN HARRIS, "La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica", Madrid, Alianza, 1984.

AGNES HELLER, "Historia y vida cotidiana", Barcelona y México, Grijalbo, 1972.

AGNES HELLER, "Teoría de las necesidades en Marx", Barcelona, Península, 1978.

JEFF HENDERSON Y ROBIN COHEN, "El capital y la ética del del trabajo", en Revista Mensual/Monthly Review, nº 5, Vol. 4, febrero, 1981.

ERIC J. HOBSBAWM, "Industry and Empire", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, Reimpresión, 1974.

ERIC J. HOBSBAWM, "Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera", Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1979.

GEOFF HODGSON, "The theory of the falling rate of profit", en New Left Review nº 84, marzo-abril, 1974

TORA HOUG, "Household and Markets: Theories and new research on consumption activities", en Acta Sociologica, Vol. 23, nº 1, 1980.

RICHARD HYMAN, "Relaciones industriales", Madrid, H. Blume 1981.

JESUS IBAÑEZ, "La caza del consumidor", en Cuadernos para el Diálogo, nº 197, 5 de febrero 1977.

JESUS IBAÑEZ, "El salón: una exposición permanente", en Los Cuadernos del Norte, nº 4, octubre-diciembre, 1980.

IVAN ILLICH, "La convivencialidad", Barcelona, Barral, 3ª Edición, 1978.

HERMAN KAHN Y ANTHONY WIENER, "El año 2.000", Madrid, Revista de Occidente, 1969.

MICHAL KALECKI, "Sobre el capitalismo contemporáneo", Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1979.

GEORGES KATONA, "La sociedad de consumo de masas", Madrid, Rialp, 1968.

MICHAEL KIDRON, "Western Capitalism since the war", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1968.

LAWRENCE A. KLEIN, "La vertiente de la oferta", en Papeles de Economía Española nº 5, 1981.

- PAUL KNOX, "Urban social geography", Londres y Nueva York, Longman, 1982.
- GABRIEL KOLKO, "Riqueza y poder en los Estados Unidos", México, Fondo de Cultura Económica, 1964
- JOYCE KOLKO, "Los Estados Unidos y la crisis mundial", Barcelona, Avance, 1975.
- NICOLAI D. KONDRATIEFF, "Los ciclos económicos largos", en AA.VV., "Los ciclos económicos ¿Una explicación a la crisis?", Madrid, Akal, 1979.
- ADOLF KOZLIK, "El capitalismo del desperdicio", México, Siglo XXI, 2ª Edición, 1973.
- KAZUKIYO KUROSAWA, "Un enfoque estructural del concepto y medición de la productividad", en Seminario sobre Productividad y Política de empleo, Madrid Ministerio de Economía, 1980.
- SIMON KUZNETS, "Crecimiento económico de postguerra", México, UTEHA, 1965.

LE CORBUSIER, "Principios de urbanismo (La Carta de Atenas)"
Barcelona, Ariel, 5ª Edición, 1981.

HENRI LEFEBVRE, "La vida cotidiana en el mundo moderno",
Madrid, Alianza, 1972.

HENRI LEFEBVRE, "Espacio y política", Barcelona, Península,
1976.

HENRI LEFEBVRE, "La revolución urbana", Madrid, Alianza,
2ª Edición, 1976.

JOAQUIN LEGUINA, "Cantidad, valor y excedente de fuerza de
trabajo", en Información Comercial Española,
nº 509, enero 1976

ROBERT LEKACHMAN, "La era de Keynes", Madrid, Alianza, 1970

V.I. LENIN, "Las tareas inmediatas del Poder Soviético",
Moscó, Progreso, Obras Escogidas VIII, 1977

HENRI LEPAGE, "Mañana, el capitalismo", Madrid, Alianza 1979

- CHARLES LEVINSON, "L'inflation mondiale et les firmes multinationales", París, Sevil, 1973.
- SAMUEL LILLEY, "Hombres, máquinas e historia", Madrid, Artiach, 2ª Edición, 1973.
- DANIÈLE LINHART, "Crise et Travail", en Les Temps Modernes nº 450, enero 1984.
- ROBERT LINHART, "Lénine, les paysans, Taylor", París, Sevil, 1976.
- ROBERT LINHART, "De cadenas y de hombres", México, Siglo XXI, 1979.
- ALAIN LIPIETZ, "Algunos problemas de la producción monopolista", en Zona Abierta nº 8, 1976.
- ALAIN LIPIETZ, "Le capital et son espace", París, Maspéro, 1977.
- JORDI LLOVET, "Ideología y metodología del diseño", Barcelona, Gustavo Gili, 2ª Edición ampliada, 1981

- TOMAS MALDONADO, "El diseño industrial reconsiderado. Definición, historia, bibliografía", Barcelona, Gustavo Gili, 1977.
- ERNEST MANDEL, "La récession et la combativité de la classe ouvrière", en Le Monde Diplomatique, nº 248, noviembre, 1974.
- ERNEST MANDEL, "El capitalismo tardío", México, Era, 1979.
- HERBERT MARCUSE, "El hombre unidimensional", Barcelona, Seix Barral, 9ª Edición, 1972.
- STEPHEN A. MARGLIN, "Orígenes y funciones de la parcelación de tareas. ¿Para qué sirven los patronos?" en André Gorz (Ed.), "Crítica de la división del trabajo", Barcelona, Laia, 1977.
- STEPHEN MARGLIN, "Productividad y humanización del trabajo" en Transición nº 27, diciembre, 1980.
- KARL MARX, "Introducción general a la crítica de la economía política/1857", Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 6ª Edición, 1972.

KARL MARX, "El Capital. Libro I, Capítulo VI (Inédito)",
Madrid, 3ª Edición, 1973.

KARL MARX, "El Capital", Madrid, Siglo XXI, 3 libros, 8 vols.
1975-1980.

PAUL MATTICK, "Marx y Keynes. Los límites de la economía
mixta", México, Era, 1975.

RENE MAURY, "La société d'inflation", Paris, Seuil, 1973.

RONALD L. MEEK, "Smith, Marx y después. Diez ensayos sobre
el desarrollo del pensamiento económico",
Madrid, Siglo XXI, 1980.

CLAUDE MEILLASOUX, "Mujeres, graneros y capitales. Economía
doméstica y capitalismo", México, Siglo XXI,
5ª Edición, 1982.

DARIO MELOSSI y MASSIMO PAVARINI, "Cárcel y fábrica. Los -
orígenes del sistema penitenciario", México,
Siglo XXI, 1980.

OTTFRIED MICKLER Y SOFI GÖTTINGEN, "Racionalización y des-
cualificación del trabajo. El caso de la in-
dustria alemana", en Sociología del Trabajo,
nº 2, octubre 1979-enero 1980.

RALPH MILIBAND, "El Estado en la sociedad capitalista",
México, Siglo XXI, 1970.

RALPH MILIBAND, "Marxism and politics", Oxford, Oxford
University Press, 1977.

ALAIN MINC, "L'après crise est commencé", París, Gallimard/
NRF, 1983

HARRY P. MINSKY, "Filosofía social y política económica", en
Debats nº 6, diciembre 1983, págs. 96-102.

HUGH MOSLEY, "Is there a fiscal crisis of the State?, en
Monthly Review vol. 30, nº 1, mayo 1978

DANIEL MOTHE, "Les O.S.", París, Cerf., 1972.

DANIEL MOTHE, "Autogestión y condiciones de trabajo", Madrid, Zero-Zyx, 1979.

LEWIS MUNFORD, "Técnica y civilización", Madrid, Alianza, 3ª Edición, 1979.

GUNNAR MYRDAL, "El reto a la sociedad opulenta", México, Fondo de Cultura Económica, Reimpresión, 1977

MILTON J. NADWORNY, "Scientific Management and the Unions. A historical analysis (1900-1932)", Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1955

PIERRE NAVILLE, "¿Hacia el automatismo social?. Problemas del trabajo y de la automatización", México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

PIERRE NAVILLE, "Trabajo y guerra" en Georges Friedmann y Pierre Naville (Eds.), "Tratado de Sociología del Trabajo", México, Fondo de Cultura Económica, Reimpresión 1971, 2º Volumen.

PIERRE NAVILLE, "Progreso técnico y tiempo de trabajo" en C.F.D.T. "Los costes del progreso. Los -- trabajadores ante el cambio técnico", Madrid, H. Blume, 1978.

PIERRE NAVILLE Y PIERRE ROLLE, "La evolución técnica y sus repercusiones en la vida social", en Georges Friedmann y Pierre Naville (Eds.), "Tratado de Sociología del trabajo", México, Fondo de Cultura Económica, Reimpresión 1971, 1er Volumen.

JOSE MANUEL NAREDO, "El fetichismo del consumo", en Transición nº 28, enero 1981.

SIMON NORA Y ALAIN MINC, "La informatización de la sociedad" México y Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1980.

FRANCESCO NOVARA, "Revalorización del trabajo en la Compañía Olivetti", en Revista Internacional del Trabajo, vol. 88, nº 4, octubre 1973.

JAMES O'CONNOR, "La crisis fiscal del Estado", Barcelona, Península, 1981.

JAMES O'CONNOR, "La crisis fiscal del Estado de nuevo a -- examen", en AA.VV., "Estado y sector público en España", Madrid, Fundación Hogar del Empleado, 1981.

CLAUSS OFFE, "La abolición del mercado y el problema de la legitimidad", en H. R. Sonntag y H. Valdecillos (Eds.), "El Estado en el capitalismo contemporáneo", México, Siglo XXI, 1977.

CLAUSS OFFE, "Contradictions of the Welfare-State", Londres Hutchinson, 1984.

BERTELL OLLMAN, "El Estado como una relación de valor", en Heinz Rudolf Sonntag y Héctor Valdecillos (Eds.), "El Estado en el capitalismo contemporáneo", México, Siglo XXI, 1977.

ALFONSO ORTI, "El comportamiento del consumidor: Análisis empírico e interpretación motivacional", Madrid, Curso de Investigación de Mercados/ Universidad Autónoma de Madrid, multicopia Servicio Publicaciones, 1981.

VANCE PACKARD, "The Waste Makers", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, 1964.

VANCE PACKARD, "Las formas ocultas de la propaganda", Buenos Aires, Sudamericana, Reimpresión, 1966.

CHRISTIAN PALLOIX, "Proceso de producción y crisis del capitalismo", Madrid, H. Blume, 1980.

CHRISTIAN PALLOIX, "La crisis del modo de producción capitalista: proceso de producción y división internacional del trabajo", en AA.VV., "Rupturas de un sistema económico", Madrid, H. Blume, 1981.

E.H. PHELPS-BROWN, "Economía del trabajo", Madrid, Aguilar, 1967

JUAN CARLOS PORTANTIERO, "La democratización del Estado", en Pensamiento Iberoamericano nº 5, vol. 1, enero-junio- 1984.

NICOS Poulantzias, "Poder político y clases sociales en el Estado capitalista", Madrid, Siglo XXI, 17ª Edición 1978

EDMOND PRETECEILLE, "Besoins sociaux et socialisation de la consommation", en La Pensée nº 180, abril 1975.

EDMOND PRETECEILLE, "Besoins sociaux et C.M.E.", en AA.VV. "Besoins et mode de production", París, Sociales, 1977.

DAVID PURDY, "The theory of permanent arms economy. A critique and an alternative", en Bulletin of the Conference of socialist Economist, Spring, 1973

RADOVAN RICHTA, "La civilización en la encrucijada", Madrid Ayuso, 2ª Edición 1974.

DAVID RIESMAN Y OTROS, "La muchedumbre solitaria. Un estudio sobre la transformación del carácter norteamericano", Buenos Aires, Paidós, 1964.

JEAN PIERRE RIOUX, "La Révolution Industrielle 1780-1880", París, Seuil, 1971.

GREGORIO RODRIGUEZ CABRERO, "La economía política del gasto público: un enfoque sociológico", en Presupuesto y Gasto Público, nº 2, 1979.

GREGORIO RODRIGUEZ CABRERO, "Crisis fiscal y Estado benefactor", en Papeles de Economía Española, nº 1, enero 1980.

GREGORIO RODRIGUEZ CABRERO, "Los límites del sector público y los neoliberales", en AA.VV. "Estado y sector público en España", Madrid, Fundación -- Hogar del Empleado, 1981.

GREGORIO RODRIGUEZ CABRERO, "Estado de bienestar y política social: Concepciones teóricas", en Boletín de Estudios y Documentación de Servicios Sociales nº 13, diciembre, 1982.

GREGORIO RODRIGUEZ CABRERO, "Introducción a la edición española", en Ian Gough, "Economía política del Estado del bienestar", Madrid, H. Blume, 1982

LUIS ANGEL ROJO, "La magnitud de la crisis", en Revista de Occidente nº 1 (Nueva Epoca), abril-junio 1980

PIERRE ROSANVALLON, "La crise de l'Etat-providence", París
Sevil, 1981.

BERNARD ROSIER, "Crecimiento y crisis capitalistas", Bar-
celona, Labor, 1978.

WALT WHITMAN ROSTOW, "Las etapas del crecimiento económico",
México, Fondo de Cultura Económica, 5ª
Reimpresión, 1973.

JEAN ROUSSELET, "L'allergie au travail", París, Sevil, 1974.

ROBERT ROWTHORN, "El capitalismo tardío de Ernest Mandel",
en "En Teoría" nº 3, octubre-diciembre 1979

ANDREA SABA, "La economía sumergida", en Leviatán nº 3, pri-
mavera 1981.

GIUSEPPE SACCO, "Ciudad y sociedad hacia la nueva Edad Media";
en AA.VV., "La nueva Edad Media", Madrid,
Alianza, 1974.

MARSHALL SAHLINS, "Economía de la Edad de Piedra", Madrid, Akal, 1977.

JOAN-EUGENI SANCHEZ, "El desarrollo de las fuerzas productivas : cualificación, organización del trabajo y formación", en Sociología del Trabajo nº 1, julio-septiembre 1979.

JOSE SANCHEZ JIMENEZ, "Del campo a la ciudad. Modos de vida rural y urbana", Barcelona, Salvat, 1982.

PAUL A. SAMUELSON, "La teoría pura del gasto público y la tributación", en Hacienda Pública Española nº 5, 1970.

PAUL A. SAMUELSON, "Principios y reglas de la política fiscal moderna: una reformulación neoclásica" en Hacienda Pública Española, nº 5, 1970.

ALFRED SAUVY, "La machine et le chômage. Le progrès technique et l'emploi", París, Pluriel/Dunod, 1982.

JULIO SEGURA, "Estudio introductorio" al libro de Enrico Berlinguer, "Austeridad", Barcelona, Materiales, 1978.

ANWAR SHAIKH, "An introduction to the history of crisis theories", en AA.VV., "U.S. capitalism in crisis", Nueva York, Union for Radical - Political Economics, 1978.

GILBERT SIMONDON, "Du mode d'existence des objets techniques" París, Aubier-Montagne, 1969.

UPTON SINCLAIR, "La jungla", Barcelona, Noguer, 1977.

ROBERT SKIDELSKY, "El significado político de la revolución Keynesiana", en R. Skidelsky (Ed.), "El fin de la era Keinesiana", Barcelona, Laia, 1982.

ALFRED SOHN-RETHEL, "Intellectual and manual labour. A critique of epistemology", Londres, Macmillan, 1978.

- PAUL M. SWEEZY, "Teoría del desarrollo capitalista", México, Fondo de Cultura Económica, 6ª Reimpresión, 1972.
- PAUL M. SWEEZY, "El presente como historia", Madrid, Tecnos, Reimpresión, 1974.
- PAUL M. SWEEZY, "La crisis económica en los Estados Unidos", en Selección de artículos de la Monthly Review nº 1, mayo 1983.
- P.M. SWEEZY y H. MAGDOFF, "Usos y abusos de la productividad", en Revista Mensual/Monthly Review, Vol. 4, nº 1, octubre 1980.
- FREDERICK W. TAYLOR, "Principios de la administración -- científica", Buenos Aires, El Ateneo, 1969
- CATHERINE TEIGER, "Las huellas del trabajo", en Sociología del Trabajo nº 7/8, 1982.
- MARIO TELO, "Sindicato y política en Europa", en Debats, nº 5, 1983.

ENRIC TELLO, "¿Trabajar más y producir más para vivir mejor?. Un replanteamiento de la experiencia histórica de la industrialización", en -- Mientras Tanto, nº 14, febrero 1983.

PAT THANE, "The foundations of the welfare state", Londres Longman, 1982.

RICHARD M. TITMUSS, "Política social", Barcelona, Ariel, 1981

ALVIN TOFFLER, "El shock del futuro", Barcelona, Plaza y Janés, 1971.

ALVIN TOFFLER, "La tercera ola", Barcelona, Plaza y Janés, 1980.

ALAIN TOURAINE, "La sociedad post-industrial", Barcelona, Ariel, 1969.

ALAIN TOURAINE, "Pour la sociologie", París, Sevil, 1974.

BRUNO TRENTIN, "Los sindicatos ante la crisis en Italia", en AA.VV., "La izquierda ante la crisis económica mundial", Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1980.

JOSE MA VEGARA, "La organización científica del trabajo. ¿Ciencia o ideología?", Barcelona, Fontanella, 1971

JOSEP MA VEGARA, "Fuerza de tralcajo y trabajo", en Revista Mensual/Monthly Review, vol. 4, nº 5, febrero, 1981.

THORSTEIN VEBLEN, "Teoría de la clase ociosa", México, Fondo de Cultura Económica, Reimpresión, 1974.

JEAN-MARIE VICENT, "L'agonie de l'Etat providence", en Le Monde Diplomatique, marzo, 1979.

DANIEL VIDAL, "Sobre la ideología. El caso particular de las ideologías sindicales", Barcelona, Laia, 1973.

PIERRE VILAR, "Crecimiento y desarrollo", Barcelona, Ariel, 2ª Edición 1974.

PIERRE VILAR, "Iniciación al vocabulario del análisis histórico", Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1980

IMMANUEL WALLERSTEIN, "The State and social transformation: will and possibility", en Henry Bernstein -- (Ed.), "Underdevelopment and development", Harmondsworth, Middlesex, Penguin Books, -- Reimpresión, 1976.

IMMANUEL WALLERSTEIN, "El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI", Madrid, Siglo XXI, 1979.

IMMANUEL WALLERSTEIN, "The capitalist world-economy", Nueva York, Cambridge University Press, 1979

IMMANUEL WALLERSTEIN, "Configuraciones y perspectivas de la economía-mundo capitalista", en Revista de Occidente nº 29, noviembre, 1983.

WILLIAM H. WHYTE Jr., "El hombre organización", México,
Fondo de Cultura Económica, 2ª Edición,
1968

MICHEL WIEVIORKA, "Estado, empresarios y consumidores",
México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

TOM WOLFE, "¿Quién teme al Bauhaus feroz?", Barcelona,
Anagrama, 1982.

JOAN WOODWARD, "Industrial organization: Theory and
practice", Londres, Oxford University Press
1965.

ERIK OLIN WRIGHT, "Clase, crisis y Estado", Madrid, Siglo
XXI, 1983.

DAVID YAFFE, "La crisis de rentabilidad", En Teoría nº 1
abril-junio 1979.

JORGE ZAPATA, "Reseña descriptiva de los nuevos sistemas
de organización del trabajo productivo", en
Sociología del Trabajo nº 1, julio-septiem-
bre, 1979.

Reunido el Tribunal que suscribe en el día
de la fecha, acordó calificar la presente Tesis
Doctoral con la calificación de ~~BOBRT~~ ~~AL~~ ~~TE~~ ~~ND~~ ~~E~~ ~~CUM~~ ~~LAUDE~~

Madrid, 28-Febrero-1975

[Handwritten signature] *[Handwritten signature]* 99.

[Handwritten signature] *[Handwritten signature]*

